
AXXÓN
CIENCIA-FICCIÓN EN BITS

Axxón 154, septiembre de 2005 - Cumplimos 16 años

- **Editorial:** ¿Más que nunca?, Eduardo J. Carletti
- **Correo:** Cartas axxónicas, septiembre de 2005
- **Ficciones:** Ambrotos, Yoss
- **Ficciones:** Perdido, Daniel Valdez
- **Ficciones:** Astroastrología, Diego Escarlón
- **Crónica:** Wiscon 29, ciencia-ficción y feminismo, Gabriela Bilevich
- **Divulgación:** Los caminos inescrutables, Marcelo Dos Santos
- **Ficciones:** No me miren, Gabriel Mérida
- **Ficciones:** Tiempo treinta y tres, Raquel Froilán García
- **Ficciones:** Editor, Eduardo J. Carletti
- **Ficciones:** To Be Frost, Gilda Pinarello
- **Ficciones:** Anubis, Martín Casatti
- **Ficciones:** Los jinetes del aire, José Antonio Fuentes Sanz
- **Ficciones:** Hay horror en los ojos de Caín, Ricardo Bernal
- **Ficciones:** Khunta, Susana Sussmann
- **Ficciones:** Bumper Sticker y la princesa emplumada, Andrés Diplotti
- **Ficciones:** El hombre del circo, Sergio Gaut vel Hartman
- **Ficciones:** La sonrisa de Strauss, Sergio Mars
- **Ficciones:** La conquista mágica de América, Jorge Baradit
- **Ficciones:** Pleamar, Marcelo di Lisio
- **Ficciones:** Ficción Breve (15), varios
- **Clásico:** El nuevo acelerador, H.G. Wells

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 154

¿Más que nunca?
por Eduardo J. Carletti



La gente ahora lee más que nunca.

No lo digo yo. Si lo dijera yo, ya me veo a decenas de opositores a la idea cayéndome encima como un enjambre de avispas enfurecidas.

Lo dijo Daniel Divinsky hace muy poco.

Explico un poco quién es; en Argentina más o menos lo conocemos, aunque no me juego a que haya muchos que hayan dicho de inmediato “Ah, Divinsky”.

Daniel Divinsky es un editor. Es fundador de **Ediciones de la Flor**, una editorial argentina —que entre otras cosas publica los libros de Mafalda y los trabajos de grandes como Fontanarrosa y Caloi—, y se dedica a esto desde hace 40 años. Esta editorial ha pasado por todas las crisis y permanece en manos de su dueño y fundador, manos independientes, luego de 40 años de estar en el mercado.

Divinsky publicó a muchos autores argentinos importantes.

Así que cuando vi el título y el nombre, de inmediato sentí atraída mi atención.

¿Por qué diría semejante cosa este hombre?

Y entonces me puse a pensar en una cosa: Internet. La gente que necesita un poco de distracción, que quiere alejarse por un momento de su trabajo, navega… y la verdad es que, a pesar del Flash, de los esfuerzos gráficos de muchos amantes de la animación, de las enormes colecciones de fotos e ilustraciones, igual Internet es un medio principalmente de contenido textual.

Sí, ya sé. Muchos irán a mirar las partes anatómicas abultadas de potentes señoritas, y los intercambios de contactos que hacen con las partes abultadas de potentes señores. Claro que sí.

Pero lleva un tiempo y uno se cansa. Y luego se entra aquí y allá, se lee de a pedacitos, se encuentran algunos “puertos” preferidos donde “atracar” cada vez más seguido, y se termina ***leyendo***.

Claro, todo depende de encontrar algo que llame la atención y que entretenga un poco. La verdad es que uno se va volviendo experto, en este Internet maremágnico (¿será correcta la palabra?), en encontrar cosas.

Las cosas están ahí. Claro que hay de todo. Pero también hay cosas buenas.

Quizás la ley de nuestro querido Sturgeon no se cumple (se cumplieron diez años de su muerte a principio del mes pasado y la verdad es que no he visto que lo hayamos recordado como se merecía) y sólo hay un 1% de cosas buenas y 99% de basura. Pero bueno, con mirar el número que pone Google (hoy dice que tiene 8.168.684.336 páginas registradas), calculemos cuánto hay —aún con este porcentaje o diez veces menos— para aprovechar.

Lo que dice Divinsky es esto, más o menos. Que la gente ahora lee más porque tiene material en Internet, entre otras cosas.

Me pareció más que interesante.

Toda esa gente leyendo más está ejercitando sus neuronas más que antes. Será porque soy lector, y no puedo estar sin leer, y sé que a mí me hace bien, pero la verdad es que esto en lo que me ha hecho recapacitar Divinsky sólo me puede parecer bueno y esperanzador.

En 1995 se decía, en estudios muy exitosos y aceptados, que la gente no se mueve por Internet para leer. Hay una cantidad de instrucciones dando vueltas por ahí que indican cómo hacer para que el texto de una página sea el mínimo, para que sea ahorrativo, para que lo que se pone más arriba sea lo más importante porque, según este estudio de hace unos diez años, **la gente deja de leer enseguida**.

¿Habrá cambiado esto? ¿Tendrá razón este editor argentino con 40 años de experiencia? ¿Serán verdaderas ***mis*** sensaciones o sólo son expresiones de deseo?

Yo sí leo —gracias a Internet— más que nunca. Antes debía salir y comprar revistas, diarios y libros, y esto es algo que podía hacer de manera limitada (y que ahora no puedo hacer en absoluto). En esta época puedo leer todo lo que quiero, y la verdad es que leo más que

nunca.

No sé cuántos más lo experimentarán así, y me encantaría que los lectores me digan cuál es su experiencia.

Si me contestan, por lo menos sabré que llegaron a esta parte del texto.

Eduardo J. Carletti, 1 de septiembre de 2005
ecarletti@axxon.com.ar

Cartas axxónicas

septiembre de 2005

Cuando una aeronave alcanza una velocidad tal que se adelanta a las ondas de presión que ella misma genera, se oye un estampido. Te recomiendo, Eduardo, que estés preparado: Axxón está a punto de romper la barrera y es posible que de un momento a otro la explosión te deje sordo.

La barrera, claro, no es de sonido. Es de edad. En agosto se publicó una ficción breve de Judith Shapiro, una chica que nació apenas unos meses antes que la revista. No es para tomarlo a la ligera: alguien que estaba en la cuna cuando apareció el legendario número 0, hoy nos regala un cuento. ¿Qué pasará cuando llegue alguien aún más joven? ¿Cuando se publique a un autor que no vivió en un mundo sin Axxón? No hay muchos antecedentes en el mundo de la ciencia ficción en español.

Dieciséis es un número fácil de decir, pero difícil de alcanzar. Y Axxón lo ha alcanzado. El camino ha sido largo: desde una humilde interfaz DOS pasó a una interfaz DOS un poco menos humilde; pegó eventualmente un salto a Windows, pasó al fin a la red... Y hoy cuenta con una robusta ingeniería que le permite ir a Mach 1. ¿O es Warp 1, capitán Carletti?

Sea lo que sea, esta barrera de la que hablaba no es de ninguna manera un límite. No hay nada a la vista que impida seguir avanzando. Y no se me escapa que no es sólo un logro de ingeniería, sino que hay y ha habido siempre toda una tripulación, de la que tengo el placer y el privilegio de formar parte.

Me corrijo: es un placer, pero no un privilegio. Un privilegio es algo para unos pocos, cualidad que Axxón definitivamente no tiene. Ya que hablé de una barrera, hablaré de otra: la que separa a los autores de los lectores. Esa barrera aquí no existe: sólo hay una línea imaginaria que cualquiera puede cruzar, sin otra condición —como idealistamente marca la Constitución Argentina— que la idoneidad.

Y hablando de los lectores: ¿qué pasa con el correo? En una época era la sección estrella de la revista. ¿No ven que es un espacio en el

que todos pueden publicar? ¿O no quieren ver sus nombres en Axxón? Vamos, pónganse a aporrear el teclado, aunque sea para comentar los cuentos que más les gustaron, lo interesantes que son las noticias y los zappings, o lo mal que está de la cabeza el muchacho que escribe las *AnaCrónicas* (por cierto, señoritas, ¿sabían que no está ni comprometido, ni casado ni nada?).

En fin, cuántas vueltas y más vueltas cuando lo que quiero decir es: ¡feliz cumpleaños, Axxón!

Saludos,
Andrés Diplotti

Cada tanto nos va tocando sobrepasar una barrera. Pasamos el millón de visitas. En estos días estuvimos cerca de quebrar las 5.000 visitas por día a la portada (todavía recuerdo cuando nos alegrábamos porque habíamos sobrepasado las 1.000). Pero... ¡la barrera del sonido! Esperemos que sea menos ruidoso que espectacular. Muchas gracias por la carta.

Eduardo J. Carletti

Enviar las cartas a ecarletti@axxon.com.ar

Desde que abrimos la Lista Axxón se han anotado enormidad de personas, y por esto muchas opiniones que antes se intercambiaban por el Correo ahora se presentan y discuten día a día en la Lista. No me pareció razonable extraer textos de opinión de ella para ponerlos aquí, ya que son medios diferentes. Espero que alguno de los "Listeros" mande de vez en cuando una carta para este Correo. No sea que lo dejemos huérfano…

Eduardo J. Carletti
ecarletti@axxon.com.ar

Ambrotos

Yoss

Para Elena, mi chachonauta intergaláctica inmortal

Anochece. El mar rojizo e infinito rompe con terco empeño contra la costa anular del atolón volcánico, pero los surtidores de espuma brillan blancos a las últimas luces del crepúsculo.

—Cuidado con esa almeja espinosa, Ambrotos —regaña el hombre a la criatura, gritando para hacerse oír por encima del fragor de las olas—. La última que te tragaste te tuvo un mes a dieta blanda.

La criatura responde cambiando el color de su epidermis de rojo a anaranjado sin dejar de avanzar parsimoniosamente por la playa basáltica, evitando las rocas mayores mientras devora las algas arrastradas por la corriente. No tiene más miembros que seis pares de tentáculos sensoriales y alimenticios que brotan de su cabeza, lo único que la diferencia de su cola. Como una gran babosa sin concha, al arrastrarse sobre su pie musculoso va dejando un rastro de mucus transparente. Solo que el rastro mide casi tres metros de ancho. La criatura, con diez metros de largo por dos de alto, pesa varias toneladas.

El hombre es alto y de ojos azules. Lleva un mínimo taparrabos de algas trenzadas de cuyo cinturón cuelgan una bolsa del mismo material y un gran cuchillo en cuya gastada vaina aún se distingue la palabra NASA. Se apoya en un tubo metálico de casi dos metros de largo al que el tiempo ha robado casi todo el brillo. Los músculos magros pero potentes, sin apenas grasa que los enmascare, resaltan bajo su piel tostada como en la ilustración de un tratado de anatomía. Lleva el cabello y la barba larguísimos y recogidos en una gruesa coleta sobre la nuca. El sol y el salitre se los han decolorado hasta el blanco, pero conserva todos sus dientes y no hay arrugas en su rostro atezado. Nadie le supondría más de cincuenta años.

Cuando el par de tentáculos más largo de Ambrotos hurga en uno de los rojizos montones de algas, varios seres del mismo color y casi medio metro de diámetro lo abandonan corriendo sobre la arena a todo lo que les dan sus patas. Parecen una mezcla de cangrejo y telescopio. Tienen muchas extremidades articuladas y

dispuestas de modo equidistante por todo el perímetro de su cuerpo, un disco de cuyo centro se alza un “cuello” tubular y articulado que remata en una boca rodeada de ojos.

—¡Bonus, Ambrotos! —se alegra el hombre—. Es hora de tu complemento dietético.

Y se lanza tras los cangrejos telescopio fugitivos, usando el tubo para voltearlos panza arriba y luego golpearlos en el centro del disco sin ser mordido por sus ávidas bocas tubulares. La mayoría logran darse vuelta nuevamente y escapar, pero tres quedan tendidos sobre la arena, moviendo agónicamente sus patas hasta que el largo cuchillo los remata.

—No serán todos los que estaban, pero te aseguro que todos los que están son —comenta el hombre extrayendo con su arma la carne de los caparazones córneos y echándola sobre las algas, donde los tentáculos de Ambrotos la devoran, siempre sin prisa. —Se ven apetitosos hasta crudos… lástima que yo no pueda comerlos. Me gustaría tener tu estómago. ¿A que te encantaría que viniera otro adulto, como aquella noche, eh? Sé que no te gusta matar, pero por lo menos tendrías carne para rato y a lo mejor hasta podrías curarte…

La piel anaranjada de Ambrotos se vuelve azul claro. El hombre alza la vista hacia las estrellas que ya se hacen visibles, dispuestas en constelaciones desconocidas en la Tierra, y al fin dice, aunque no suene muy convencido:

—Bueno, si quieres cambiar de tema está bien. Pero no hace tanto que almorcé… gracias por la invitación, es sólo que todavía no tengo hambre. Quizás mañana, como desayuno…

Una zona de unos veinte centímetros de diámetro y cercana a la cola de Ambrotos se vuelve azul oscuro.

El hombre se encoge de hombros y suspira:

—Si tanto insistes… pero que conste que es sólo porque no te gusta comer solo.

De la bolsa en su cintura saca un viejo y abollado jarro metálico y se aproxima a Ambrotos. Con la naturalidad de la larga práctica hunde la punta del cuchillo en la zona azul oscuro cerca de su cola. La criatura, tranquila, se deja hacer sin ninguna reacción visible.

Relamiéndose, el hombre recoge casi cada gota del líquido azulado que brota de la herida en el jarro y lo coloca con cuidado sobre la arena. Luego, con el mismo cuchillo corta un trozo de la compacta carne procurando no tocar el azul más claro.

—Listo —anuncia, ensartando el gran filete así obtenido en un extremo de la vara—. Voy a asarlo… sé que nutricionalmente es igual, pero un hábito es un hábito. Disculpa si no te brindo… y si uso tu propia comida como combustible

Mitad con el otro extremo de la vara y mitad con los pies, en menos de un minuto reúne un buen montón de algas rojizas, elegidas de entre las más secas. Luego saca una linterna láser del bolso de su cintura y enciende una pequeña hoguera sobre la que extiende la carne para que se cocine. Al fin bebe con fruición del contenido del jarro.

—No hay nada como beber cuando se tiene sed, ¿eh, Ambrotos? —Los bordes del tajo cerca de la cola de la criatura ya se están juntando, pero la herida aún sangra lentamente. Bajo su barba blanquecina, la boca del hombre se tuerce en una mueca de preocupación al advertirlo. Pero no dice nada.

—Mañana harán cuatrocientos doce —comenta cuando ya la carne comienza a oler apetitosamente—. Y más o menos seiscientos para ti, claro. Ojalá viniera alguien. De los míos, de los tuyos, de cualquier otra especie. Con tal de que su medicina pueda curarte… —Soplando para no quemarse, el hombre hinca los dientes en el filete—. Hum ¿te digo una cosa? Cada vez sabes mejor.

Por unos minutos come y bebe sin decir palabra. Cuando termina, se deja caer de espaldas sobre la arena negruzca, cruza los brazos tras la nuca y se queda mirando las estrellas.

—Sí, ya sé que de noche lo más prudente es alejarse del mar y que tienes ganas de que te siga leyendo Ana Karenina —palmea su bolso—. Pero a veces, retrasar el placer luego lo duplica. En fin, déjame estar aquí un rato, ¿quieres? Son hermosas las estrellas ¿eh? En mi casa, en Nevada, me gustaba acostarme sobre la hierba del jardín a mirarlas, aprenderme sus nombres. Aquí también… aunque no sepa ni cuál es mi propio Sol, he bautizado a algunas constelaciones. —Suspira y alza la vara metálica apuntando hacia una de las más brillantes—. Allí está El Cohete, once estrellas. Y esas otras seis son El Ornitorrinco. Y esas siete que parecen una hoz…

Se pone en pie de un salto, entrecerrando los ojos para ver mejor.

En la medialuna ahora no hay siete, sino ocho estrellas. Y una se mueve lentamente.

—Gracias, Dios mío —susurra el hombre—. Esta vez es verdad. Vienen —añade, y cae de rodillas, con lágrimas en los ojos —. Vienen, Ambrotos, vienen.

Como un pez de plata iluminado por sus propios proyectores, la lanzadera desciende flotando sobre el atolón con la soltura de la antigravedad, hasta posarse sobre sus zancos hidráulicos en la única playa de la diminuta isla en forma de herradura lo bastante grande como para acogerla.

Pero ninguna escotilla se abre en su costado. En cambio, las potentes lámparas enfocan todas la solitaria silueta del hombre de pie sobre la arena, en una rígida postura militar que su cuasi desnudez vuelve incoherente. Y una voz tensa pero amable dice a través de un altavoz invisible:

—Este es el enlace orbital Iliá Varshavsky, de la nave de exploración interestelar Constance Duvalier, matrícula 23456HJG25 de Vergel. Disponemos de armas ofensivas y defensivas de gran potencia y estamos autorizados a usarlas. Por favor, identifíquese o será considerado un elemento hostil.

Es la misma lengua del hombre, aunque con un acento notablemente diferente; apenas si logra entender la mitad de las palabras. Pero bastan para captar el sentido general, así que responde lo más despacio, alto y claro que puede:

—Capitán Thomas Rasmusen de la NASA, jefe piloto de la crionave Santa Ana… único sobreviviente de su naufragio y también único habitante humano del planeta Tetis. Para los amigos, Tom. Tripulación, sean bienvenidos. Pueden salir sin miedo. Por si no le han echado una ojeada a sus instrumentos, gracias a las algas de este mar la atmósfera es respirable y no hay radiaciones ni microorganismos peligrosos. Aunque la comida local no sea muy buena que digamos…

Nadie sale, ni responden. Tal vez les cueste tanto comprender el acento del capitán Rasmusen como el de ellos a él.

Hasta que la misma voz, pero aún más tensa, dice lentamente, como para evitar cualquier malentendido: —Gracias por la bienvenida, pero creemos que usted está mintiendo. Efectivamente, figura en nuestros registros un capitán Thomas Rasmusen, como jefe piloto de una crionave llamada Santa Ana. Pero no puede ser usted. Esa nave fue dada por perdida en el…

—…Dos mil noventa y ocho —interrumpe Thomas Rasmusen —. Mañana harán cuatrocientos doce años.

Una risa escéptica se escucha por el altavoz: —Vamos, Tom…

si es que te llamas realmente así. Debes ser un prospector minero independiente o algo así. ¿Da muchas ganas de bromear el pescado local? ¿Dónde está tu nave? ¿No pensarás que vamos a creer que has sobrevivido durante más de cuatro siglos aquí y solo?

Tom sonríe y se encoge de hombros. Ya se las arregla mejor con el acento de los recién llegados. No es tan distinto del suyo; apenas un poco más gutural, y como abreviado. —Solo no, claro. Habría muerto de hambre al primer mes. Y en cuanto al pescado local… ya les decía que la comida aquí no era demasiado buena. Ambrotos dice que es culpa del exceso de cadmio en el agua, los tejidos de los seres vivos lo concentran. Y los metales pesados son veneno para los humanos. Si no fuera por él, yo…

—¿Quién es ese Ambrotos? —Hay un tono triunfal en la voz que brota del altoparlante de la Iliá Varshavsky, como si al fin hubiesen desenmascarado a su interlocutor—. Dijiste que eras el único humano en el planeta…

Thomas Rasmusen vuelve a sonreír: —Y lo soy. Ambrotos no es un ser humano. Su especie lo desterró a Tetis mucho antes que llegara yo. Vagó por el fondo del mar hasta que descubrió esta isla. Llevaba aquí más de siglo y medio cuando yo aparecí, me salvó de ahogarme y nos hicimos amigos. Y luego volvió a salvarme de morir de hambre, y pagué parcialmente mi deuda impidiendo que reventara de aburrimiento. —Acaricia suavemente el bolso de algas tejidas—. Rescaté pocas cosas de mi naufragio, pero por suerte entre ellas estaba un palmtop cultural con sesenta terabites de memoria. He visto todos los filmes y documentales, pero todavía nos quedan algunos libros… también se los leo a Ambrotos, sus ojos no son buenos para ver la holopantalla. Y conversamos. Conversamos mucho. Para eso son los amigos ¿no?

—Por favor, Thomas Rasmusen o como te llames, aparta la mano de ese bolso. —La voz suena imperativa—. Nuestro escáner ha localizado en su interior un equipo electrónico de factura primitiva y propósito desconocido… —Hay un instante de silencio y acto seguido otra voz menos marcial y más nerviosa aún inquiere—: Este… ¿Tom, no?… en el radar tenemos lecturas cercanas de un ser vivo de gran tamaño que se acerca lentamente. ¿Pudiera ser ese Ambrotos del que hablaste antes?

El capitán Thomas Rasmusen mira por encima del hombro, contrariado. —¡Le dije que no se acercara hasta que yo no hubiera terminado de hablar con ustedes…! Por favor ¡no disparen! —Y de un salto se zambulle en la oscuridad

Los potentes proyectores de la Iliá Varshavsky giran

siguiéndolo… hasta que lo descubren abrazado a la mole de Ambrotos, cuya epidermis es ahora intensamente verde.

—Mierda —se escucha indistintamente por el altavoz—. ¿Qué coño es eso?

—Es como una babosa gigante —especula la segunda voz, también asombrada—. Pero definitivamente no es un woad. Ninguno resistiría tener otro ser vivo tan cerca sin tratar de devorarlo… ni aunque fuera su propio títere.

—¡Pueden salir! ¡Ambrotos es inofensivo! —grita Thomas Rasmusen, agitando en alto su vara metálica.

—¿Qué crees? —susurra en el altoparlante la segunda voz…

La primera no responde, pero diez segundos después en la inmaculada piel de plata del enlace orbital aparece un abultamiento que crece y crece hasta que se desprende del resto del vehículo. Es una figura plateada con los contornos de un ser humano muy delgado, de altísima estatura y cuyos brazos sostienen un complicado artefacto que sólo puede ser un arma.

—Yo soy Victor Anaganda. —El gigante de plata es el dueño de la segunda voz—. Teniente-planetólogo de la Constance Duvalier. Tom, ¿te molestaría si conversamos un rato?

—…al principio no le encontraba ningún sabor, pero luego fue mejorando, se adaptó a mí o simplemente me acostumbré. Lo mismo con la sangre… el agua de este mar es salada, claro, y en cuanto a la lluvia, lo mismo, demasiado cadmio y no tengo equipo para filtrarla. Les aseguro que es una dieta sana, aunque algo monótona. Y así es como he sobrevivido hasta ahora —concluye orondo Tom, acariciando el alto flanco de Ambrotos, que yace inmóvil mascando algas a prudente distancia del fuego.

—Absurdo —gruñe el alférez-piloto Sandrajit Kostilkov. Ha plegado la máscara de su escafandra-armadura tensoactiva, y sus facciones, mezcla de rasgos dravídicos y eslavos, parecen las de un ídolo primigenio a la luz de la hoguera—. Oye, ¿te crees que porque nuestra lanzadera lleva el nombre de un escritor de ciencia ficción ruso del siglo XX nos vamos a tragar esa historia? —Mira por encima del hombro, hacia la oscuridad, pero sin dejar ni un segundo de tener cubiertos a Tom y a Ambrotos con su arma, similar a la del teniente pero aún más aparatosa—. ¡cuatrocientos doce años solo en una isla con una babosa inmortal… comiéndote su carne y bebiéndote su sangre! ¡Puaf y más puaf! —escupe con teatral

exageración—. Mira, Thomas Rasmusen o quienquiera que seas: ¿Dónde están las holocámaras y el resto del equipo de producción de la holoserie, eh? Diles que salgan… y también al que está controlando a distancia ese robot al que llamas Ambrotos, no hemos venido tan lejos para perder tiempo con bromas estúpidas.

—Es la verdad —murmura Tom—. Pero no te preocupes, entiendo que te cueste trabajo creerlo. Yo también he pensado a veces si no lo estaría soñando todo.

El teniente-planetólogo Victor Anaganda no dice nada. Solo mira alternativamente al fuego y a la extraña pareja que forman Thomas Rasmusen y Ambrotos. Al fin solicita con suave amabilidad:

—Anda, Tom, cuéntanoslo todo el principio. Pero sin tantos términos técnicos ni cifras ¿eh? No sé a Sandrajit, pero con la poca astrogación que conozco a mí me pareció que sabías lo que decías cuando hablabas de velocidad de entrada y ventana angular de penetración…

—Cualquier títere woad podría saber lo mismo. Ya veremos si es o no piloto —rezonga Sandrajit Kostilkov—. Lo que está claro es que no tenemos todo el tiempo del mundo para oír cuentos, así que acaba de repetir tu leyenda… digo, tu historia.

—De acuerdo —los ojos de Tom chispean traviesos—. Nací en Tuskeela, un pueblecito del sur de Nevada, en el 2062…

—Qué gracioso —gruñe de nuevo el piloto de la Iliá Varshavsky—. ¿Y por qué no empiezas mejor cuando tu abuela y tu abuelo se conocieron en el Viejo Oeste? Cuenta desde el accidente. Ya comprobamos con nuestros registros que los datos que diste sobre tu servicio en la USAF y tu entrenamiento en la NASA coinciden con los del verdadero Thomas Rasmusen. Pero eso no prueba nada, así que cuidado, porque al más mínimo error los pulverizo a ti y a tu mascota con mi multirifle —y palmea amenazador su voluminosa arma.

—El Santa Ana fue la primera nave colonizadora enviada por la NASA fuera del Sistema Solar —recomienza pacientemente Tom —. Éramos cuatro tripulantes: Annieska Kosciusko, Kiro Mukagami, mi Catherine y yo. Ingeniera, astrogador, médica y piloto-capitán, dos parejas seleccionadas entre miles de aspirantes no sólo tomando en cuenta la competencia profesional, sino también la afabilidad, tolerancia, compatibilidad psicológica, y porque en una emergencia cada uno podía tomar el lugar de cualquiera de los otros con la ayuda del ordenador central de la nave. En el compartimiento de carga llevábamos cinco mil personas en nichos de criosueño y todos los materiales necesarios para sacar adelante una colonia en el

tercer planeta de Próxima del Centauro. El viaje debía durar seis años. Nunca llegamos. Cuando apenas si estábamos saliendo de la nube de Oort del Sistema Solar y el reactor Bussard aún no funcionaba a toda su potencia, los instrumentos de abordo detectaron fuertes anomalías magnéticas y gravitacionales… y luego enloquecieron. Era como un vórtice que nos atraía con fuerza creciente, y aunque traté de evadirme con los chorros de posición, al final nos atrapó, todos los equipos electrónicos empezaron a fallar, todo vibraba, giraba y se tambaleaba… nos succionó y aparecimos aquí. Pienso que era un túnel dimensional o si te gusta más, un agujero de gusano…

—Tú cuenta —lo corta Sandrajit, aún hostil— que para pensar estamos nosotros.

—Pues —continúa Tom, después de respirar profundamente — salimos de ese lo-que-fuera a una velocidad tremenda… vivos y enteros, pero con el reactor Bussard inoperante y los sistemas de mantenimiento vital en crisis. El radar funcionaba sólo a intervalos, y en uno de ellos localicé a Tetis. Tuve mucha suerte: es el único planeta que gira alrededor del sol Aquiles… y tampoco es demasiado grande. Rezando para que su atmósfera tuviera oxígeno libre, jugué con los reactores de posición hasta lograr que la Santa Ana describiera una hipérbola alrededor del primario y así reduje un poco la velocidad. Pero pasamos tan cerca que si hubiera habido una erupción la fotosfera nos hubiera freído. Igual íbamos a ingresar en la atmósfera demasiado rápido. Nuestra crionave se ensambló en el espacio y no estaba diseñada para reentradas planetarias, así que no teníamos aerodinámica… ni tampoco tiempo para usar las lanzaderas de las bodegas. Me zambullí en el aire este mundo, le di las gracias a los dioses en los que no creo cuando el espectrógrafo informó que tenía un veintidós por ciento de oxígeno, perdí la mitad del revestimiento del casco pero reduje aún más la velocidad, volví a salir… y a la tercera inmersión ya seguí bajando y rezando para que la estructura aguantara.

—Todo un señor piloto —ironiza Kostilkov—. Mira, colega… la probabilidad de que una nave con las características de tu Santa Ana resista una reentrada así sin hacerse pedazos y más aún bajo control manual es prácticamente cero. ¿Lo sabías?

—Prácticamente. Pero no literalmente —precisa Tom. Sus ojos azules brillan al resplandor de las llamas mientras sigue recordando:— El caso es que lo logramos… salimos de la capa de nubes al rojo vivo, pero todavía con el casco o lo que quedaba de él en una sola pieza. Sólo para encontrarnos con otra sorpresa. —Abre los brazos y suspira—. Bueno, ustedes lo habrán visto mejor que yo

desde la órbita. No sé si este atolón en forma de herradura es la única masa de tierra emergida de todo el planeta, pero no debe haber muchas más ni muy grandes. Todo el resto es una sopa de algas y bichos voraces que no parecen tener la más mínima intención de colonizar la tierra seca en los próximos cien millones de años.

—Disculpa Tom, pero ¿durante un descenso planetario, para una nave sin aerodinámica atmosférica, no es preferible acuatizar que posarse en tierra? —duda Victor Anaganda.

—Correcto. —Ahora es Kostilkov y no Tom el que le responde a su compañero—. Pero preferiblemente cerca de una masa de tierra que los sobrevivientes puedan alcanzar a nado. En el agua, un casco dañado por la fricción se hunde rápido. Muy rápido…

—Eso fue exactamente lo que pasó —asiente con modestia el capitán Thomas, siempre mirando al fuego—. En menos de tres minutos el Santa Ana se fue al fondo. No alcanzamos ni a sacar las lanzaderas. El arnés de contención de Kiro Mukagami se rompió cuando chocamos contra el océano… murió instantáneamente con el cuello roto. Su esposa Annieska se quedó a su lado, llorando histérica mientras el agua subía y subía. Catherine y yo logramos encontrar una balsa, la cargamos con todo lo que nos pareció útil y salimos a escape con el tiempo justo para evitar la succión de quince mil toneladas de nave criogénica que se hundía con cinco mil dos víctimas en las entrañas.

—Mierda —dice sinceramente Sandrajit Kostilkov, y por primera vez se permite el contacto físico con Tom. Su mano, que enfundada en el traje tensoactivo parece de cromo líquido, roza el hombro del ex piloto de la NASA—. ¿Y qué pasó con tu esposa?

Tom se pone de pie, se aleja del fuego y luego gira sobre sus talones. Las llamas iluminan extrañamente su semblante. —Este es un mundo de mierda, Sandrajit. A veces pienso que en vez de Tetis debería haberlo bautizado Infierno Marino. Hay pocos bichos que salgan del agua, pero desde la playa Ambrotos y yo hemos visto asomar de entre las olas aletas dorsales de más de veinte metros de alto. Nada raro; también en la Tierra los animales más grandes viven o han vivido en el mar. ¿Pero te imaginas el tamaño del monstruo que nada debajo? —Es una pregunta retórica, así que continúa sin esperar respuesta—. No sé si lo atrajo el ruido del motor o si simplemente se lanzan contra todo lo que flota o se mueve. El primer ataque de abajo a arriba nos lanzó a varios metros por encima del agua. Yo tuve suerte… caí más lejos, y solo. Catherine se enredó en los cordajes. Quizás como la balsa era más

grande, al supertiburón le pareció un bocado más apetitoso. La boca que emergió tenía medio kilómetro de ancho. Más que morderla, la chupó. —Vuelve a sentarse—. Y luego… No creo en Dios… pero tal vez ese día Dios sí creyó en mí. No sé cuántas horas nadé, ni por qué suerte increíble di con esta isla antes de que me devoraran mil veces. Pero sí recuerdo, cuando llegué, medio inconsciente, que algo tiraba de mí para alejarme de la línea de las rompientes. Al despertar vi lo que era y grité. Así fue como conocí a Ambrotos.

Ambos tripulantes de la Iliá Varshavsky permanecen callados hasta que Victor Anaganda rompe el silencio, pensativo:

—Tom… es una buena historia. Podría hasta ser real. Y tu dolor al contarla también parece auténtico. Pero no te molestarás si incluso así no te creemos ¿verdad?

—¿Molestarme? —Tom ríe brevemente y acaricia el flanco de Ambrotos—. Sé que suena increíble. Si otro me la contara, yo tampoco la creería.

Sandrajit se pone de pie, brusco. Pero ya su arma no apunta a Thomas Rasmusen cuando dice:

—Mira, Tom, la diplomacia no es mi fuerte, así que hablaré claro. Pareces más humano que ningún títere de woads que nos hayamos encontrado jamás… Y créeme que me he cruzado con unos cuantos. Pero las reglas son las reglas… hay una guerra allá afuera, ahora mismo ¿entiendes? Nosotros contra esa sucia raza de telépatas esclavistas, y más de una vez nos han engañado con sus imitaciones humanas y otros trucos. No podemos correr riesgos. Y por auténtica que parezca tu historia… por favor, ¡cuatrocientos doce años! Es muy difícil de creer ¿sabes? —Alza el arma casi con renuencia—. Así que ahora Victor te tomará una muestra de ADN, la analizaremos en el laboratorio de la lanzadera y cotejaremos sus parámetros con los que aparecen en los registros, y si todo concuerda, mañana subirás a la órbita con nosotros y en menos de tres días estarás de vuelta en la Tierra. Pero, por si acaso, esta noche no te acerques a más de diez metros de nosotros. Dejaré instaladas las alarmas de perímetro… y el sistema de fuego automático conectado. Sería una pena esperar tanto tiempo a ser rescatado para morir a manos de tus salvadores. Y eso es todo. ¿Te parece bien?

El expiloto-capitán de la NASA sonríe, siempre acariciando el flanco de Ambrotos, que no ha dejado de comer ni un segundo. —Supongo que no tengo opción —dice al fin—; si me niego me dispararían ahora mismo ¿verdad? —Sin mirarlo, casi con vergüenza, los dos hombres asienten de modo casi imperceptible.

Tom se adelanta, ofreciendo el musculoso brazo. —Entonces,

adelante. —Victor hace ademán de acercársele, cubierto por el arma de Sandrajit, cuando el único sobreviviente del Santa Ana retrocede un paso—. Pero con una condición… antes de que nos vayamos de aquí, tienen que ayudarme a matar a Ambrotos. Es la única manera de evitar que siga sufriendo.

—Todo concuerda.

—¡Concuerda una mierda! cuatrocientos doce años. No puede ser. Tienes que haber cometido un error de procedimiento, se te contaminó la muestra, qué sé yo. ¿Tú viste esos dientes, esos músculos? Ese tipo tendrá como máximo medio siglo de edad.

—Yo tampoco me lo creo, Sandri… pero el ADN no miente. Y repetí el análisis tres veces. Es Thomas Rasmusen… y al mismo tiempo no lo es. Algo… no diré todavía que la carne y la sangre de Ambrotos, pero algo ha modificado sus genes evitando que se disparen los relojes de deterioro biológico. Sus células son eternas, sus neuronas dañadas pueden reponerse, sus órganos perdidos regenerarse. Es inmortal… o por lo menos tremendamente longevo.

—Y yo soy un woad bueno.

—También están los restos de la nave. Tú mismo los localizaste hace un rato con el minisatélite que dejamos en órbita.

—Muy convenientes, esos restos. Tanto que parecen una falsa prueba sembrada. Toneladas de chatarra en el fondo de un océano de quince kilómetros de profundidad, deformadas por la presión, la corrosión y el tiempo hasta ser casi irreconocibles. ¿Trajiste el batiscafo plegable, por casualidad? Porque si lo dejaste no tenemos nada que pueda llegar hasta allá abajo a echar una miradita detenida.

—Esa chatarra está relativamente cerca de la isla, y la dirección de la corriente coincide.

—Relativamente cerca, cómo no. Más de cincuenta kilómetros. Habría tenido que nadar por casi doce horas.

—El ser humano es capaz de esfuerzos físicos increíbles en condiciones extremas. Se conocen varios casos…

—Victor ¿y entonces qué? ¿Tenemos que creérselo todo? ¿Que lleva aquí cuatrocientos doce años burlando la muerte gracias a la carne y la sangre de esa babosa alienígena? ¿Y además conversando con ella sin enloquecer? Yo soy ateo, lo sabes, pero todo eso me suena demasiado a comunión cristiana: quien crea en

mí no morirá, yo soy la resurrección y la vida y todo eso. Aunque me niego a aceptar a un dios en versión babosa extraterrestre… por muy telépata y dispensador de la inmortalidad que sea.

—A lo mejor Cristo también tenía un Ambrotos…

—Mira, que no está el horno para pastelitos ni el momento para teología barata. Y no te vayas por la tangente. Piensa bien, Victor ¿y si es verdad? ¿Qué le vamos a decir al Mando? ¿Que encontramos el secreto de la inmortalidad en este planeta olvidado… y que no podemos utilizarlo porque le hicimos una promesa a un náufrago que dice tener cuatro siglos de edad y puede estar loco como una cabra?

—Tom no está loco en lo absoluto, ya quisiera verte a ti después de cuatro siglos en esa isla de mier… Un momento; te conozco, Sandrajit Kostilkov. ¿En qué estás pensando?

—En que hay que llevarse a esa babosa viva a la Tierra, sea como sea. Piensa en lo que significaría, Victor: condecoraciones, ascensos, riqueza, fama… Declaramos mentalmente insano a ese Rasmusen y luego…

—¿Luego qué? Tom dice que a medida que la enfermedad con la que la raza de Ambrotos lo castigó ha ido avanzando, el efecto bioestático de sus células sobre cualquier organismo ajeno cada vez funciona menos. Según él, esos pocos años que parece haber envejecido fueron todos durante el último medio siglo.

—Bueno, pues entonces, y siempre suponiendo que sea verdad lo que dice, tacha inmortalidad y pon longevidad extrema. Es casi lo mismo, para el caso. ¿No te gustaría poder vivir… pongamos trescientos años? Además ¿quién quita que en los hospitales y laboratorios de la Tierra no puedan curar al maldito bicho? Nuestra medicina ha avanzado mucho después del retroceso de las Guerras Anticiencia. Tenemos que intentarlo, por lo menos.

—No sé… sería traicionarlo, jugarle sucio, como quitarle un hueso a un perro o un juguete a un niño. Ese maldito bicho, como tú lo llamas, ha sido el único amigo de ese hombre por más tiempo que el que llevamos usando el motor Hawkings. ¿Tú has tenido alguna vez una relación tan larga?

—No estamos hablando de mí, Victor. Pero razona: ¿pedirnos ayuda para matar al ser gracias al cual ha sobrevivido todo este tiempo? No tiene ninguna lógica. Es la prueba de que Rasmusen está loco, y las promesas hechas a los locos no comprometen.

—Si Ambrotos está tan enfermo como él dice y no puede morir, entonces sí sería lógico. Eutanasia.

—Por cierto, ya que hablamos de eso: ¿Cómo piensas matar a un ser inmortal? Si Rasmusen realmente ha regenerado miembros y órganos perdidos, la babosa debe ser peor.

—Con una termonuclear de plasma tamaño medio. Volatilizaría hasta su última molécula, no quedaría nada que regenerar.

—Mierda, sí, eso podría funcionar, pero… ¿y cargarte de paso media biosfera con la onda expansiva y la radiactividad?

—Se recuperará. Y si no lo hace y desaparecen tiburones gigantes y cangrejos telescopio ¿a quién le importaría? Nadie volverá jamás a este planeta, Sandri. Está demasiado lejos de todo, y sin tierras emergidas, su valor militar es nulo.

—No tanto; gracias a esas algas rojas en el mar tiene bastante oxígeno, y hay otros cuatro islotes…

—En la Vía Láctea los mundos con oxígeno se encuentran a paletadas. Y vaya islotes… ninguno tiene más de una hectárea. Además, tú que viste el levantamiento geológico del satélite, sabes que no son sino las cumbres de sendos volcanes sumergidos, y que como este mundo no está tectónicamente muerto, además de ser pocos, como mismo emergieron cualquier día pueden volver a hundirse en las aguas. Con razón la vida local no se ha molestado en ocuparlos.

—De acuerdo, este mundo es una mierda, ningún humano querrá visitarlo nunca y hasta podríamos justificar como un acto de patriotismo el llenarlo de radiactividad para inutilizarlo como posible base para los woads, que también respiran oxígeno… pero yo lo pensaría dos veces antes de regar material genético de ese Ambrotos por todo un planeta. Si alguna célula sobrevive a la explosión y cae al agua, a lo mejor dentro de un par de decenas de años podrían haber millones de hijas suyas arrastrándose por el fondo de ese océano…. Eh, espera. Diablo astuto ¿tu plan es que volvamos entonces a ver si alguna de ellas superó la enfermedad con la que castigaron a su progenitor?

—No, Sandri. Además, si lo que Tom dice es cierto, y ya vimos que todo lo que nos ha contado hasta ahora lo es, la raza de su inmortal amigo babosa está tan adelantada en medicina con respecto a la nuestra que no podemos ni imaginarlo. No sé cuál sería el crimen de Ambrotos, pero debió ser grave. Una eternidad de vida y dolor sin posibilidades de reproducirse no es un castigo leve. Así que tampoco debe ser revocable por mutación espontánea o trucos así… suponiendo que algo quedara después de una termonuclear de plasma.

—Eso es lo que Ambrotos le contó a Tom. No quiere decir que sea verdad. Me cuesta trabajo tragarme eso de un ser vivo siendo teledeportado a este mundo así no más, sin nave ni motor Hawkings.

—Hace cuatrocientos años años, cuando Thomas Rasmusen pilotaba la Santa Ana, tampoco se conocían los agujeros de gusano ni el motor Hawkings…

—Y si me repites otra vez lo que dijo ese Clarke, que una tecnología lo suficientemente avanzada no se distingue de la magia, te escupo un ojo. De acuerdo, Ambrotos se portó mal, lo castigaron con esa… llamémosle mutilación incurable, lo enviaron de una patada a este culo del universo ¡y llegamos nosotros, y en agradecimiento a que ha prolongado durante cuatro siglos la vida de un estúpido pero afortunado capitán de la NASA, lo matamos! ¿Te parece justo? Rasmusen está loco, pero nosotros podríamos tener un mínimo de gratitud, en nombre de la humanidad.

—¿Tú hablando de gratitud, y en nombre de la humanidad? ¿No te rindes nunca, eh? Además, no es a ti ni a mí a quien tiene que parecernos justo, Sandri, sino a Ambrotos. O en todo caso a Tom, que lo conoce como nadie. Y si los dos creen que es el mejor camino, por algo será.

—Ah, ese loco de Rasmusen… ¿de veras crees que esa babosa se comunica con él? Hasta ahora nunca la he oído diciendo nada.

—Tom dice que prefiere no usar su telepatía, porque cada vez que lo hizo le causó un dolor de cabeza que duró semanas…

—Muy conveniente. Muy indemostrable. Como el chiste del tipo al que le vendieron un búho en vez de un loro: no hablaba, pero ¡prestaba una atención…!

—¿Estás dispuesto a enfrentar semanas de migraña por una simple demostración?

—¿Y qué si así fuera, Victor? Es mi cabeza.

—Y si oyeras la voz de Ambrotos en tu mente ¿te convencerías de que todo lo que dice Tom es real?

—¿Sinceramente? No…

—Lo sospechaba.

—Entonces…

—Entonces, ya que se trata de una cuestión de fe, la convertiremos en una cuestión de autoridad. Alférez Sandrajit Kostilkov ¡firmes!

—Victor, no jodas…

—Alférez ¿esto es una insubordinación? La caja negra de la nave está registrando…

—Mierda y remierda. No me vas a intimidar. La borras cada vez que regresamos a la Constance…

—Pero sólo yo conozco la palabra clave para hacerlo. Por última vez: Alférez Sandrajit Kostilkov ¡firmes!

—…

—Eso está mejor. Escuche bien, alférez. En dos horas amanecerá y recogeremos al capitán Thomas Rasmusen. Quiero que instale un detonador radiocontrolado en una de las bombas termonucleares de plasma tamaño medio que llevamos abordo ¿comprendido?

—…

—Alférez Sandrajit Kostilkov ¿me ha comprendido o no?

—Comprendido, comprendido. Comprendido que no seremos inmortales porque eres un imbécil sentimental, y que para más INRI no puedo hacer nada por evitarlo, teniente Victor Anaganda. Pero igual te quiero, pedazo de estúpido.

—Tomaré eso como un sí. Y supongo que yo también te quiero un poquito, so rata, o ya hace años que nos habríamos matado uno al otro.

—… y después de superar el retroceso tecnológico que dejaron las Guerras Anticiencia… cuando acabábamos de descubrir el motor Hawkings, la antigravedad y el efecto tensoactivo… nos encontramos a los woads y su imperio de razas títeres telepáticamente controladas… y llevamos veinticuatro años luchando con ellos. —Casi sin aliento, el teniente-planetólogo Victor Anaganda concluye apresuradamente su breve resumen y al fin se rinde. Su fino mono de algodón azul está empapado en sudor—: Tom… por favor… ¿podrías ir más despacio? Hace calor aquí… y no tenemos ninguna prisa.

Thomas Rasmusen se detiene junto a lo que parecen trozos de una inmensa armadura medieval. Aunque tiene demasiados miembros para ser humana. —Este es el cangrejo telescopio adulto que mató Ambrotos… cuando yo ya llevaba unos ciento veinte años aquí. —Se vuelve hacia el otro hombre y confiesa de pronto:— Es raro. Tanto tiempo soñando con volver a la Tierra, y ahora casi me da pena dejar este islote, este mundo. cuatrocientos doce años… me lo repito muchas veces, pero no me parece que hayan sido tantos.

He sido feliz aquí, Victor. Si por lo menos pudiera llevarme a Ambrotos…

El ruido de las botas del tercer hombre precede a su aparición. El alférez-piloto Sandrajit Kostilkov también suda jadea cuando los alcanza, aunque se ha enrollado en torno a la cintura la parte superior de su mono de algodón rojo dejando al aire su torso lampiño, cuasi esquelético y de piel lechosa:

—Mierda… qué asco de lugar, no sé cómo pudiste aguantar todo este tiempo con este sol infame. Esta isla parece la calva de mi abuelo, no hay ni una brizna de hierba, de veras que si no llega a ser por Ambrotos… —Descubre los restos de la inmensa armadura destrozada—. ¿Y esto? ¿Otra nave?

—Es un cangrejo telescopio adulto —le explica Victor con suficiencia—. Ambrotos lo mató una noche, hará unos trescientos años.



Ilustración: Valeria Uccelli

Sandrajit se acerca a investigar. Algunos de los trozos del exoesqueleto córneo tiene diez o más metros de largo. —¿Un adulto? —gruñe al fin, incrédulo—. Es grande. ¿Y dicen que Ambrotos lo mató? ¿Cómo… haciéndole cosquillas?

Tom se encoge de hombros: —En el mar de Tetis hay bichos realmente grandes. Los cangrejos telescopio que les enseñé corriendo por la playa y escondiéndose entre las algas crecen hasta convertirse en titanes como éste: por suerte parece que no les gusta mucho abandonar el agua… con ese tamaño debe serles duro caminar sin su sostén extra. En cualquier caso este salió una noche a investigar, nos encontró y quiso averiguar qué sabor teníamos. Pero Ambrotos le gritó telepáticamente y su sistema nervioso estalló —sonríe—. Se derrumbó como un castillo de naipes. Y por un mes completo tuve una migraña mucho peor que ésta que tengo ahora. Claro que no me quejo; no estaría vivo si no fuera por Ambrotos. —Y echa a andar hacia la cercana lanzadera, que parece una incongruente y aerodinámica gota de plata posada en la playa negruzca.

—Sí, claro —dice simplemente Sandrajit, aún impresionado

por las dimensiones que debió tener en vida el cangrejo telescopio —. Y hablando del rey de Roma ¿dónde está esa maravilla de Ambrotos?

—Se fue —responde lacónico Victor, mirando cómo Tom se acerca a la lanzadera.

—¡Mierda! —estalla el piloto de la Iliá Varshavsky—. ¿Cómo que se fue? ¿A dónde?

—Se arrastró hasta la playa, entró en el agua y se deslizó hacia la profundidad por la ladera del volcán sumergido —explica Tom, frotándose las sienes sin mirar atrás—; el mismo camino que usó para llegar, sólo que al revés. Sandri, si quieres comprobarlo puedes seguir su rastro de mucus, pero no te aconsejo que te metas en el agua. Regresará en cuanto hayamos despegado. Es sólo que no quería inducirlos a incumplir su promesa.

—Tom, yo te juro que… —empieza a decir Sandrajit, pero Victor lo corta.

—No digas nada, Sandri. Tom me repitió casi palabra por palabra la discusión de la madrugada —ríe sin ganas el teniente-planetólogo—. Ambrotos se lo contó todo esta mañana… por eso tiene dolor de cabeza. Y después de ver lo que quedó de ese cangrejo telescopio tamaño familiar me alegro mucho de que al final optáramos por hacer lo correcto.

—Ambrotos y yo también nos alegramos —tercia Tom, ya junto a la espejeante superficie de la Iliá Varshavsky—. No le gusta matar… para un inmortal la vida es siempre preciosa, aunque sea ajena.

Ni Victor ni Sandrajit responden. Han entrado en el enlace orbital. Segundos después entre los dos, pasándolo a través del casco tensoactivo sin escotillas, sacan un cilindro pequeño pero tan pesado, que sudan y jadean como galeotes cuando lo depositan sobre la arena, donde se hunde varios centímetros.

—Aquí está lo que le prometí —dice el teniente-planetólogo —. Una carga termonuclear de plasma tamaño medio… pienso que debería bastar. La detonación se controla a distancia. Pero ¿cómo sabremos cuando activarla? ¿Y si su amigo no logra regresar a esta playa antes de que la Constance Duvalier abandone el sistema? Por lo que vimos no es precisamente muy rápido.

—Llegará —responde muy confiado Thomas Rasmusen. Echa una última mirada al mísero islote en el que tanto tiempo ha vivido, y murmura:— Una cruz estaría bien, o algo… pero tampoco tiene mucho sentido, la explosión la destruiría…

Luego suspira, se encoge de hombros diciendo: —Vamos. —Atraviesa la superficie tensoactiva con una larga zancada y entra en una nave humana por primera vez en cuatrocientos doce años.

—… y aunque los woads y sus títeres seudohumanos son todavía una plaga, no se vive tan mal en la Esfera humana —explica Victor, incansable—. Todavía no tenemos naves de campos ni teleportación… cierto que si no hubiera sido por el retroceso de las guerras Anticiencia, quién sabe, pero ahora al menos contamos con la tecnología tensoactiva que sirve para los cascos y las escafandras; con los generadores antigrav para los vuelos interplanetarios, y con el motor Hawkings para los interestelares. No se puede usar dentro de la esfera gravitacional de un sistema solar, pero permite atravesar la galaxia entera en un abrir y cerrar de ojos, es una maravilla; no más criosueño, pronto lo verás. No te diré que la Esfera Humana sea el paraíso, porque muchos dicen que el Mando es una dictadura militar… Y claro, todavía también hay ricos y pobres, pero nadie se muere de hambre si trabaja…

Con su largo y fornido cuerpo acurrucado lo mejor que puede en un rincón del pequeño vehículo de enlace orbital concebido para dos tripulantes, Tom escucha paciente la incontenible perorata del teniente-planetólogo. Su vista está clavada en una holopantalla en la que el infinito océano rojizo velado por grandes nubes que es Tetis se aleja más y más a cada segundo. Ya ni siquiera se distingue el pequeño islote en que pasara más de cuatro siglos.

—Victor —interviene de pronto Sandrajit, con tono irónico—; ¿por qué no te callas? ¿No te das cuenta de que a Tom le duele la cabeza… y que tiene muchas cosas en qué pensar?

—Exacto. Como por ejemplo, en cómo será su nueva vida de vuelta a la Tierra y la humanidad —replica un tanto molesto el teniente-planetólogo—. Alférez Kostilkov, creo que…

Y calla en mitad de frase.

Sencillamente, no se puede hablar mientras se escucha eso.

Y los tres lo escuchan. O lo sienten.

No son palabras, sino una especie de onda mental, un estremecimiento que reverbera en sus cerebros y en el que se mezclan la gratitud, el alivio y un cansancio gigantesco con unas desesperadas ansias de paz.

Y luego una esperanzada expectación que se mantiene

resonando, como una nota grave del órgano hace vibrar toda la iglesia. Que espera.

Tom es el primero en hablar. Tembloroso, sólo dice: —Llegó. Es hora.

La voz del teniente-planetólogo Victor Anaganda también vacila cuando dice: —Bomba. Hiroshima —para añadir acto seguido —. Tom, tenías razón… qué dolor de cabeza.

—No es tan insoportable —porfía aún el escéptico Sandrajit.

Los tres miran a la holopantalla.

Y entonces, de golpe, sin transición, la nota mental se extingue como si nunca hubiera existido.

Por un larguísimo instante parece como si nada más fuera a ocurrir. Luego, el inconfundible hongo de la explosión termonuclear nace, crece y se eleva veloz y voraz casi hasta la estratosfera del planeta océano, hasta que su luminosidad es tan fuerte que la holopantalla se oscurece automáticamente para proteger la vista de sus usuarios.

Tom aprieta los labios. —Adiós, amigo —dice, y una lágrima solitaria resbala por cada una de sus curtidas mejillas en medio del espeso silencio…

—Ojalá de paso haya freído a unos cuantos supertiburones y cangrejos telescopios adultos de esos —gruñe Sandrajit, hurgando en el botiquín de abordo—. ¿Alguien más quiere aspirinas?

—¿Se… se ha ido? —Victor tarda casi un minuto en atreverse a preguntarlo. Y rechaza la aspirina que su compañero le ofrece.

—Se ha ido —confirma Thomas Rasmusen, que ni siquiera mira a Kostilkov—, se ha ido y ya no sufre más. —De repente, sonríe, sin mirar hacia ningún sitio en particular:— ¿Les digo algo? Nunca entendí por qué no quería contarme qué crimen le había costado el destierro de su gente. Aunque tampoco le gustaba hablar de cómo era vivir entre ellos.

—Supongo que le sería más fácil así —gruñe Sandrajit—. Mierda, ¿cuánto demorará esa pastilla en hacer efecto? Esto es una migraña con todas las de la ley. Y ya que hablamos de no entender ¿por qué coño le pusiste Ambrotos?

Victor empieza a reír, pero Tom lo mira reprobador y se calla.

—Nadie nace sabiendo. Yo también lo hubiera preguntado cuando llegué a Tetis. Por cierto, entonces no sabía quién era, ni tampoco Aquiles. A un capitán piloto de la NASA no se le exigen

demasiados conocimientos de cultura clásica ¿eh, Sandri? —le guiña el ojo al alférez-piloto, que asiente, aunque algo mosqueado—; por suerte tuve cuatrocientos doce años para aprenderlo. Los dioses olímpicos bebían néctar y comían ambrosía. El alimento divino. Ambrotos, en griego clásico, quiere decir inmortal.

En Axxón 153 publicamos “Apolvenusina” de Yoss y dijimos que teníamos cuatro relatos esperando… Ahora publicamos “Ambrotos” y seguimos teniendo cuatro. Eso sólo se explica admitiendo que Yoss nos envía un relato por mes… Si no les alcanza con lo que acaban de leer, hay más Yoss a lo largo y a lo ancho de Axxón. “Destrúyenos porque nos amas” (94), “El tiempo de la fe” (97), “El arma” (106), “La performance de la muerte” (110), “Las chimeneas” (113), “Ese día” (128), “El primer viaje de la ‘Argonauta’” (132), “Kaishaku” (142), “La cumbre de la respuesta” (150).

Perdido

Daniel Valdez

—¿Querés otro café?

—Si, dale. Con edulcorante. No, no es por la silueta, es que el azúcar pica los dientes, ¿sabés?

—¡Mozo!

—Decime, Ignacio, ¿de dónde sacás esas historias locas y delirantes?

—Son lo que comúnmente se llaman leyendas urbanas. Historias que circulan por ahí, que inventa la gente o nacen de algún hecho real que las personas malinterpretan. También conozco casos surgidos de alguna universidad, producto de ciertas investigaciones sociológicas o psicológicas. Se hacían circular historias fantásticas y se medía tanto el tiempo que tardaban en expandirse por el país como la forma en que iban cambiando a medida que la gente las difundía.

—Interesante.

—Sí, fascinante, diría yo. Siempre me interesaron.

Un mozo se para junto a la mesa.

—Dos cafés. Uno con edulcorante.

—Hay una que no se la conté a nadie todavía. Me la contaron el otro día, en un congreso de gastroenterología en La Plata.

—¡Qué palabrita, che! ¿No tenías una más difícil?

El mozo se acerca y deja lo pedido, acompañado de un platito con dos minúsculas medialunas.

—La historia es así: hace un par de años un médico se trasladó a una casa a atender una emergencia. Se trataba de una anciana que se quejaba de fuertes dolores en el pecho. Los achaques de la edad la tenían inmovilizada en la cama desde hacía un tiempo. La atendía su hijo, un tipo cincuentón, con mirada triste. Los dolores en cuestión se debían a una insuficiencia cardíaca, que determinaron una internación de urgencia. El hijo iba todos los días a recibir el parte médico y se quedaba al pie de la cama hasta que terminaba la hora de visita. Se llamaba Oscar y era poeta. Esto le cayó bien al médico, pues le gustaba escribir. Era su pasatiempo. A veces se quedaba un rato después de hora y hablaban de literatura.

Terminaron haciéndose amigos.

Sonó el celular de Darío. Para Elisa. Acelerada y artificial. Contestó.

—Hable… Sí, sí, está bien. Ahora no puedo. La reunión se atrasó. ¿Qué querés que haga? ¿A las ocho? Bueno, creo que llego. Si no puedo, te llamo. No, no importa, yo me hago algo. Sí. Marta, tengo que cortar, estoy en medio de la reunión. Chau. Cualquier cosa te llamo. Chau.

Darío miró el teléfono con fastidio, lo pensó un segundo y lo apagó. Lo dejó sobre la mesa.

—Dale, seguí.

—Bueno, al mes y medio de internación la anciana hace una crisis y muere. Oscar queda maltrecho. Muy deprimido. El médico, compasivo, va al velorio y Oscar le cuenta amargado que ya no le queda familia ni nada que valga la pena. Su propia hija había fallecido en un accidente de auto un año antes. Su poesía, salvo dos preciosos manuscritos, perdida para siempre.

—¿Perdida? ¿pero cómo? —se sorprendió Darío.

—Eso mismo quiso saber el doctor. Oscar le cuenta sus manías. Que es desconfiado con la tecnología. Que no sabe por qué. Simplemente no soporta las máquinas. Escribió sus poemas a mano, año tras año. No era muy prolífico. Tenía esporádicos períodos de gran inspiración y cuando aparecían, dejaba todo lo que estaba haciendo y escribía. Tenía su obra esparcida en servilletas de bar, en reversos de recibos, en los bordes apretados de paquetes de cigarrillos. En cualquier parte. Los guardaba en una caja de zapatos, todos mezclados, la tapa asegurada con una goma elástica. Discutía frecuentemente con su hija. Quería convencerlo para que clarificara su obra, que la pasara en limpio. Él se negaba. En este punto hay que aclarar que el poeta tenía una letra espantosa. Nadie podía entenderla. A veces, hasta le daba dificultades a él mismo. ¿Qué pasaría si le sucedía algo?, ¿quién podría disfrutar de su arte si no estaba él para leerlo? Éstos y muchos otros argumentos machacó la hija sobre el padre una y otra vez, hasta que, cansado de las discusiones sin fin, el poeta accedió. Llegaron a un acuerdo mediante el cual él leería sus papeles mientras su hija los iría pasando por un procesador de texto. Una tarde, comenzaron con la tarea. Alcanzaron a procesar dos textos y la hija estaba muy entusiasmada con el resultado. Los poemas eran brillantes, evocadores. Le llegaban al alma. Los encontraba maravillosos y estimulantes, dignos de publicarse. En la calle, sonó una bocina. Era una de sus amigas. Habían quedado en verse esa tarde y ella lo

había olvidado. Un poco apesadumbrada, se disculpó con su padre y dándole un beso se despidió de él. Nunca más la volvió a ver. El accidente ocurrió a pocas cuadras de su casa. Un camión cargado de cereal las pasó por arriba como si no existieran. Luego de eso, Oscar se hundió en la apatía. La obligación de atender a su madre, debilitada aún más por la tragedia, lo mantuvo vivo. Realizaba las actividades diarias como un autómata, cargándose de obligaciones extra para no pensar. Por las noches, cuando su madre no lo reclamaba, se hundía lentamente en la miseria hasta que el sueño lo vencía. Pasó un largo tiempo así. Una mañana, mientras se preparaba el desayuno, vio asomando por debajo de unas revistas las hojas que su hija había escrito. Las tomó despacio y pensó en ella. Concluyó que el mejor homenaje que le podía hacer era terminar con el trabajo. Encontraría a alguien que quisiera pasarle los textos en limpio y movería cielo y tierra para que se los publicasen. Si era necesario, pagaría él mismo la edición. En la primera página escribiría "Para Silvina, por amor, para mi amor, dondequiera que estés". Se fue a la pieza y abrió la caja. Comenzó a sacar los papeles con ceremonia uno por uno. Los examinó con atención. Los miró al derecho y al revés. Los giró. Los puso a trasluz. Eran un galimatías incomprensible. Se dio cuenta con espanto que ya no podía reconocer su propia letra. No entendía lo que estaba escrito. Veía los trazos hechos con diferentes colores. Esta servilleta con negro, esta hoja en azul. Una letras pequeñas y apretadas en verde como una fila de hormigas en un paquete vacío de Marlboro. Miraba los papeles sin comprender. Le temblaban las manos. No había escrito nada desde la muerte de su hija. Se fue a la cocina y manoteó un lápiz y un anotador que descansaban a un costado del teléfono. Escribió. No pudo sacar nada en limpio de aquello. No se entendía. Ponía toda la atención y buena voluntad de que era posible y sin embargo, el resultado seguía siendo el mismo. Unos trazos retorcidos, carentes de significado. Fue como una segunda muerte para él, después del accidente.

—¿Cómo puede uno olvidar su propia letra? Es una locura, viejo — se escandalizó Darío.

—No sé, la historia es así. Quizás alguna especie de trauma psicológico por lo de la hija. Seguro puras fantasías —especuló Ignacio pensativo.

—Che, me está dando hambre. ¿No querés un familiar de jamón y queso?

—No, no tengo hambre. Comé vos si querés.

—¡Mozo!

—Estos zapatos me están matando. Eso me pasa por miserable. ¿Se dará cuenta alguien si me los saco?

—¿Quién se va a avivar, si estamos en la mesa del rincón? Sacátelos, no seas histérico. —Darío levantó la vista. El mozo, alto como una torre lo observaba impasible, con cara aburrida. —Un familiar de jamón y queso. Tostado. Sin corteza —le dijo.

—Si no te lo llegás a comer del todo, te ayudo a terminarlo.

—¡Ah!, al final aflojaste. ¿Estás seguro que no querés uno entero?

—No, no. Me hiciste antojar vos, nada más.

—Bueno. Dale.

—El médico termina la conversación con Oscar y, sensible como era, queda preocupado por la salud mental del hombre. Teme que la depresión, que seguramente aumentará con el tiempo, lo empuje a hacer algo terrible. Si los poemas son tan buenos como dice, sería una verdadera pérdida ver desaparecer a su creador en forma violenta. Decide pedírselos y leerlos. Oscar saca del bolsillo de su saco dos hojas arrugadas y se la entrega casi sin mirarlas. Las lleva encima —dice— como una forma de hacer participar a su hija del velatorio. Luego del entierro, se despide del poeta y va a su casa. Se encierra en el baño y lee los textos. Queda maravillado. El tipo no había exagerado nada. Eran de una calidad excelente.

Vuelve el mozo y deja sobre la mesa una bandeja plateada con un sándwich encima. Debajo desliza una tirita de papel con la cuenta. Darío la mira de reojo y silba por lo bajo. —¿Es importado el coso este? —protesta. Ignacio estira el cuello para curiosear el precio. Se acomoda en la silla.

—Resulta que el médico es asiduo asistente a congresos, por lo que tiene muchas relaciones —continúa Ignacio, mientras Darío le entra sin piedad al familiar— y conoce a un colega muy brillante que tiene además un título en ingeniería robótica. Está al tanto de sus experimentos y decide contarle el caso del poeta para ver si puede ayudarlo. Al poco tiempo se presentan en la casa de Oscar y le dicen que el doctor Úbeda —así se llamaba el amigo en cuestión — tiene una idea para ayudarlo. Le explican que Úbeda ha estado probando prótesis ortopédicas para personas discapacitadas que se insertan en el paciente junto con pequeños microchips y que éste, valiéndose de la asistencia de una computadora, intenta dominarlos y regular sus movimientos. Que para su caso, estaría dispuesto a realizar ciertas modificaciones para intentar resolver su problema. Por supuesto, Oscar se niega. Invocando su fobia, echa a patadas a los dos profesionales y les grita que ya no los quiere ver más. Pasan

algunas semanas y en el consultorio del médico suena el teléfono. Es Oscar, que le dice que por favor lo disculpe por el arranque del otro día y le implora que vuelva con el doctor Úbeda para seguir charlando. Se encuentran esa misma tarde y Oscar les confiesa que ha cambiado de opinión a causa de un milagro. Su hija se le apareció la otra noche en un sueño lúcido. Estaba parada al lado de su cama y sin mover los labios una voz le decía dentro de su cabeza que por favor terminara la obra. Se despertó afiebrado y tembloroso y ya no pudo conciliar el sueño por el resto de la noche. Les dice que va a realizar el máximo esfuerzo del que se siente capaz, por la memoria de su hija, que eso le va a dar fuerzas y que se pongan manos a la obra. El médico asiente complacido y se citan para el sábado próximo. Llega el día. Sentados en la mesa del comedor, Úbeda va tranquilizando a Oscar y mientras despliega números y diagramas le explica en qué consiste su propuesta. Hará un molde de su brazo, muñeca y mano con yeso, el que luego transferirá a un armazón de PVC con el interior forrado de goma-espuma. Tendrá pequeñas bisagras que permitirán su apertura para que Oscar pueda acomodar el brazo verdadero dentro del hueco. Una vez cerrado, lo conectarán a un sistema de articulación hidráulico unido por cables a una computadora. Cuando el sistema sea operativo, la mano artificial sostendrá una lapicera y el brazo metálico irá escribiendo las letras del alfabeto una por una, como si estuviera aprendiendo a escribir. Oscar sólo tendrá que concentrar su cerebro y vista en los movimientos que el sistema le imprime a su brazo y ver cómo se van formando las letras. Harán imprentas y luego cursiva. Una tras otra, sesión tras sesión, hasta que Oscar decida parar. Úbeda está seguro que con este sistema, las “pistas” de su cerebro se fortificarán progresivamente, hasta alcanzar el punto en que, por repetición, escribir las letras será para Oscar un acto reflejo, evitándole “pensar” en ellas. Saldrán en forma tan natural, que ni se dará cuenta. Cualquier bloqueo que lo amenazara quedaría así conjurado. Para terminar su exposición, Úbeda agrega que como beneficio colateral, Oscar logrará mejorar también su escritura.
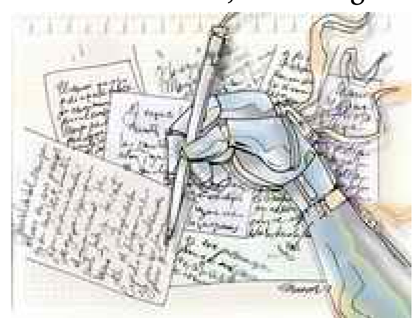


Ilustración: FRAGA

—Esto es una pelotudez. ¿A quién se le ocurriría semejante idiotez como terapia? —dijo Darío mascullando una sonrisa.

—No sé la antigüedad de la historia, aunque por los elementos que tiene adivino que no es muy vieja, así que es poco probable que haya cambiado demasiado. Seguramente el que la inventó no tenía mucha idea de lo que es la medicina o la robótica. Tampoco de neurología.

—¿Neurologia? Que yo sepa, aquí no hay ningún neurólogo.

—Porque te estás adelantando. La cosa sigue. Cuando todo estuvo dispuesto, Oscar metió con desconfianza su brazo en el armazón y comenzaron las pruebas. Pasó mañanas enteras en compañía de la máquina haciendo letras y más letras sin parar. Concentrado, con ojos afiebrados y enrojecidos observaba cómo la mano de plástico iba creando los caracteres sobre las hojas predispuestas de antemano en un bastidor, al principio lentamente y luego de un tiempo, de manera más fluida. Cada tanto, Oscar desconectaba todo y tomaba un lápiz. Se acercaba aprensivo a su anotador e intentaba escribir alguna frase. El resultado era siempre el mismo: huellas de patitas de araña o ciempiés embebidas en tinta, que reptaban insolentes ante su vista. Perseveró. Pasaron meses. Al principio, los doctores lo seguían con atención. Luego, las visitas comenzaron a espaciarse cada vez más, reemplazadas por simples llamadas telefónicas para chequear sus inexistentes progresos. Al final, veía más al técnico que revisaba la maquinaria que a sus propios terapeutas. Un día no lo soportó más. Parado con los brazos en jarra arremetió contra la máquina y pateó el brazo bruñido hasta que comenzó a doblarse y se desprendió de su soporte, arrastrando lo cables tras de sí y haciendo caer la computadora de la mesa. El monitor dio una voltereta cómica en el aire y se estrelló en las baldosas del comedor, astillándose con un ruido explosivo. Por la tarde, Úbeda y el médico miraban desolados el espectáculo y, no obstante reconocer a regañadientes su fracaso, le informaron que tendría que pagar por los daños. Arruinado y sin esperanzas, Oscar vegetó. Encerrado en su casa, apenas comía. Le creció la barba de puro abandono. Le cortaron la luz y el gas. Como un espectro, se arrastraba por las habitaciones de la casa y muy pocas veces se asomaba por las ventanas. La tarde más corta del año, que anunciaba la llegada del invierno, llamaron a su puerta. Se asomó y vio al doctor Úbeda que esperaba nervioso del otro lado. Lo hizo pasar. Luego de los saludos de rigor, Úbeda le preguntó si estaba bien, pues lo veía muy desmejorado. Oscar le dijo que no se preocupara, que todo estaba bien. Tomaron café. Úbeda le contó que había recibido una carta de un neurólogo de apellido Moss del

MIT, quien había tomado conocimiento de sus intentos de ayuda a Oscar y que, enterado de su fracaso, se había puesto a pensar en el problema. Lo invitaba a compartir información y debatir el asunto. Y que eso era lo que había estado haciendo todo este tiempo. No le había contado nada a Oscar porque si estos debates no daban fruto, no quería entusiasmarlo en vano. Sin poder ocultar el entusiasmo, Úbeda le dijo que sí estaba de acuerdo, quería intentar una vez más con una técnica totalmente distinta. Moss tenía un proyecto interesante cuyo resultado final consistía en lograr conectar el cerebro humano a una computadora. En los últimos años había alcanzado progresos tangibles, los que lo animaron a contactarse con él. Oscar quedó perplejo. Después de lo que había tenido que soportar, allí estaba otra vez este doctor haciéndole propuestas como si nada hubiera pasado. Muy enojado, le reprochó primero su abandono y luego los gastos que le había obligado a afrontar, sumiéndolo en la indigencia, sin mencionar los sufrimientos que todo ello le habían ocasionado. Úbeda se mostró comprensivo y en tono conciliador le pidió que reflexionara y no tirara por la borda esta oportunidad única. También le dijo que estaba dispuesto a cubrir inmediatamente sus necesidades más urgentes y que luego del experimento, que él descontaba exitoso, ya se encargaría de compensarlo adecuadamente. Oscar lo escuchó atentamente y luego de pensarlo un buen rato, lo despidió hasta un próximo encuentro. Mientras éste se producía, Úbeda tuvo que hacerle unas visitas a las compañías de gas y luz en nombre de Oscar.

—Che, yo me voy a pedir una cervecita. El sándwich me dio sed. ¿La compartimos?

—Dale. Se me secó la garganta.

—Seguí.

—El día acordado, Úbeda llega a la casa de Oscar con un camión. Tiene que trasladar lo equipos allí, pues no logra convencer a su paciente de trasladarse al laboratorio. Muchos técnicos trabajan un par de días tendiendo cables e instalando dos poderosas computadoras en la sala. Oscar mira desconfiado todos los preparativos.

—¡Mozo! —Otra vez la torre se abalanza sobre ellos, amenazante.

—¿Señor?

—Una cerveza con dos vasos, por favor.

—¿Tres cuartos?

—No, de litro —le responde Darío, buscando la aprobación

de Ignacio mirándolo de reojo.

—Como no… —dice el mozo, desapareciendo por atrás de su espalda.

—Cuando todo está dispuesto —continúa Ignacio—, Úbeda le explica a Oscar los detalles del plan. Van a conectarle el cráneo mediante unos electrodos hipersensibles a una de las computadoras de la sala. Realizarán todos los ajustes necesarios hasta que la conexión sea perfecta. Las ondas cerebrales de Oscar estarán enlazadas a la computadora mediante un poderoso programa desarrollado por el doctor Moss. Sólo una parte del programa se encuentra aquí. El resto, la parte más importante, se encuentra en el Cuartel General de Moss en Massachussets. Hecha la conexión primaria, se enlazarán vía Internet con el resto del equipo y comenzará el experimento.

Darío mira la botella ámbar que el mozo acaba de dejar. Pequeñas gotitas de humedad le contornean el talle. Le saca despacio la etiqueta y la hace un bollo. Toma los dos vasos y los llena hasta el borde. Atrapa un puñado de maní salado de un platito y los va dejando caer en su boca de a uno. Se acerca un vaso y lo baja hasta la mitad.

—En los días sucesivos, Oscar finalmente conoce al doctor Moss. Mediante teleconferencia, Moss le explica a grandes rasgos —con Úbeda haciendo de traductor— lo que quieren lograr. Cuando todo esté a punto, Oscar sólo tendrá que pensar en palabras y símbolos. Si todo sale según lo previsto, del otro lado, los pensamientos de Oscar serán recibidos y traducidos en caracteres legibles y se podrán leer como si los estuviera tecleando con sus propias manos.

—Pará un poco, Ignacio. Esto no tiene sentido. ¿Por qué Oscar no tomó directamente el ordenador de su hija y simplemente tecleó sus poemas allí? Si era tan fóbico, no hubiera soportado los manejos de esos doctores. ¡Ni siquiera hubiera soportado meter la mano en ese brazo hueco, ni lo que vino después! Esta historia hace agua por todos los costados.

—Te la estoy contando tal cual me fue transmitida. Tené en cuenta que es una fábula. Un artificio para poner en evidencia el verdadero misterio que se desprende de su final. Eso es lo verdaderamente importante. Las consecuencias. Que te quedes pensando en ellas, que se te ericen los pelos de la nuca cuando pensés en ello. Todo lo demás es como un tinglado. Dependiendo del arquitecto, será más o menos bello. ¿Entendés?

—Sí, entiendo. A este arquitecto le faltaron algunas materias,

¿eh?

—Más o menos. Bueno, llegado el momento crucial, todo está dispuesto. Los ordenadores trabajando, Oscar conectado, con Úbeda a su lado y el doctor Moss expectante a doce mil kilómetros de distancia. Le dicen al paciente que para comenzar envíe un pensamiento neutro. Una imagen cualquiera o que rememore un sonido. Es para calibrar sus ondas cerebrales. Oscar lo hace. En la computadora auxiliar de la sala bailan algunas cifras en un osciloscopio digital. Del otro lado, también. Ahora la comunicación está completa y funcionando a pleno. Se preparan para el verdadero reto. Para comenzar, Oscar deberá pensar una letra. Los cronómetros están enlazados, listos para dispararse. Los rostros de Úbeda y Moss, con los ceños fruncidos, se concentran en los monitores. Oscar piensa. Los monitores permanecen en blanco. El osciloscopio en cero. Nada se mueve. Nada se registra. Moss le pide a Oscar que cambie de letra y trate de aumentar la concentración. Lo intenta varias veces y el resultado es siempre el mismo. Deciden cambiar de táctica. Moss hace unos ajustes en el programa y le imprime su máximo poder. Ahora flota por la sala una extraña atmósfera de tensión y poder. Oscar se prepara. Le han dicho que intente enviar algún pensamiento utilizando la máxima concentración de que se sienta capaz. Cierra los ojos. La frente se le llena de sudor. La mandíbula presiona con tal fuerza que los carrillos parecen a punto de explotar. A su izquierda, el osciloscopio digital se sale de la escala y se apaga. El sistema se cae y se reinicia automáticamente. Úbeda lo llama y le pregunta si está bien. Oscar no responde. Es una máscara imperturbable. Está con la vista clavada en la pared, sin mover un músculo. Úbeda lo toca, le habla. Se pone de pie y lo sacude. Oscar permanece impasible, sigue con la vista clavada en la pared. Ni siquiera parpadea. Una respiración calma le mueve el pecho lentamente. Los doctores entran en pánico.

Ignacio hace una pausa y toma un largo trago de cerveza. Se limpia la boca con una servilleta de papel y se acomoda en la silla. Estira los pies descalzos pateando sin querer a Darío, que pega un saltito involuntario.

—¡Uy! Perdón.

—¡La que te parió, me hiciste asustar! Decime, Nacho, la computadora le quemó la mente, ¿verdad? Así termina la historia ¿no?

—No. Bueno, más o menos. Es algo parecido. Tuvieron que internar a Oscar porque después de ese incidente quedó en estado vegetativo. Vos viste cómo es eso. El encefalograma no mostraba actividad de la corteza superior del cerebro, ahí donde formulamos

nuestro pensamiento superior. El cerebro había quedado podríamos decir vacío, pero con las funciones básicas aún funcionando. Respiración, corazón, etcétera.

—Ah, ya entiendo. La computadora le borró la mente.

—Bueno, la historia dice que la mente del sujeto fue absorbida por el poderoso programa de enlace que utilizó Moss para la experiencia. Que se logró un enlace tan perfecto que cuando Oscar proyectó sus pensamientos, éstos fueron tomados con tal fuerza por los algoritmos digitales que lo poco de mente que le quedó fue incapaz de recuperarlo.



Ilustración: Saurio

—“El extraño caso del programa secuestramentes” —se burló Darío con voz forzada de locutor.

—La historia tiene un agregado final, que es donde entra a jugar el misterio. Dicen que la información, los millones y millones de bits en que se transformó la mente Oscar luego de la absorción, eran demasiados para que los ordenadores del doctor Moss pudieran contenerlo. Se produjo una sobrecarga en el sistema, allá en Massachussets y todo se quemó. ¿Qué pasó con los datos? Se fueron al único lugar de la Tierra adonde puede caber semejante paquete: Está en tu casa, en la mía y en cualquier sitio donde haya una PC conectada a Internet. La red de redes se transformó en el hogar de Oscar. Al menos de la parte más importante de él. Se cuenta que desde aquel momento, algunas personas comenzaron a recibir testamentos, resúmenes de noticias, e-mails o cualquier otro documento enviado por la red, extrañamente cambiados. Todos cargaban un aire poético a veces vibrante, a veces melancólico que dejaba perplejo a quien los recibía. En mi opinión, algunos informes corporativos habrán ganado mucho con el cambio. ¿No te parece?

—No sé los otros, pero los de mi laburo seguro que sí —contesta Darío con una carcajada—. Así que el tipo vive encerrado en Internet. ¡Qué joda!

—Bueno viejo, me voy al carajo. Mañana tengo consultorio temprano y todavía me quedan una pila de cosas por hacer. ¿Qué

hora es?

Darío mira el reloj y de inmediato se le agrandan los ojos.

—¡La puta! Son las ocho menos diez. Le prometí a mi mujer que pasaría por la casa de mi cuñada a las ocho. Mauro me está esperando. ¡No llego ni en pedo!

Enciende el celular y comprueba que tiene varias llamadas perdidas. Todas de su esposa. Hace una llamada apresurada y luego de discutir un momento cuelga con aire de fastidio.

Pagan la cuenta y se van juntos hacia la puerta.

—Chau nene. ¿Nos vemos el fin de semana?

—Listo, Nachito, yo te llamo el viernes y arreglamos.

—OK, nos vemos.

—Chau.

Cuando Darío llega a su casa, lo espera el silencio y una nota donde su mujer le dice que se queda a comer en lo de su hermana. Se baña y afeita. Está solo, por lo que no se molesta en vestirse. Camino a su estudio, toma de la heladera una lata de cerveza. La apoya sobre el escritorio y la abre con un fuerte chasquido, que suena enorme en el silencio de la habitación. Enciende la computadora. Toma un largo sorbo de la lata y con los ojos brillantes y un anticipado deleite, se conecta a su página porno preferida. El especial del día es GRITOS Y PLACER EN EL DOSEL PÚRPURA. Lo selecciona. Una cama enorme, redonda, alberga una estupenda rubia de enormes pechos que se masturba indolente con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Una negra de imponentes caderas se contorsiona aferrada a unos de los puntales del dosel púrpura subiendo y bajando rítmicamente por él. El lugar está casi en penumbras. Algunas velas gordas desparraman un resplandor irregular, acomodadas en los pocos muebles que alcanzaba a ver y que la enorme cama desplazaba hacia los rincones. Fuera de cuadro aparece un hombre vestido de leñador, con un hacha colgando de su mano izquierda. Al verlo las mujeres, se abalanzan sobre él y lo aferran por ambos brazos. Lo tiran en la cama y comienzan a desnudarlo lentamente. Darío acerca su cara cada vez más al monitor, mientras su excitación va en aumento. Ahora la escena es un mar de brazos y piernas entremezclados y un subir y bajar de nalgas y gritos de placer. El hombre, musculoso y transpirado, penetra a las dos mujeres alternativamente, mientras estas lo acarician frenéticas. De pronto, el hombre comienza a mirar

a cámara. Primero con vistazos fugaces y luego cada vez más concentradamente. Darío nota con cierta aprensión que parece mirarlo directamente a los ojos. Se levanta de la silla, dispuesto a buscarse una nueva lata de cerveza. La pequeña cabeza en el monitor lo sigue. Se detiene en seco. Retrocede hacia la silla y vuelve a sentarse. La cabecita lo sigue. El hombre no le quita la vista de encima. Darío comienza a asustarse. Está paralizado. Quiere alejarse, pero sólo logra pegarse al respaldo de la silla. Duro como una piedra, no puede apartar los ojos de la pantalla. El hombre deja a las mujeres y se sienta al borde de la cama. La imagen comienza a reverberar en ondas concéntricas, asemejándose a una piedra que alguien tira al agua. Darío se marea. Delante del hombre desnudo se materializa un rectángulo blanco. El hombre se levanta y estirándose lo toma del aire. Es una hoja. Ahora la imagen es nítida, de una resolución excelente. Darío puede ver incluso las rugosidades y dobleces del papel. El hombre, ahora sentado nuevamente, toma la hoja con ambas manos y la estudia con atención. Las dos mujeres tiran de su brazo protestando y tratando de atraerlo hacia ellas. El hombre gira la cabeza y con una palabra las congela, las deja tiesas, como muñecas de cera en posiciones grotescas. Luego gira nuevamente, volviendo la atención hacia Darío; se aclara la garganta y levanta la vista.

"Para Silvina, por amor, para mi amor, dondequiera que estés", le recita con una voz melodiosa, de mirada triste. Y le regala un poema maravilloso.

Daniel Valdez nació hace 41 años y vive en Rosario. Es empleado y este es uno de sus primeros intentos literarios. O sea que a pesar de que lo conocemos personalmente gracias a que vino a una de las tertulias, es muy poco lo que sabemos de él. Mejor. Así evitaremos repetirnos cuando le publiquemos el próximo cuento.

Astroastrología

Diego Escarlón

Los noticieros repetían hasta el cansancio las escasas migajas de información disponible, pero las grandes preguntas de la gente común flotaban en el aire. ¿Los dramdas eran pacíficos? ¿Honraban a Alá? ¿De qué estrella venían? ¿Habían construido las pirámides aztecas? ¿Hacían el amor? ¿Luchaban contra los borgs? ¿Podían tener hijos con los humanos?

A Sebastián Mora no le procupaban las costumbres sexuales dramda, ni si Elvis volvería o no a la Tierra. Quería saber cómo era su ciencia, su arte, su forma de pensar. Quería conocer su organización social, su historia, sus tradiciones. Desde los primeros contactos diplomáticos había quedado muy claro que no habría respuestas para todas las preguntas.

¿Por qué lo habrían llamado? ¿Habría sido por su trabajo? En la sala de espera de la embajada provisional dramda, Sebastián Mora se sentía como flotando en una nube, contemplando desde lejos el momento más extraño de toda su vida. Durante cientos de años el Hombre había soñado con la compañía de otros seres inteligentes, imaginándolos como hadas, duendes, criaturas mitológicas y luego como monstruos de ojos saltones, seres de pura energía y otros cientos de caricaturas imaginarias. Recordó cuando de chico se había subido al techo de su casa para buscar ovnis en el cielo. Su madre lo había regañado, pero no demasiado. Le gustaba que su hijo tuviese una mente inquieta, quería que estudiase medicina o alguna otra profesión de “gente importante”. Con sus estudios primarios incompletos, ella nunca pudo entender el trabajo de su hijo. Sebastián esperaba que a él no le ocurriese lo mismo cuando creciesen sus cuatro nietos.

Una hermosa secretaria lo sacó de sus pensamientos y lo condujo amablemente hasta una sala de reuniones. Dos hombres lo esperaban sentados frente a una gran mesa. Sonrieron al verlo.

—Bienvenido, doctor —dijo el embajador dramda. Sebastián lo reconoció al instante. Los noticieros exhibían su rostro a toda hora. No conocía al joven que lo acompañaba.

—Pase, pase, Mora —dijo el embajador Zoroas, estrechándole con efusividad la mano.

El joven también tomó su mano y la sacudió enérgicamente.

—Muchas gracias, embajador —dijo el científico, y sonriendo nervioso tomó asiento.

—Toien, mi colaborador —dijo el embajador, indicando a su compañero—; me ha informado de su trabajo. Las cosas que ha logrado en el Instituto de Investigaciones Esenciales son realmente notables. Sobre todo su insecto ciborg. ¿Es el primero, no?

—Sí, gracias. Estamos orgullosos del veca —dijo Sebastián—. Veca por Vector A. Pronto eclosionará una camada de cien más.

Sebastián se preguntó qué podría haber de notable en la ciencia terrestre para un dramda. Todavía no podía creerlo. ¿Realmente estaba hablando con extraterrestres?

Se sentó a la mesa y observó al embajador. Lucía como un hombre apuesto entrado en años. Su cara irradiaba confianza. Sebastián no pudo evitar examinarlo en busca de algún rasgo que delatara su no humanidad.

—No soy humano —dijo sonriendo el embajador—. Esta apariencia es sólo una especie de disfraz. Los periodistas me bombardean con ese tipo de preguntas cada vez que me tienen a tiro, pero no los culpo.

—¿Piensa que nos asustaremos de su verdadera apariencia?

—Claro que no, doctor. Usted al menos no. Pensamos en la gran masa, la gente común. Espero que no lo incomode mi forma humana.

—No, claro que no me incomoda.

—Doctor Mora, pronto comenzaremos a comerciar. Les daremos a ustedes archivos sobre nuestra cultura y les diremos lo que quieran saber sobre nosotros.

—¿Responderán a todas nuestras preguntas? Algunas parecen incomodarlo más que otras.

—Es posible. Algunas respuestas tendrán que esperar.

—¿Pero otras no?

—No, otras no.

Sebastián dudó unos segundos y preguntó:

—¿Cuánto más inteligentes son ustedes con respecto a nosotros?

Después de todo él era científico, era de esperar que hiciese preguntas.

El embajador estalló en una sonora carcajada, una carcajada amplia, franca, perfecta, demasiado perfecta. Sebastián temió

parecer ingenuo.

—Se sorprenderá, mi querido amigo. La inteligencia tiene muchas facetas, pero entiendo su pregunta. En realidad nuestra inteligencia promedio es algo menor que la terrestre. Si estamos más avanzados que ustedes es sólo porque nuestra especie es más antigua y nuestra historia ha sido más afortunada. Si el hombre hubiese seguido un camino distinto, los descendientes de algunos pueblos griegos que inventaron el método científico navegarían hoy entre las estrellas y nosotros no los hubiésemos encontrado a ustedes, sino todo lo contrario.

—¿Cómo es que usted se expresa tan bien? —pregunto Sebastián—. Le confieso que estoy sorprendido.

—Gracias, doctor. Somos especialistas en contactos con otras especies. Es natural que aprendamos a comunicarnos con cierto nivel de detalle. Sería un desastre como diplomático si no pudiese expresarme correctamente o si no entendiese algunas sutilezas. Bueno, mi querido amigo… —El embajador se reacomodó en su sillón, inspiró profundamente y sentenció:— Necesitamos su ayuda, doctor Mora.

Volvió a inspirar, como buscando las palabras adecuadas ante la mirada expectante del científico.

—Necesitamos que nos asesore sobre un tema algo complicado. Verá, en poco tiempo comenzaremos a intercambiar con la humanidad pequeñas muestras de nuestras ciencias y artes. Reproducciones de nuestra música, pintura y escultura, nociones de química hiperespacial, integrales fractales, algunas obras que ustedes podrían entender como teatro y ballet, mapas interestelares, generadores de energía barata. Ustedes nos pagarán con metales preciosos, arte, especímenes de animales y plantas locales o directamente con dinero. Nosotros compraremos después lo que queramos llevarnos. Nuestras especies tienen mucho para compartir, pero, en su área, la ciencia, hay un pequeño problema. ¿Qué piensa de la astrología, Mora?

—¿De la astrología? Bueno, embajador, siempre digo que cuando alguien me pregunta de qué signo soy me doy cuenta de que somos de signos incompatibles.

—La astrología tiene bases científicas, mi querido amigo.

—¿Bases científicas? —preguntó Sebastián asombrado.

—Sí, verá: la astrología tiene un fondo de verdad, sólo que ustedes aún no han alcanzado el desarrollo necesario para poder medir la energía biotransguariana metadimensional, supongo que

ése será el nombre terrícola, o comprender su marco teórico. Quizás un nombre más coloquial podría ser “biotrans”. ¿Ve?, ésa es una de las cosas donde necesitamos su ayuda.

—¿La astrología tiene bases científicas? —volvió a preguntar Sebastián, quedándose esta vez con la boca abierta durante unos segundos. Simplemente no podía creerlo—. ¿No es mentira?

—¿Por qué se sorprende tanto? Vamos, mi amigo, usted conoce la historia de la ciencia. No sería la primera vez que los científicos hayan metido la pata. Pero tranquilícese, la astrología no funciona. La ciencia terrestre no está tan equivocada, pero sí hay una semilla de verdad en la astrología, como también la había en la alquimia. Les entregaremos equipos que detectan la energía biotrans y ustedes mismos confirmarán nuestras propias investigaciones.

—¿Pero cuál es la base científica? ¡Cuénteme algo más, por favor!

—Antes que nada le aclaro que no soy científico. Lo único que puedo decirle es que toda la materia emite energía biotransguariana metadimensional, de la misma forma que genera un campo gravitatorio o brisa… bueno, ya hablaremos otro día de la brisa telepática.

—¿Brisa telepática?

—Sí, pero dejémosla para después, mi amigo, no puedo ponerlo al tanto de todo en unas pocas horas. ¿No le parece? Además no estoy a la altura, nuestros gobiernos ya designarán especialistas y ellos comenzarán el intercambio comercial. Ahora, volviendo a la astroastrología… perdón, ése es el nombre con el que nos gustaría que se conociese en la Tierra. La astroastrología estudia la interrelación entre la materia y la energía biotransguariana metadimensional. Esta energía no se altera con la distancia, ya que se enfoca hacia la complejidad y lo más complejo que conocemos es la vida.

—Embajador —dijo el hombre joven—, quizás sea un buen momento para una pequeña demostración.

—Ah, sí. Proceda, Toien, por favor.

El joven sacó dos hojas de una carpeta y las colocó sobre la mesa.

—Doctor Mora —dijo, señalando la primera de ellas—, coloque una cruz sobre una figura cualquiera de cada fila. Sólo uno por fila, por favor.

Sebastián miró la hoja. Cuadrados, círculos, triángulos y otras formas geométricas de diversos colores, agrupadas en diez filas de

cinco figuras cada una. Colocó las cruces eligiendo al azar y le extendió la hoja a Toien.

—Por favor —dijo el joven sin tomarla—, compárela con la otra.

Sebastián volteó la otra hoja y vio diez figuras. Sólo una no coincidía con las que él había elegido. No podía creerlo.

—El margen de error es grande —dijo Toien—, pero con más tiempo hubiésemos predicho bien todas las figuras.

—Mora —dijo el embajador—, necesitamos que nos ayude con sus colegas.

—¿Con mis colegas? —dijo Sebastián, que aún comparaba atónito las hojas.

—Sí, lo hemos elegido a usted por su reputación entre los científicos terrestres y porque es un verdadero investigador, abierto a nuevas posibilidades e ideas. No se puede decir lo mismo de todos los hombres de ciencia.

El embajador tenía razón, Sebastián podía nombrar sin esforzarse más de diez prestigiosos colegas que se opondrían con furia a la astroastrología.

Conversaron durante varias horas. Cuando Sebastián dejó la embajada, su cabeza hervía de ideas. La energía biotrans podría explicar algunos huecos de la física y quizás hasta algunos de la filosofía. La materia adquirió vida y la vida conciencia. Todos estos saltos cualitativos eran mediados por cambios cuantitativos en la energía biotrans. Era la complejidad lo que la atraía. Podría decirse que la energía biotrans explicaba y era explicada por la complejidad. Parecían cuentos de hadas, pero la tecnología lo suficientemente avanzada era indistinguible de la magia. El embajador le había mostrado un informe profético que su equipo había preparado. Lo darían a conocer en breve: cien fallecimientos de personajes prominentes alrededor de todo el planeta, dos detallados análisis bursátiles, sólo para los ojos de algunos gobernantes, algunos terremotos pequeños y cinco estallidos sociales, en diversas partes del mundo, detallados hora por hora. Con los detectores biotrans en manos de los más influyentes científicos, pronto la astroastrología sería aceptada como ciencia. El sendero que recorría la humanidad estaba cambiando y Sebastián, mareado, se encontraba en el centro del huracán.

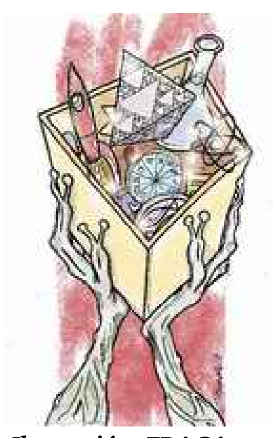


Ilustración: FRAGA

—Tenías razón —dijo Toien—. Agregar ese error en el informe fue un buen detalle. Le dio más credibilidad.

El joven colocó un pequeño cubo plateado sobre la hoja de las respuestas. Pulsó un botón en la cara superior del cubo y las figuras parecieron cobrar vida. La tinta se escurrió hacia el cubo y desapareció bajo él.

—Elegiste bien —dijo Zoroas—. Es un buen elemento, quiere creer. Se dejará convencer por completo en poco tiempo. Espero que su influencia alcance como para retardar lo suficiente los choques con la comunidad científica.

—Todavía recuerdo la quema de brujas de Sistal XIV —dijo Toien, guardando el cubo plateado dentro de su maletín—. Perdimos muchos recolectores de diezmos cuando nos negamos a entregar la supuesta cura contra la plaga de las antenas negras.

—Eso no pasará aquí, los humanos son más maleables. Además ahora tenemos la astroastrología.

El equipo de Zoroas había descubierto la astrología indígena casi por casualidad, al diseñar la invasión religiosa de la Tierra. Tras unos pocos cambios tácticos era evidente que la astroastrología se infiltraría entre las religiones nativas de la misma forma que su predecesora local. Coexistiría sin entrar en conflicto y, una vez arraigada, eliminaría la competencia prevaleciendo en las pequeñas y miserables mentes terrícolas. Era todo un descubrimiento. Una vez

probado el sistema, Zoroas y Toien venderían franquicias en Dram y en breve los santos padres de todo el sector se transformarían en astroastrólogos. Las consecuencias iban mucho más allá de ese inocente y estúpido planeta.

Diego Adrián Escarlón nació el 3 de enero de 1971 en Argentina y vive en Buenos Aires. Su participación en Axxón ha sido variada, ya que se puede ver su portfolio de arte (#109), el cuento "Nanos" (#108), "Las mujeres" (#122), además de minicuentos publicados en la sección Andernow y en la primera entrega de Ficción Breve (#146).

Wiscon 29, ciencia-ficción y feminismo

Gabriela Bilevich

La "convención más importante de ciencia-ficción y feminismo del mundo", WisC♀n, o simplemente WisCon, se lleva a cabo todos los años en la ciudad de Madison, capital del estado de Wisconsin en Estados Unidos. Este multitudinario congreso es organizado por **SF, la sociedad para el promoción y estudio de la fantasía y la ciencia-ficción** (*SF, The Society for the Study of Fantasy and Science Fiction*), un grupo que tiene un sitio en Internet, una lista de opinión, y una fundación para ayudar a jóvenes escritoras y escritores que demuestren una sensibilidad por temas relacionados con el rol de la mujer y su reivindicación la cual entrega un premio anual llamado James Tiptree Jr. en honor a la escritora norteamericana.

La convención dura cuatro días y se lleva a cabo en el hotel Concourse en el centro de Madison. Se ofrecen varios plenarios para todos los asistentes al congreso. Uno de ellos consiste en la presentación y discurso de los invitados de honor (GoH en inglés), quienes generalmente son escritoras renombradas. En otro de los plenarios, los mismos organizadores montan un show cómico/musical ironizando sobre los roles de organizador, voluntario e invitado de honor de la convención. Los paneles y mesas de discusión, comienzan aproximadamente a cada hora desde las ocho de la mañana y pueden continuar hasta las diez de la noche. Hay paneles muy diversos en los que se tratan cuestiones inherentes a la literatura y el cine de ciencia-ficción; características, temas, personajes y/o problemática de la escritura de la ciencia-ficción y de la fantasía; y además se agregan las mesas de lectura por los mismos escritores. Paralelamente, desde las ocho de la noche, se llevan a cabo las "parties" organizadas tanto por editoriales (TOR press, Acqueduct Press, Tachyon Press, entre otras) para presentar sus últimas publicaciones, como por fundaciones como la "Carl Brandon Society" , que entrega becas a escritores que destaquen la diversidad étnica en la ciencia-ficción. También hay varias fiestas para promover otras convenciones como Chicago Worldcon 2008, u Odysseycon IV, entre otras.



Ursula K. Le Guin en 1996

Hace nueve años tuve la suerte de viajar a WisCon. Fui como simple espectadora para ver a Ursula Le Guin, con la esperanza de poder entrevistarla para mi trabajo de investigación sobre ella (soy docente e investigadora en el profesorado de inglés en la Universidad de Mar del Plata). Le Guin era invitada de honor ese año, junto a Judith Merrill, la famosa escritora y editora de ciencia ficción. La convención me impactó por la cantidad de participantes y la diversidad de temas. Desde presentaciones de tesis universitarias sobre Le Guin, hasta discusiones de fans sobre si la autora debía haber incluido más personajes femeninos en sus libros. Mi sorpresa y mi emoción fueron inmensas cuando, durante una sesión de firma de nuevos ejemplares de su novela, Ursula Le Guin accedió a darme una entrevista. No puedo transcribir exactamente sus palabras, ya que me pidió que apagara el grabador, "tengamos solo una charla en el bar, estoy cansada de entrevistas". Y así fue. Recuerdo su calidez y predisposición para contestar mis preguntas (que ahora considero demasiado elementales), su sencillez, y su cariño por Diana Bellessi, la poeta argentina con quien escribió un libro de poesías bilingüe.

Haber conocido a Judith Merrill también fue toda una experiencia. Aunque no la entrevisté, me encontré charlando con ella en el avión de Chicago a Madison. Me contó que tenía un yerno argentino que vivía en Canadá como ella y que junto a su nieta, Emily Pohl-Weary, estaba escribiendo sus memorias (que luego serían publicadas en 2002 en Toronto). Cuando WisCon 20 terminó,

me prometí volver, sino el año siguiente, cada dos años.

Nueve años después pude volver como panelista en la sección académica gracias a la colaboración de los organizadores, quienes están muy interesados en concurrentes extranjeros. El trabajo que llevé a la convención fue sobre Angélica Gorodischer y la ciencia-ficción argentina en general. La autora argentina es conocida por el público ya que fue como invitada a la convención del año pasado. Tuve la suerte de compartir panel con Patrick O'Connor, un profesor de estudios hispánicos de Oberlin College, Ohio. O'Connor es un verdadero erudito en literatura latinoamericana y presentó un trabajo sobre la literatura de ciencia ficción, fantástica, y la distopía en las escritoras argentinas Ana María Shua y Angélica Gorodischer. Nuestra charla discurrió muy amablemente y el público se mostró interesado en participar y preguntar. Fue un evento que me dejó una experiencia única y me enriqueció tanto en el ámbito profesional como en lo personal.



Patrick O'Connor y Gabriela Bilevich

WisCon es la única convención de ciencia-ficción a la que he concurrido, y no se parece en nada a los congresos de literatura. Los organizadores son muy informales en su apariencia y tienen un trato muy amable y correcto con todos los asistentes. Aunque no se puede hablar de calidez en los norteamericanos, siempre estuvieron dispuestos a responder consultas y solucionar problemas. Si su look es extremadamente informal, su trabajo no tiene nada de eso: el horario de los paneles, el catering, los salones para reuniones y fiestas, y el área de exposición y venta de libros, están organizados minuciosamente.

De los más de 190 paneles y foros de discusión que se llevaron a cabo en esta convención (que año tras año crece en cantidad de concurrentes) vale la pena destacar las siguientes:

- “Ficción de no-género que es ‘secretamente’ ciencia-ficción” y “Realismo y sus contenidos”. En ambos paneles se discutía, muy acaloradamente, uno de los temas esenciales de este congreso: los límites entre la ciencia-ficción y el “no-género”, nueva denominación para la literatura que no es ciencia-ficción. Muchos escritores no reconocen su deuda a la ciencia-ficción, o su influencia en sus trabajos, por considerar que este género es “poco serio” . Se ejemplificó la intervención de la ciencia-ficción en novelas de Margaret Atwood, Marge Piercy, Jeannette Winterson, o Tony Morrison.
- “El ideal feminista y la mujer guerrera” en el que se analizaba el estereotipo de la mujer amazona en la ciencia-ficción.
- “Problematizar la colonización” sobre la colonización de otros planetas (o “culturas de ficción”) como tema en la ciencia-ficción, y si siempre se plantea como una colonización violenta (como la de nuestro propio continente).
- “Religión en la ficción especulativa”, sobre un tema muy común en la descripción de otros mundos, y rara vez discutido; “Lenguajes construidos en la ciencia-ficción” sobre nuevas lenguas inventadas en libros de este género; “Volver a lo básico: personajes” de cómo delinear personajes creíbles en la ciencia ficción.
- Hubo varios paneles sobre ciencia-ficción en series televisivas: “Buffy la cazavampiros” fue la estrella de la convención con varios paneles discutiendo la calidad y los temas desarrollados en ella; “Jadzia, “el viejo”: femineidad y masculinidad en la performance de una heroína femenina” sobre un personaje hombre/ mujer de la serie televisiva *Star Trek: Deep Space Nine*. Otro panel, mucho más interesante para mi gusto, fue “*Star Trek* como épica contemporánea”.
- También hubo una cuota de discusión sobre la serie de libros de Harry Potter, el porqué de su éxito, y la razón por la cual otros libros de calidad para jóvenes lectores han sido injustamente olvidados.

La lista de paneles es innumerable, y sólo he nombrado los que me parecen más interesantes. Hubo algunos talleres para nuevos escritores, y muchas lecturas de material inédito. Para finalizar, el mejor panel al que concurrí fue “¿Está muerta la ciencia-ficción detectivesca?”. El nivel de los panelistas fue extraordinario, pero a la vez el público contribuyó a la charla, y se repartió una lista de más de setenta títulos de novelas de misterio y ciencia-ficción, que se expandió a más de ochenta y cinco a medida que se desarrollaba el panel y la gente, entusiasmada, gritaba títulos desde la platea .

Los GoH este año fueron Gwyneth Jones y Robin Mc Kinley, ambas autoras ciencia-ficción y fantasía de renombre mundial, desgraciadamente poco traducidas al castellano. Sus discursos fueron informales y llenos de anécdotas, reflejando el humor y la camaradería reinante en la convención. Las escritoras presentes más conocidas en el ambiente fueron Eleanor Arnason, Suzy Mc Kee Charnas, Joan Vinge, Pat York y Delia Sherman. Muchos otros escritores y escritoras que leyeron y participaron de WisCon presentaron sus nuevas novelas y las ofrecieron a la venta. Desafortunadamente, en nuestro país no son conocidos porque su material no llega a traducirse y publicarse en Latinoamérica.

Para mi tristeza, no estaré en WisCon en el 2006. Se festeja la duodécima convención a lo grande. Concurrirán todos los invitados de honor vivos de los pasados veinte años, se han vendido muchas suscripciones por adelantado, y por supuesto, se destina el presupuesto a viajes de los invitados, no a docentes del tercer mundo como yo.

De todas maneras agradezco haber podido concurrir a un encuentro de gente a la que le interesan los mismos temas que a mí, y muy especialmente me alegro de haber dejado de ser, por esta vez, “el bicho raro que habla de ciencia-ficción” en todos los congresos de literatura.

Sitio de consulta sobre WisCon: www.sf3.org/wiscon

Los caminos inescrutables

Marcelo Dos Santos

I - Los orfebres de los cielos

Había una vez un señor que se llamaba Alvan Clark. Este señor vivía en la ciudad de Cambridge, Massachussets, y se dedicaba a un oficio hermoso y singular: el de facilitar a otros aplicar la mirada a la belleza del cielo nocturno, descubrir sus misterios y navegar, entre la ciencia y la imaginación, por los más remotos confines del universo.

Porque el señor Alvan Clark era pulidor de lentes y espejos y constructor de telescopios, y su arte y su dedicación eran tales que nos ha legado instrumentos que, más allá de su perfección técnica y científica, muy bien podrían calificarse de joyas de precisión y estética.

El señor Alvan Clark había nacido en Ashfield, Massachussets, en 1804. Era el quinto de diez hermanos, y su árbol genealógico era antiguo y noble. Su padre era descendiente de uno de los pioneros puritanos del *Mayflower*, los primeros ingleses en pisar suelo norteamericano con intenciones de colonizarlo. Su antepasado se llamaba Thomas Clark, y estuvo siempre en la historia estadounidense. Su descendiente Alvan, como veremos, también ha inscripto su nombre en ella.



Alvan Clark padre

El señor Alvan Clark no nació óptico, sino que pasó por varios oficios a lo largo de su vida: fue constructor de carruajes al principio. Un buen día, durante un viaje a Hartford, vio por primera vez algunos grabados y pinturas y de inmediato se sintió seducido por ese mundo de imágenes y fantasía que se abría ante él. El espíritu artístico del joven quedó conmovido, y decidió convertirse él mismo en dibujante y grabador. Renunció a su empleo en el taller de coches, y comenzó a estudiar Bellas Artes.

Su enorme talento le ofreció, de tal forma, un nuevo medio de vida que el joven Clark aprendió a aprovechar: pronto estaba viajando por todo el valle del río Connecticut pintando y vendiendo pequeños retratos. Muchos de los modelos y compradores de estos retratos se convirtieron más tarde en compradores o usuarios de sus soberbios telescopios.

Fue en esta época de arte embriagador que el joven Clark conoció a Maria Pease, de la que quedó prendado. Su amor fue correspondido, afortunadamente, y se casaron en 1826. Tanta suerte tuvo el amor de Alvan y Maria, que ambos vivieron, tan enamorados como el primer día, para celebrar el sexagésimo aniversario de su matrimonio. Y tan importante fue Alvan Clark para la ciencia, que el evento fue recogido por la prestigiosa revista *Science* en su volumen 7 de 1886.

En 1836, a los 32 años de edad, Alvan Clark dejó para siempre su oficio de grabador y se dedicó por entero a vivir de sus pinturas al óleo. Estableció un atelier y en él trabajó hasta el año 1860.

El señor Alvan Clark y su esposa Maria tuvieron dos hijos, a los que bautizaron George Bassett y Alvan Graham, y, como se desprende de mi relato, vivieron felices durante muchísimos años, juntos y en la armonía del amor y del trabajo.

La historia de la familia Clark se parece, al menos en un aspecto, a la del astrónomo observacional Tycho Brahe, que ya hemos recogido en otra ocasión. El célebre danés se dedicó a la astronomía a causa de la profunda impresión que le causó observar a la supernova de 1572 (SN1572): pues bien, la llegada de los Clark a la ciencia aplicada se produjo a raíz de que el mayor de los hijos del matrimonio, George, se sintió enormemente sorprendido por el tránsito del Gran Cometa de Marzo (C/1843D1), que fue visible a simple vista por muchísimas personas, inclusive de día, durante el mes de febrero de 1843. El interés por la astronomía creció en gran medida entre las clases populares norteamericanas como

consecuencia del extraordinario evento, tan espectacular que incluso permitía observar el cometa a ojo desnudo, cuyo aspecto fue descripto por el astrónomo Encke como “un disco planetario inmenso”.



Óleo del astrónomo y pintor Piazzi que muestra al Gran Cometa de Marzo

Al año siguiente, el joven George Clark decidió seguir el ejemplo de Isaac Newton: tomó una campana de bronce rota —de las que se usaban para llamar a la familia a la hora del almuerzo—, la fundió y

construyó con ella el primer telescopio reflector de la familia. El señor Clark observó orgulloso los correctos resultados de esta primera experiencia constructiva de su hijo y no pudo evitar comenzar a ayudarlo y a indicarle, basándose en su gran experiencia como mecánico de diligencias, ciertas mejoras y desarrollos que podían lograrse con el pequeño instrumento óptico. Como es de imaginar, pronto quedó él mismo enamorado de la óptica astronómica y ya nunca se separó de ella.

De manera que George Bassett Clark fue el primer constructor de telescopios de la familia, y ese primitivo instrumento, diseñado por un niño, fue el núcleo de lo que llegaría a ser una gran empresa familiar, productora de equipamiento de excelencia, y protagonista exclusiva de una increíble historia de descubrimiento.

Alvan propuso a sus hijos, visto el éxito de su primer intento, comenzar a construir poco a poco más, mayores y mejores telescopios. Al poco tiempo los dos jóvenes, George y Alvan Graham, estaban profundamente sumergidos en la cuestión comercial de la compañía, mientras que Alvan padre se dedicaba al diseño y construcción de los instrumentos. Los asuntos comerciales y el trato con clientes y proveedores no eran las únicas tareas de los dos muchachos: mientras que George se involucraba cada vez más en las cuestiones mecánicas de los telescopios, su hermano —de muy buen ojo— configuraba y pulía lentes y espejos junto a su padre y era, además, el encargado de controlar la calidad de las piezas ópticas. Llegó a desarrollar una destreza tal en este aspecto que la historiadora de la astronomía Deborah Jean Warner escribe de él en su libro ***Alvan Clark y sus hijos, artistas de la óptica***: “Clark (Alvan Graham) tenía un enorme talento para los cristales ópticos. Probaba cada lente y espejo en su taller. Los centraba en una estrella y luego la sacaba de foco bruscamente para buscar posibles defectos en el cristal. Entonces, se ponía un poco de lápiz de óptica en el pulgar, lo pasaba por el cristal y realmente **sentía** dónde estaba la falla, el pequeño golpe en la superficie, y posteriormente lo pulía de nuevo hasta eliminarlo”. El mismísimo Isaac Asimov comenta, en su historia de la familia Clark: “Afortunadamente, la historia de la astronomía está llena de tipos como Alvan Graham Clark: tipos que preferían pulir lentes a comer”.



Alvan Graham Clark (Alvan hijo) junto al telescopio de 980 mm

Los historiadores más serios están de acuerdo en que el talento y el buen hacer de la familia Clark permitieron el gran desarrollo de la astronomía en la segunda mitad del siglo XIX. De no haber sido por ellos, que crearon el equipamiento y el instrumental más avanzado del mundo, la expansión de la ciencia óptica no hubiese sido lo que fue, y la ciencia actual no sería en modo alguno lo que es.

Todos los observatorios construidos en Estados Unidos durante ese período (y muchos del extranjero) tenían como instrumento principal un telescopio refractor de montura ecuatorial construido por Alvan, George y Alvan Graham Clark. A menudo el aparato auxiliar era también un Clark.

Cinco veces los Clark batieron el récord de fabricar el telescopio refractor más grande; las cinco veces se vencieron a sí mismos. La última de esas cinco marcas persiste hasta el día de hoy: nadie ha conseguido construir un telescopio refractor funcional más grande que el Clark de 980 mm que se encuentra aún en uso en el Observatorio Yerkes de la Universidad de Chicago.

II - Luz en el cielo, sangre en la tierra

El pueblo norteamericano eligió a Abraham Lincoln como presidente de los Estados Unidos en base a su promesa electoral de que "la Nación no puede permanecer mitad libre, mitad esclava". Había obtenido el 40% de los votos populares y 180 de los 303 votos posibles en el Colegio Electoral.

Apenas un mes después, los estados esclavistas del sur mostraron su descontento con la política abolicionista del cuáquero norteño, y no encontraron mejor solución a su problema que comenzar a separarse

de la Unión. El 20 de diciembre de 1860 entró en secesión el estado de Carolina del Sur. En menos de dos meses se habían unido a él Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Louisiana y Texas.

Esos siete estados sureños fundaron, el 9 de febrero de 1861, los Estados Confederados de América, legalizando de este modo su total separación del país que los había albergado hasta el momento, y poco después se asociaron a la Confederación los estados de Virginia, Arkansas, Teennesee y Carolina del Norte. De este modo, quedaban configurados un país de 11 estados esclavistas presidido por el militar Jefferson Davis y otro formado por los demás estados —donde los negros eran libres— comandado por el presidente Lincoln. La tensión crecía a niveles intolerables.

El 12 de abril de 1861 a las 4:30 de la mañana, tropas confederadas al mando del general Pierre Beauregard abrieron fuego con 50 cañones contra fuerzas federales del Fuerte Sumter de Charleston, Carolina del Sur. La Guerra de Secesión norteamericana acababa de comenzar.

La guerra siempre es repugnante, al menos para las personas bien nacidas. Sin embargo, muchas de las guerras pasadas revisten interés histórico, político, económico o militar.

La Guerra de Secesión norteamericana es una de ellas, aunque su cariz —único en la historia de la Humanidad— es tan rastrero que prácticamente desafía todo intento por describirla. Se trató de la única guerra cuyo objetivo fue definir la naturaleza humana —o inhumana— de un grupo completo de personas: los negros de los estados del sur norteamericano. Créase o no, el propósito de este sangriento conflicto armado fue el antedicho: un bando opinaba que los afroamericanos eran personas; el otro no. Tan simple como eso.

Acaso esa es la causa de que la Guerra de Secesión se haya convertido en uno de los tópicos más esquivos y esquivados por los historiadores, escritores, guionistas y dramaturgos estadounidenses: si uno se fija bien, por cada libro o película sobre la Guerra de Secesión hay cien acerca de la Segunda Guerra Mundial o Vietnam. Es que el asunto de aquella vieja guerra es tan vergonzoso, que ni ellos quieren recordarla e incluso tratan de evitar que nosotros mismos lo hagamos.

Para colmo, la Guerra de Secesión se llama así en el extranjero; en los Estados Unidos se la conoce llanamente como “Guerra Civil”, ocultando así pudorosamente el notable hecho de que once estados se separaron del país durante años, y que fueron necesarios una larga y cruentísima guerra y algo más de un millón de muertos

(aunque, por supuesto, los estadounidenses no reconocen más que 600.000 cadáveres) para hacer volver al redil a los rebeldes.

Como sea, la Guerra de Secesión configura uno de los baldones más vergonzantes de la historia humana, y, por supuesto, junto con Hiroshima, Vietnam, Irak y las dictaduras latinoamericanas, una mancha más en el largo historial de la violencia padecida, producida o facilitada por el Gran País del Norte.

El amable lector se preguntará: ¿qué diantres tiene que ver la sórdida guerra norteamericana con la pericia óptica de la familia Clark? Rogaremos tolere nuestro abuso de su paciencia: la historia continúa y, esperamos, satisfará acabadamente su curiosidad en un momento.

III - Va de vuelta

Poco antes del estallido de las hostilidades, los Clark recibieron un pedido de la Universidad de Mississippi. Su rector, Frederick Barnard, había decidido construir un observatorio en ese estado austral, convirtiéndolo de paso en el primer observatorio permanente del hemisferio occidental. Como es lógico, Barnard (luego presidente de la Universidad de Columbia y fundador del Barnard College) sólo quería lo mejor para su futuro observatorio. Esta sola condición, como hemos visto, lo dejaba con un único proveedor en su lista, y a ellos se dirigió.

Les encargó un enorme telescopio refractor de 435 mm, que debía ser montado en un impresionante tubo de 6,70 m de largo. Además, tanto Barnard como los Clark batirían un record mundial, ya que nunca se había intentado construir una lente de ese tamaño.



El telescopio Clark de 435 mm

Clark y sus hijos en efecto construyeron la ímproba lente y su tubo, preparados para ser montados sobre una base de acero sólido de 5 toneladas. Al desarmarlos y embalarlos para ser remitidos a su destinatario, llegó a Cambridge la demoledora noticia: Mississippi se había separado de los Estados Unidos, la Guerra de Secesión había comenzado y la universidad regida por Barnard quedaba ahora en pleno territorio enemigo. Los Clark, a pesar de todo, intentaron entregar el pedido, pero las tropas estacionadas en la línea divisoria entre Norte y Sur impidieron el paso de la mercadería, de modo que la lente (tallada y pulida por Alvan padre) y el tubo y la montura ecuatorial (ambos diseñados y construidos por Alvan junior), debieron regresar al laboratorio de Cambridge.

¿Qué hacer ahora? Los Clark tenían un problema: un lente enorme, carísimo y de extraordinaria calidad óptica, cuyo comprador era un enemigo. Por lo tanto, poseían un excelente producto y nadie a quien vendérselo.

Alvan Clark se sentía sumamente orgulloso del gran lente biconvexo de casi 45 cm de diámetro que había tallado y pulido: él mismo lo había probado y se había convencido de la notable calidad de la pieza. Sin embargo, como hemos dicho, el control final de calidad de los cristales estaba y siempre había estado en manos de su hijo menor.

Regresado el instrumento al taller de la familia luego de su frustrado envío, Alvan Graham puso manos a la obra. En la noche del 31 de enero de 1862, Alvan Graham Clark abrió la cúpula de su observatorio de prueba, asestó el imponente instrumento a la estrella más brillante del cielo, y aplicó su ojo al ocular.

IV - La compañera oscura

Podemos imaginar la escena: Alvan Graham inclinado sobre el ocular, mirando una estrella. Alvan padre en su taller, puliendo despreocupadamente un nuevo lente o un espejo.

Alvan Clark: "Hijo, tienes ante tu ojo el mejor cristal óptico que ha salido de mis manos".

Alvan Graham Clark: "Sí, papá".

Alvan Clark: "Ya lo has probado una vez antes de enviarlo a Mississippi, y ya has visto el resultado de la excelencia de mis manos".

Alvan Graham Clark: "Sí, papá".

Alvan Clark: "Sólo tienes que mirar algunas estrellas para verificar que no se haya dañado durante el viaje".

Alvan Graham Clark: "Sí, papá".

Alvan Clark: "Asesta mi perfecto instrumento al meridiano, hijo mío. Es casi medianoche, ángel de mi alma, carne de mi carne, y Alfa Canis Majoris estará allí".

Alvan Graham: (risitas ahogadas).

Alvan Clark (algo amoscado): "¿De qué te ríes, hijo?".

Alvan Graham (risueño): "Tu perfecto instrumento tiene una aberración, padre".

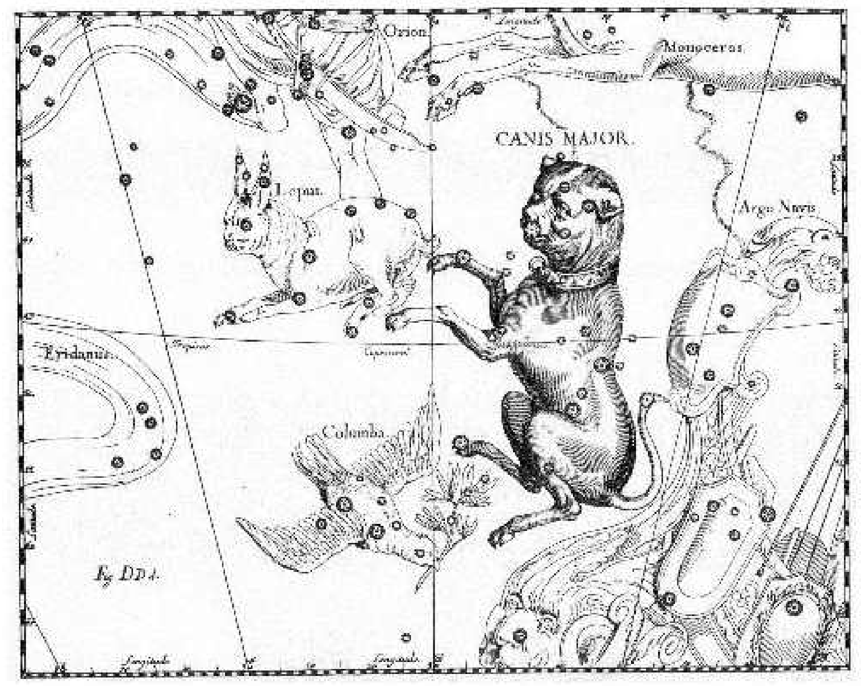
Alvan Clark: "¡AAAAAAAAAAAAAAARRRRGH!".

Podemos también imaginar al señor Alvan Clark apartando de un empellón a su hijo del puesto de observación y mirando por sí mismo. ¿Adivinan el resto? **En efecto: al mirar a Alfa Canis Majoris —Sirio para los amigos—, junto a la brillante estrella se advertía un pequeño pero inequívoco reflejo, una mínima aberración.**

Fácil es comprender la desesperación de padre e hijo… Pero ambos eran expertos, y la cuestión no quedó allí. Asestaron de inmediato el telescopio a otras estrellas y ¡oh sorpresa!… La aberración no aparecía. Sólo Sirio tenía un pequeño reflejo a su lado.

¿Cómo podía ser posible semejante cosa?

Sirio se ubica precisamente en el ojo del Can Mayor, y por ello ha sido conocida desde la noche de los tiempos bajo el nombre de “Estrella del Perro” y “Canaria” (por los romanos). El Can Mayor es el más grande de los perros que acompañan a Orión, el cazador mitológico, del cual nuestra conocidas Tres Marías forman el cinturón.



El Can Mayor según el célebre atlas celeste de Jan Hevelius

Desde siempre Sirio ha sido asociada con el perro más grande: su nombre acadio era **Mul-lik-ud** (“La Estrella del Perro Solar”). Los habitantes de la Primera Babilonia la llamaban **Kakkab-lik-ku** (“Estrella del Perro”); en Asiria se la bautizó **Kal-bu-sa Mas** (“Perro Solar”) y los caldeos de Nabucodonosor la mentaban **Kak-Sisha** (“El Perro Líder”). Cuando los fenicios se referían a ella, la llamaban **Hannabeah**, que quiere decir textualmente “El Ladrador”.



El Can Mayor y Sirio (su estrella más brillante)

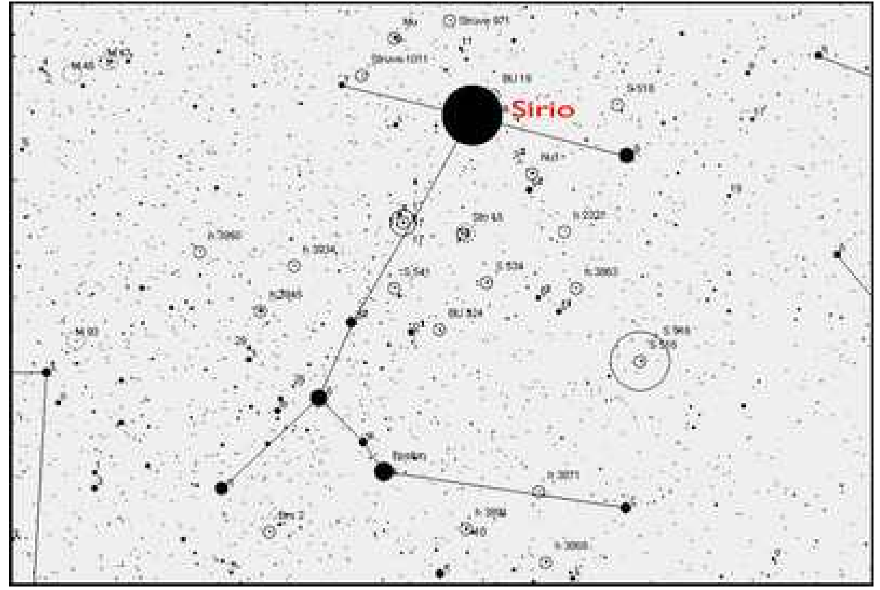
Alfa Canis Majoris es la estrella más brillante del cielo: su magnitud aparente es de -1,46, verdaderamente alta, y su magnitud real de +1,4.

Sirio es 26 veces más luminosa que el Sol con sólo 2,31 masas solares y un radio apenas 1,7 veces superior al de nuestra estrella madre. Se encuentra a 2,63 parsecs de nosotros (algo más de 8,6 años luz) lo que la convierte, además, en una de las estrellas más cercanas a la Tierra (la octava en realidad, después del Sol, Proxima Centauri, Alfa Centauri A, Alfa Centauri B, la estrella de Barnard, Wolf 359 y Lalande 11285).

Las estrellas se clasifican por su tipo espectral, y el de Sirio es el A, lo cual significa que presenta una fuerte línea del hidrógeno. Como toda estrella del tipo A, Sirio es de color blanco con reflejos azulados, mientras que su imagen espectrográfica se ve dominada por una multitud de líneas de emisión y absorción del hidrógeno denominada "Serie de Balmer". En el costado más frío del espectro pueden verse líneas correspondientes a elementos pesados como el hierro. La temperatura superficial de Sirio oscila cerca de los 8000 °K y, siendo de tipo A, es pariente cercana de otras estrellas brillantes como Vega y Altair. Forma parte de lo que se conoce como "Serie General" (estrellas de tamaño y características bastante

normales), pero el tipo A incluye también a algunas supergigantes como Deneb, mucho más grandes —obviamente— y asimismo mucho más calientes.

Sirio tenía, en su haber, varios galardones anteriores: ya Sir Edmond Halley (amigo de Newton y descubridor de la periodicidad de los cometas, que estudió en el que hoy lleva su nombre) había hecho un descubrimiento asombroso: que los registros de los astrónomos antiguos mostraban a Sirio en una posición que no se corresponde con la real. Una de dos: o los astrónomos a ojo desnudo se habían equivocado (todos en la misma medida y en todas partes del mundo) o Sirio en realidad se había movido. Pero esto no podía ser: las estrellas fijas eran nada más ni nada menos que eso, fijas.



Sirio y su posición en el Can Mayor

Decidió constatar el extraño desfasaje con sus propias observaciones detalladas. Ni los astrónomos anteriores estaban equivocados ni tampoco estaban locos: ¡Sirio en verdad se movía! Halley pudo observar un movimiento de más o menos un grado cada 2700 años, lo que implicaba que la estrella debía haberse desplazado más de un diámetro lunar desde los tiempos de los papiros que él había examinado.

Tiempo antes del episodio de los Clark, entre 1834 y 1844, el astrónomo alemán Friedrich Wilhelm Bessel (el mismo que creyó en los cálculos de Le Verrier para buscar al esquivo Neptuno pero se enfermó en la noche crítica), mirando el movimiento de Sirio, observó algunas irregularidades: la estrella se desplazaba haciendo

eses en lugar de seguir un línea recta como debía. Este fenómeno, que también observó respecto de Proción, lo hizo concebir una idea totalmente nueva en la astronomía de su tiempo: Sirio debía tener una compañera oscura, una estrella débil y poco visible que afectaba, con su gravedad, al comportamiento de su pareja. Similar razonamiento había sido aplicado por Le Verrier para calcular la distorsión de la órbita de Urano y así predecir la existencia y posición de Neptuno con lápiz y papel.

De vuelta en 1862, tenemos aquí a Alvan y Alvan Graham Clark, que acababan de convencerse de que efectivamente el cristal del telescopio no presentaba defectos en su superficie. Ambos eran astrónomos capaces y probados, y por supuesto conocían el trabajo de Bessel respecto de Sirio.

Pensarlo bien y sumar dos más dos fue cosa de un momento: Alvan Graham Clark acababa de descubrir a la compañera oscura de Sirio. No sólo la lente de su padre no tenía falla alguna, sino que era el más perfecto vidrio óptico de su tiempo, el primero capaz de visualizar la débil y apagada luminosidad de la anónima estrella.

V - Enana pero bien blanca

Los Clark no tuvieron, en su momento, la menor idea de la naturaleza de la pequeña compañera de Sirio. Una vez publicado el descubrimiento, el humor popular la bautizó inmediatamente: Si Sirio era “la estrella del Perro”, el nombre de la enana oscura pasó a ser, por supuesto, “el Cachorro” . Los astrónomos, con menos gracia pero mayor claridad, las llamaron Sirio A (a la brillante) y Sirio B (a la recién llegada a los catálogos).

Los Clark habían hecho el siguiente razonamiento cuando Alvan Graham descubrió a la compañera oscura: si Sirio se movía tambaleándose, era porque la pequeña estrella acompañante afectaba a su desplazamiento. Calcularon que Sirio B debía tener una masa similar a la del Sol. Los cálculos de Bessel coincidían con eso. Pero las estrellas de una masa solar son bastante brillantes. Entonces ¿por qué Sirio B era tan oscura? Debía ser una estrella enorme y poco densa, pensaron. Debía tener su masa repartida en un enorme espacio, ser fría y laxamente ligada por la gravedad. Como se ve, creyeron erróneamente que Sirio B era lo que hoy conocemos como una gigante roja, a pesar de que su brillo era blanco.

Ni padre ni hijo llegaron jamás a conocer la verdad, porque uno murió en 1887 y el otro diez años después. Recién en 1915, el astrónomo Walter Sidney Adams pudo aislar la luz de Sirio B y

analizar su espectro.



Increíble foto de Sirio tomada con luz visible por el observatorio Chandra. El pequeño punto de luz, apenas abajo y a la derecha de la estrella es Sirio B

Conocedor de los trabajos de Halley, Bessel y los Clark, no pudo creer lo que su espectrógrafo le decía: ¡Sirio no era ni roja ni enorme ni fría! Su temperatura superficial era de 8000 °K, muy superior a la del Sol. Tenía que ser una estrella muy luminosa, pero para tener esa masa y esa temperatura, debía contener toda su masa comprimida en un espacio muy pequeño. De ningún modo se trataba de una gigante roja. Era una estrella enana. Una enana blanca.

Alvan Graham Clark, por tanto, había logrado su lugar en la historia por cuatro hechos impares: no sólo fue miembro del equipo que mejores y mayores telescopios refractores construyó en la historia, sino que descubrió de un plumazo, en esos aciagos días de la Guerra de Secesión, a la compañera oscura de Sirio, a las enanas blancas, y a los sistemas estelares binarios. Hoy sabemos que los sistemas de estrellas múltiples son lo más común en el universo: más del 10% de las estrellas que vemos a simple vista son binarias o múltiples, y hay muy buenas razones para sospechar que más del 50% de las estrellas

totales en el universo son sistemas de este tipo.

VI - La verdad verdadera

La realidad es que las estrellas, como los organismos vivientes y el universo todo, están sujetas a un proceso de evolución regido por sus propias leyes y condiciones. Al contrario de lo que pensaban los antiguos, los astros no son estables para siempre, sino que nacen, evolucionan y finalmente mueren.

Estre proceso se conoce como evolución estelar y puede dividirse, a grandes rasgos, en dos categorías: estrellas que fenecen en forma quieta y tranquila o estrellas que sufren eventos catastróficos.

La diferencia entre una muerte digna —en la cama— o un suicidio a lo terrorista fundamentalista estriba, en el caso de las estrellas, exclusivamente en su masa inicial.

Una estrella muy masiva (digamos, de una masa superior a 10 veces la del Sol), tendrá una muerte más que interesante: comenzará a expandirse hasta que las capas exteriores, retenidas por el furibundo tirón de su gravedad, colapsen súbitamente sobre el núcleo denso de la estrella. Al llegar allí, se producirá una catastrófica explosión que enviará toda la envoltura externa de la estrella volando hacia el espacio, dejando expuesto un núcleo de neutrones libres fuertemente pegados, lo que conocemos como estrella de neutrones. Si este núcleo comienza a rotar rápidamente, tendremos un púlsar y, si la estrella es lo suficientemente enorme, la resultante será un agujero negro.

Sin embargo, esto no ocurre con las estrellas de tamaño “normal”, como es el caso de nuestro Sol o la estrella que dio origen a Sirio-B.

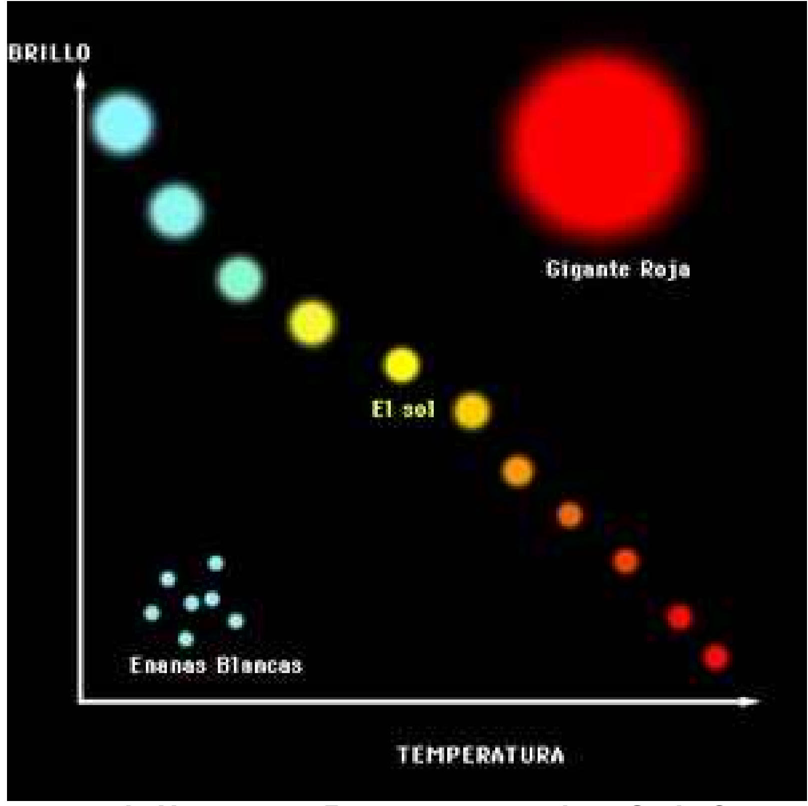


Diagrama de Hertzprung-Russell mostrando la Serie General y el Sol en el medio. Sirio B se encuentra abajo a la izquierda, entre las enanas blancas

Las estrellas operan como reactores de fusión que comprimen el hidrógeno y lo funden para obtener helio. Esta reacción es el origen de su calor y de su luz. Sin embargo, el hidrógeno de la estrella no es eterno: llegará un momento en que comenzará a acabársele, especialmente en el núcleo. Cuando esto ocurre, si su masa no es excesiva, comenzará la fusión en las capas exteriores. La estrella, entonces, crecerá de tamaño, enfriándose y oscureciéndose al mismo tiempo. Se convertirá, en pocas palabras, en lo que llamamos una gigante roja. Es lo que le ocurrirá al Sol en aproximadamente 4.500 millones de años.

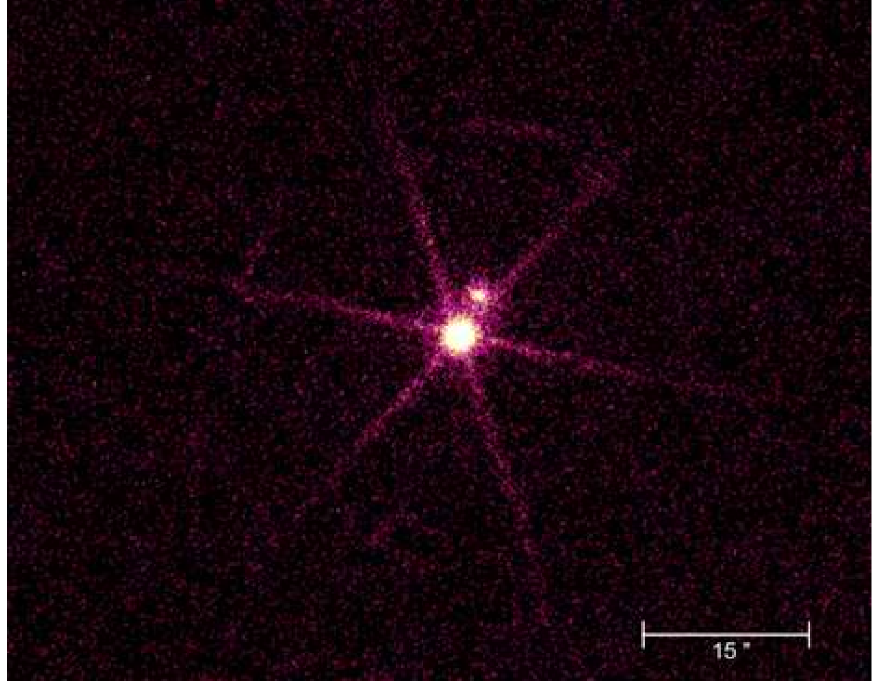
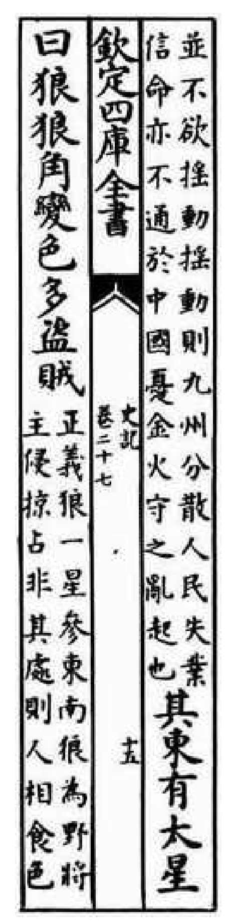


Imagen del Observatorio Chandra en rayos X de Sirio y su compañera (arriba a su derecha), que incluye una escala para apreciar sus tamaños

Por supuesto que la existencia de hidrógeno en las capas superficiales tampoco es inagotable. Al terminarse, una estrella muy masiva encendería la fusión del carbono. Pero una estrella de tipo solar no podrá hacerlo; las capas externas, progresivamente más y más libres de la gravitación del nucleo —que cada vez es menos denso— se irán desprendiendo y alejándose, formando lo que se conoce como nebulosa planetaria. Los electrones del núcleo degeneran entonces, impidiendo cualquier reacción de fusión subsiguiente. La estrella se contrae por último, y empezará a enfriarse paulatinamente, pasando de enana blanca, a través de toda una serie de colores, hasta transformarse en una enana negra y terminar de este modo, tranquilo y silencioso, su carrera fructífera de luminaria del cielo. Alvan Graham Clark observó, sin saberlo, una enana blanca de este tipo.

VII - La estrella mentirosa


並不欲搖動搖動則九州分散人民失業其東有大星
信命亦不通於中國憂金火守之亂起也
欽定四庫全書
史記 卷二十七
五
曰狼狼角變色多盜賊正義狼一星參東南狼為野將主侵掠占非其處則人相食色

Descripción de Sirio por astrónomos chinos del siglo I a.C. En ella se dice claramente (si usted sabe chino, claro) que Sirio era roja

El tránsito de Sirio B de gigante roja a enana blanca tuvo que producirse hace al menos 10.000 años —aunque seguramente muchos más, 20 ó 30.000—.

Sin embargo, un nuevo misterio vendría a sumarse a esta ya de por sí interesante historia. Según todos los testimonios, Sirio era, hace unos 2.000 años, una estrella **roja**. No estamos hablando de Sirio A, ya que eso es totalmente imposible. Si algo brillaba con el color de la sangre, **tuvo que haber sido Sirio B**. Pero eso es igualmente imposible, porque el pasaje de gigante roja a enana blanca no se produce, como hemos dicho, en unos pocos miles de años sino en decenas de miles.

¿Podían estar equivocados los astrónomos chinos, árabes e hindúes,

que juran y perjuran en sus escritos que Sirio era una de las tres estrellas rojas más notables, junto con Marte y Arturo?

Es improbable, salvo que **todos** los antiguos fuesen daltónicos. Tanto los documentos babilónicos como los griegos y romanos describen a Sirio como roja. El mismo Séneca —en el siglo I d.C— y también Ptolomeo —en el II— **dicen claramente que Sirio era roja**. Incluso en el siglo VI, un sacerdote llamado Gregorio de Tours, en su manual para que los monjes pudieran rezar por la noche, llama a Sirio “Rubella”, que quiere decir “roja”.

¿Dónde está el error? ¿Cómo es posible que fuentes tan dispares y confiables hayan visto algo, en fechas tan cercanas como hace 1.500 años, que la ciencia nos dice que es físicamente imposible?

No es imposible. Aunque las leyes naturales prohiben que Sirio B haya sido una gigante roja en el pasado histórico, **no prohiben que haya tomado la apariencia de una sin serlo**. Una enana blanca ha, como queda dicho, consumido el hidrógeno de su interior. Su núcleo, entonces, está compuesto de carbono y oxígeno, rodeados, a su vez, de una breve capa de helio y una finísima atmósfera de hidrógeno.

Es posible que una pequeña cantidad de hidrógeno haya permeado las capas siguientes hasta presentarse en el interior del núcleo. Ocurrido esto, el carbono y el oxígeno hubieran actuado como catalizadores de una nueva reacción de fusión, en la cual se generaría nuevo helio a partir del hidrógeno.

Si comenzó esta nueva reacción de segunda generación, fue súbita y violenta, lo que produjo un repentino pulso de calor que elevó la temperatura de Sirio B de golpe. Al subir este calor desde el núcleo hasta la superficie, Sirio B tuvo que ver expandida su capa externa de hidrógeno hasta alcanzar muchos miles de veces su tamaño de enana blanca normal. El hidrógeno superficial debe haberse enfriado y brillado con un tono rojo, en consecuencia. Lo que vieron Séneca y los chinos, por lo tanto, fue una enana blanca envuelta en una nube de gas que se comportaba igual que una gigante rojas sin serlo.

Los cálculos más recientes indican que esta situación puede haber durado entre 250 y 500 años, lo que explicaría las observaciones desde el siglo I hasta el VI. Luego de eso, la atmósfera de Sirio B comenzó a colapsar de nuevo, su color rojo se emblanqueció, y de nuevo quedó eclipsada hasta el día de hoy por su compañera, la estrella más brillante del cielo.

VIII - ¿No hay dos sin tres?

Para completar el panorama, los franceses Daniel Benest y J.L Duvet publicaron en la revista Astronomy and Astrophysics un artículo titulado **¿Es Sirio una estrella triple?** Una vez más, ciertas irregularidades en el movimiento del Perro y el Cachorro los han hecho deducir que ambas se están viendo afectadas por el tirón gravitatorio de un tercer componente del sistema, aún desconocido. En sus cálculos de 1995, los dos astrónomos exponen que el tercer astro tiene que tener una masa de apenas un 5% de la de Sirio B, por lo que han deducido que debe tratarse de una **enana marrón**, objeto de tamaño subestelar que no presenta ningún mecanismo de fusión nuclear en su interior. Son de características casi completamente planetarias, tal vez como nuestros propios gigantes gaseosos exteriores, y sólo tienen como característica notable fuertes corrientes de convección internas. Las enanas marrones no emiten luz, por lo que son casi invisibles, excepto porque liberan cierta cantidad de radiación infrarroja. Como se comprende, una enana marrón es uno de los objetos más difíciles de descubrir en el universo. El hipotético Sirio C podría, en rigor, ser incluso un planeta a secas, una especie de Júpiter extrasolar.



Vista hipótetica, desde el supuesto componente planetario, del sistema de Sirio

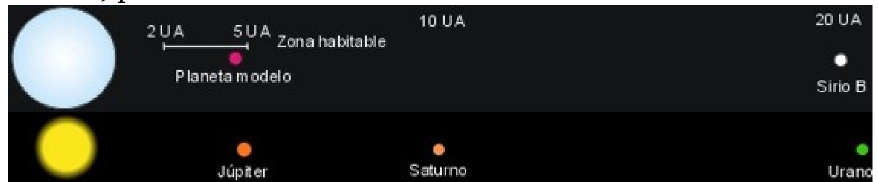
De nuevo, estos científicos contemporáneos no fueron los primeros en observar la anomalía orbital de Sirio A y Sirio B. Las irregularidades del movimiento de ambas estrellas han venido siendo descriptas al menos desde 1894.

IX - Grand finale

Llegamos así al fin de esta interesante historia, que mezcla la sangre y la muerte de la Guerra de Secesión con un increíble descubrimiento del siglo XIX y los nuevos conocimientos sobre astrofísica y astrogénesis.

Y nos queda aún una pregunta por responder: ¿qué fue de aquel lente maravilloso para el que los Clark no encontraban comprador y con el cual el hijo descubrió a Sirio B?

En diciembre de 1862, casi exactamente un año después del descubrimiento de Alvan Graham, la Universidad de Chicago decidió fundar un observatorio astronómico, de modo que comisionaron a un señor de apellido Hoyne para que se desplazara a Nueva York a efectos de comprar un telescopio que había sido construido por la firma Fitz. Se le asignó para ello un presupuesto de 8.000 dólares unionistas (no se debe olvidar que también circulaban en el país en división los dólares confederados). Uno de los miembros de la comisión fundadora del observatorio, sin embargo, convenció a Mr. Hoyne de que los instrumentos Clark eran muy superiores a los Fitz, y el emisario, entonces, se dirigió a Massachussets en lugar de encaminarse a la Gran Manzana. El miembro de la comisión le había asegurado que "la Universidad de Mississippi había abandonado un soberbio instrumento en el taller de Clark, por causa de la Guerra de Secesión".



Sirio C bien podría ser un planeta. Diagramas comparativos de las dos estrellas con su compañero cuasiplanetario (arriba) y el Sol con tres de sus gigantes gaseosos (abajo), a la misma escala de tamaños y distancias

Al visitar a los ópticos, Hoyne observó con preocupación que acababan de recibir una oferta por el instrumento, de manos de la Universidad más cercana a su hogar, la de Cambridge. Muy apegados y enamorados de los telescopios que construían, los Clark (especialmente Alvan padre) eran muy reacios a separarse de ellos, y habían decidido que se sentirían cómodos si el aparato se quedaba en Cambridge y ellos podían visitarlo cada vez que se les antojaba. Hoyne aseguró a los Clark que Chicago era mejor que Boston, porque su universidad "no repararía en gastos ni impondría condiciones" con tal de hacerse con el instrumento. El precio convenido fue de 18.100 dólares, 10.100 más de los previstos para la compra.

A marchas forzadas, Chicago tuvo que diseñar y construir el alojamiento para la joya de la que acababa de adueñarse. A principios de mayo de 1864 el edificio estaba ya completo, y la cúpula giratoria y la montura estaban en perfecto estado operacional. Alvan y Alvan Graham Clark viajaron inmediatamente para supervisar la instalación de su “bebé”, y el padre se quedó aún más de un mes calibrando y ajustando el telescopio antes de regresar a su casa y dejarlo en manos de sus orgullosos nuevos propietarios. Como consecuencia de toda su amabilidad y sus trabajos, la Universidad de Chicago lo nombró Doctor Honoris Causa dos años más tarde.

Desde su instalación hasta 1868, el Clark de Chicago mantuvo su puesto como el telescopio refractor más grande del mundo, marca que fue batida, como es lógico, por otro Clark. En 1889 nuestro heroico telescopio fue cedido a la Universidad del Noroeste en Evanston.

En 1911, se le quitó el tubo Clark original de madera y su montura, las que fueron donadas al Planetario Adler de Chicago, donde fueron armados vacíos y el público puede verlos hoy en exhibición.

Las lentes recibieron un nuevo tubo metálico y una montura moderna en Evanston, donde continúa rindiendo sus inestimables servicios en la investigación y la enseñanza hasta el día de hoy.



Montura y tubos orginales en el Planetario Adler de Chicago

El viejo y perfecto telescopio que debió ir al sur para atravesar la guerra y tal vez ser destruido, llegó así, a través de los caminos inescrutables de la historia, a nuestro ajetreado siglo XXI, que lo venera y admira no sólo por haber descubierto a Sirio B y muchos otros objetos desconocidos, sino por ser parte de un pasado legendario de artesanía minuciosa, excelencia técnica e inconmensurable amor a la ciencia, de los que fueron adalides incuestionables los simpáticos señores Clark.

Apéndice:

Ofrecemos a los lectores una interesante página de la Universidad de Cornell donde el visitante puede visualizar varias simulaciones de sistemas binarios, cambiar los parámetros físicos de los mismos y

observar el resultado. Allí encontrarán la paralaje estelar, un sistema binario donde las estrellas se eclipsan la una a la otra, otro sistema binario visto desde distintos puntos de vista y un gráfico dinámico de la evolución de las estrellas.

No me miren

Gabriel Mérida

“La noche es un monstruo hecho de ojos”
G. K. Chesterton

1

Una secretaria pasó por afuera de la oficina del Jefe Cárdenas llevando unos papeles. Al pasar frente al ventanal, le echó una mirada breve y coqueta a Ibarra y López, los detectives. El ojo izquierdo era verde. El ojo derecho, color miel.

—Está de moda, definitivamente —dijo el Genio a sus espaldas, sonriendo desde atrás de sus gafas.

—Si el Doctor Forrester hubiera tenido razón —gruñó el Jefe Cárdenas detrás de su escritorio—, ahora tendríamos más de la mitad de las funcionarias sospechosas de ser dominadas por una mente maestra. Casi todas usan esos ojos de cultivo transplantados.

—Son más definitivos que los lentes de contactos, tienen toda la apariencia de reales.

—No son reales —dijo Ibarra, serio.

—Son tan reales como la ciencia puede prometer —dijo el Genio, sacudiendo su pipa.

—Genio —intervino López, el más joven—. Tú escuchaste la llamada del doctor, ¿no? ¿Es cierto que se oía como un loco desde el principio?

—Sí, pero eso no es ninguna prueba. El Jefe Cárdenas grita como un demente todo el tiempo y todavía nadie lo acusa de asesinato.

—Genio —dijo el Jefe—, si no te callas vas a acompañar al doctor Leighton en la morgue. Ibarra, López, vamos a revisar todo, ¿OK? Tenemos el único laboratorio de cultivo e investigación de órganos de todo el país, y tenemos a dos científicos encerrados en él. Uno está vivo y loco, y el otro está muerto.

—No sabemos si Forrester está loco —dijo el Genio.

—Suena como uno —dijo Ibarra, que estaba mirándose las

manos todo el tiempo.

—Sonaba así desde la primera vez que llamó, ¿no?

—Bueno, partamos desde el principio —dijo el Jefe—. Los mandamos a ustedes dos porque recibimos la llamada del doctor Ricardo Forrester, investigador del Laboratorio L Inc., diciendo un montón de estupideces sobre paredes de órganos que se mueven solos y que han asesinado al doctor Esteban Leighton, y algo de una conciencia…

—Conciencia única —dijo el Genio, mirando fijamente las manos de Ibarra, que dejó de moverlas—. Una conciencia única movía todos los órganos que estaban cultivados en todo el laboratorio.

—Perfecto, tenemos algo. Un laboratorio de ocho pisos subterráneos donde se cultivan órganos para transplante y comercialización. Nuestras secretarias usan esos ojos transplantados por razones cosméticas, y muchos agentes con años de servicio tienen piernas de cultivo transplantadas. Y en el fondo del pozo donde se elaboran todas esas cosas, un doctor enloquecido nos llama diciéndonos que una conciencia única mueve a todos esos órganos.

—Ibarra —dijo el Genio—, tú ibas a cargo de la salida. ¿Cómo era el famoso edificio de cultivo?

—Grande —dijo Ibarra, tras mirar a López, que sólo asentía —. Una estructura de caracol que llegaba hasta el octavo piso subterráneo, desde donde llamaba el Doctor.

—Y estaban las salas —dijo López.

—Sí, estaban las salas.

2

El pulcrísimo hall de acceso al edificio tenía la majestuosidad y frialdad de un témpano de hielo encerrado, y allí se enteraron de que el edificio tenía un sistema de seguridad que no necesitaba personal humano para el mantenimiento, como si ya fueran demasiadas vidas encerradas en el pozo de ocho pisos como para añadir unos cuantos cuerpos completos. El Jefe de vigilancia no salía nunca del hall: se limitó a ajustar el nivel de seguridad desde su escritorio central, entregarle una guía con los códigos de las diferentes salas de cultivo

y abrirles la puerta que daba al caracol que bajaba por el pozo.

Había un ascensor transparente, pero prefirieron no ocuparlo. El pasillo que bordeaba el pozo bajaba hacia la izquierda, sin escaleras ni descansos, y apenas se notaba su inclinación. Tras pasar por unas cuantas puertas cerradas, vieron la primera puerta de cristal esmerilado.

—¿No te parece espeluznante? —preguntó Ibarra, imaginando que iba a salir vaho de su boca, a pesar de que la temperatura era normal.

—Sí, parece un hospital muy caro. Según la llamada de Forrester, Leighton está en la sala 4FU3.

—Aquí dice 1FR4 —dijo Ibarra, acercándose al código estampado sobre la puerta y a una pequeña ventanilla.

—No entiendo bien la guía —dijo López, revisando el papel—, pero creo que el primer número marca el piso. Estamos en el primero, y según la lista esta sala corresponde a…

—López —dijo Ibarra con la voz congelada, asomado a la ventanilla—. Ven. Mira.

López puso su rostro al lado del rostro de Ibarra. En la pared del fondo de la habitación, sobre una superficie que parecía ser de piel, aunque algo más rosada, nacían por el tobillo veinte filas de pies que apuntaban su planta hacia ellos. Los pequeños dedos se movían delicada, acompasadamente: cinco dedos por pie, cuarenta pares de pies por fila, veinte filas de pies rosados y vivos subiendo desde el suelo hasta el techo.

3

"Los órganos no son entidades inertes" jadeaba la voz del doctor Forrester en la grabación que escuchaban en la oficina, "ni tampoco están separados. He estado investigando mucho tiempo sobre ello, la conclusión era inevitable. Ellos han creado algo, una conciencia única, algo más grande que los está moviendo. Ahora ellos mataron a Leighton en la sala efe-u-tres, y yo los vi…"

—¿A quienes son ellos? —preguntó el Genio cuando el Jefe hizo STOP.

—Bueno, a los órganos, ¿no? —dijo López.

—La pluralidad pudo haberlo empujado a decir ellos —dijo el

Genio—, pero Forrester hablaba de una conciencia única que manipulaba a los órganos. Esas fueron sus últimas palabras relativamente coherentes.

“Yo los vi matándolo” se oyó la voz del doctor Forrester, más y más llorosa, “ellos lo asesinaron. Vine acá al último piso porque… pero no pude, ellos saben, ellos se dieron cuenta. Ahora no puedo hacerlo. Antes no estaba tan seguro, todo podía ser un error, pero después de que ellos… Yo los vi matarlo, y ellos me vieron, me miraron, me observaron…”

—Se preguntarán por qué el Jefe los mandó de cabeza a tanto peligro junto —sonrió el Genio.

Ibarra y López protestaron confusamente.

—Yo me pregunto —dijo el Jefe desoyéndolos— si Forrester no estaba loco desde entonces.

4

A medida que el pasillo continuaba su descenso, hundiéndose más y más en el pozo de cristal y acero, Ibarra y López sentían una inmensa respiración alrededor de ellos. Era como si el edificio entero estuviera vivo, no sólo en el contenido de sus habitaciones sino en sus paredes, sus ventanas y sus barandas.

—Sistema de refrigeración —dijo Ibarra. López asintió nervioso.

Las puertas estaban dispuestas en orden, como un cuerpo humano invertido. La sala de los pies había sido la primera. Mientras bajaban, López miraba la guía para descifrar los códigos en las puertas.

—Rótulas —leyó, mientras Ibarra asentía en silencio—. Muslos. Caderas. Genitales masculinos. Genitales femeninos.

No volvieron a asomarse a una puerta hasta que llegaron al nivel cuatro. Después de Hombros, Brazos y Muñecas, encontraron la puerta 4FU3. Estaba entreabierta. López e Ibarra se miraron, sacaron sus armas y se hicieron a un lado. A la señal de Ibarra, López pegó una patada en la puerta y entró, ahogando un grito. Ibarra lo siguió.

Sobre el manto orgánico de cultivo que llenaba la pared de fondo, cubierto por lo que parecía piel, se alineaban veinte filas de

cuarenta pares de manos. Las manos nacían desde la muñeca, pero colgaban con las puntas de los dedos apuntando hacia el suelo, presentando el dorso hacia adelante. Todas las manos colgaban de dicha manera, excepto las situadas justo en el medio de la pared. Allí, las manos estaban crispadas sosteniendo el cuerpo amoratado y sin vida del doctor Esteban Leighton. Una de las manos que lo sujetaba le rodeaba el cuello, con el pulgar clavado en la garganta. De ahí brotaba la sangre que manchaba las manos que le sujetaban los brazos, las piernas, los pies y el resto del cuerpo.

5

—Las manos en estado de cultivo tienen reacciones reflejas —dijo el Genio—. Eso no significa que actúen por sí solas.

—Lo sabemos —dijo Ibarra—. Hicimos un experimento. Le pusimos a una de las manos una lapicera. Tocándole el dorso sólo reaccionó moviéndose un poco. Tuvimos que tocarle la palma para que reaccionara apretando la lapicera.

—Pero ese no fue todo el experimento —dijo el Jefe, mordiendo su propia lapicera.

—No. Si Leighton hubiera caído de casualidad sobre las manos, estas no habrían reaccionado de la manera en que lo hicieron. Yo lancé mi antebrazo entero sobre las manos. Como las manos cuelgan, y son los dorsos los que se ven desde el frente, las manos no agarraron mi brazo. No basta con apoyarse sobre la pared de manos para ser asesinado por ellas.

—Pero el doctor Forrester dijo —intervino el Genio— que las manos se levantaron por voluntad propia y asesinaron al doctor Leighton, lo que revela a la citada conciencia única tomando decisiones bastante graves.

—Bueno, estaba la quemadura —dijo López.

—¿Qué quemadura? —gruñó el Jefe.

—La quemadura en el costado izquierdo de la pared. En un espacio entre dos manos, se veía una pequeña mancha que parecía de quemadura.

—Esa quemadura —dijo Ibarra— sería finalmente la solución al misterio.

6

Las puertas esmeriladas se sucedieron una tras otra mientras bajaban, como guardianes de vidrio apostados en un palacio de acero. Faringes. Laringes. Cuerdas vocales. Mandíbulas. Narices. A esa profundidad López e Ibarra, con las pistolas en las manos y caminando muy lentamente, se miraron. Observaron hacia arriba, siguiendo con la mirada el pozo ascendiente y la columna cristalina del ascensor. Supieron que estaban pensando en las palabras del doctor Forrester.

"Ellos han creado algo, una conciencia única, algo más grande que los está moviendo."

Por fin la puerta 8SR4 apareció frente a ellos. Estaba entreabierta, pero su superficie no estaba esmerilada. Por el vidrio pudieron ver un escritorio con controles y luces. Caminando con cuidado, como si el suelo fuera a despertarse si pisaban muy fuerte, Ibarra y López transpusieron la puerta.

"Detrás de los ojos" oyeron la voz quebradiza como una botella sobre el cemento, "detrás de los ojos está creciendo el cerebro, y el cerebro que criaron los gobernará por siempre…"

Al fondo de la oscura oficina había otra puerta esmerilada, cerrada. En las paredes vieron cuadros con diagramas y gráficos. Ibarra rodeó el escritorio.

Sentado en el suelo, con la cabeza entre los brazos, estaba temblando un hombre macizo y rubio.

—¿Doctor Forrester?

El doctor levantó la cabeza y volvió a cubrirse la cara de inmediato.

—¡No me miren! —aulló entre dientes, si tal cosa era posible. López retrocedió.

—Los ojos nos miran —continuó Forrester con un murmullo —. Los ojos se mueven de acuerdo a una conciencia única y monstruosa que vive detrás de la pared de ojos… todos los ojos que la gente compra y se transplanta están dominados por esa conciencia única…

Ibarra comenzó a hablarle despacio, guardando su arma.

—Doctor, somos policías. Esté tranquilo. Hemos venido por su llamada. Vimos lo que le pasó al doctor Leighton.

—Ustedes no lo vieron —dijo Forrester, sacando la cabeza de

las manos pero sin mirarlos—. Yo vi cómo le ocurrió. Fue… Ahí obtuve la prueba casi definitiva de que tenía razón, de que la conciencia había tomado control sobre los órganos.

—¿Qué fue lo que pasó, doctor?

—Leighton. Leighton y yo discutíamos siempre. Yo le había contado lo que había descubierto, y él no me creyó. Entramos discutiendo a la sala de las manos, y Leighton se puso a tocar una de ellas, riéndose de mí. Estaba muy cerca, pero no tenía que ocurrir nada. Entonces fue…

—¿Entonces fue qué?

—Las manos se levantaron —dijo Forrester hundiendo la cabeza de nuevo—. Se levantaron todas de un golpe y atraparon a Leighton. Lo atrajeron a la pared y comenzaron a estrangularlo. Leighton comenzó a gritar, y entonces ocurrió lo realmente horrible…

Ibarra y López no preguntaron nada. La respiración enfermiza de Forrester fue el único sonido durante algunos segundos.

—Las manos que no sujetaban a Leighton se pusieron a aplaudir.

7

—¿Aplaudir?

—Eso nos dijo —contestó López

—Exactamente lo que las manos cultivadas jamás harían.

Todos se callaron. Afuera pasó de nuevo la secretaria de los ojos verde y miel.

—Mi señora se puso ojos color azul y verde el mes pasado —dijo el Genio.

—¿Y la notas diferentes? —gruñó el Jefe—. ¿Alguna conciencia asesina y maligna se apoderó de ella?

—No me habla, parece siempre pensando en otra cosa, intenta asesinarme con la comida. Pero ha sido así durante veinte años, así que no le puedo echar la culpa a los ojos. Incluso sugirió que yo me pusiera unos.

Ibarra levantó la vista hacia él.

—Forrester dijo que había ido a la habitación 8SR4 con un

soplete, pero no se atrevió a dispararlo —dijo López.

—Y por eso estaba temblando detrás del escritorio —gruñó el Jefe.

—Detrás del escritorio también estaba el aparato —dijo Ibarra.

—¿El aparato que ocasionó la quemadura en las manos?

—Ese mismo.

8

Mientras el doctor Forrester temblaba y lloriqueaba, Ibarra alcanzó a ver, en un rincón, una larga vara metálica negra, inquietante como una serpiente enroscada.

—¿Esto es una picana eléctrica, doctor?

—Arma de shock eléctrico —dijo Forrester, tras echar un subrepticio vistazo—. La apliqué a las manos para que soltaran a Leighton. Sirvió un poco, porque dejaron de aplaudir y se levantaron, apuntando hacia adelante. Me dio terror, tuve que alejarme, y las manos volvieron a aplaudir y a estrangular a Leighton.

Ibarra imaginó fugazmente las consecuencias de un shock eléctrico sobre un cuerpo vivo, la tensión en los músculos, el agarrotamiento, y se levantó como si le hubieran aplicado la picana a él.

—Aléjate de él —dijo, apuntando a Forrester con su arma.

—¿Qué ocurre? —preguntó Forrester, sorprendido. López se alejó e imitó a Ibarra.

—Usted lo hizo —dijo Ibarra—. No es como lo cuenta. Usted aplicó primero la electricidad y entonces las manos se levantaron para agarrar a Leighton.

—No, no…

—Las manos no se levantan solas, Doctor. Hicimos la prueba. Usted utilizó las manos como arma homicida.

—Tienen que creerme —dijo el doctor, mirándolos por primera vez. Sus pupilas eran dos enloquecidos zafiros azules—. Les digo que hay algo detrás de esa misma puerta en este mismo momento, pensando… mirándonos…

—Basta de eso. Usted tiene que acompañarnos…

—Escuche —dijo Forrester, jadeando para mantenerse coherente—. Confesaré todo si es que primero me creen. He investigado. He estudiado el potencial de reflejo de todos los órganos del edificio. Cuando digo que algo los mueve, estoy diciendo que mediante cierto proceso que no comprendo bien, los órganos han logrado interconectarse y crear un órgano superior que puede equipararse con el cerebro. Ese órgano sólo puede estar allí, detrás de los ojos, en la habitación que está al otro lado de esa puerta.

Ibarra y López echaron un vistazo a la puerta esmerilada. Era como la boca de un androide, perfecta y horrorosamente limpia.

—Entre —dijo Forrester—. Después de eso, arréstenme si quieren. Pero primero entre. Entre y me creerá.

9

—El doctor estaba completamente loco —dijo el Jefe.

—Hay que admitir —dijo el Genio—, que la teoría de órganos cultivados haciendo crecer un cerebro como si fuera una flor carece absolutamente de sentido. No es así como funcionan las cosas.

—Se volvió loco, como todos los científicos —insistió el Jefe —. Trabajaba entre pesadillas, hasta que una le cocinó la cabeza. Se volvió loco.

López miraba al Jefe, luego al Genio, luego a Ibarra. Ibarra se miraba los dedos de las manos.

—Sólo alguien nos puede responder esa pregunta ahora —dijo el Genio. Ibarra levantó la cabeza.

—Tú entraste, Ibarra —dijo el Jefe—. ¿Qué viste allí adentro?

10

Atrás quedó López apuntando al doctor Forrester. Atrás quedó la habitación del escritorio y los controles. Ibarra presionó el botón junto a la puerta esmerilada y ésta se abrió con un suspiro perverso. Ibarra dio un paso hacia el interior.

Cien mil ojos palpitaron en la pared.

La habitación era más grande que las otras, y el fondo no tenía la apariencia de piel. Sólo era un tejido de carne viva donde parecían flotar cien filas de globos oculares. Las pupilas eran de diferentes colores, se agrandaban y empequeñecían, mirando hacia lados diferentes. Algunos ojos se movían lentos, otros nerviosos, apuntando al azar como los ojos de un camaleón.

No eran nada más que ojos, cien mil ojos cultivados flotando en una piscina de carne.

Sobreponiéndose al pánico y a las ganas de vomitar, Ibarra vio que el pequeño lanzallamas del doctor Forrester estaba junto a sus pies. Estaba parado justo en medio de la pared de cultivo, en el punto tras el cual debía estar oculto el cerebro que postuló el Doctor Forrester, y para llegar a él sólo había que utilizar el lanzallamas. Se agachó para recogerlo, y entonces ocurrió.

Todos los ojos se volvieron de súbito hacia él.

Supo que nunca le contaría lo que ocurría a nadie más, en toda la vida. Los cien mil ojos estaban observándolo, vigilantes, atentos al menor movimiento suyo. Ibarra dio un cuidadoso y lento paso hacia la izquierda, mirando su reflejo repetido cien mil veces en las pupilas de diversos colores. Los ojos se deslizaron, siguiéndolo, perfectamente coordinados.

Ibarra gritó. Cerró los ojos y accionó el lanzallamas, apuntando justo al medio de la pared de ojos, abriéndose paso hacia lo que había detrás. Tras cinco segundos de tener la llama encendida, la apagó. Muy lentamente, abrió los ojos.

11

—¿No había nada? —preguntó el Jefe, completamente atento. López y el Genio también lo miraban.

—Aluminio —dijo Ibarra—, igual que en los otros contenedores. La pared orgánica tenía sólo tres centímetros de espesor.

—El Doctor estaba loco, Jefe —dijo López—. Cuando Ibarra volvió y le contó lo que había, confesó. Dijo: “entonces estoy equivocado”, y admitió haber matado a Leighton, excitando la pared de manos con la picana eléctrica.

—¿No había nada que sugiriera que había sincronización

entre los órganos? —preguntó el Genio, mirando a Ibarra a través de sus gafas.

—Nada —dijo Ibarra, mirándolo directamente—. Los ojos se movían de forma independiente todo el tiempo.

—Otro científico loco más —rabió el Jefe, decepcionado—. Ahora sus abogados aducirán neurosis y stress, y un asesinato por envidias profesionales será achacado a razones psicológicas.

—Ten un poco más de compasión —dijo el Genio—. Imagínate al doctor Forrester en su laboratorio, pasando todos los días frente a una pared de ojos. Poco a poco te preguntas si los ojos te están mirando. De ahí a estar seguro de que te miran, y a inventar una teoría descabellada que incluye a un cerebro gigante, hay un solo paso.



Ilustración: Pat

—Eso no justifica el volverse loco y matar a alguien. Nadie se vuelve loco porque mucha gente lo mira. A mí me miran todo el tiempo mis secretarias con ojos de dos colores y no mato a nadie.

—Es cierto —dijo Ibarra, en voz más alta, y poniéndose de pie—. Para mí, Forrester inventó toda esa historia para librarse del asesinato. Cuando se dio cuenta de que no le iba a creer nadie, desistió y confesó. Así de simple.

—Muy bien, me alegro —dijo el Jefe, poniéndose de pie—. Ahora tienes que escribir tu informe, ¿no? ¿Historia concluida?

—López me acompaña —dice Ibarra saliendo de la oficina—. Lo tendremos listo en una hora.

—Los veremos en una hora —dijo el Genio.

López cerró la puerta de la oficina

—Ibarra, dime algo —dijo, caminando a su lado—. ¿Estás seguro de que no viste que los ojos te miraran?

—No —dijo Ibarra, deteniéndose junto a la máquina de café —. Pero escucha, López, sí me dio la impresión de que lo hacían. Pero fue sólo la impresión, ¿entiendes? Tú y yo sabemos que era imposible que los ojos realmente miraran a alguien.

—Entiendo, sí —tomando su café y retomando la marcha—. Cualquiera puede volverse loco con todas esas cosas rodeándote. Creo que voy a necesitar una visita al terapeuta después de esto.

—Yo también. Ten cuidado —dijo Ibarra apuntando a una caja en el piso.

—¿Con qué…? —dijo López, tropezándose con la caja, cayendo sobre Ibarra y desparramando para todos lados el café.

—¿Estás bien? —preguntó Ibarra, ayudándolo a levantarse.

—Sí, sí, estoy bien… —López se detuvo cuando miró alrededor. Ibarra sintió el silencio y también miró alrededor. El pelo detrás de la nuca se le erizó.

En la oficina, todo el mundo estaba mirándolos.

Gabriel Mérida nació en Arica, Chile, en 1982, vive en Santiago y estudia en la Universidad de Chile. Ha publicado en los fanzines Utopika y Fobos, y en la revista Macondo Y Letras de Chile. Sus autorespreferidos son Allen (Woody), Marx (ambos), Cortázar, Borges, Bukowski y sus cercanías. Temas favoritos: las animaciones en flash, la identidad y los dobles, la manipulación genética, la alienación juvenil, las perversiones sexuales, la lucha contra el sistema, los video clips, la política.

Tiempo treinta y tres

Raquel Froilán García

—Señor… esto, ¿tiene un momento?

—Hombre, Suárez, tiene usted el don de la oportunidad. No, ahora no tengo tiempo para usted.

—Esto es importante, señor.

—Para usted *todo* es importante. Aprenda a delegar, como hago yo. Ahora, si me perdona, llego tarde a comer, ya sabe cómo son esos inversores. Insisten en elegir ellos el sitio.

—Lo entiendo, señor, pero…

—Nada de peros. Por cierto, Suárez, ¿por casualidad no sabrá en qué siglo se inventó el tenedor?

—Creo que fue en el XVI…

—Ah, menos mal. Odio comer con las manos.

—Señor, volviendo al asunto…

—Ahora no.

—Se trata del proyecto T33.

—¿El de…?

—Sí. Ése.

—Le escucho. Vamos a mi despacho.

—¿Están seguros de ello?

—Completamente. Mi departamento lo ha comprobado, señor. Varias veces. Las únicas opciones son cancelar completamente el proyecto y cerrar la zona, o reducir drásticamente el número de visitas.

—¿Otra vez? Creo recordar que ya restringimos hace poco el acceso a esa zona en concreto, no recuerdo cuándo exactamente…

—Hace trescientos veinte años, señor. Aproximadamente.

—Cierto, cierto. Vi los informes.

—Tenía que hacerse. El número de visitantes empezaba a superar el total de habitantes locales disponibles. Comenzaba a ser

sospechoso; no había tanta gente junta en toda la región. Alguien se hubiera dado cuenta.

—Y eso atentaría contra la ley no escrita de los viajes en el tiempo.

—¿No jodas con la causalidad?

—No. La *otra* ley no escrita. Que nadie se entere.

—¿Y las visitas, señor?

—Para empezar, nada de cerrar la puerta a menos que tengamos a mano una ventana. De momento, limitaremos la presencia de turistas a los que hayan reservado nuestras visitas guiadas. Los otros, que se jodan y que paguen, como todos.

—Bien, señor.

—Y podríamos desviar parte del tráfico hacia otras zonas. ¿Suárez?

—¿Sí, señor?

—¿Por qué eligen todos el mismo destino?

—Creo que lo llaman hecho religioso.

—Pues podrían ser más originales, ver otras zonas. Ese chico, Aníbal, parece interesante. Y a todo el mundo le gustan los elefantes. ¿Suárez?

—¿Sí, señor?

—¿Por qué no tenemos más reservas para Aníbal?

—Bien, señor, tengo entendido que esos elefantes resultaron ser más pequeños de lo que la gente esperaba. Se quedaron un tanto decepcionados.

—¿Los elefantes?

—La gente, señor.

—Entonces explique que las bestias son *Dumbos* pequeñitos e incluya la visita en el paquete familiar.

—Umm.

—Y con lo del T33, ¿qué es lo que va mal exactamente?

—Bien, señor, si observa los gráficos y las proyecciones a cincuenta años…

—No me interesan los dibujitos. *Explíquemelo* usted.

—Está bien, señor. El caso es que, de acuerdo con las proyecciones…

—¡Suárez!

—¿Sí, señor?

—Al grano.

—Claro, señor. Resumiendo, toda la zona experimenta una pérdida significativa de densidad. Si mira este gráfico…

—¡Suárez!

—Está bien, nada de gráficos.

—Así me gusta. ¿Y cuanto tiempo dice que lleva pasando esto?

—Bueno, señor, ya sabe que esa expresión carece de sentido cuando tratamos con un marco espacio-temporal discreto y que estrictamente no podemos decir que el tiempo pase…

—Me refería a cuánto tiempo del *nuestro*, ¿entiende?

—Perfectamente, señor. De acuerdo con el ritmo actual de perdidas y la cantidad total de las mismas, yo diría que siglos, señor.

—Siglos.

—Sí.

—Y este… *problema*, ¿afecta a otros destinos?

—De momento no, señor. Ninguno tiene o ha tenido nunca la afluencia de público del T33.

—¿Y cómo demonios no nos dimos cuenta antes?

—El volumen de pérdidas es despreciable pero existe, y su efecto es acumulativo, señor. Y con la actual carga de visitas, se convertirá en un problema *realmente* serio en el futuro.

—Entiendo.

—El tipo no podrá ir predicando por ahí si le falta, digamos, un cacho de cabeza.

—¿Tan grave es?

—No, señor. Espero que no. Las pérdidas no se localizan en una zona concreta del cuerpo. Era sólo un ejemplo.

—Bien. Y esto, ¿le pasa a toda la población o sólo a… *él*?

—A toda la población. A los humanos, si se refiere a eso. Y a los animales, a la flora. A todo lo que contenga materia orgánica.

—Explíqueme eso. Creí que uno iba y se materializaba sin más.

—Eso creíamos, pero, verá, el problema es justo ese. Para materializarse hace falta materia. Y la obtenemos, esto, reciclando los cuerpos vacíos que los turistas dejan atrás al volver.

—Y también al ir, según tengo entendido.

—Sí.

—El tránsito Simak.

—Exacto, señor, pero preferimos no hacer hincapié en el asunto. Los de *marketing* recomendaron…

—No me diga lo que recomendaron los de marketing; fui yo mismo quien lo propuso. A la gente no le gusta la idea de que sus cuerpos *mueren* cuando ellos se hacen una copia en otro lugar del espacio-tiempo. Oh, lo saben, naturalmente, pero prefieren que no se lo recuerden.

—Muy cierto, señor.

—Siga.

—Bien. A pesar de que el tránsito se realiza en un entorno controlado y fuera de la vista de los locales, parece que hay… ciertas fugas.

—Eso ya lo ha dicho. Explíquese.

—Bueno, señor, es como cuando se cava un agujero. Después parece que la tierra que se sacó no basta para rellenarlo de nuevo, ya sabe.

—No, no sé. Jamas en mi vida he cavado un agujero.

—Oh.

—Pero, siga, Suárez, siga.

—Esas fugas… Creemos que la materia faltante se ha estado obteniendo, uh, del entorno.

—¿Cómo, ella solita?

—El proceso es automático, señor.

—Bueno, pues no veo cuál es el problema. Tengo entendido que allí hay materia de sobra. Tienen desierto y piedras hasta para exportar. Sáquenla de ahí.

—Disculpe, señor, pero eso sólo valdría si transportáramos arena y piedras. Nosotros trabajamos con *personas*.

—¿Y bien? Un átomo de carbono es un átomo de carbono, da igual de dónde se saque.

—Con todos los respetos, señor, eso no es del todo cierto. Umm, la vida, si me permite la expresión, siente *apetencia* por cierto tipo de isótopos, los más ligeros, y no por otros. Y además, suelen ser más escasos que, uh, los otros. ¿Me explico?

—Como un libro abierto.

—Estos isótopos son fundamentales para la vida, y de hecho son indicativos de ella si se encuentran en proporciones más altas de las normales.

—Y me está diciendo que para completar a nuestros turistas sobrealimentados, hemos estado sacando átomos de la gente de ese sitio. Y de *él*, si no me equivoco.

—Entre otras fuentes, sí.

—¿Y cómo acaban esos malditos átomos dentro de nuestros turistas? ¿Acaso van flotando por ahí?

—No lo sabemos, señor.

—¿No lo saben? Perfecto

—Si lo supiéramos, *señor*, trataríamos de invertir el proceso.

—¿Sacando trozos de turista?

—No, por Dios. Cómo se le ocurre. Imagínese las demandas que tendríamos que hacer frente.

—Sí, lo bueno de esa gente es que *aún* no había inventado los abogados.

—Si usted lo dice, señor.

—¿Y colocar cada átomo en su sitio, podrían hacerlo?

—Hipotéticamente, sí.

—Ah. Hipotéticamente. Me deja mucho más tranquilo.

—Por el momento, para compensar, estamos incrementando el tamaño de los rebaños y la vegetación autóctona. Creerán que tienen una tiempo especialmente benigno. Aunque, por otra parte, es difícil evitar que un pastor de cabras no note que tiene más animales de la cuenta.

—Ya.

—Y estamos, eh, sustituyendo parte de la arena y las rocas del entorno por imitaciones ricas en los isótopos más convenientes.

—Ah. Arena y piedras, dice.

—Nadie lo notará.

—Eso espero. Recuerde la causalidad y las leyes del espacio-tiempo.



Ilustración: Aradano

—Eso hago, señor.

—Y, ¿Suárez…?

—¿Sí, señor?

—Sé que se las arreglaran con el asunto. Es usted una chica lista, la mejor jefe de departamento que hemos tenido en siglos.

—Gracias, señor.

—Por cierto, bonito vestido. ¿De cuándo es?

—Siglo XVIII, señor.

—¿Original?

—No, señor. No podría pagar el transporte. Es una copia contemporánea.

—Ah, sí, lo olvidaba. El precio del transporte, no sé dónde tengo la cabeza. Suárez, espero noticias suyas. Después de todo, no queremos que ese tal Jesús se nos deshaga entre las manos.

—Ciertamente no, señor.

—Es nuestra principal fuente de ingresos.

—Bueno, señor, también inspiró unas cuantas religiones…

—¿Y dan dinero?

—Eso tengo entendido.

—¿Sí? Qué interesante. Bueno, le dejo, los inversores me reclaman, ya sabe. Me voy a comer.

—Adiós, señor. Que aproveche.

Raquel Froilán García, de quien a estas alturas nadie ignora que nació en León, España, y tiene 24 años, apareció por primera vez en Axxón con su cuento “Jezabel” en el N° 142, a lo que siguieron una ficción breve, “El inocente y Abel”, en el N° 148, otro cuento, “La invasión” en el N° 151 y dos ficciones breves en el N° 152: “Médium” y “El bebé tiene tres meses”. En la sección “Entre Ushuaia e Irún” de Bem on Line se publicó “La diosa del suicida”. Por estos dias empieza a distribuirse Visiones 2005 y allí está de nuevo Raquel y su “Erinnis”. No está mal, no está nada mal…

Editor

Eduardo J. Carletti

Estimado amigo:

He leído su cuento y me parece rescatable. Por si no tuvo una experiencia anterior y por ende no conoce aún el antipático lenguaje de los editores, le explico que eso significa, casi, que el cuento ha sido rechazado. Si no le queda claro lo que quiero decir, le remarco que el hecho de que el cuento haya sido calificado como "rescatable" no quiere decir para nada que el cuento sirva, y le conviene traducir la expresión más bien a un "así como está, ni siquiera es remotamente publicable". Ahora bien, no todo está perdido. Si no se ofende y se mantiene con un criterio abierto, tomaré la misma actitud y le confesaré que esta introducción es un mero formulismo de la editorial que sirve para sacudir un poco a los autores y predisponerlos a aceptar las propuestas de corrección que vienen luego.

Decía más arriba que el cuento es casi inaceptable. Pero "casi" es "casi", y de ahí que me he tomado el trabajo de intentar el rescate de su idea y, de ser posible, una buena parte de la trama. De modo que podemos empezar.

No es interesante ni es una idea original el comienzo del cuento con el protagonista ciclando canales de TV con su control remoto (recuerde *The Wall*). Claro que usted podría haber elegido una forma mucho peor de mostrar el aburrimiento del joven. Me refiero al recurso horrible de escribir su corriente de pensamientos en tercera (o primera) persona, cosa muy común en los escritores de escasa experiencia. Pocos se dan cuenta de que al lector lo que menos le importa son los pensamientos de los demás, ya que apenas si le alcanza el tiempo para atender los suyos. El resultado es que se aburre.

Pero, en definitiva, podemos dejar la escena, aunque no sea de lo mejor, y también el esquelético diálogo del protagonista con la madre, ya que con eso casi queda delineada la personalidad de la

mujer y su relación con el hijo. Como ve, no ha empezado tan mal.

El segundo bloque, la búsqueda de los avisos pidiendo personal en el diario, su lectura y la intención de remarcar el lenguaje soso de las promesas que contienen, necesita un poco de trabajo. Haremos un poco de taller por correo, tal vez conmigo o sino con uno de los escritores de la editorial. Lo mismo vale para todas las siguientes acotaciones donde yo le diga algo así como "necesita arreglarlo" o "veremos de mejorarlo" o una cosa parecida.

Lo que no puedo aceptar de esta parte es lo del llamado telefónico del amigo. En el momento en que la madre se lo anuncia parece natural, claro, pero luego, cuando usted relata el encuentro y la razón del llamado, la cosa resulta, si me permite opinar de este modo, altamente inverosímil. Pero dejemos la cuestión para discutirla unos párrafos más adelante. No quiero andar a los saltos por el argumento.

Viene ahora la escena de la madre saliendo para su trabajo. ¡Cae usted en un error muy común! Se lo explico: El protagonista huele algo en el aire y de inmediato se siente "inquieto", "desconcertado" y le parece "inexplicable". No debe hacer esto de ninguna manera. El protagonista huele algo raro y chau. El mero hecho de que al narrarlo se mencione que es "algo raro" —no olvide que usted narra desde el punto de vista de ese personaje— ya deja un rastro en la mente del lector. Las facetas extrañas del cuento aparecen luego. Debería decir mejor, *se notan* luego, cuando uno observa que lo que va a suceder es algo así como un cataclismo a partir de una "realidad al revés" (representada por su alucinante geografía de la Argentina), un cataclismo terrible que da existencia sorpresivamente, y como consecuencia de la hecatombe, nada menos que a *nuestra* realidad —la "realidad real", diría yo, aunque parezca redundante— lo cual le da a su cuento, a mi entender, todo su valor de rescatable. Con todo esto quiero decir, en resumen, que ése no es el momento narrativo —y ni siquiera psicológico— para agrandar los adjetivos.

Bien por su crítica —no directa, sino de refilón— a la estupidez de los horóscopos y los pronósticos del tiempo.

Con respecto a lo del llamado telefónico la cosa es así: cuando la madre le informa al joven que el amigo lo ha llamado mientras dormía, no me pregunte por qué, pero la inevitable deducción del lector es que lo llamó para contarle lo que luego, en la escena que paso a comentar a continuación, termina contándole. Usted parece apoyar esta conclusión, porque el mensaje que le deja es que lo espera en un bar equis, y esto suena mucho al típico preludio de encuentro-en-bar-más-confesión-importante-de-amigo-a-

amigo. (No se enoje, no pretendo ser ofensivo sino lo más gráfico posible.)

Llegamos al encuentro del protagonista con su amigo. ¡Es realmente increíble! Pero no en el sentido bueno de "increíble", sino *in creíble*, o digamos en buen castellano: *no* creíble. ¿No se da cuenta de que con semejante noticia *nadie*, absolutamente nadie, podría estar en la mesa de un bar esperando a un amigo? ¿Pondría usted "cara de lunes" como lo expresa el protagonista principal, y nada más, ante un cataclismo de esa magnitud? ¿Y necesitaría de verdad que su amigo le pregunte por lo menos tres veces para decírselo? ¿Realmente cree usted, por Dios, que la gente iba a estar esperando a que el amigo le diera la noticia para empezar a correr y a gritar y a romper vidrios? Léalo ahora que tiene mi opinión y dígame si esa escena no es absolutamente errada, tan errada que si no hunde el resto del cuento por lo menos le hace un agujero más que apreciable a su credibilidad.

El bloque siguiente podría pasar. Tal vez necesite un poco de arreglo, pero en general está bien. El protagonista vaga, siente alguien que lo llama, piensa en su madre, camina a ciegas, arrastrado por una multitud… Es una de las posibles repuestas a un shock emocional que tiene que ser, a la fuerza, descolocador.

La escena de la chica que le pide que le haga el amor porque no quiere morir virgen no me termina de convencer. No sé si es porque es bastante típica (se le ocurre a casi todos los que escriben historias apocalípticas) o porque tiene defectos en el relato. La voy a releer dentro de un tiempo y le comunicaré una opinión definitiva.

Tiene que sacar eso de "la dejó ir desde la punta de los dedos", y también —y con mucha más razón— "quedó solo sobre el umbral que había sido". Este *no es* un relato poético, y el hecho de que a usted le parezca que lo sucedido —el pedido de la chica al protagonista de que la posea porque no quiere morir virgen— tiene algo de romanticismo es una cuestión muy personal, donde caben mucho más sus deseos que la realidad (y tal vez una forma de sentir y ver las cosas un tanto adolescente; aunque tome esto con pinzas, ya que no pretendo meterme a psicólogo). El caso es que usted ha caído en otra "distracción" (no he encontrado una definición mejor) de las que normalmente se ven en los relatos de escritores que recién empiezan: las escenas de amor no necesariamente deben ser relatadas con palabras románticas y poéticas. He visto cuentos en los que, en medio de una carnicería atroz (por dar un ejemplo) se saltaba a un lenguaje puramente poético para describir una mirada o un gesto de amor. Es posible que algún autor muy bueno pueda manejar un contraste de este tipo y lograr un buen efecto, pero por

lo general la cosa no funciona. En su caso no creo que la situación sea poética ni romántica. Es más bien patética. Y triste.

Viene ahora, luego de otro deambular sin sentido (que no está mal, ya se lo dije), la aparición del profeta. Esto también es típico. Sería bueno que los escritores tuviesen un poco de fogueo leyendo el material presentado a una editorial, por ejemplo, o a un concurso de cuentos. Verían que se repiten situaciones casi calcadas que suelen extraerse de películas (la mayoría tienen arquetipos que se repiten) o de series de televisión (TODAS tienen personajes prefabricados, tipo “matrimonio en conflicto que al final se arregla”, “padre que trabaja mucho y no tiene tiempo para sus hijos”, “malo con la cara marcada”, “vendedor de droga o *cafisho* negro con sombrero de ala, abrigo llamativo, zapatos a dos colores”, a un nivel que si encuentra usted uno que no entre en el catálogo, de verdad lo felicito). No sé si se puede decir que *todo* el material por el estilo deba ser descartado de inmediato, pero lo que sí le digo es que volver a encontrar las mismas fórmulas una y otra vez nos irrita mucho a quienes debemos elegir (no crea que es una tarea grata), de modo que si usted presenta un material donde cae en esta clase de error es casi una garantía de que ese material será rechazado.

Pero volvamos al “predicador” o “profeta” que aparece siempre —en la ficción y tal vez también en la realidad— en los momentos apocalípticos. ¿Por qué lo pintó tan al estilo yanqui? ¿No tuvo oportunidad de ver a los predicadores de nuestro estilo que —megáfono, guitarra y panderetas mediante— se ponen a vociferar en lugares públicos? No es tanto el aspecto físico (los que vi por lo general eran jóvenes, es decir, ninguno era calvo como el suyo, pero eso tal vez no sea importante) sino su discurso. El mensaje de su personaje se refiere a “Dios” y los de acá han hablado siempre de “Jesús”. Y otra cosa. Lo de “Arrepentíos, pecadores” me suena también a predicador yanqui (cayó usted otra vez en la influencia de las series de TV o de las películas). Los de aquí han jugado mucho más con la faceta cariñosa, tipo “Acércate a Jesús, porque él te dará paz” y cosas por el estilo. De cualquier modo me resulta interesante la reflexión del joven, cuando dice: “Al carajo con Dios, igual vamos a hundirnos”. Pinta bien lo que hay en la mente de muchos jóvenes que, a fuerza de golpes, se van volviendo descreídos de todo. También está bien lo de “Estamos todos locos”, etcétera. Es decir, a mí me gusta.

Y llegamos a lo que sería el desenlace. No digo que esté mal. Sólo me parece que unas pocas líneas no pueden expresar la enormidad del cataclismo que plantea usted. De cualquier modo se interpreta, tal vez meditando un poco, que la escena del final, donde

el personaje acciona un "control remoto" y va viendo "el mar", "el cielo", "las olas", "los gritos, la oscuridad, el último temblor", que ese final es terriblemente introspectivo y personal (subjetivo) del joven. Es decir que el control remoto es puramente ilusorio y existe sólo en su conciencia, que roza el borde de la locura. Voy a releer también esto, y también trataré de obtener un par de opiniones más. El final de un cuento suele ser muy importante, muchas veces más importante que el resto del desarrollo, en especial si el cuento es corto, y no quisiera que luego de tanto trabajar se nos escape un remate que arruine todo.

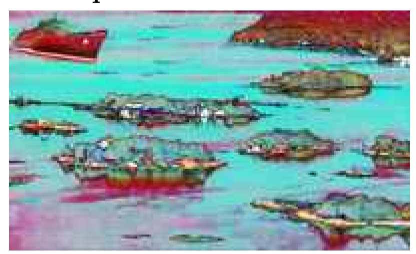


Ilustración: Valeria Uccelli

Dice usted al final, en una última frase, "Amanecía sobre el *mar* Atlántico". ¿No cree usted que, de hundirse *del todo* su hipotética Argentina continental a causa de una falla geológica, como usted propone, lo que quedaría sería el "*Océano* Atántico"? "Mar" implica una costa, y no quedaría ninguna. Si lo que usted quiso expresar, siguiendo el juego de invertir ficción por realidad, como a mí me parece, es que quedaría un extenso archipiélago como el de nuestra realidad, no logró dejarlo en claro y debe arreglarlo de algún modo. Por otra parte, ¿no se contradice ese "Amanecía…" con el planteo del resto del relato, ya que todo lo anterior parece —a mí me pareció así— ocurrir a plena luz del día? Véalo.

Bien, lo más duro ya ha pasado. Ahora nos pondremos a trabajar en conjunto para lograr, como le decía más arriba, el "rescate" de su cuento. Si tiene usted buena voluntad y verdadera intención de ver publicado lo que me ha enviado, en dos o tres meses tendremos un relato corregido y compuesto, listo para publicar. Mañana le mando esta carta y una copia de su original con comentarios, por barco, si tenemos la suerte de que el *Sureño* salga por fin de puerto. (Ayer llamé por teléfono y me informaron que le faltaban 500 kilos para completar la carga.) Con un poco de suerte, y buen tiempo mediante, llegaría por Comodoro en una semana, ya que hacen un par de escalas para descargar, una en la Isla de Neuquén Este, creo, y otra en la Isla Amable de Santa Cruz. Si usted apura su respuesta y la pone en el mismo barco (que parte de regreso para Isla Verde dos días después de su llegada a Comodoro),

estaremos dentro de los límites para lo que le dije antes, es decir, tener el relato listo en dos o tres meses. Si pierde el barco, tendremos que esperar un mes, en el mejor de los casos, para el próximo viaje, y todo se atrasará proporcionalmente. Téngalo en cuenta.

Lo saluda atte.

Eduardo J. Carletti, Editor

Hace un par de números, al presentar “Océano”, remarqué la importancia de Eduardo J. Carletti, el escritor, aunque sin perder de vista la labor que, como creador y director de Axxón, le ha correspondido desempeñar a lo largo de 16 años. Y en el mes del 16° aniversario era natural tender un puente entre las dos condiciones, la que ejerce mes a mes y la que sólo disfrutamos esporádicamente. Por ese motivo, y no sin algunas protestas de su parte, le arranqué este “Editor”, tan inclasificable como ficción que nos permite ver a Carletti en ambas funciones al mismo tiempo.

To Be Frost

Gilda Pinarello

Estás aburrida y acomplejada. No sólo porque todas tus compañeras se fueron en un periquete, sino porque las de otras marcas inferiores apenas llegan, se van. Sólo vos permanecés aburridísima en ese rincón, tras varias idas y venidas.

Te das cuenta que no es sólo por el precio sino por tu color, y pensás que algunas personas son racistas. Aunque la verdad, sólo a un chambón se le ocurriría ese diseño extravagante: gaviotas sobre un fondo azul.

Para colmo sos enorme y cara. Nada favorece tu escape de ese local. Hasta tus anaqueles de vidrio templado son una desventaja, ya que, inevitablemente, todos los posibles compradores piensan que se romperán tarde o temprano. Y no se consiguen repuestos fácilmente.

Hace tanto tiempo que deseás un cambio en tu vida aburrida y aguardás un milagro, aún sabiendo que la complejidad de tu accionar lo empeora todo; tus dos motores, la molesta alarma, esa botonera que parece un semáforo. A nadie le gustan las cosas demasiado complejas.

Si la vida es como el tango “Cambalache” para qué entristecerla más con un artefacto complicado. Sos frost, con ventilación cíclica, lo mejor de lo mejor, pero igual se te tapa ese bendito caño y cuando se atora tosés como fumadora crónica, expectorás y se escapan líquidos por debajo, hasta que viene un técnico y chapoteando un rato en ese charco que te rodea soluciona por un tiempo medianamente largo, ese problema.

Frost y Freud suenan parecido. Tal vez hubiera convenido que te comprase Freud, así no tendrías ese complejo de inferioridad ni esa depresión, ahora.

Pero… dejáte de joder y calmate… no llores, armatoste de lujo; a cualquiera le pasaría lo que a vos, con toda esa historia de vida que llevás a cuestas.

Pensá en todo lo que te ocurrió desde que saliste flamante de la fábrica, colmada de ilusiones y pensamientos positivos, creyendo que serías la soberana del mundo y por poco inmortal, como todo lo que comienza. Muy orgullosa de tu estirpe, de tu aspecto exterior, emitiendo ese olor a nuevo inconfundible y por tu diseño exclusivo,

te sentías la mejor de todas.

Acordate que la primera que te compró fue una señora flaquísima de piel pálida y apergaminada, rojizo cabello ralo en franca retirada, con olor a naftalina en sus ropas negras. Te examinó severamente con sus ojillos de gato y dijo estar preocupada pues venían unos sobrinos del interior a pasar un mes a su casa. Justo se le había quemado la bocha del cachivache que tenía. Hizo pufffssh y murió nomás. Así que te eligió a vos por tu pinta de invencible… Y vos tenías un mal presentimiento que se cumplió, ya que apenas se marcharon las visitas ella empezó a mirarte con acritud en sus ojos amarillos, a pensar en el consumo de luz y en tu tamaño inapropiado para ella sola.

La segunda vez te llevaron al departamento de unas hermanas bulímicas. Era gracioso, no me vas negar que te divertías. Todos los sábados volvían del supermercado con los carritos llenos. Los domingos amanecías colmada de alimentos. Y te acordarás que cocinaban y comían juntas muy calladas, tragando todo con rapidez; pero después por separado te abrían a cada rato, haciendo sonar cada vez la chicharra de tu puerta, lo que ponía tus nervios de punta.

La mayor te tenía abierta mínimo, 15 minutos preguntándose qué podía comer y no sólo eso: si se preparaba un sándwich lo hacía en tu interior salpicando los crispers inferiores de migas, gotas de mayonesa, borde de salamines y cosas similares.

La menor padecía de insomnio; entonces te abría a cada rato pero de noche. Comía y comía con su cara afilada, sus ojos extraviados, sus cónicos dientes de escualo; después venían los vómitos, la deshidratación, las internaciones. Y al final los padres las llevaron a su casa y te devolvieron al comercio nuevamente porque surgieron los problemas en el frezeer. Comenzó la escarcha infame que ejemplares de tu progenie, las exclusivas frost, no deben tener jamás. Ahí fue como si hubieses sufrido una especie de mutación espontánea ya que pasaste a ser de frost a no frost común y corriente.

La cosa empeoró cuando te compró ese matrimonio de obesos, con hijos obesos, que te abrían y cerraban las puertas todo el santo día. Te cambiaban las temperaturas, te daban fuertes golpes al cerrarte que te ensordecían.

Ahí el problema de la escarcha ya no tuvo solución ni explicación.

El cuarto dueño, gracias a vos con esos exclusivísimos botones de colores rojo, amarillo y verde, descubrió que era

daltónico. Y bueno le hiciste un favor, pero tus motores, tu rotor, casi se funden…

Por eso estás en oferta desde hace tiempo. Para colmo, ahora al dueño del local se le ocurrió ocultar tu identidad y pintar las gaviotas del mismo tono de azul que el resto.

Estás perdiendo las esperanzas me parece. Naciste sin suerte, te tocó cada uno… y vos sabés que no sos para cualquiera.

Esperás a alguien que te merezca, que comprenda cómo debe tratarte, que te valore de verdad. Pero claro, es difícil encontrar lo que pretendés. Y bueno qué se va a hacer, levantá ese ánimo, no sigas sufriendo al divino botón… si uno nunca sabe lo que le depara el destino.

Y fijáte bien, ahora hay un muchacho desgarbado que te mira cuidadosamente. Parece buscar las gaviotas, ya que pasa su mano suavemente sobre el metal y sospechás que ha descubierto donde está la más grande en perspectiva, pues desliza sus dedos largos como de pianista o dibujante, exactamente sobre el contorno de la gaviota de adelante.

Su rostro te parece lejanamente familiar. Y tu cerebro reacciona, las sinapsis metálicas emiten ondas continuas hasta que te das cuenta de qué es lo que está ocurriendo. Ese era el cliente que te estaba predestinado o vos destinada a él, aunque no sabés bien cómo es eso de estar predestinados. Lo que sí sabes es que al fin se levantó ese telón de incertidumbres que te abrumaba. Te das cuenta de que tu espera era postergación anticipada, nada más.

—¿Cómo?

—Faltan las gaviotas, ¿para qué quisieron ocultarlas?

—No pibe, sólo la retocamos porque estaba raspada. Pero es medio grande. De 440 litros; si sos solo…

—No. Está perfecta así.

Mientras dice eso saca su pañuelo y lo impregna de un solvente con olor a acetona que pasa por tu superficie y como por arte de magia aparecen las gaviotas intactas.

El vendedor no puede creerlo. Y le hace al muchacho un precio especial, para que se vaya rápido, te lleve de una vez, aparato embrujado…

Le hace la boleta a Leonardo, el cliente, que te mira entusiasmado, te examina desde todos tus ángulos, palpa tus contornos casi acariciándote, examina tus botones; te sentís muy bien.

El vendedor habla de que sos frost, que los gruesos burletes, que los crispers, que los cómodos compartimientos, que el sistema de ventilación, que sos tropical de 5 estrellas, que tu novedoso sistema antiolores, que los cubitos, que ese moderno dispenser para latas.



Ilustración: Aradano

Pero el cliente no lo escucha, parece muy enamorado de vos; sus ojos brillan intensamente, sus labios esbozan una semisonrisa, su rostro pálido adquiere cierto color en las mejillas… Te conmovés al notar todo eso, y sentís que los sentimientos negativos retroceden a la vez que se abren paso otros, llenos de colores, capaces de despertar ternura, lágrimas y sonrisas.

Ahora, inhalás la brisa suave mientras te llevan en una camioneta, por una callecita adoquinada.

Un poco después estás en tu nuevo hogar. Tu dueño te contempla admirado.

Vos mirás el hábitat, que te parece familiar. En las paredes hay retratos en sepia hechos a lápiz. Diseños de cosas extrañas. Alcanzás a leer encima de una especie de avión primitivo una palabra extraña, “Ornitóptero”. Estás rodeada de tintas, pinceles, óleos, lápices, tableros, escuadras, bosquejos.

Tenés una extraña y vaga sensación.

De golpe relacionás tu marca LDV con tu modelo: GIOCONDA.

Pensás en tu diseño exclusivísimo, anticipado aún para este siglo. En tu color azul, en las gaviotas. En la pupila derecha de la más grande se nota bien —eso sí, para los que sepan qué buscar y cómo hacerlo, o sea para algún iniciado— grabada como fotograma, la imagen de la Mona Lisa, su sfumato y claroscuro.

Cuando Leonardo acomoda latas llenas de pintura en los exclusivos dispensers, tenés la certeza de conocerlo desde siempre al ver a plena luz su cara única, casi mística, sus ojos inteligentes con estrías de amor… Entonces te das cuenta de quién sos realmente, de

que toda esa mala suerte que te acompañó hasta ahora sólo se debió a un momentáneo desencuentro, y sintiéndote feliz ronronéas aliviada.

Cuando en Axxón 150 presentamos "Ghost" y a su autora, Gilda Pinarello, dijimos que nació en Corrientes, Argentina, que es médica patóloga, estudia literatura y escribe ficción "sutil". También dijimos que esa era la primera vez, pero no la última, que la veríamos en Axxón. Bien, cumplimos: aquí está de nuevo, con sus personajes muy poco convencionales y sus tramas fuera de lo común.

Anubis

Martín Casatti

Tengo que poner todo esto por escrito ahora, antes de que mi frágil memoria decida que ha pasado el tiempo suficiente y hunda los recuerdos en la profundidad de mi inconsciente. Mi mente ha vagado incansablemente en los últimos meses, así que debo recurrir a los diarios que no me atreví a destruir en aquel entonces.

22 de Junio de 2010:

Hoy he tenido una visita extraña. Un grupo de personas me esperaban al salir de mi cátedra de análisis de señales en la universidad. Pidieron hablar conmigo en privado y solicitaron mi asistencia para el denominado Proyecto Keops.

La información que me suministraron podría resumirse así:

El proyecto Keops surgió hace dos años al comprobar que ciertos satélites de comunicaciones civiles y militares sufrían interferencias al pasar sobre determinadas zonas de la Tierra. La más notable estaba sobre los 32° Este, 30° Norte, sobre la vertical de Giza, Egipto.

Las mediciones no mostraban nada, pero las perturbaciones continuaban, al punto que se tuvieron que modificar la órbita de todos los satélites de comunicaciones que pasaban sobre el lugar. Alguna fuente de energía extremadamente potente influía en las recepciones y transmisiones, pero era un tipo de energía desconocido, ya que no se detectaba con los instrumentos convencionales.

Se decidió investigar un poco más. Los matemáticos calcularon, los físicos midieron y los ingenieros construyeron los aparatos necesarios y los trasladaron a Egipto. Las primeras mediciones demostraron lo acertado de los cálculos, la fuente de las interferencias era un flujo de taquiones de gran intensidad y origen desconocido.

Las investigaciones estuvieron estancadas durante varios meses, hasta que un joven ingeniero propuso colocar un detector

taquiónico en un satélite y programar una órbita tal que cubriera toda la superficie terrestre en pasadas sucesivas, construyendo de esta manera un mapa que se utilizaría para detectar las zonas de mayor intensidad.

El satélite se lanzó y después de tres horas reportó un aumento del 400 % en la intensidad taquiónica sobre la Tierra, según el mapa se encontraba sobre la vertical de Giza, el complejo piramidal más conocido del mundo, más precisamente sobre la gran pirámide, con un error en más o menos de un metro.

Aunque esto de por sí era asombroso, un error del operador de la NASA encargado del control posicional del satélite dejaría al mundo entero sin aliento. La taza de café, dejada negligentemente sobre el monitor de video, se deslizó lentamente hacia un lado, terminando por caer sobre el teclado de la terminal. Los activadores neumáticos del satélite soltaron su carga de aire comprimido y el aparato comenzó a girar sobre su eje. La orden de corregir el problema llegó rápidamente pero la mano del técnico no llegó a presionar ninguna tecla. El grito del doctor Newman, un físico que monitoreaba las mediciones, lo detuvo en seco.

El indicador de potencia del campo de taquiones seguía fijo en la zona roja de máxima intensidad. Pero la antena había girado 180 grados.

Nadie podía vislumbrar lo que implicaba de un hecho como éste. El potente haz de taquiones provenía de algún punto del espacio y estaba dirigido con una precisión absoluta al complejo piramidal de Egipto. Era la primera prueba de vida extraterrestre, pero no sería la última.

Un año después de que el satélite detectara la procedencia alienígena del rayo de taquiones fue reemplazado por un detector mucho más sensible. Y se siguieron produciendo sorpresas. La emisión no era constante. Estaba modulada bajo tres frecuencias distintas, tres frecuencias cambiantes que emitían patrones complejos que se repetían cada 32,5 horas. Algunos especularon que esa podía ser una unidad de tiempo en el planeta de origen. No creo que nunca lo lleguemos a dilucidar.

30 de Junio de 2010:

Aquí estoy. Egipto. Tierra de misterios y sabiduría antigua. Dejé mi cargo en la universidad y me integré al proyecto Keops sin siquiera pensarlo. Se espera de mí que transforme una emisión de

taquiones en algo inteligible para un ser humano. Tengo completa disponibilidad de fondos y equipamiento. Si existe alguna manera de probar mi tesis de doctorado (“Sobre la detección de patrones en señales aleatorias”) esta es. Ah, la posibilidad de entrar en contacto con una raza no humana es un incentivo nada despreciable.

22 de Julio de 2010:

He comprobado las mediciones anteriores y detectado algunas inconsistencias. La potencia de la emisión sobre la superficie terrestre es demasiado alta. Algo está amplificando la señal.

25 de Julio de 2010:

Inconcebible. Descubrí el amplificador. Realizamos mediciones sobre el terreno y resultó que la potencia es máxima en la zona de las pirámides. La reacción obvia fue que había algún dispositivo amplificador. Pero los análisis nos desmintieron rápidamente. El dispositivo *son*las propias pirámides. La señal es máxima en una cámara situada a 3/4 de la altura total del monumento. La cámara del rey. La hipótesis de que el rayo apuntaba al complejo piramidal porque los edificios eran visibles desde el espacio se desvanece lentamente.

30 de Julio de 2010:

Evidentemente algo o alguien ha diseñado el complejo piramidal para que cumpla la función de amplificador. Las tres pirámides principales (Keops, Kefrén y Micerino), amplifican, cada una, una banda de frecuencia determinada. Técnicamente esto se conoce con el nombre de RAS (recepción/amplificación selectiva). ¿Cómo es que un edificio de piedra lo hace? Eso sigue siendo un misterio. Colocamos los receptores y montamos un laboratorio enorme a un par de kilómetros del completo piramidal. Las computadoras comenzaron a recibir lecturas de los instrumentos y a almacenarlas en su memoria. Nosotros seremos los encargados de analizarlas luego.

Mientras tanto doy rienda suelta a mi otra pasión, la egiptología. Por las tardes paseo entre las ciclópeas masas de granito que mi trabajo no me permite ver por las mañanas. Con mi libreta en la mano recorro los mismos corredores por los que treinta siglos atrás anduvieron los representantes de la máxima sabiduría humana y me pregunto: ¿habrán sido realmente humanos?

27 de Agosto de 2010:

Caminaba entre las ruinas cuando me sobresaltó el intercomunicador tras mi oído derecho. Uno de mis ayudantes creyó haber descubierto un patrón en las transmisiones.

—¡Es binario! —me dijo, blandiendo unas hojas impresas, en cuanto llegué.

—Desde el principio —le pedí.

Cuando terminó supe que el muchacho tenía razón. La transmisión tenía variaciones muy sutiles y sólo con los últimos receptores y software de reconocimiento pudimos diferenciar los pulsos. Comenzaba con tres pulsos largos y otros tres cortos, lo cual era muy probablemente para indicar los unos y ceros del sistema binario. Pulso largo equivale a uno, pulso corto a cero.

Ahora bien, el patrón que se enviaba era muy largo por lo que resultaba lógico suponer que había más información codificada en él. Pero ¿cómo? No fue difícil encontrar la clave, ya que había una pausa cada 64 pulsos y eran esos 64 pulsos los que formaban una unidad de información.

Son las tres de la mañana y aún estamos buscando las combinaciones. Me voy a dormir un poco, si es que puedo.

28 de Agosto de 2010:

Anoche soñé con signos extraños, símbolos egipcios que he visto en algún otro lugar, no en las ruinas, pero no logro recordar dónde.

Muy temprano, volví a dirigirme al laboratorio. El panorama ahí era desolador.

Cuatro muchachos jóvenes y activos estaban echados sobre unas butacas, con marcadas ojeras y completamente despeinados.

—Vayan a dormir —les dije—, así no me serán de gran ayuda.

Mi vista se posó como por casualidad en la pared derecha, donde estaban pegados los impresos de prueba de cada una de las combinaciones. Uno de ellos me llamó poderosamente la atención, era como si tuviera una imagen subliminal, algo detrás de la absurda confusión de unos y ceros seguía un patrón, un patrón que mi subconsciente reconocía.

Tomé un marcador negro y comencé a unir los unos, dejando de lado los ceros. La imagen, formada sobre una matriz cuadrada de 8 por 8 dígitos tomó forma en unos segundos.

Era el ideograma egipcio que representaba el sol.

Creo que hasta el día de hoy nadie sabe por qué salí corriendo del laboratorio, dejando tras de mí unas sillas volcadas y algunos comentarios de disgusto. Necesitaba urgentemente mi libreta de notas; en ella tenía anotados gran cantidad de jeroglíficos ya traducidos. La llevé al laboratorio y nos pusimos a trabajar.

31 de Agosto de 2010:

El trabajo de traducir los signos me ha llevado dos días enteros, dos días enteros para que mi sospecha quedara confirmada. Sea quien sea el responsable de la transmisión nos está enviando el mayor conjunto de jeroglíficos egipcios conocido hasta el momento.

Una vez resuelto el dilema mi equipo y yo nos hemos concentrado en la segunda emisión.

Comenzamos de nuevo a agrupar las secuencias sin obtener ningún resultado.

Llevábamos ya varias horas luchando infructuosamente con los códigos cuando me quedé dormido sobre el escritorio.

El sueño fue confuso, un tanto surrealista. Un potente haz de luz bajaba del cielo y grababa con letras de fuego una serie de jeroglíficos sobre una pirámide dorada. La arena del desierto eran en realidad papiros que se amontonaban en la base de la pirámide para formar un libro que nunca se había visto. Con un estruendo ensordecedor el libro se abrió y me desperté sobresaltado, con la imagen de la página seleccionada flotando todavía frente a mis ojos.

¡Yo había visto esos signos antes!

Estaba cansado pero también terriblemente excitado, no

podría dormir. Decidí caminar por el desierto mientras atardecía lentamente.

Sin saber cómo, mis pies me llevaron hasta el costado de uno de los obeliscos que servían de entrada a la avenida de piedra que conducía a las pirámides.

El sol ya estaba bajo en el horizonte y sus rayos golpeaban horizontalmente los grabados del monumento, dibujándolos de negro.

¡En ese momento las imágenes del sueño volvieron a mi mente! Los grabados del obelisco eran los mismos que en el libro de mi sueño.

La velocidad con que cubrí la distancia entre el obelisco y el centro de investigación fue un récord absoluto.

Me senté frente a la computadora y envié una solicitud a todas las bibliotecas a que tuviera acceso en el mundo. Media hora después llegó la respuesta. La imagen del sueño y la del obelisco eran fragmentos extraídos del Libro de los Muertos, un fabuloso tratado escrito por los propios dioses que hablaba de magia y ciencias. El texto explicaba como ascender los tres peldaños de la sabiduría para llegar a la iluminación, al contacto con los dioses. Este era el texto:

«El iniciado de Thot se esfuerza en conseguir los favores del dios, pero sólo lo lograrán aquellos elegidos que comprendan el significado de sus símbolos. Muchos habrá para los que esto no será suficiente. Aquellos que ansíen la sabiduría del cielo deberán comprender en sí mismos la palabra del dios y serán reconocidos como sumos sacerdotes. Aún así los dones de Thot no pertenecen a este mundo, y sólo podrán ascender más allá quienes logren vislumbrar la imagen del dios. Ésos habrán logrado la iluminación suprema y no residirán más entre nosotros… »

Como si la sabiduría de Thot hubiera caído repentinamente sobre mí, todo tomó forma. Todas las piezas encajaron.

“Los símbolos de Thot” decía el libro; la primer frecuencia, una vez analizada, había resultado ser una serie de jeroglíficos. “Quienes comprendan las palabras del dios serán llamados sumos sacerdotes”, decía otra vez el libro, de modo que lo que se encontraba codificado en la segunda señal no eran signos, ¡eran palabras, un mensaje!

Acaban de llegar mis compañeros, no voy a molestarme en decirles de dónde saqué mi idea. Vamos a comenzar a agrupar los dígitos binarios siguiendo la misma secuencia que en el mensaje anterior. Me va a llevar algunas horas.

1 de Setiembre de 2010. 8:30 am

Nos ha llevado casi 7 horas armar la secuencia original del mensaje pero utilizando los jeroglíficos enviados en la transmisión. Sometí el código completo a la computadora de traducción hace un par de horas.

Nadie se ha movido de la sala. La jarra de café se ha transformado en la principal protagonista.

1 de Setiembre de 2010: 11:15 am

El sonido de la impresora nos sobresaltó al comenzar a imprimir la traducción, pero no tanto como lo haría el mensaje que estaba imprimiendo.

«La ruta del dios está trazada entre las estrellas. Nada puede desviar el destino.

Surgiendo del firmamento que es su hogar camina hacia un mundo que alguna vez conoció su poderosa presencia. Marcha con todos los honores, junto a él el sol en su curso y la luna a sus pies.

Cuando las arenas del tiempo dejen de caer del reloj cósmico será otra vez la hora cero del mundo, como fue en un principio.

¡Ay de ti, pobre mortal, si no has honrado los monumentos erigidos en su gloria ni cumplido sus designios! Porque la ira del dios es terrible cuando se descarga contra quienes osaron desobedecerle, y no quedará piedra sobre piedra tras la cual puedas ocultar tu avergonzado rostro.

Sus navíos de guerra recorrerán el mundo como una tormenta de arena impartiendo el castigo y la venganza, porque sólo los iniciados a la sabiduría divina serán perdonados.

Todo esto ha sido predicho y sucederá, como lo predigo ahora, cuando las arenas del tiempo dejen de caer. 253.»

El silencio nos envolvió como el negro manto de Isis. No sé

por qué pero un escalofrío recorrió mi espalda.

Algo, sea lo que fuere, nos estaba comunicando su regreso.

1 de Setiembre de 2010: 12:48 am

Los militares, no me pregunten cómo se enteraron, llegaron al poco tiempo y convocaron una reunión de emergencia. Un tal general Atkins atacó en cuanto me hube sentado.

—¿Usted es el que descifró el mensaje?

—Sí, señor.

—Está claro que es de origen extraterrestre, ¿no?

—Absolutamente.

—¿Por qué supone que está en egipcio?

—Bueno, el haz de taquiones apunta a Egipto. Si alguien recibía el mensaje era lógico suponer que fuera egipcio.

Apartó los papeles que se encontraban delante de él y se acarició pensativamente el mentón.

—Quiero una interpretación técnica de ese mensaje —pidió.

No tenía alternativa, se la tuve que dar.

—El mensaje comienza dando a entender que quién lo envía ya está en camino, “la ruta …trazada”, “nada puede detener el destino”. En mi opinión la segunda parte es una dirección, desde el “firmamento”, hasta “el mundo que alguna vez conoció…”. Como esto no es suficiente también nos indica que llegará desde un punto situado “al lado del sol” y con la “luna a sus pies”.

Lo miré para detectar algún signo de incredulidad o fastidio pero sólo me hizo una seña para que prosiguiera.

—La referencia a las “arenas del tiempo” y a la “hora cero del mundo” es obviamente una indicación de cuándo llegará al planeta, pero no son claras. Los dos últimos párrafos aseguran que el visitante castigará a todos aquellos que no han “honrado sus monumentos ni cumplido sus designios”, describen sus armas como “terribles” y aseguran que no “dejarán piedra sobre piedra”, además de eso están las alusiones a naves de combate que asolarán al mundo “como tormentas de arena”. Aquí viene de nuevo la alegoría de las arenas del tiempo y un extraño número, 253, que no puedo interpretar. Quizá sea ruido en la transmisión.

El general seguía la traducción que tenía delante con sumo

cuidado, así que levantó la cabeza y me corrigió.

—No es un 253, es 252.

—General, la traducción es clara, el número es 253.

—La última copia, que me fue entregada esta mañana, dice 252.

Me levanté y fui hacia mi escritorio, donde guardaba copias de todos los anteriores intentos infructuosos. Sólo traduje los últimos tres símbolos y temblé.

—General, ya descubrí el reloj cósmico.

—Explíquese, por favor.

—Su copia dice 252, la mía, de ayer, dice 253. Esta que tengo en la mano es de la semana pasada. Su número es 258. General, nos está transmitiendo la cantidad de días que faltan para su llegada, para la "hora cero del mundo".

La confusión creció en la sala de conferencias, entre quienes afirmaban que eran tonterías, los indecisos y otros que estaban realmente preocupados.



Ilustración: Pedro Bel

Mientras el general imponía orden, una frase del Libro de los Muertos me dio una pista para lo que seguiría.

"... sólo podrán ascender más allá quienes logren vislumbrar la imagen del dios...". Salí corriendo hacia donde estaba mi equipo sin ver que me seguía el resto.

Había encontrado el significado de la tercera señal.

Mis compañeros luchaban con hileras de jeroglíficos infructuosamente. Entre jadeos les anuncié:

—No es texto.

—¿Cómo?

—No son jeroglíficos. Es una imagen. —Teclearon furiosamente y las computadoras, obedientes, transformaron los unos y ceros en puntos negros y blancos y comenzaron a ordenarlos en matrices rectangulares de distintos tamaños.

El general llegó en ese momento.

—¿Se puede saber qué le pasa?

—La tercera señal es una imagen, general. ¿No quiere saber cómo es nuestro extraño visitante?

—Pues…

La computadora no lo dejó terminar. La imagen apareció de repente, en toda su horrible magnificencia, en el gran monitor de vídeo. Una imagen que yo había visto cientos de veces antes, pero nunca tan real, tan palpable, tan asombrosamente tangible.

La reacción del general fue instantánea, de un manotazo arrojó el monitor al piso, dónde se hizo pedazos; llamó a los infantes de marina que en cuestión de minutos desmantelaron los equipos y nos incomunicó a los tres técnicos que estábamos en la sala hasta nuevo aviso”

Eso es lo que pude rescatar de mi diario confiscado por los militares. Sólo algunas anotaciones aisladas. El resto se lo llevaron, “documentos confidenciales” dijeron; se llevaron los jeroglíficos traducidos, las frecuencias de las señales y todas las anotaciones de traducción.

Al otro día nos dijeron que el proyecto Keops se había cancelado y había sido clasificado secreto máximo, todos los integrantes fueron devueltos a sus ocupaciones habituales.

Pero todo eso no fue suficiente.

¡Yo vi la imagen!

Y es por eso que cuento los días y miro, temeroso, al cielo. Y algunas noches despierto sudoroso y agitado, teniendo frente a mí ese torso musculoso sobre el que se destaca la horrible cabeza, con sus negros ojos de chacal mirándome fijamente, el dios de los muertos.

Martín Casatti nació en Córdoba Capital en el año 1973 y vive en el interior (Unquillo) desde los 6 años. Es estudiante de Ingeniería en Sistemas de Información y lector compulsivo de ciencia ficción desde que

el abuelo lo invito a dormir en un cuarto con una colección de “Más allá”. Trabaja en su propia empresa de desarrollo de sistemas de computación, con su esposa Analía (también Ingeniero en Informacion) y tienen tres retoños (Nicolás, Valeria y Ivan) que muchas veces impiden que escriba todo lo que quisiera. Sus autores favoritos son Philip K. Dick, Isaac Asimov (aunque prefiere los cuentos y relatos cortos a las novelas), Robert A. Heinlein y Jack Vance.

Los jinetes del aire

José Antonio Fuentes Sanz

Ya lo presintió al abrir los ojos. Iba a ser un mal día. Mejor no levantarse, quieto en la cama. Seguro que se ahorraba un disgusto.

Desgraciadamente su madre no estuvo de acuerdo cuando entró a preguntarle por qué no se levantaba, y lo sacó de la casa a escobazos.

—¡Sinvergüenza! ¡Que llegarás tarde al Cuartel! ¿Que dirán tus oficiales?

Y a él qué lo que dijeran sus oficiales. Era lo peor del Ejército: demasiados jefes. Y más en el Ejército del Aire, dónde muchos técnicos y especialistas tenían rango de teniente para arriba. Los pobres soldados obedecían ordenes a troche y moche, a menudo contradictorias y disparatadas.

Siguió un pequeño viaje en el asmático y desvencijado automóvil de mamá, cuyo motor desajustado daba petardazos a medida que quemaba metanol. En cinco minutos llegó al aeródromo, dónde casi dieciséis mil hombres aunaban esfuerzos para mantener a cuatro Alas en condiciones de combate.

Él podía dormir fuera cuando no estaba de retén porque la casa de su madre quedaba a un kilómetro, a condición de llevar encima el "busca" por si debía acudir pitando. Las emergencias estaban a la orden del día y la guerra era muy exigente. Maldito el día en que empezaron, aunque en realidad nadie sabía cuándo había terminado la anterior, llevaban más de sesenta años encadenando una guerra con otra, así que tampoco echaban de menos la paz.

En la puerta del aeródromo, el Policía Militar esperaba, rostro endurecido, corpulento, subametralladora cruzada sobre el pecho, gesto torcido. En cuanto se detuvo para mostrarle el pase, el rostro del PM se iluminó con una sonrisa.

—¡Coronel Stephan! ¡No le había reconocido! ¡Pase, pase!

Veinte minutos más tarde estaba en su despacho, reunido con sus oficiales, quienes le informaron puntualmente de las novedades sucedidas desde las diez de la noche anterior. No había mucho que contar salvo un par de falsas alarmas, una intercepción sin novedades y un caza propio derribado por un pararrayos.

—De momento todo en calma —anunció por fin el mayor

Rehmev.

—Bueno es saberlo.

—Y el general Soulev nos espera a las ocho en la Sala de Operaciones; creo que quiere darnos un discursito o algo parecido.

Stephan frunció el ceño. El general Soulev no era un hombre muy apreciado. En opinión de todos se tomaba demasiado al pie de la letra aquel juramento hecho en un momento de bobería sobre defender al país hasta la última gota de sangre.

La guerra contra las Comunidades kaciaks se alargaba desde hacía casi nueve años, ante la sorpresa general de un público y un gobierno que no se explicaba cómo podían mantener aquella presión de hombres y medios. Stephan podía darles una fácil respuesta. La guerra no avanzaba porque, al margen de lo que ocurriera en el suelo, a la vista de las cámaras y periodistas, dónde la superioridad numérica vitjeb era muy patente, en el aire las cosas fueron mal desde el comienzo.

Sólo que en el aire no había cámaras de televisión ni periodistas, salvo los ojos electrónicos de los satélites, pero esos estaban censurados. Así que nadie se enteraba, o no quería enterarse, de que en realidad no estaban ganando la guerra. Un día se lo tuvo que explicar a un amigo:

—Pues mira: tienen una fuerza aérea casi tan grande como la nuestra, sus pilotos son mejores que los nuestros, tienen tres veces más misiles tierra-aire y ocho veces más artillería antiaérea…

Y aún se le olvidó de decirle que como sus tierras sólo representaban un siete por ciento de la superficie de la República, la concentración de armas era muy respetable. Cuando volaban por encima y los colegas se ponían a disparar con todo lo que tenían parecía que la Mancomunidad de las Tierras Altas estaba celebrando una fiesta nacional a lo grande, con tracas de cohetes y petardos que subían con largas estelas. Y los que estaban arriba, volando en su espacio aéreo, empezaban a llamar a la base pidiendo un sacerdote para confesarse, un notario para el testamento, un retrete porque la tripa no aguantaba…

Si los kaciaks que volaban eran temibles, profesionales de primera, de reflejos como el rayo y una sincronización impecable, los que estaban abajo, detrás de los sistemas de radar y de los disparadores, eran de muerte. En nueve años se habían cargado a las dos terceras partes de las aeronaves y pilotos perdidos.

Eso sí: como a éstos no los habían tumbado en combate entre aviones, no aparecían reflejados en las estadísticas de pérdidas en

batalla aérea que la Fuerza Aérea repartía a la prensa. Así que todo el mundo creía que sólo perdían por un margen relativo y que sólo hacía falta un poco más de espíritu de combate, como les dijo el cretino del Ministro de Defensa:

—Un poco más de valor y espíritu de lucha, caballeros. Es lo que hace falta. Miren este último trimestre: ellos han perdido ciento cinco aviones y nosotros sólo ciento treinta y cinco, y como nosotros tenemos un veinte por ciento más de aviones, en realidad vamos ganando. Un poco más de decisión por su parte y la victoria será nuestra.

Se quedaron mirándose unos a otros, preguntándose si el Ministro se había fumado algún petardo antes de entrar. Uno incluso le preguntó:

—Oiga: ¿Y los que han tumbado la antiaérea?

Se refería a los doscientos veintiséis colegas a quienes la antiaérea había agujereado el fuselaje y, en algunos casos, hasta el pellejo. Derribados sobre territorio enemigo, ahora la mayoría eran prisioneros o estaban en paradero desconocido.

—¡Tonterías! ¡Nosotros también tenemos antiaérea!

Sí, efectivamente: en el mismo periodo habían derribado nueve aviones enemigos. Todo un récord. Pero el Ministro erre que erre, sin dar el brazo a torcer, y sin querer aceptar que la guerra no la estaban ganando. Ni por casualidad.

Y luego las imbecilidades del Ejército de Tierra. Que si les dejaban solos frente al peligro. Que si no aparecían nunca. ¿Y los aviones derribados que les llovían encima, qué?

De todas formas había que acudir a ver qué tripa se le había roto al general Soulev y de mala gana todos los pilotos se reunieron en la Sala de Operaciones, saludándose mutuamente:

—Hola, ¿qué tal?

—Bien. ¿Y tú?

—¿Y la mujer?

—¿Y los hijos?

—¿Y el periquito?

Había un montón de caras nuevas.

—¿Quién eres tú?

—Teniente Peltrev.

—¿Y cuándo te has incorporado?

—¡Hace un año! ¡Si hemos volado juntos en ciento

diecinueve misiones, coronel!

—¡Ah, sí!

Pues él no lo recordaba, pero daba igual: entre la que él mandaba y las otras tres del Grupo Aéreo, sobre el papel doscientos setenta aviones de lo mejor de la Fuerza Aérea, la unidad era un mar de caras cambiantes que se repartían los ciento cincuenta o ciento setenta aviones que normalmente podían levantar el vuelo. Cada mes causaban baja y eran sustituidos entre cuarenta y cincuenta hombres. Antes, cuando disolvían algún Ala por falta de personal, recibían un puñado de pilotos veteranos, ahora ya ni eso. Las tres cuartas partes de quienes estaban en aquella Sala, ciento cincuenta y nueve pilotos contándole a él, tenían menos de treinta horas reales de combate.

Quedaban ya tan pocos de los que empezaron en el 52, cuando a los gerifaltes se les ocurrió declarar la guerra a la Mancomunidad…

Y con aquella gente recién salida del cascarón debía enfrentarse a las veteranas chicas del 3ª Grupo de Defensa Aérea, la mayoría de las cuales tenían en su curriculum más de setecientas horas de vuelo en combate. Vamos, que aquello tenía menos color que una comparación entre un cromo de Papá Pitufo y La Gioconda. Y mira que cuando empezó aquella estúpida guerra parecía que iba a ser pan comido, como le explicaba entonces a él, piloto recién llegado, su jefe de Ala:

—Cuatro combates, tiramos media docena de bombas, total: ocho o diez semanas como mucho y todos a casa a ver cuántas chicas se nos cuelgan del brazo.

No parecía para menos: la guerra civil entre extremistas y radicales había terminado con un acuerdo y todos tan amigos. Los europeos decían que se iban a casa, que estaban cansados de ayudar. Los persas ya se habían ido, hasta la coronilla de tanta facción y tanto descontrol. Los siberianos que se volvían, de mala gana, a abrazarse con sus renos y sus osos polares, derrotados pero dignos. Y los kaciaks, a la espera, mientras su raiss, entonces la Ludmilla Akushnev, se estaba muriendo y le traspasaba el poder a su nuera, la Mizhna.

Eran tan buenas noticias (sobre todo la última) que los había que decían:

—¡Es un truco de la prensa! ¡Imposible que todo vaya tan bien!

Y es que Ludmilla era una persona muy querida, de quien

contaban hasta el último minuto que le faltaba para estirar la pata y abandonar el mundo de los vivos de una puñetera vez.

La primera señal de que la situación era realmente demasiado buena para que durara llegó a las cuatro semanas de que enterraran a Ludmilla y empezaran las negociaciones con Mizhna para que volviera al redil del Gobierno Central, que desarmara a su Ejército particular, sobre todo, y también que dejara el tráfico de estupefacientes, como exigían los europeos y los asiáticos. Y un buen día, cuando le preguntaron al Ministro de Interior sobre el cambio de la cúpula kaciak y cómo valoraba a la difunta, éste explicó:

—Veinticinco años esperando a que se muriera esa bruja, y ya la estoy echando de menos.

Vamos: que con Mizhna no había ninguna mejora y, en todo caso, aún iban para peor. Dos meses después estaban en guerra abierta de nuevo, cuando aún no habían tenido tiempo ni de pasar balance de lo que había costado la última ni de cómo se iban a pagar los empréstitos pendientes. Un año más tarde estaba claro que el cálculo de “ocho o diez semanas” había sido un poco optimista.

A pesar de todo parecía que iban a ganar la guerra, aunque fuera por agotamiento y a base de empeñar hasta los calzoncillos de los futuros bisnietos para financiar la guerra. El 58 (sexto año de guerra) fue bastante bueno, los kaciaks retrocedieron en todos los frentes y llegó la noticia de que Mizhna estaba enferma y no duraría mucho.

—Aún será verdad que ganaremos —decían hasta los más escépticos.

Y en el 59 todo se fue al carajo. A finales de enero, Mizhna llamó a sus generales, enfadada por las últimas retiradas, y empezó a pegar puñetazos sobre la mesa.

—¿Pero qué esta pasando aquí? ¡O empezáis a ganarme batallas u os pongo a todos a medio sueldo!

Y sus generales salieron dispuestos a ganarle alguna batalla a Mizhna, que no estaba el horno para bollos y todos querían cobrar el sueldo entero. Al llegar diciembre, le habían ganado una docena de importantes batallas por tierra y aire, y Mizhna, más calmada, les envió a cada uno una cesta de Navidad y un sobre con el aguinaldo para tenerlos contentos, porque la verdad es que lo habían hecho de puta madre.

Las mejores divisiones y las mejores alas aéreas vitjebs mordieron el polvo, no se volvieron a levantar y sus sustitutos no

estaban a la altura.

En diez meses pasaban de perder la guerra a asegurarse la victoria definitiva. Si el Ministro de Defensa no hubiera perdido el culo nombrando al general Kraczeck para el puesto de comandante en jefe, la guerra no hubiera durado ni seis meses más y los kaciaks estarían celebrando la Gran Victoria.

Stephan no tenía buen recuerdo de aquel año: su Grupo Aéreo se embarcó en una batalla contra el 3° Grupo kaciak. Empezó julio con doscientos veinte cazas y al llegar agosto sólo tenía ciento cuarenta, aunque llegaron ciento noventa cazas como reemplazos. Pérdidas totales en treinta días: doscientos setenta cazas y casi el mismo número de pilotos, incluidos gran parte de los veteranos. Luego los de la Oficina de Reclutamiento decían:

—¡Apúntate en la Fuerza Aérea! ¡Grado de oficial, bien considerado, sin mancharse un dedo, con una máquina de última tecnología, seguro en la cabina y club privado en la base! ¡Nada que ver con la infantería, el barro y la sangre! ¡Todo muy aséptico e inicuo!

Las narices. Los idiotas que decían eso deberían darse una vuelta por las pistas cuando regresaban los cazabombarderos, perdiendo combustible y líquido hidráulico, con el fuselaje lleno de agujeros y los tripulantes más muertos que vivos. A ellos los llevaban al hospital para remendarlos y que pudieran volver al tajo, y sus cacharros se reparaban o se desguazaban para aprovechar las piezas que aún quedaran enteras.

Lo único que todavía les hacía aguantar a pie firme en la brecha era la pretensión de los políticos de que si la guerra se estiraba y Mizhna palmaba, su sucesora más segura era su hija Kassandra, de dieciocho años por cumplir y que, probablemente sería más manejable.

Pero Stephan conocía a un par de tipos en Inteligencia que le habían dicho:

—Cuando muera Mizhna, si su sucesora es Kassandra, la echarán de menos aún más rápido que a la Ludmilla.

Y es que Kassandra, desde los dieciséis años, haciendo valer su linaje, la influencia de mamá y la falta de oficiales para cubrir todas las plazas, ya dirigía tropas y obtenía victorias, ganándose una reputación de salvaje que ponía los pelos de punta.

Además, la debacle del 59 no terminó en colapso, pero sí en una larga agonía, dónde las tripulaciones veteranas fueron desapareciendo lentamente.

Tenían menos problemas sustituyendo aviones que pilotos. Los pilotos eran una elite que exigía ciertas cualidades, por encima del recluta medio, y que precisaba de tres años de instrucción para recibir su título (ahora recortada a dieciocho meses de entrenamiento intensivo). Habiendo empezado la guerra con una gran ventaja, ahora estaban en la cuerda floja.

El general Soulev hizo entrada, cortando hilo de pensamientos y conversaciones en voz baja. Era un hombre regordete, de cincuenta años, que se había quedado calvo, decían, discurriendo como presentaba los partes de pérdidas sin decir expresamente qué eran por acción del enemigo. En este sentido el muchacho era imaginativo.

Venía contento, buena señal. Ya debía habérsele pasado el ataque de furor demente del mes anterior, cuando volvió otra vez al rollo de que habían jurado morir por la patria y hubo que recordarle que en los contratos que firmaron al alistarse ninguna cláusula mencionaba que tuvieran que correr riesgos físicos. Que las palabras siempre se las llevaba el viento, y en momentos tontos se juraba lo que fuera.

La que organizó el elemento pretendía fusilar al azar a uno de cada diez alegando que hacía falta un escarmiento; ellos replicaron que lo que hacía falta era otro general y al final todo quedó en nada porque el Ministro dijo:

—¿Fusilar a uno de cada diez? ¿Y quién va a pilotar los cazas? ¡Ande, déjese de tonterías!

Stephan y el general se cruzaron las miradas. Se llevaban mal. Hacía tres meses algún desaprensivo, nunca se supo quién pero el general sospechaba de cierto coronel a quien todos invitaban en cantina, plastificó tres docenas de fotografías del general y las pegó con sellante en el interior de las tazas de retretes y urinarios, donde tropa y oficiales aliviaban la tripa.

El general se enteró por casualidad: una inspección por sorpresa, imaginando que tanta concurrencia en los retretes tenía algún significado sexual indecoroso. Y cuando vio sus fotografías (ahora un poco manchadas), pegó tales alaridos que vinieron del Cuerpo de Guardia, metralleta en mano, creyendo que algún perturbado estaba acorralando al general en el retrete.

—¡Caballeros! —empezó el general.

Debía estar de muy buen humor, ninguno recordaba la última vez que se había mostrado tan simpático.

—¡Nuestro Ejército ha iniciado una gran ofensiva…!

Hubo caras de sorpresa mientras preguntaban en voz baja de qué hablaba el general. ¡Ah, sí! Hacía unos meses habían “retirado” a Kraczeck y puesto en su lugar a un mengano que sólo había batallado en los Juegos de Guerra del Estado Mayor, y era tan malo que, decían, perdía hasta jugando solo.

Corrieron algunos murmullos de conmiseración para los del Ejército de Tierra y les desearon suerte. Mucha suerte. Que les iba a hacer falta. Muchísima falta. Y la ayuda del arcángel Gabriel tampoco iría mal, puestos a ello.

En estas el general concluyó la frase, irritado por la interrupción de tanto inoportuno cascándole al vecino:

—¡…en la cual se espera que todo hombre contribuya con su esfuerzo, valentía y profesionalidad, apoyando a nuestras fuerzas de tierra en su avance! ¡Nuestros bravos soldados del Ejército de Tierra dirigen su mirada hacia nosotros, esperando nuestro coraje y determinación para inclinar la balanza!

Se hizo un silencio ominoso. Sonaba como si… parecía que… ¡Caramba! ¡Si por un momento entendieron que el general les había guardado boletos para la rifa de tortazos que se preparaba! Aún pretendería que se repartieran las bofetadas a medias con los de Tierra.

—El general tiene razón —empezó un capitán desconocido—. Deberíamos mostrar algún tipo de apoyo a los chicos de tierra.

—Eso.

—Yo voto porque enviemos un ramo de flores comprado por suscripción en señal de camaradería —sugirió uno.

Iban hablando de la suscripción y de las flores, que más que en ramo se podrían enviar tejidas en forma de corona, a ver si el general se cansaba viendo que no se daban por enterados y se iba. Mientras el general Soulev se iba poniendo rojo, rojo, rojo. Y finalmente explotó:

—¡Pandilla de ratas inmundas: subid a vuestros cacharros e id a echar una mano!

Y como si tuviera que reforzar aquel estallido con algún gesto melodramático, desenfundó su pistola y empezó a los tiros dentro del recinto.

Salieron todos como flechas sin que hubiera que lamentar ni una sola herida.

Entre la rabieta y que no quería usar gafas para no parecer más viejo, era un pésimo tirador. Pero nadie tenía la menor duda de que había tirado a dar: no había acertado ni una.

—¡Joder, cómo se ha puesto esta vez!

Tenía mala baba el hombre, si ya se habían enterado de que tenían que acudir a poner el pecho para que les partieran la cara.

—Bueno, vamos allá. La batalla nos espera.

—Pues podría dejarnos plantados por una vez.

Un par de ayudantes repartieron copias impresas de la misión para todos los pilotos. Ordenes directas del Ministerio de Defensa y del Estado Mayor del Ejército del Aire, en colaboración con Inteligencia Militar, un departamento tan poco fiable en sus conclusiones que un adivino con bola de cristal, de a cinco pavos la adivinanza, tenía más credibilidad.

A ellos les tocaba el sector principal, justo sobre los dos ejércitos de maniobra enfrentados, donde se cruzaban todos los sistemas móviles antiaéreos y toda escuadra de interceptores que no tuviera alguna misión fija asignada.

Misión: proteger a los cazabombarderos que debían pulverizar a las fuerzas acorazadas kaciaks. Casi nada. En cuanto asomaran, aquello parecería un avispero al que le hubieran pegado una patada y todas las avispas intentarían clavársela.

El coronel procedió a darles las explicaciones pertinentes mientras los veteranos escuchaban, cansados, y los novatos le miraban con ojos abiertos, sin tener muy claro qué iba a ocurrir.

—Muy bien, el plan es simple: entraremos por la puerta grande a escoltar a los cazabombarderos. Delante de nosotros irá el Ala del mayor Goulev, con equipos de guerra electrónica, misiles antiradar y bombas de racimo para abrirnos camino por las defensas antiaéreas…

—Gloria al mayor Goulev y sus pilotos —murmuró alguien.

Si salía medianamente bien el Ala entera recibiría una condecoración al valor. A título póstumo, por supuesto.

—Varios escuadrones sueltos atacarán los sectores a ambos lados del objetivo principal para atraer la atención de los interceptores, y una incursión secundaria desde otra dirección empezará antes que la nuestra; con un poco de suerte correrán todos hacia allí antes de darse cuenta que es una treta.

Hubo algunas caras de escepticismo, pero nadie dijo nada. Más valía que funcionara.

—Luego entrarán los cazabombarderos, con más aviones de guerra electrónica para desmantelar sus defensas y con nosotros rodeándoles para que los interceptores kaciaks no les hagan pupa.

Tirarán sus bombas, cohetes y hasta palabrotas hasta que hagan puré a los vehículos acorazados, tropas y todo lo que encuentren…

Si no los tumbaban los antiaéreos y los interceptores, pensaron todos.

—…entonces los superv… entonces regresaremos protegidos por dos escuadrones de cazas, que nos cubrirán la espalda. Una unidad de reconocimiento fotografiará el campo de batalla para comprobar los daños que hemos causado.

Más bien fotografiarían a los que quedaran en el campo de batalla, con el morro clavado en el suelo.

—Todo el mundo enterado. ¡Pues vamos! ¡A los cacharros!

En los vestuarios se embutieron dentro de los trajes de vuelo y luego, en silencio, caminaron hasta los hangares, donde los mecánicos retiraron los modelos de plástico que tenían expuestos para la prensa y el público y sacaron los de verdad, que tenían escondidos de modo que nadie los viera.

—¿Quiere ver el informe de estado? —le preguntó el mecánico.

—No, para qué —respondió firmando el comprobante.

Cuando un avión llevaba diez o doce misiones, nadie miraba el informe técnico del aparato a menos que fuera un masoquista retorcido. Bueno, el mayor Peglin sí lo hacía. Pero también se rumoreaba que los fines de semana acudía a un local donde dos musculosos boys con cadenas de bicicleta y traje de vinilo ofrecían sus servicios profesionales.

—Ciento treinta y dos cazas listos para despegar —anunció el mecánico jefe.

Bueno, veintisiete pilotos podrían quedarse en tierra, con el pellejo a salvo. Descontó a los más novatos, a los más viejos y a los que habían realizado alguna misión aquella misma noche. El resto, incluido él, tendrían que pringar.

—¿Por qué no se queda? —le preguntó el mecánico jefe en voz bajita.

No tenía ninguna obligación de tomar parte en las misiones.

—Claro. Escoge tu mismo al que me va a sustituir —respondió señalando a los novatos.

El mecánico jefe frunció el ceño. Menuda facha los nuevos, desde que habían vuelto a recortar el periodo de instrucción llegaban con una pinta de escolares recién salidos de instituto… sólo les faltaban los libros en brazos.

—No he dicho nada.

Trepó por la escalerilla de su viejo cacharro, el que había pilotado en cientos de misiones. Una máquina de veintidós metros de longitud, fabricada con la última tecnología y que costaba sesenta millones por unidad, una morterada que él jamás había visto junta ni en la tele cuando repartían premios de la lotería.

Tenía armazón articulado que permitía cambiar la configuración en vuelo; dos góndolas motoras de materiales cerámicos con toberas vectoriales; control inestable que permitía maniobras imposibles; fuselaje combinado de espumados, fibras organoeléctricas y filimonocristales; el complejo ordenador de a bordo; el avanzado sistema de armamentos; los puntos de estiba que permitían sujetar hasta dieciocho bombas, contenedores o misiles.

Un cacharro de excelencia con el que, decían, lo mejor que podía hacer el piloto era quedarse en tierra. Lástima que sólo fuera propaganda.

Recién salidos de fábrica, relucientes y con el acabado mimetizado parecían verdaderos tiburones del aire, dispuestos a devorar todo lo que encontraran a su paso. Después de unas cuantas misiones y de recibir las atenciones del enemigo, parecían bacalaos puestos a secar al sol.

Cubiertos de parches, arañazos, manchas de líquidos hidráulicos y combustible, con diversas manos de pintura y partes del fuselaje que se habían cambiado enteras, su aspecto recordaba a un coche de ocasión en el desguace. Uno de los tenientes estalló en sollozos, y su comandante de escuadrón empezó a darle palmaditas en la espalda.

—¡Vamos, no es para tanto!

Volvió a bajar para reunirse con los pilotos y ultimar detalles. Al otro lado podía ver a los chicos del 9° Grupo Táctico, que debía contar también con casi trescientos cazabombarderos, pero de los que sólo quedaban ciento diez. Su comandante les había repartido unas cuantas botellas sacadas del bar de oficiales para que tomaran ánimos, y allí estaban, bebiendo valor de 37 grados, al lado de sus aeronaves cargadas de cohetes, bombas, misiles y munición para el cañón, preguntándose cómo iría la misión.

A ninguno se le escapaba que si los colegas del Grupo de Caza tenían que batir alas en retirada, automáticamente ellos se convertían en ciento diez dianas voladoras para que los interceptores kaciaks practicaran el tiro al pichón. Incluso si soltaban la carga de bombas para aligerar peso y ganar agilidad, llevaban las de perder.

Para hacerlo aún más emocionante, sólo una parte de las armas eran misiles autoguiados de largo alcance. El resto eran una mezcla de bombas planeadoras y de caída libre para arrojar sobrevolando directamente los objetivos mientras los antiaéreos repartían supositorios desde el suelo. Seguro que a más de uno le hacían diana.

Stephan hizo traer varias botellas y los mecánicos las repartieron, en vasos desechables, a los novatos.

—¡Muchachos, un brindis por vuestra primera gran batalla!

—¡Salud!

Y bebieron de un solo trago. Acto seguido se les desorbitaron los ojos mientras las tripas roncaban y salieron disparados hacia los servicios.

Regresaron en unos quince minutos, con retortijones y agarrándose los pantalones del traje, que se les caía.

—¡Vamos, no pongáis esa cara! ¡No sabéis lo mal que huele y lo que molesta hacerlo en vuelo!

Y entonces sí, subieron a sus cacharros, estirándose en los asientos reclinados, tipo tumbonas de playa, encendieron los motores y comprobaron sistemas y armas. Cada caza llevaba diez misiles y un cañón con trescientos proyectiles, y con este arsenal, que podía gastarse en menos de cinco minutos, había que pelear una hora u hora y media.

Mientras carreteaban por la pista, Stephan le daba vueltas al motivo por el cual debían ir a aquella batalla, que seguro no traería nada bueno.

Probablemente porque, como decían los propios kaciaks, en todas las batallas que merecen la pena debe haber perdedores. Buenos y duros perdedores, que una cosa es ser derrotado y otra regalar la victoria. A veces tenía la sensación de que aquella banda de pirados eran los únicos que estaban bien centrados en aquella guerra.

—Iniciamos despegue.

La pantalla holográfica indicaba el tiempo con un contador proyectado sobre la cabina; era vital cronometrarse con el resto de Alas para evitar que los escuadrones chocaran en el aire o el ataque. El traje de vuelo, una gruesa capa de seis dedos de gel especial para absorber la mayor parte de las fuerzas g, le envolvía por completo y le oprimía mientras los sensores exploraban sus condiciones físicas y su estado de ánimo. Cuando los números del cronómetro variaron a rojo llegó el momento de despegar. Una corta carrera de doscientos

cincuenta metros y cada caza, veintiocho toneladas, se despegó del suelo mientras el fuselaje parecía cobrar vida y las alas y el morro se reconfiguraban automáticamente. Alguna rótula articulada crujió, señal de que los buenos tiempos quedaban atrás.

Subieron mientras las alas se replegaban hacia atrás con tanta naturalidad como si fueran las de un águila y los soportes debajo de cada una giraban a su vez para reorientarse hacia adelante y ofrecer la mínima resistencia.

—Allá vamos —comunicó al resto del Grupo—. Contramedidas en marcha.

Esperaba que con las contramedidas electrónicas, para anular los radares y sistemas de guía enemigos, y con los señuelos, volando en perfil de vuelo configurado y emitiendo las mismas radiaciones electromagnéticas, engañarían, al menos por unos minutos vitales, a los kaciaks.

Todo en teoría, por supuesto. Los sistemas de contramedidas equivalían a anunciar su llegada con el mismo estruendo que si llevaran dos altavoces en el fuselaje emitiendo a todo volumen La cabalgata de las walkirias de Wagner. Y con trescientos y pico aeronaves de todo tipo y pelaje participando en la operación y emitiendo ruido electrónico, se iban a enterar hasta en el Popocatepelt de que llegaban.

La entrada en el campo de batalla se iba a hacer entre un avispero de interceptores kaciaks, que acudirían por orden superior o por propia cuenta, atraídos por el ruido electrónico. No podían saber cuántos eran ni de qué clase, pero era imposible que no supieran por dónde iban y venían. Y aunque desmantelaran por completo la red de control aéreo, que ya sería muy raro porque aquella gente no se chupaba el dedo y eran tan buenos como el que más en guerra electrónica, una formación de centenares de aviones alargándose sesenta kilómetros y con diez de anchura, era para no verla.

El ordenador, por si acaso, daba la lata, recordando las medidas de seguridad:

—Contacto visual con el enemigo, confirme identidad, asegure su blanco, compruebe los parámetros de lanzamiento…

—¡Que sí, pesado!

Radares capaces de detectar y seguir blancos a quinientos kilómetros de distancia y misiles buscadores autoguiados que valían una fortuna, capaces de acertar a una pulga a trescientos kilómetros… y que no se podían usar porque con tantas aeronaves y

señuelos en el aire (amigos y enemigos) y tanto ruido electrónico y contramedidas, las posibilidades de error eran enormes. El último blanco alcanzado fue un cuatrimotor comercial volando al otro lado de la frontera, cincuenta kilómetros espacio aéreo neutral adentro.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! —decía el Ministro de Exteriores, haciendo reverencias ante la cámara de televisión con tanta energía que le pegó un cabezazo a la mesa.

El general Soulev estuvo removiendo cientos de carpetas en el archivo digital, para ver quién había disparado el puñetero misil. Afortunadamente, con lo precipitadas que eran las operaciones, este dato no figuraba.

—Formación de combate, punto a las cuatro.

Su compañero, el veterano mayor Karpinkiev, volaba a medio kilómetro de él, y otra pareja, en formación similar, a dos kilómetros a su derecha. La pantalla de radar parpadeaba mostrando señales de interferencias y contramedidas, así como las primeras señales de combate mientras los señuelos entraban por delante y se activaban los sistemas enemigos. A los quince minutos de haber levantado el vuelo, los escuadrones de cabeza atacaban las defensas antiaéreas para abrirles camino.

Debía haber una buena tunda allí delante porque los misiles antiaéreos en vuelo errático empezaron a cruzarse con ellos. Primero unos cuantos y luego a montón, como si valieran cuatro centavos, que aquellos salvajes sanguinarios los disparaban en salvas como si tal cosa. Desprecio que le tenían al valor de las cosas, en vez de ahorrar como buenas personas.

—Detectados radares antiaéreos —anunció el ordenador.

—¡Ahí va!

Los cañones y sistemas de misiles, tras haber dejado pasar a los escuadrones de supresión, conectaban ahora sus radares y empezaron a disparar a troche y moche, porque aquel desfile de aviones volando en formación no tenía desperdicio.

—Sistemas de lanzamiento operativos. Misiles en curso —anunció el ordenador.

El muy puñetero tenía un tono tan amigable que daba la sensación de que todo iba bien. Uno de los pilotos dio por la radio su admirada opinión del espectáculo pirotécnico:

—¡Jodeeeeeeer!

Tres misiles pasaron a veinte metros de su ala, cerebros electrónicos despistados por las confusas señales que captaban, intentando encontrar la correcta para alegrarle el día a alguien.

Delante suyo, a unos cinco kilómetros, uno de los misiles dio en un señuelo. Un pequeño monoreactor radioguiado que emitía el mismo tipo de señal electrónica que un caza. Los pedacitos repiquetearon sobre su fuselaje, rezando para que ninguno entrara en las tomas de aire y se cargara algún motor.

Abajo el suelo de la campiña se iluminaba con las franjas de trazadoras que subían desde posiciones ocultas. Algunos cañones autopropulsados se desplazaban, y los misiles salían en salvas y subían como rayos, dispuestos a chamuscarle las pestañas a algún pobre diablo.

—Sistemas de radar enemigos anulados —anunció el ordenador.

Eso significaba que los de abajo se habían quedado ciegos momentáneamente, mientras sus operadores y los propios computadores filtraban las señales, reanalizaban y cambiaban frecuencias.

—¡Vale! —aceptó Stephan, aguantando la respiración.

Éste era uno de los momentos más peligrosos, tras neutralizar los radares.

Abajo los artilleros giraron en manual las torres y cañones hacia las áreas de cielo preasignadas y abrieron fuego al unísono, levantando una pared de explosivo y metralla desde los cincuenta hasta los seis mil metros en un área de tres kilómetros de ancho por siete de largo. No podían hacer puntería fina, pero al que pillaran dentro de la “caja” seguro que lo dejaban frito.

Stephan volvió a respirar al ver que él no estaba en una de las “cajas” de la antiaérea, aunque unas cuantas esquirlas hicieron desgarrones en el fuselaje, justo delante de la cabina.

Ahora sí que los pilotos se estaban olvidando de la misión y empezaban a hablar por la radio sin preocuparse mucho o poco de que el enemigo les escuchara, mientras iban pegando saltos arriba y abajo, a derecha e izquierda, intentando esquivar la que subía. Si es que parecía que llovía desde abajo.

En aquella caja de grillos en que se convirtió la radio se podía distinguir a los veteranos de los novatos. Los veteranos decían:

—¡Mi mujer, mi mujer…! —aquí algunos gritaban el nombre de su mujer, si es que se acordaban de cómo se llamaba— ¡Yo quiero volver con mi mujer!

Y los novatos decían:

—¡Mamá, mamá! ¿Dónde esta mamá? ¡Quiero volver con

mamá!

Porque todos se las daban de duros, fríos y profesionales, pero es que, en el fondo, eran más blandos y sensibles que un aguacate.

Y peor aún la pasaban a ras del suelo los grupos de ataque, haciendo entradas en línea recta, subida de golpe hasta los trescientos metros y dejando caer las bombas, fiando en el primer golpe de vista y con dos o tres segundos para que el ordenador afinara puntería, para salir como galgos perseguidos por un chorro de proyectiles y unos cuantos agujeros en las alas y el fuselaje, y eso si no los tumbaban al iniciar el ascenso o no calculaban bien la altura y el momento idóneo y la propia bomba que habían tirado estallaba antes de que pudieran alejarse, derribándoles.

Estaban liados en aquel baile cuando alguien anunció por la radio:

—¡Ahí están! ¡Cazas a las diez en punto!

—¡Cazas a las cuatro en punto!

—¡Cazas a la una en punto!

A los demás no supo, porque no les preguntó, pero a él se le anudaron las tripas. Parecía que toda la Fuerza Aérea kaciak se les echaba encima y hasta los niños en aviones de papel subían para tirarles piedras.

El fuego antiaéreo disminuyó para no derribar a sus propios aviones y los escuadrones kaciaks picaron desde arriba, disparando misiles con no menos entusiasmo y esta vez sí que la formación se deshizo del todo mientras los cazas lanzaban dipolos y señuelos electrónicos, esquivando el primer ataque.

Dos o tres que no lo consiguieron quedaron repartidos a pedacitos sobre el campo de batalla y algunos cazabombarderos arrojaron toda su carga para ganar agilidad y poder batir alas en retirada cagando leches.

—¡Jesúuuus! ¡Que de esta no salimoooooos! —anunció algún optimista.

El primer grupo de kaciaks no se anduvo con rodeos, hicieron un giro a la izquierda y se acercaron con la agilidad y coordinación de un grupo de perros salvajes africanos en presencia del desayuno matutino. Con las fauces bien abiertas y listas a dar un buen bocado, a ver que les arrancaban. Nada de parejas y dobles parejas, ni tampoco rey y as. Eso era coordinación de equipo, donde cada uno sabía lo que pensaba su vecino antes que él mismo y se cubrían el culo unos a otros con una naturalidad que era la envidia del resto

de Fuerzas Aéreas.

Eran las chicas del 3° Grupo de Defensa Aérea, con sus pequeños interceptores monomotores, unos aviones de ala delta con planos delanteros, compactos, sencillos, veloces y muy maniobreros. De hecho eran derivados de un entrenador acrobático. Valían mucho menos que sus propios cazas, se fabricaban como churros y formar al piloto costaba menos de seis meses.

No estaban equipados para tumbar a un avión enemigo a doscientos kilómetros, pero a menos de veinte, con diez misiles y un cañón automático, no tenían nada que envidiarle a sus caros, pesados y sofisticados cazas.

—¡Vamos allá, muchachos! ¡Empieza la pelea de perros!

Porque a menos que estuvieran muy desesperadas, aquellas fulanas no iban a tumbarlos con un misil desde veinte kilómetros. No señor. Llevaban una videocámara en el morro, junto al cañón, que grababa toda la secuencia del combate. Al regresar a la base, presentaban la grabación, les pagaban un plus por cada caza enemigo derribado (para eso había que filmar bien y de cerca, que no quedaran dudas). Luego se llevaban la grabación a casa, para verla, cómodamente sentadas ante la pantalla holográfica, con una bolsa de aperitivos y un refresco, extasiándose hasta el orgasmo mientras veían el avión enemigo desintegrándose en el aire, o abriendo una entrada para el Metro en el suelo.

Y luego, cuando llegaba la prensa extranjera, se las daban de chicas finas y tiernas, atrapadas contra su voluntad en una guerra cruel. Finas las narices, eran tan finas como una lima del doble cero.

No se anduvieron con rodeos, cortaron directamente la formación volante entrando a saco con la misma gracia que un elefante paseándose por una cristalería y los receptores de alerta indicaron los radares enemigos enganchándoles para encajarles un misil al tiempo que las pantallas mostraban manchas de arena. Las contramedidas estaban en marcha para intentar dejarles ciegos.

Las alas de su aeronave se abrieron para conseguir mayor superficie alar y maniobrabilidad; necesitaba virar muy cerrado y pasó al ataque contra el primer oponente que se le puso a tiro, sin necesidad siquiera de escoger. Había interceptores para dar y tomar, así que tanto daba uno que otro.

—¡Recordad la secuencia de combate! ¡Acabad con vuestro oponente y pasad a ayudar a vuestro punto! ¡No dejéis que se os peguen a las seis!

Era fácil de decir, pero como ellas tenían superioridad

numérica, debían ser unos doscientos cincuenta contra ciento cincuenta y acudían aún más aviones de un lado y otro para unirse a la refriega, era bastante más probable que esa maniobra la hicieran ellas.

El enemigo que le tocó en suertes, mientras su punto le seguía intentando cubrirle la espalda y a él le seguían otros dos interceptores para llenarle de agujeros y a ellos no les seguía nadie porque no quedaban cazas para ocuparse y la otra pareja estaba haciendo maravillas para que no les agriaran el día, era un piloto competente, diestro y decidido, de esos que se lanzaban al cuello y no paraban hasta que uno de ambos estaba en el suelo asándose en la barbacoa.

Stephan pegó un brusco tirón a la palanca de control y empezó a subir intentando un tonel, pero ella le siguió, cruzándose mientras subía junto a él, buscando la posición favorable para meterle tres o cuatro pepinos de cañón, o un misil, por detrás, en plan fino y de la acera de enfrente.

Los dos se liaron en una melee, haciendo el tonel mientras cada uno giraba cortando hacia el enemigo, para luego volver a girar cuando el otro parecía a punto de darle por detrás. Teóricamente el control inestable les hubiera permitido hacer una maniobra para adoptar una posición favorable de tiro sin perder la trayectoria, pero Stephan no estaba nada seguro de que no se le desprendiera un ala con el esfuerzo y su oponente debía pensar que en cuanto intentara la maniobra apretaría el control de gas y saldría disparado dejándola con un palmo de narices (en realidad era lo que estaba esperando, pero la maldita no se decidía a intentarlo).

Al final terminaron el tonel completo, volviendo a la formación dónde sus compañeros se estaban dando de bofetadas a base de bien y los cazas del Ala de Stephan se estaban llevando la peor parte y rompieron contacto, como de mutuo acuerdo, alejándose para luego dar media vuelta y volver al ataque.

Fue entonces cuando Stephan se dio cuenta de que se estaba mordiendo la lengua y empezó a berrear.

—¡Jooooodeeeeeer! ¡Que dañoooooo!

—¿Te han alcanzado? ¡No veo ningún daño en el fuselaje!

Karpinkiev había logrado dejar atrás a los dos interceptores, que se habían marchado a perseguir a un novato al que tumbaron sin contemplaciones. Un novato menos hoy era un veterano menos para pasado mañana. Sin manías, vamos.

—¡No, efftoy bien!

—¿Se te ha metido algo en la boca?

Se olvido de contestar porque la bruja, seguro que era ella, volvía. Le hizo una pasada de cuchillo desde delante a velocidad media, mientras disparaba un par de misiles que pasaron a pocos metros sin tiempo a engancharse, cruzándose su interceptor con el caza a menos de veinte, casi ala con ala. Y Stephan se quedó helado.

—¿Qué? ¿Qué?

Por un momento creyó haberlo visto mal, pero Karpinkiev, que también lo había visto, le sacó del error.

—¡Oye, esa tía te ha hecho un corte de manga!

Fue el punto final, aquella gota que desbordaba el vaso. Le habían disparado con misiles, cañones, fusiles y hasta escopetas de postas. Pero jamás le habían faltado al respeto de esa forma.

—¡A por ella! —rugió.

Y se desentendió de la batalla, que ahora pasaba totalmente a un segundo plano. De todas formas, del centenar y medio de cazas ya habían tumbado a una docena y el asunto iba de mal en peor. Algunos cazas soltaban humo negro, mala señal, y otros estaban ahuecando el ala, rompiendo contacto mientras les perseguían interceptores y misiles para rematar la faena. Aquella batalla estaba más decidida que el juicio de Cristo.

Abajo los primeros interceptores ya habían llegado hasta los cazabombarderos y les daban hule a base de bien. Así que los chicos de los cazabombarderos se apresuraban a arrojar su carga de armas, tirando bombas y misiles a troche y moche sin preocuparse mucho o poco de si acertaban en el blanco (luego resultó que se habían cargado a una compañía propia que miraban contentos como venían a ayudarles sus camaradas del aire) para poder salir a escape de allí y volver a la base para visitar el retrete y aliviar tensiones acumuladas.

Buscó como un desesperado a la bruja entre aquel torbellino de aviones subiendo, bajando y dando vueltas uno alrededor de otro como si se pegaran el lote, mientras soltaban cañonazos y misiles a diestro y siniestro, y la encontró cuando un misil en vuelo errático le sobrepasó, hasta caer al suelo y estallar en una bola naranja.

—¡La madre que la…!

De qué poquito le había ido. La bruja estaba a un kilómetro y medio detrás de él, seguramente muy mosca porque el misil había fallado. Pegó un acelerón, dispuesta a usar el cañón en cuanto le tuviera un poco más cerca y una ráfaga de pepinos paso silbando muy cerca del caza mientras hacía un nuevo tonel, elevándose hasta

los tres mil metros mientras otro misil le perseguía, esta vez bien enganchado. Activó los dipolos y dos pequeños proyectiles autobuscadores se desprendieron, desplegándose en el aire y se guiaron contra el misil, que esquivó el primero pero fue alcanzado en un alerón por el segundo, perdiendo el rumbo.

—¡Chúpate esa! —le gritó.

Karpinkiev subía persiguiéndola, intentando meterle un misil bien gordo por detrás, y Stephan pensaba que ya casi estaba cuando de pronto apareció uno de los cazas que le apoyaban, dando quiebros alrededor de otro interceptor, mientras dos intentaban cañonearlo subiendo por detrás, y estuvo a punto de colisionar con él. Pasó tan cerca que si hubiera abierto la cabina le hubiera podido agarrar el ala.

—¡Dominguero! ¡Es que no miras por donde vas!

Es que ya no te podías ni fiar de los compañeros. Vamos. Y aún estaba intentando recuperarse del susto cuando un misil pasó volando a pocos metros y estalló, rociándole con una granizada de metralla. El ordenador empezó a pitar, volcándole en la pantalla holográfica un resumen de los daños.

Detrás subía otro interceptor, raudo como una flecha, y Karpiniev volvía a estar liado con otros tres, que intentaban freírlo. De hecho uno le hizo tres agujeros en el ala y se llevó uno de los flaps de un cañonazo.

Las alas del caza se estiraban y se acortaban, cambiando de curvatura y tamaño según las maniobras, con las toberas orientándose continuamente, intentando mantener la ruta mientras el caza se inclinaba. Hasta al Barón Rojo se le hubiera quitado el hipo viéndole hacer posturitas en pleno vuelo y el ordenador trabajaba como un loco para compensar la mayor resistencia del aire a la superficie.

Teóricamente, uno podía inclinar el avión hacia el suelo sin cambiar de ruta para disparar a un blanco terrestre móvil con garantías de éxito y sin empotrarse en un campo de patatas gracias a su control inestable asistido por ordenador, en lo que era una espléndida imitación aeronáutica de un equilibrista de circo, pero generalmente no se referían a un avión dañado y con problemas estructurales.

El otro avión también se inclinó en el plano longitudinal, intentando orientarse para meterle dos cañonazos a boca jarro. Suerte que los largos cañones eran fijos y no podían orientarse por sí solos.

—¡Ahora verás!

Karpiniev también tenía su opinión.

—¡Date prisa! ¡Que nos van a matar a todoooos!

Ahora a ver quién de los dos aguantaba más. El primer cañonazo lo disparó ella, y le pasó a un palmo de la cabina, mientras él retenía y conseguía situarse debajo. Su interceptor conseguía más inclinación gracias a su mejor estado. Stephan pegó un tirón de la palanca de gases para reducir velocidad y desplegó más las alas para aumentar la resistencia, haciendo que el armazón crujiera y que algunas partes de la estructura empezaran a combarse alarmantemente.

De cuando en cuando echaba un vistazo a la pantalla del ordenador dónde había un montón de puntitos luminosos dando vueltas. Sospechaba que la mayor parte del Ala debía estar echa picadillo o camino de la base con la cola entre las patas. Había que acabar y salir lo más rápido posible. Después de tumbar a la chiflada aquella.

Los dos apretaron el gatillo al mismo tiempo, reduciendo velocidad para intentar que el otro adelantara poniéndose a tiro, soltándose un chorro de proyectiles de alta velocidad que pasaron zumbando junto a sus respectivas cabinas mientras daban bandazos para intentar eludir los del otro y el ordenador ajustaba para mantener centrado el punto de impacto, aunque quedaba alto.

De todas formas fue un espectáculo digno de verse, eso sí, y que luego, cuando pasaron la fotocámara incorporada tras el incidente con el avión de pasajeros, dejo a todos boquiabiertos con tanto destello y cañonazo.

—¡Te tengo, te tengo! —anunció triunfalmente.

Y estuvieron a punto de tumbarlo a él, porque apareció el otro interceptor al lado del primero, soltando misiles, uno de los cuales estalló tan cerca que hizo vibrar el fuselaje y lo dejó lleno de esquirlas. La recién llegada había estado disparando sin cesar, pero como se meneaba tanto para evitar que le diera la otra, no le había acertado de milagro. Luego descubriría unos cuantos arañazos de los proyectiles al rozar el cuerpo del fuselaje y un agujero en el alerón derecho.

Entre los dos le soltaron un vapuleo de cañonazos que ahora sí que tuvo dificultades para esquivarlos y le pasaban tan cerca que si hubiera asomado la cabeza por la cabina le hubieran peinado con la raya en medio. Y suerte que estaban demasiado cerca para dispararle un misil, aunque el ordenador empezó a pitar indicando

que le habían enganchado.

Y allí le tenían las dos arpías, contra las cuerdas, intentando alguna maniobra que le permitiera salir del atolladero, pero sin dejar de disparar, hasta que sólo quedaron cincuenta cartuchos, para intentar mantenerlas a raya. Aquello ya parecía las disputas del vecino del Tercero B, cuando él y su mujer se tiraban los trastos a la cabeza.



Ilustración: Luis Di Donna

—¡Mala bruja!

Finalmente logró desengancharse, aunque no estuvo muy seguro de cómo, pegando un cuarto de tonel en una pausa durante el cañoneo. El segundo interceptor dio a su vez un cuarto de tonel, desenredándose del menage a trois para alejarse y ver si le podía incrustar un misil desde lejos.

Fue entonces cuando Stephan se dio cuenta de que la batalla ya estaba en declive. Los interceptores kaciaks los habían inflado a tortas lo suficiente y los sobrevivientes de su Ala y los de los cazabombarderos emprendían regreso a casa entre estelas de humo negro, jirones de fuselaje y piececitas que se desprendían.

Al girar la cabeza se encontró con el primer interceptor volando junto a su cacharro, separados por menos de treinta metros. La piloto le miraba con cara de mala baba, indignada de que no se hubiera dejado matar como buen caballero ante una dama. Y se lo dejó claro mostrándole su dedo corazón extendido del puño en gesto de “súbete encima y pedalea”. Y él para no ser menos le contestó con igual signo, que había que ser galante y estar a la altura. Estaba en ello cuando decidió que más énfasis no le vendría mal, así que hizo lo propio con la otra mano, dejando las palancas sin control.

Le faltó el canto de un pelo para acabar estampado en el suelo hecho migas, y el cretino del ordenador preguntando:

—¿Se encuentra bien, coronel? ¿Qué ha ocurrido?

—¡Nada importante! ¡Que me dejes en paz!

Y pensar que lo llamaban máquina inteligente.

El interceptor de la arpía describió un looping, alejándose hacia la derecha y él siguió al resto del Ala, perseguido por una nube de misiles, mientras iba soltando dipolos y señuelos reflectantes, dando quiebros para confundir a las cabezas buscadoras. A su lado Karpiniev hacía lo propio, aunque él aún tuvo tiempo de dedicarles un pensamiento a aquel par que casi le dejaban como un colador.

—¡Putas!

Esperaba algún día tener la oportunidad de conocerlas y rememorar aquel pequeño encuentro. Y la tuvo, dos años más tarde, cuando ya se había firmado la paz y se daban de tortas contra la Confederación de Asia Oriental.

—Mamá, esta es mi esposa, Alexa, y esta mi cuñada, Selina.

—¡Ayyyy, hijo! ¡Por fin has sentado cabeza! ¡Que alegría!

Y es que en el fondo todos tenían una vena masoquista sin la cual hubiera sido imposible continuar en la brecha, recibiendo palos a diario. El mayor Peglin no tenía reparos en mostrarse públicamente como tal, pero el resto eran lactantes intentando hacerse los tipos duros.

El viaje de regreso fue igualmente accidentado, cubiertos por dos escuadrones que cortaron el paso a los interceptores y a la primera de cambio salieron pitando del espacio aéreo enemigo, entre cañonazos de la antiaérea y supositorios de todos los tamaños que subían a incrustrarles una carga explosiva por debajo para curarles las hemorroides y el estreñimiento, todo en un solo viaje.

Regresar de una misión era deprimente, pero tenía la ventaja de que no podías perderte. En vez de seguir un rastro de miguitas de pan, sólo tenías que seguir el rastro de aviones que ardían en el suelo, unidos por filas de piezas y pedazos de fuselaje que iban soltando los que aguantaban, de camino a casa.

A la llegada al aeródromo el equipo de tierra ya les estaba esperando, con mangueras y extintores a punto, y rociaron a los aviones a medida que aterrizaban y se detenían, haciéndose cargo de las emergencias.

—¡Que me quemo! ¡Que me quemo! —gritaba uno, saltando de su carlinga, con la pernera del pantalón en llamas.

Uno de los mecánicos lo apagó con ayuda de una botella de agua mineral, mientras el equipo de salvamento rescataba al caza, alcanzado por un misil y que estaba hecho una pena. Igual que muchos otros, que ahora chorreaban líquidos hidráulicos, combustible y plástico fundido por las fisuras del fuselaje,

manchados de pegotes de humo, quemaduras y desgarrones.

Los pilotos descendían de sus carlingas, mientras los camareros circulaban trayéndoles una doble de coñac y vodka para que les volvieran el color y un par de ayudantes se paseaban con sendos espejos para que pudieran comprobar que estaban enteros y de una pieza, aunque algunos no se lo terminaban de creer y se palpaban todo el cuerpo. También se repartían muletas para evitar que con el tembleque de las piernas, se cayeran y se desarmaran, como le pasó el mayor Rehmev, que se rompió una pata al bajar de la carlinga.

Stephan se tomó dos dobles, que para eso era coronel, mientras observaba el desbarajuste a su alrededor. No estaba mal. Una quinta parte del Ala había caído en acción, incluidos uno o dos veteranos. Otra sexta parte habían vuelto, pero tan destripados que irían directos al desguace después de sacarles hasta la última pieza y el último centímetro de cable aprovechables. Entre pitos y flautas, un tercio del Ala quedaba fuera de combate. Con un poco de suerte, en un par de semanas traerían veinte o veinticinco sustitutos recién salidos de fábrica.

Su propio cacharro había recibido esquirlas de dos misiles, que estaban incrustadas por todo el fuselaje, tres agujeros en el alerón derecho, le habían volado un flap de un cañonazo y una docena de impactos acribillando las alas. En otra época le habría dado un patatús viendo en qué estado había regresado, pero ahora ya estaba más habituado. Casi nada, vamos.

A los pilotos que estaban tan hechos migas como sus aeronaves, que los había, se los llevaban al hospital, más muertos que vivos, tras sacarlos con una espátula gigante de las cabinas para que no se desmenuzaran en la operación.

—¡Tranquilo! —les decía el matasanos de la base—. ¡No es grave! ¡No es grave! ¡Sólo son unos cuantos arañazos!

—¡Gilipollas! —le respondió uno, mientras le llevaban en camilla a la ambulancia, chamuscado y vendado como si fuera el extra de una película de momias.

Al final, el matasanos tuvo que ausentarse para evitar que alguien le pegara un tiro. A fin de cuentas no era culpa suya. Como oficialmente todas las heridas se podían curar, con tiempo y esfuerzo, oficialmente ninguna era grave.

El resto de Alas que habían participado en la misión no habían salido mejor libradas. Los chicos de Goulev, que iban en cabeza, se habían dejado un tercio de los efectivos. Los del Grupo Táctico se llevaban peor parte: casi la mitad estaban K.O. En una

sola misión a gran escala habían perdido casi tantas aeronaves como en un mes normal.

Pero así era la guerra: un cocido que hervía durante mucho tiempo a fuego lento para subir de pronto la temperatura y se consumiera el agua a toda velocidad. Podía haber sido mucho peor.

Y estaban felicitándose por continuar vivos y con el aparato colgante intacto cuando llegó el general Soulev, todo contento mientras decía:

—¡Bien hecho! ¡Les hemos dado una de buena! ¡La misión ha sido todo un éxito!

Los novatos se miraban unos a otros y también las banderitas cosidas en la hombrera del uniforme; a lo mejor el general se estaba equivocando de bando.

—¡Hala, pero ¿desde cuando el general fuma porros?! —preguntó uno.

Un joven capitán le susurró al oído a Karpiniev:

—¿A qué llama este tipo una derrota?

—No quieras saberlo. De todas formas tampoco debe preocuparte: si algún día admite una derrota ninguno de nosotros estaremos vivos para escucharlo.

De todas formas el general Soulev insistió en que había que volver para rematar la misión.

—¿Para que nos rematen?

—¡A ellos, a ellos!

—¡Ellos! ¿Pero es que no se entera? ¡Si nos han inflado los morros!

Pero erre que erre, y medio suplicando y medio amenazando logró que hicieran otra misión antes de acabar el día, en una nueva ensalada de misiles y cañonazos. Seguía sin inmutarse, viendo cómo llegaban las aeronaves desmanteladas, que a duras penas conseguían aterrizar para llevarse a los pilotos al moridero y el aparato al desguace, insistiendo en que “con un esfuerzo más ganamos”, cuando ya empezaban a sospechar que un agente secreto de la Mizhna, infiltrado para asegurarse de que los liquidaran a todos.

Pero no fue hasta la misión del día siguiente, cuando los interceptores, que parecían salir de las fábricas como churros para sustituir a los que derribaban, les esperaban en proporción de cinco a uno, que decidieron que aquella operación no estaba demasiado bien planeada.

Stephan aterrizó bastante cabreado, después de un combate en solitario contra ocho interceptores que le habían dejado las alas y los timones hechos una pena, y su humor no mejoró cuando se detuvo y el ala izquierda hizo “rissss” y se desprendió del fuselaje de raíz, cayendo al suelo.

Bajó de la carlinga y se fue derecho al general Soulev, que les esperaba para endilgarles otro nuevo discurso jurándoles que con otro esfuerzo más ganaban la guerra, y le soltó:

—¿Sabe que le digo? ¡Que a la próxima misión va a ir su padre!

El resto de pilotos, más o menos el cuarenta por ciento de los que estaban la mañana anterior antes de intentar aquella majadería, se plantaron con él y le enviaron a hacer puñetas.

—¡El plan es del Ejército de Tierra! ¡Que se apañen con él!

Y se fueron a la cantina de mal humor para tomarse unos tragos y que se les pasara el tembleque. Ya les había parecido de buen principio que iba a ser un fiasco.

—¡Salud y suerte a los chicos de Tierra! —decidió Karpiniev.

El ataque aéreo quedaba arrinconado por votación popular, luego intentarían meterles un Consejo de Guerra, y ahora todo el plan del Ministro se había ido al garete.

—¿Qué crees que harán ahora los de Tierra? —pregunto Plejin.

—Por mí pueden intentarlo si quieren, pero a nosotros que nos olviden —respondió Stephan.

Lo que no podían imaginarse era que el plan seguía en marcha y empezaba la siguiente fase de la batalla. O sea: a darse tortazos en el suelo para decidir quién era el más bestia.

A José Antonio Fuentes Sanz (Tarragona, España, 1969), haber pasado tres años en el Ejército como semiprofesional le ha servido para encarar relatos de corte bélico. Hemos tenido una prueba de ello con “Fabricando la leyenda de Alonso de Moncada”, en Axxón N° 136 y luego con “La máquina verde”, en Axxón N° 145. “Los jinetes del aire” es la continuación de este relato y a su vez el preludio del que cerrará la serie de las guerras entre los kaciaks y los vitjeb, unas etnias tal vez no tan hipotéticas como puede parecer a simple vista.

Hay horror en los ojos de Caín

Ricardo Bernal

Despierta Luis, son las siete. Sí, mamá. Detrás de los cerros ya se asomaba el sol, con sus lentes oscuros y una sonrisa bobalicona. Voy a prepararte unos sandwiches, dijo Madre, y salió de la habitación quitándose los tubos de la cabeza. Luis se estiró, todos sus huesos crujieron al mismo tiempo. ¡Por fin! Sábado 17 de abril: este día es más importante que navidad o mi cumpleaños. Hizo a un lado las sábanas como si fueran el cadáver de un fantasma derrotado en sueños. Se levantó; el sol, con sus amarillos dedos de aguja, le tocó los ojos suavemente. Luis, todo sonrisas, miró sus avioncitos, miró su colección de monstruos desarmables marca Acme, miró el gol retratado en uno de los posters que su hermano había colgado en la pared. Miró el reloj. ¿Dónde estarán mis zapatos? Una mueca poco terrenal lo sorprendió desde el espejo: ¿De veras soy ese niño flaco y despeinado con la carne color leche? ¿Soy el tonto del mundo, con diez años recién cumplidos y un solo diez en aritmética? Quisiera conocer los bosques, hacerme amigo de los duendes. Quisiera perderme en las entrañas de un dragón. ¡Ándale hijo, se hace tarde!, gritó Madre desde la cocina. Luis abrió cajones, la ropa voló y en un santiamén estuvo listo para la gran ocasión. Otra vez se miró en el espejo, acomodándose el nudo de la pañoleta. Hizo un saludo scout con su mano izquierda, los monstruos desarmables marca Acme celebraron el acontecimiento arrancándose las cabezas unos a otros. Luis los miró solemne. Luego abrió su querido diario y anotó la fecha subrayándola varias veces: no todos los días se va uno de campamento por primera vez. En aquellos tiempos no había calendarios. Las fechas se anotaban en la espalda de una tortuga, en el interior de los árboles, en los colores del cielo. Las capas geológicas hablaban de oscuros amaneceres donde la conciencia reptaba de un lado a otro buscando un poco de luz. Y Dios inventó el ojo, uno de los instrumentos más perfectos de la creación. Peces, anfibios, insectos, reptiles, aves; aunque los ojos de todas las bestias jamás sumarían el ojo que la conciencia necesitaba para mirarse a sí misma. Entonces nacieron los hombres, con ojos nuevos y palabras azules debajo de la lengua. Y uno entre ellos se distinguió por su forma de mirar: Caín era su nombre. Dicen que fue el primer asesino pero no hubo testigos y la historia nunca podrá ser comprobada. Ahora Caín huye por senderos de espinas y salamandras. Arriba, entre las nubes espesas de la tempestad, gira el ojo de Dios como la

enorme luz de un reflector. Abajo, en la tierra, un ejército de ángeles armados con espadas, linternas y redes buscan a Caín debajo de las piedras, en el fango de los pozos, en el interior de los árboles. Hay furia ciega en la mirada de Dios. Hay horror en los ojos de Caín. Beto y Miguel tocaron el timbre mientras Luis se limpiaba los bigotes de chocolate con una servilleta. Ya llegaron tus amigos, apúrate o los va a dejar el camión. Sí mamá. Pórtate bien y obedece al jefe de manada, no se te olviden tus sandwiches que me costó mucho trabajo hacerlos. No mamá. Se duermen temprano y no te acerques a la fogata. No mamá. Dame un beso; y Luis se paró de puntitas para alcanzar el cachete de la saludable ballena que lo miraba con ojos saltones y maternales. Ya vete, córrele. Sí mamá. Afuera el sol se inflaba como pez globo enfurecido; no había nubes en el cielo. Luis saludó a sus amigos con un complicado ritual de palmadas y ruiditos. Miguel y Beto. Beto y Miguel. Beto, Miguel y Luis. Algo así como Hugo, Paco y Luis, pero sin salir en las caricaturas. Los tres amigos cruzaron las calles deprisa, cargando sendos mochilones en sus espaldas. ¿Qué trajiste? Mi flauta, mi brújula y mi navaja scout, ¿Y tú? Un encendedor. ¿Para qué? Para prender la fogata, buey. No seas tarado, el chiste de los campamentos es encender el fuego con piedras. ¿Con piedras? Ni que fuéramos cavernícolas. ¿Tú qué trajiste? Pues mira; y Beto sacó varios ejemplares del Playboy y el Penthouse. ¡No te pases! si lo ven los grandes nos van a castigar. No te preocupes, aparte de nosotros tres, nadie verá a nuestras novias. Un viejo autobús anaranjado tocaba el cláxon en la esquina mientras dos guías quinceañeras daban instrucciones a los niños que iban llegando. ¡Apúrense! Ya nos vamos. Caín se miró las manos ensangrentadas. Seguramente era su propia sangre pues la muerte de Abel había sido un trabajo limpio: la quijada de burro giró en exacta órbita hasta apagar con un golpe perfecto la mirada luminosa de su querido hermanito. ¡Maldición! Aún después de muerto, Abel siguió sonriendo y ni siquiera los buitres se acercaron a devorar su carne perfumada. Así había sido siempre; Abel: un niño completamente blanco, Caín: un niño gris y confundido que hacía enfurecer a las piedras y agriaba las manzanas con solo tocarlas. Ahora Caín jadeaba en un bosque desconocido. A lo lejos brillaban las luces de la gran ciudad. Imaginó a los ángeles entrando brutalmente en todas las casas, interrogando a los pobres hombres, rompiendo con sus hachas los roperos que pudieran ocultarlo. La risa de Caín espantó a un conejo. Siguió caminando; cruzó ríos, desfiladeros y valles hasta llegar a un lugar de poca vegetación. Arriba las estrellas eran jeroglíficos narrando historias terribles. Caín desdobló sus mapas, prendió un encendedor para alumbrarse. Parece que estoy perdido. No importa, suspiró; los ángeles se han quedado atrás. Sus perros

tardarán mucho tiempo en encontrar mi rastro. Arriba el sol sudaba como un luchador chino. El traqueteante autobús recorría la autopista. Luis, Beto y Miguel estaban sentados en la parte trasera; en vez de cantar canciones idiotas bajo la desafinada dirección de Vhanta, miraban las multicolores figuras de un cómic. ¿Ya viste Beto?, éste es el Doctor Complot, su rayo metafísico puede destruir a Psiquiatramán. La ilustración mostraba a un barrilesco gángster con muchos ojos, tentáculos y garfios, sentado en una media luna. ¡Ni madres!; los setecientos años que pasó Psiquiatramán en el Templo de los Derviches Asesinos le dieron suficientes poderes como para acabar con el Doctor Complot y toda su familia. ¡Vean esto!, dijo Miguel señalando otra página. ¡Órale! Está padrísimo. Es el Castillo de la Eterna Desolación, ahí vive la Princesa Devoracorazones y su sangrienta corte de saxofonistas cibernéticos. ¿Y éste? ¡Ah!, pues es nada menos que Wozzek, el perro individual… Luis, Beto y Miguel. Sus edades sumaban treinta años, y las aventuras que habían pasado juntos eran suficientes como para escribir una historia mil veces mejor que la de cualquier cómic. Luis miró por la ventana: qué lejos se iba quedando la mirada protectora de Madre, los alaridos de su hermana recién divorciada, la absoluta indiferencia que fosilizó para siempre a Papá en un sillón de la sala. Ahora Luis iba a pasar varias noches sin su familia, y no sólo eso, iba a ser en el bosque, acompañado de sus queridísimos camaradas. Amigos, va a estar de pelos este campamento. ¡Claro!, Miguel trajo una casa de campaña redonda, se supone que sólo caben dos personas, pero nosotros nos vamos a acomodar perfectamente, ya lo verás. ¿Cuánto falta para llegar, Vhanta? No coman ansias niños, el camino es parte de la diversión; ahora, vamos todos a cantar "Is this the real life?, is this just fantasy..?" Luis Luis Luis, eres feliz como una lombriz. ¿Que qué? Los tres amigos soltaron la carcajada al mismo tiempo. Afuera el sol, con una brocha en la mano, pintaba de amarillo la espalda del autobús. Después de mucho andar, Caín encontró la entrada a una especie de mina; olía a detergente y estaba repleta de hongos blancos y pegajosos. En el interior las paredes tenían una extraña luminosidad verde. Caín recorrió pasillos, subió escaleras, cruzó puentes colgantes. Por último se detuvo en una bifurcación donde había un oxidado letrero de metal: PROHIBIDO EL PASO. TOQUE LA CAMPANA. Algo brillaba en el suelo, medio oculto entre un montón de polvo y huesos. Caín levantó el pesado objeto: era la campana, ¿cuánto tiempo llevaba ahí? La sacudió con fuerza, el lúgubre tañido le provocó escalofríos. Poco después vio luces, oyó pasos que se acercaban por el pasillo de la izquierda. Apareció un viejo con una antorcha. Miró a Caín con el único ojo que le quedaba en la monstruosa cabeza. Junto al viejo había otros: todos tenían la piel

hecha jirones, estaban tan deformes que difícilmente se distinguían como algo humano. Caín comprendió, estaba en un leprosario subterráneo tal vez más antiguo que Adán y Eva, sus padres. ¿Quiénes son ustedes? No hijo, ¿Quién eres tú y qué buscas aquí? Caín miró a los leprosos bajo la luz naranja de la antorcha: vio sus bocas de ventosa, la ciudad derrumbada de sus dentaduras. Decidió contarles la verdad, de alguna manera sabía que esos seres no iban a traicionarlo. Desenredó su historia: describió detalladamente el asesinato de Abel, las astillas de horror que se habían instalado detrás de sus ojos mientras huía de las huestes celestiales. Los leprosos lo miraban inexpresivos. Cuando Caín terminó de hablar, el viejo, quien seguramente era el jefe, le indicó que los siguiera. Después de caminar muchas horas llegaron a un elevador. Todos entraron en silencio. El elevador comenzó a bajar. ¡Miguel! ¡Beto! ¡Miren, vamos por encima de las nubes! La autopista se había convertido en un estrecho camino que se retorcía en lo alto del precipicio. El chofer del autobús mantenía alertas los cinco sentidos: su pie derecho saltaba constantemente del acelerador al freno. ¿Ya vieron todos esos árboles allá abajo? ¡Por fin llegamos al bosque! Vhanta se había cansado de tanto cantar y dormía con la cabeza recargada en el vidrio, las demás guías leían el manual scout mientras masticaban sus sandwiches concienzudamente. El autobús apenas podía seguir su trayectoria, pasaba las curvas con las llantas a pocos centímetros del borde. De pronto el sol clavó espadas rojas en los ojos azules del chofer obligándolo a soltar el volante. Los niños gritaron. El autobús voló en cámara lenta hacia la bostezante oquedad del precipicio. Luis cerró los ojos. Estamos aquí, dijo el viejo señalando un punto con el hueso de su dedo índice; para salir del otro lado tienes que irte por este pasillo. Caín miró el pergamino, era un mapa de todas las grutas, cuevas y minas del mundo. Alguna vez había oído decir que los continentes estaban comunicados entre sí por medio de túneles que pasaban por debajo de los océanos. Que seres milenarios vivían en esos túneles desde tiempos anteriores al Paraíso. De ser ciertas esas teorías, los leprosos son entonces descendientes de… ¿O no? ¿Cuántos años tienes?, le preguntó Caín al viejo. Todos los leprosos rieron. ¿Sabes, Caín? La lepra que corrompe nuestra carne es lo de menos, lo verdaderamente difícil es soportar la inmortalidad. ¿Ustedes son inmortales? Sí, tan inmortales como todas las criaturas imperfectas que ha hecho Dios. Tú fuiste el primer asesino, nosotros somos los primeros enfermos. Dios es terrible, no quiere olvidar sus errores y por eso nos mantendrá despiertos hasta el día en que decida morir. ¿Morir Dios? Todos los leprosos volvieron a reírse. Ya no hagas más preguntas Caín: toma este mapa, te llevará muy lejos de la mirada de Dios y sus ejércitos.

Aquí tienes también un pan mágico, lo preparé con mis propias manos. No temas contagiarte Caín, y vete, vete ya. Caín se alejó de los leprosos sin dar las gracias ni despedirse. Recorrió túneles, galerías, pasadizos; el mapa se deshacía en sus manos conforme iba avanzando. Al día siguiente salió a la superficie. Luis abre los ojos, tiene sangre en la cara y su lengua está partida en dos. Junto a él hay un cuerpo: es su amigo Miguel, aunque la cabeza pertenece a Freddy Krueger. Luis se levanta con dificultad. Ve los restos humanos sembrados alrededor. Cincuenta pasajeros, Luis es el único sobreviviente. ¿Acaso el cielo esconde tras su máscara otro cielo? Hay enormes llamaradas en el autobús volcado; el motor muge, agoniza, muere. En lo alto del precipicio el camino serpentea: no se ve ningún coche. Un silencio de mercurio baña la escena. Arriba el sol es un bebé recién nacido, las nubes lo arropan lentamente. Luis camina: la existencia es un gran guiñol, una pesadilla gore en este escenario de fierros retorcidos. Luis ve a su amigo Beto descansando sin piernas en la rama de un árbol: está tranquilo, su ojo derecho es una roja esfera navideña colgándole de la cara. Adiós Beto, felices sueños. Luis recorre el bosque. Hay intestinos tirados en el suelo. Brújulas, cobijas, dedos, infernales antifaces de carne mirando en silencio las nubes. Hay un sandwich mordido junto a un hormiguero, sus negros habitantes comienzan a explorar el aguacate y el jamón. Luis se topa con el cuerpo de Vhanta: su posición es ridícula, como si fuera una barbie recién salida de la licuadora. El viento despeina las páginas de uno de los Penthouse que Beto cargaba en su mochila, las dulces muchachas sin ropa les sonríen a los cadáveres mutilados. Luis busca un encendedor. Hay que prender la fogata. Hay que montar la casa de campaña. Hay que organizar los juegos y explorar los alrededores. Luis cierra los ojos, en el interior de su cabeza Miguel vuela papalotes y Beto recorre el mundo montado en una bicicleta nueva. Luis hace un saludo scout. Luego se recarga en un árbol y vomita el desayuno. Vomita la cena del día anterior. los caramelos comidos durante toda su vida. Luis vomita su niñez. Antes de desvanecerse, siente que unos brazos lo rodean. Caín recorrió los bosques: había mariposas verdes, pájaros transparentes cantando un blues en las ramas de los abedules. Ya ningún ángel lo perseguía, así que se sentó bajo la sombra de un árbol y comió una parte del pan que le había dado el viejo leproso. Miró las nubes como oscuros pulpos retorciéndose en el cielo: pronto llovería. Luego se quedó dormido. Soñó con Abel, quien en su sueño era muy anciano y estaba rodeado de niños vestidos de blanco. ¡Mira Caín!, dijo Abel; estos son mis nietos, van a construir ciudades de cristal encima de las catacumbas donde se arrastran tus nietos. Caín despertó, había una gota de sangre en el dorso de su mano, una avispa volaba hacia las

nubes. Adiós árbol, necesito un arroyo para lavar mis pies. Caín recorrió veredas, cortó flores, pisoteó alacranes. Después de mucho andar llegó a un claro. Se detuvo. Miró la escena con incredulidad: el autobús naranja ardía en medio del caos. ¡Maldita sea! ¡Un accidente! Las llamas llegaban hasta el cielo y había niños muertos por doquier. Entonces oyó ruidos: cerca de ahí, un diminuto niño vomitaba apoyándose en un árbol. Caín sintió el dolor de Luis como una tormenta de alfileres en el corazón, corrió hacia él, logró sostenerlo antes de que se desmayara. Los dedos de Caín fueron instrumentos de ternura: acarició al niño, le quitó la pañoleta y limpió la sangre de su cara. No te mueras. No te mueras. No te mueras. Caín abrazaba al pequeño Luis con todas sus fuerzas. No te mueras hermano, quiero que juguemos en este bosque; cazaremos ardillas, nos alimentaremos con la carne de los ángeles que se atrevan a cruzar nuestro camino. Caín miró hacia arriba, había lágrimas en sus ojos borrando todo horror, había palabras de misericordia moviendo sus labios: Padre nuestro que estás en los infiernos… Comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia.



Ilustración: Bárbara Din

Es como un milagro incompleto, dijo el doctor; su hijo fue el único sobreviviente pero está en coma y no sabemos si va a despertar. Madre miró a Luis: tenía la cabeza vendada, un tubito transparente bajaba hasta las venas de su delgado brazo. El doctor salió sin hacer ruido. Hijito de mi alma, tal vez sea mejor que no despiertes nunca, no estoy preparada para decirte que murieron tus amigos. El Cristo de la cabecera abrió los ojos, Madre no se dio cuenta. Había luz en el rostro de Luis. ¡Qué extraño!, estoy segura de que puedes escucharme, dijo Madre saliendo de la habitación. En el pasillo una enfermera siniestra empujaba un carrito lleno de frascos azules y verdes. Madre llegó a la terraza del hospital. Encendió un cigarro,

hacía once años que no fumaba. A lo lejos se oía el ruido de los coches, el desesperado ladrido de un perro. Arriba había una luna llena, ciega y enorme como el ojo de Dios. Madre sacó un pañuelo y apretó los dientes, pero por más esfuerzos que hizo no pudo llorar.

Ricardo Bernal ha aparecido con frecuencia en Axxón, y el modo en que sus ficciones han sido recibidas por los lectores nos justifica. Aquí tenemos una nueva muestra del talento de este mexicano nacido en 1962 que además de escritor es ajedrecista, astrólogo y maestro de tarot. Si quieren leer más: “Planetas” #151, “Las dramaticas aventuras de Wozzek, el perro individual” #151, “Madre amorosa” #152, “Lucy en el país de los monstruos” #153.

Khunta

Susana Sussmann

En un claro del bosque podía verse una aldea pequeña. Se reunían no menos de veinte mujeres en la plaza, rodeando a una joven que permanecía tendida en algo similar a un altar. Un hombre, el único presente, le tomaba la mano. Ella hacía visibles esfuerzos por contener los gemidos. Sus ojos permanecían cerrados con fuerza y grandes arrugas surcaban su frente. Él apoyaba su frente contra la de ella, evitando mirar otra cosa que no fuera su cara. Una mujer vieja se acercó a la joven y puso las manos sobre su vientre. Asintió. El grupo comenzó a cantar una melodía suave, triste, intensa y alegre, todo a la vez. La sangre empezó a manar del vientre de la joven tendida, de quien escapó un grito agónico. El hombre comenzó a llorar, mientras la anciana se retiraba hacia una cabaña con algo en sus manos y las mujeres danzaban extáticamente al ritmo de sus propios cantos.

"La vi por última vez el día carmesí…" decía Khunta mientras juntos mirábamos el crepúsculo. Su acento era rasposo, recordaba las torpes palabras de los loros y guacamayas que todavía puedes encontrar en los trópicos. Pero nunca un loro hablaría con tanta exactitud, nunca con tanta inteligencia, nunca con tanta pasión como Khunta, mi dulce Khunta, hablaba. Y en esos momentos en los que me revelaba una verdad increíble y dolorosa, su pasión desbordaba.

La vi por última vez el día carmesí. Tal vez te sorprenda pensar que recuerde ese momento, pero nosotras somos capaces de recordar cada instante desde que adquirimos la conciencia. Y la adquirimos para nacer. Mi madre era todo lo que yo veía. Una gran bolsa roja, cálida, segura, pero también asfixiante. Éramos muchos, más que los dedos de mis dos manos. Y tuve que moverme, y mis manos rasgaron la pared protectora y nos inundó la sangre. Debíamos salir. No entendí lo que hacía hasta que aspiré el aire fresco, frío en realidad, y mis hermanos y hermanas me empujaban hacia el exterior. Creo que fui la primera en salir, y también la primera en ver a mamá desde afuera. Pero no fui la primera en

entender. Lo único que yo sabía en ese momento era que tenía frío y quise volver al calor de mi madre, pero ella ya no era cálida. Rápidamente se enfriaba. Y tuve miedo. Todos lo tuvimos. Hasta que una de las ancianas nos tomó en sus brazos y nos alimentó con savia fresca, nos cubrió y nos protegió.

Quizá no comprendas del todo por qué fue tan doloroso. Creo que te voy a describir algunos de los descubrimientos que hicimos durante nuestra estancia en aquel lugar extraño, para que puedas entender las circunstancias que me hicieron volver. Sí, me hubiese quedado, si hubiera valido la pena. Deja que te lo explique.

Desperté una mañana sabiendo que había llegado a mi madurez. El vientre me dolía, y sentí que algo estaba en mi interior. Por lo que me has contado de tu mundo y de tu gente debe ser como una de tus mujeres cuando se saben embarazadas. Pero yo no me sentí feliz. Sólo sentí algo de dolor, y comprendí que ya no era una niña. Las ancianas me habían explicado lo que esto significaba, así que no fue sorpresivo para mí. Hacía días que yo notaba cierta profusión de machos entre las hojas de mi casa. Sabía que el momento estaba cerca. Y eso estaba bien. Iba a ser fértil e iba a contribuir con más niños para la aldea. Las ancianas no son fértiles, y eso las hace desgraciadas, pero también es causa de que vivan muchos años y aprendan de la vida y nos enseñen a vivir a las demás mujeres, y eso las hace también felices.

Su especie resultó anormal desde todo punto de vista. Cuando llegamos a su planeta descubrimos, no sin sorpresa, una sociedad semi-civilizada en la edad del hierro… pero compuesta solamente de hembras. La suposición inicial fue la obvia: o los machos estaban ocultos por alguna extraña razón, o eran físicamente indistinguibles de las hembras. Esta idea la expresó el contramaestre de la nave, un joven muy competente pero un tanto ingenuo. No es que no lo tomáramos en cuenta por su juventud, ni tan siquiera por haberse puesto rojo como un tomate (rojo como ellos vieron el vientre de mi Khunta el día carmesí) al mencionar una hipótesis tan absurda. Las hembras de esta especie tienen un parecido tremendo con las mujeres terrestres, salvo quizá la ausencia de pechos. Con un torso

plano y liso, su cuerpo es delgado y suave, con sugerentes curvas en las caderas y un aparato reproductor que en nada se diferencia del de las mujeres. Sí, me consta. Pero no quiero adelantarme, así que vuelvo al tema. Sus pies son delgados como los pies femeninos, y sus manos pequeñas. Te das cuenta de que no es una mujer la que te toca sólo si abres los ojos y ves las garras en las que terminan sus dedos. O si levantas la mirada y ves, entre sus muy humanos ojos, tan capaces de llorar como los tuyos, un pico afilado como el del un halcón.

Y un día llegaron ustedes en su gran ave brillante como el sol, haciendo tal estruendo que pensé que mundo llegaba a su fin. Aunque todas sabemos que el fin del mundo vendrá en la forma de un invierno eterno y que Madre Sol nos abandonará, igual temí que ustedes fueran mensajeros de la Madre a decirnos que nuestro tiempo había llegado a su fin. Y con ese temor en mi pecho te vi. Y eras extraño. Y especial.

Me estoy desviando, lo siento. Te decía que el contramaestre sugirió que sus machos y hembras eran físicamente iguales. Y te decía también que no dejamos de tomar en cuenta la idea. Otras sugerencias se pusieron sobre el tapete. Que eran hermafroditas. Que cambiaban de sexo en la época reproductiva. Hasta que pudieran tener alguna forma de reproducción asexual. Eran los primeros días y todavía no habíamos hecho ningún contacto. Al tiempo logramos una rudimentaria comunicación por signos, y poco a poco ellos aprendieron a hablar nuestro idioma y nosotros a imitar sus extraños graznidos.

Cuando empecé a entender tus palabras ya conocía mucho de lo que habitaba en tu corazón. Supe que tu raza es fuerte, valerosa, terrible. Y supe que deseaba estar a tu lado, a pesar de no estar a tu altura. Quise acompañarte, así que me empeñé en aprender tu idioma y hacerte de guía e intérprete. Fue así que me dijiste lo que ya presentía.

Y a medida que transcurrían las semanas yo fui aprendiendo algo más. ¿Crees en el amor a primera vista? Entre Khunta y yo hubo química desde que la conocí. Da risa pensar que ella era una mujer casada y que le fue infiel a su marido conmigo. Sí, señor, tienen machos en sus sociedad. Y sí, están ocultos. Eso me lo explicó Khunta. Y también me dijo el por qué.

Me horroricé cuando me explicaste que lo que yo sentía se parecía a lo que llamas amor. Amor es lo que se siente por las hermanas, o por las ancianas, o por los niños. Amor no es lo que se siente por un hombre. Un hombre sólo existe para hacernos llegar a la madurez y para ayudarnos a dar hijos a la Madre Tierra. Son seres maravillosos, todopoderosos, sagrados… pero no son amados. Venerados, tal vez, pero no amados. Además, lo que yo siento por ti es diferente a lo que siento por las demás. Incluso distinto de lo que siento por la Madre Sol y por la Madre Tierra.



Ilustración: Endriago

Cuando me explicó la razón por la cual me iba a dejar, con lágrimas en sus bellos ojos color azabache, comenzó diciendo "… la vi por última vez el día carmesí…". Se refería a su madre y al día en que ella nació. ¿Sabes? Sus mujeres tienen una abertura en el útero igual que las nuestras, pero ésta se cierra completamente cuando se embarazan. Y los bebés deben abrirse paso a través del vientre, con sus picos y las rudimentarias garras que ya han empezado a endurecerse para prepararlos para su nacimiento. El parto es también el día final de esas valientes mujeres. En realidad, son las pequeñas hembras las que se abren paso, y los varoncitos las siguen, ciegos y blandos. Ellos no tienen pico ni garras, ¿sabes? No tienen siquiera brazos.

Soy feliz al verte. Soy feliz al estar a tu lado. Soy feliz al conversar. Pero cuando tomas mi mano siento algo que jamás sentí con nadie. Siento algo placentero recorrer mi espalda. Y por eso he tratado de contribuir con mi cuerpo en la medida en que voy comprendiendo lo que deseas de mí. No lo entiendo, pero lo acepto. Sobre todo porque eso parece hacerte tan feliz como me hace feliz a mí observar tus ojos y presentir lo que habita en tu corazón.

Las hembras crecen y se transforman en jovencitas tan parecidas a las humanas que te sorprenderías. Los varones siguen pareciendo pequeños gusanos. Pero el instinto es fuerte en esos gusanos. Me resulta tan fácil pensar en ellas como mujeres, pero soy incapaz de pensar en ellos como algo más que despreciables parásitos. Perdona, recordarlo me da asco, me hacer pensar en una especie de bestialismo. Ellos no hablan, no piensan, o al menos no hacen nada que te haga pensar que puedan ser inteligentes. Son las mujeres las que han creado la civilización. Otra vez me estoy desviando.

Pero ya no más. Sufro al ver tu rostro atormentado. No es que no te quiera. Te amo. Ya he aprendido a aceptar esta palabra. Pero debes entender que pronto moriré, y que desde hoy y hasta el día de mi muerte no podrás entrar de nuevo en mi cuerpo. No, no es nada sagrado. Déjame enseñarte, sólo debo quitarme las ropas. Observa. ¿Ves? Qué más quisiera yo que seguir como hasta hoy por el resto de la eternidad.

Cuando una joven llega a la edad fértil, un macho entra en su cuerpo. Usualmente pasa con ella dormida, porque es el momento en el que está echada, cerca del suelo, a su alcance. Pues entra por la abertura entre sus piernas y allí se queda, mordiéndola y cambiando su alimentación de fluidos vegetales en sangre. Y ella despierta casada. Lo sienten, ¿sabes? Dice Khunta que se siente un dolor leve y hay un poco de sangramiento. Y entonces la abertura se contrae para no dejar entrar a otro marido. Se contrae como la vulva de una mujer virgen. ¡Resulta tan irónico! Si duermes con una de las vírgenes es como si fuera una mujer de mundo, pero las mujeres casadas se sienten como vírgenes. Bueno, lo primero lo estoy suponiendo a la luz de lo que mi Khunta me contó. No puedes

imaginar lo que eso significó para mí. ¿Cómo un hombre puede competir con un marido que está siempre con ella, siempre en ella? ¿Cómo lograr entrar en sus sentidos cuando sus sentidos no están preparados para ti, sino para él? Es frustrante. Y sin embargo eso poco me importaba. Siempre trató de hacerme feliz, aunque ella no lo fuera. Por eso la amé tanto, por eso la amo tanto. Perdona, deja que seque un poco mis lágrimas y me concentre en los hechos. No es de hombres llorar.

Veo lo que estás sufriendo. Por eso creo que no debería volver a verte, para que empieces a olvidarme.

En algún momento de su vida, el marido ha absorbido suficientes fluidos vitales como para volverse fértil a su vez, y entonces la mujer empieza su no tan largo camino hacia la muerte. Su vientre se endurece, su cuerpo expulsa al agotado marido, que, siendo incapaz de volver nuevamente a la dieta vegetal, muere pronto de hambre, una camada de bebés, machos y hembras, empieza a desarrollarse en su interior, y la abertura se cierra definitivamente.

Si deseas estar a mi lado, lo aceptaré. Siempre me ha hecho feliz hacer tu voluntad. Yo también te amaré hasta el día de mi muerte. Y cuando sea parte de la Madre Tierra prometo seguir amándote. Quizá la Madre se apiade de mí y me permita visitarte en sueños.

Khunta se embarazó mientras fuimos amantes. No de mí, evidentemente. A partir de ese momento el cambio físico fue tan evidente que tuvo que contarme la verdad. Así que le prometí amor eterno y la acompañé cada uno de los días que le quedaban de vida. La vi por última vez el día carmesí.

Susana Sussmann nació en 1972 en Valencia, España, de madre española y padre alemán, pero ha vivido siempre en Venezuela. Estudió física y se especializó en el área de cuerdas y supercuerdas (física teórica).

Ha sido la promotora de las Tertulias Caraqueñas de ciencia ficción y fantasía y es una de las más activas animadoras del Taller 7 de CCF. En Axxón hemos publicado sus cuentos "En sus manos.." (N° 150) y "Quiero vivir" (N° 153).

Bumper Sticker y la princesa emplumada

Andrés Diplotti

Trabajo solo. Ésa es mi primera y mi última condición. La segunda y penúltima es que soy libre de comer desnudo en la cabina de mando. Todas las demás circunstancias son negociables, pero éstas dos no. En especial la primera. Ya tuve demasiados problemas con antiguos socios y tripulantes como para ser flexible.

Pero no había caso, el fulano se negaba a escuchar razones. Aunque es cierto que no es a escuchar razones que uno llega a una bola de polvo como Famino.

—No pretendo otra cosa, capitán Sticker —insistía. Crespaba las plumas del cuello y limaba con su lengua áspera un grano de alpiste. Era alpiste de Transgenia, parecido a un glombro y casi del mismo tamaño, pero sin las mactilas—. Pero usted debe entender la importancia de este pasajero. Es forzoso contar con un cuerpo de seguridad.

—Usted y su pasajero misterioso me tienen harto —bufé y puse los pies sobre la mesa para que viera quién estaba al mando. El bioplástico podrido crujió y echó polvo—. ¿Va a decirme de una vez quién es?

—Lo lamento, capitán, pero la identidad del pasajero es un asunto de la mayor sensibilidad.

Tragué sin culpa una buena dosis de cerveza, pagada por el fulano, y quedé mirando distraído las puntas de mis botas. Cuero auténtico de mamarassi. Alguna vez ganaría suficiente para un par de cuero de imitación.

—No quiere decirme quién es el pasajero —recapitulé sin sacar los ojos de las botas—. No quiere decirme cuál es el destino. Pretende que acepte una tripulación que no conozco y que no obedecerá mis órdenes. ¿Quiere responderme una sola pregunta?

—Diga usted.

—¿Qué demonios tiene ese alpiste que le hace pensar que aceptaré el trabajo?

Volvió a poner el grano en el plato roñoso. Tomó un trago de leche de iguana galamita y se limpió los labios semirrígidos. Sus modales estaban fuera de lugar en un local de mala muerte que ni siquiera tenía camarero. Un guronte de pocas pulgas se lo había

comido varios epiciclos atrás.

Y hablaba el panglish con un acento curioso. Se parecía al que los nativos de la región de Comeida están obligados a usar para ser identificados y evadidos. Pero el acento obligatorio de Comeida se parece mucho también al dejo oficial de la Nebulosa de Giribalte, y ambos se confunden con la tonada de curso legal del Cúmulo Estelar Pupasa.

Pero yo no entiendo mucho de acentos. De todas maneras, lo que dijo se habría entendido en cualquier idioma:

—Estoy en condiciones de ofrecerle cincuenta mil cuasarinos por sus servicios.

La respuesta también fue universal. Aunque fue difícil pronunciarla sin que la cifra me atragantara:

—Quiero setenta mil. Y tendrá que darme la mitad antes de salir.

—¿Tenemos un trato entonces?

El fulano no me gustaba nada. No tenía nada que hacer en aquel lugar. Se le veía en las manos arregladas y en el prolijo copete de plumas rojas que le adornaba la cabeza. Era seguro que ocultaba algo. Más seguro era que me metería en problemas.

Pero el dinero no huele. Especialmente cuando uno no tiene mucho para oler.

—Tenemos un trato.

—¡Excelente! —sacó con la punta de la lengua la última porción de endosperma y dejó los restos en el plato. Nunca vi a nadie tan refinado para comer a lengüetazos—. Iré ahora mismo a encargarme de los preparativos. Debemos partir cuanto antes.

Lo vi marcharse, caminando con demasiada elegancia. Pulsé inmediatamente un botón del pulsocomunicador de mi antebrazo.

—Globo, ¿me oyes?

—*Lo oigo, jefe.*

—¿Cuánto es setenta mil cuasarinos?

—*El cuasarino es la unidad habitual de intercambio en el sector Omega 3. Setenta mil cuasarinos equivalen a noventa y cinco mil doscientos daktaris, setecientos sesenta y ocho lucardones imperiales y tres octavos, treinta y dos coma dos cinco nueve fangotts, ochenta y tres millones seis mil doscientos diez misérrimos…*

—En auríes, artefacto inservible. ¿Cuántos auríes son?

—*Según el cambio vigente, catorce mil ochocientos treinta coma*

cincuenta y dos auríes.

¡Quince mil auríes! Casi nunca me habían pagado más de seis o siete mil por llevar pasajeros. Tenía que ser alguien condenadamente importante. Pero, ¿a mí qué me importaba? La cuestión era que pagase.

—Prepara a Betty, montón de basura. Nos vamos.

—Betty ha estado mucho tiempo en dique seco, jefe. Habrá que hacer algunos arreglos antes de partir. Y no olvide que el señor Sarnax ya no le da crédito.

—¿Cuál es el problema? Nos darán la mitad del dinero como adelanto. La mitad de quince mil son unos… Veamos…

—Siete mil quinientos auríes.

—Sé cuánto es. No necesito que me lo digas.

—Siete mil quinientos auríes apenas son suficientes para saldar la cuenta con el señor Sarnax. El resto no alcanzará para las piezas necesarias.

—¿Tengo que decirte yo todo, máquina idiota? Paga la cuenta y después compra las piezas a crédito.

—Entendido, jefe.

Era para celebrar. Fui hasta la barra y pedí una burbuja de adratea. El desgraciado del vendedor se negó a darme crédito. Intercambiamos insultos hasta que tuve que sacar los últimos cuarenta auríes que llevaba encima. Cuarenta por una adratea de cuarta, qué robo.

Pero la ocasión lo valía. Al final de este viaje, descontando los gastos, me quedarían por lo menos seis mil auríes limpios con los que pasar un tiempo. Estaba muy bien.

No. No estaba bien.

—Globo —volví a activar mi pulsocom—. Globo, ¿estás ahí?

—Siempre estoy aquí, jefe.

—¿Cuánto van a costarnos esas piezas?

—El sistema informático del señor Sarnax me ha pasado un precio total de mil cuatrocientos auríes.

—Olvida la cuenta. Paga las piezas en efectivo y nos vamos. No volveremos a pisar este planeta mugriento.

—Entendido, jefe.

Ahora sí estaba muy bien.

En Famino no hay nada que se parezca a un puerto espacial. Solamente algunas explanadas naturales donde el suelo no es tan blando como para que una nave se hunda, ni tan duro como para hacerle mucho daño si se estrella. Hay quien llega a uno de esos lugares, improvisa un depósito y una cantina, y lo llama puerto.

No dije que no hubiera puertos. Solamente que no había nada que se pareciera a uno. Pero habría que verlo para entenderlo.

Ya de lejos distinguí la figura de mi Betty. Mi noble y leal Betty. Nunca hubo ni habrá ninguna igual. Me daba tristeza verla echada a la intemperie, soportando el viento y el polvo. Los días ardientes y las noches heladas. Pero eso estaba por terminar. Pronto volveríamos a navegar juntos entre las estrellas.

Los dos nacimos a destiempo, eso está claro. La nuestra debería haber sido la época de aventuras y romanticismo de millares de sínodas atrás, cuando los hombres se lanzaron a la conquista de la galaxia. Al mando de poderosas naves, los que tenían el coraje de afrontar el reto soñaban con las delicadas princesas, las vigorosas amazonas y las sacerdotisas enigmáticas que los esperaban con los brazos abiertos.

Aquéllos eran tiempos en que todo estaba por descubrirse. Y lo primero que descubrieron fue que sacerdotisas no había por ningún lado. Amazonas, menos. Princesas, ni para repuesto. A medida que colonizaban sistema tras sistema, toda la vida que encontraban era musgo, líquenes y moho.

Pero esos hombres tan decididos no se dejaron desanimar. Tomaron los musgos, los líquenes y los mohos y se pusieron a manipular, podar, injertar y combinar sus genes hasta que tuvieron algo adecuado para dar rienda suelta a sus bajos instintos. Hoy los resultados están a la vista en la enorme variedad de formas de vida inteligente y no tanto que puebla la espiral galáctica.

Pero yo no entiendo mucho de historia. Y de todos modos, esa época en que los hombres desparramaron su semilla por el cosmos ya quedó muy lejos. Ahora las cosas son diferentes. Muy diferentes.

Aún me faltaba andar unos cuantos cientos de radios cuando vi el movimiento. Varios mecanos cargadores subían y bajaban por las rampas de carga de Betty. ¿Qué estaban haciendo? Apuré el paso. Algo no estaba bien.

Me topé con otro mecano antes de llegar. Éste no era un cargador. Parecía más bien un caso grave de hidrocefalia con dos piernas tubulares encajadas en las orejas. Tenía algo que quería ser una cara, pero se perdía entre las puntas y muescas de las

herramientas.

Llegaría el momento en que me hartaría de su aspecto de piñata de segunda mano.

—Los arreglos están casi listos, jefe —me informó. Una de sus membranas osciladoras chasqueaba al hablar—. Estaremos en condiciones de partir en tres horologios.

—¿Qué magnetares está pasando, Globo? ¿Qué hacen esos cargadores?

—Suben la carga.

—¿Carga? El plumero no dijo nada de ninguna carga.

Echó unos pitidos. Después dio media vuelta y volvió a la nave.

—Debo terminar con los arreglos —dijo.

Cobarde. Tendría que averiguar yo solo lo que pasaba. Me apuré por seguirlo.

—No puede pasar —me cortaron el paso dos matones, a punta de rifle.

—¡Soy el capitán! —protesté.

Uno de ellos intercambió unas palabras por su pulsocom y me dejaron seguir. Tener que pedir permiso para acercarse a mi propia nave era un ultraje. Ya me escucharía el plumífero en cuanto lo encontrara.

Había varios otros matones armados dando vueltas, mirando de un lado a otro como aguilinces teloptíes. Eran humanos normales. Tan normales, al menos, como se los ve en estos tiempos: dos brazos, dos piernas, entre uno y tres ojos. Uno tenía púas en la cabeza. Estaban uniformados con armaduras livianas de escamas con forma de hojas de árbol. Si hay un solo árbol en todo Famino, que me cuelguen de él. Aquí pasaban cosas muy extrañas.

Los mecanos cargadores no dejaban de meter más y más cosas en las bodegas. A la sombra de una rampa vi una muchacha, custodiada por dos de los matones. Su ropa era totalmente inadecuada: un vestido azul con muchos volados y mangas blancas muy anchas. Cuando me acerqué vi que no eran mangas, sino plumas.

—Eh, tú, la del copete blanco —la llamé—. ¿Dónde está tu padre, el de copete colorado? Quiero hablar de unos asuntos con él. —Se me ocurrió que si realmente ésa era su hija, él querría hablar de unos asuntos con su esposa.

Ahora fue el turno de estos matones de apuntarme con sus

rifles. La muchacha abrió muy grandes los ojos y se puso a chillar.

—¡Cardenal! ¡Este implume me está hablando!

El cardenal era el fulano de copete. Llegó a la carrera, con todo su plumaje alborotado.

—¿Qué ocurre aquí? —Me miraba a mí, como si fuera yo el que hacía el escándalo.

—¡Nada! Sólo le pregunté a la muchacha dónde podía encontrarlo.

—¡Muchacha! ¡Me llamó muchacha! —La loca parecía a punto de desmayarse.

—¡Cómo se atreve! —El cardenal me fulminó con la mirada—. Es Su Alteza Real para usted, pedazo de ignorante. Alteza, le ruego que disculpe la impertinencia del capitán Bumper Sticker. Él es quien nos llevará a nuestro destino.

—¿Capitán? —La escandalosa me miró de arriba abajo, como si estuviera examinando un surubí mandorreano en un mercado—. No se parece a ningún capitán que yo haya conocido. ¿Su rango está avalado por el Gobierno Galáctico Central o por algún mundo que tenga trato diplomático con Famino?

—¡Claro que no! Soy un navegante independiente. No me llevo bien con las regulaciones.

—En ese caso, es usted un vulgar plebeyo, y no tengo por qué rebajarme a dirigirle la palabra. —Dio media vuelta y se fue, seguida de cerca por los matones.

—Qué simpática —comenté—. Oiga, cardenal, ¿qué es todo esto que están subiendo a mi nave? No dijimos nada de ninguna carga.

—La princesa nunca viaja sin su equipaje.

—Tampoco dijimos nada de ninguna princesa. No me gusta que me oculten tantas cosas. No sé si me entiende.

—Como acordamos, capitán, nuestro destino le será revelado en cuanto sobrepasemos la heliopausa. Por lo demás, cuenta usted con toda la información que necesita.

—Yo no lo creo. Será mejor que se ponga a cantar, porque no despegaremos hasta que me diga lo que quiero saber.

Me crucé de brazos en el sitio, para que viera que hablaba en serio. Podía esperar hasta que se pusiera el sol si era necesario. Quienes me conocen saben de mi determinación. Ellos la llaman testarudez, pero la cuestión es que saben de ella.

El cardenal se envaró. Me miró como si fuera muy alto y yo un gusano. No me hizo sentir muy mal.

—De acuerdo, lo haré —dijo al fin con rabia—. Por la Divina Yema, capitán Sticker, es usted un chantajista y un bribón.

—Y no me ha visto en mis mejores momentos.

—Bien. Pero por favor, tenga al menos la decencia de no compartir con nadie lo que voy a revelarle hasta que hayamos llegado a destino. Es vital que guarde el secreto.

—Puede contar con eso.

Relajó un poco su copete colorado. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie más estuviera oyendo.

—Quien acaba de conocer es Su Alteza Real la princesa Arpifanía de Perennifol, única y legítima heredera al Trono Planetario de Raravis.

—Es un nombre largo. ¿Cómo le dicen sus familiares?

—La princesa no tiene familiares. Sus padres, el rey y la reina de Raravis, fueron asesinados durante una revolución cuando ella era muy pequeña. Para ponerla a salvo, la llevamos lejos y le ocultamos su nombre y su herencia hasta que tuviera edad para hacerse cargo de sus reales responsabilidades. Sabrá la verdad durante este viaje.

—¿Sí? ¿Cómo le dijeron que se llamaba?

—Su Alteza Real la princesa Arpivana de Rakitis, única y legítima heredera al Trono Planetario de Famino.

—Se quemaron las plumas pensándolo, ¿eh?

Así que de eso se trataba. Ya había oído hablar un par de veces de la loca que vivía en el antiguo palacio abandonado de Rakitis y creía gobernar el planeta. Pensé que aquel borracho lo había inventado para hacerse pagar tragos.

El cardenal ignoró mi comentario.

—Como comprenderá, la princesa tiene muchos enemigos por el solo hecho de haber nacido. La situación política en Raravis no es más tranquila ahora que en aquel entonces. Por eso debemos verificar la seguridad de la Betty.

—Es señorita Betabelle para usted.

—Como prefiera. ¿Y bien? ¿Ya está conforme con lo que sabe?

—No. Ahora que me dijo todas estas cosas, veo que será un viaje riesgoso. Tendré que cobrarle seguro.

Volvió a hacer lo del gusano.

—¡Bien! Le daré ochenta y cinco mil cuasarinos. Pero ni uno más.

Ojalá todos mis clientes regatearan así.

—Me parece perfecto —dije.

Debí recordar lo que hacen los santos cuando la limosna es muy grande. Pero eso no era una lismosna, era mi arancel. Y a fin de cuentas, yo no soy ningún santo.

Los hombres se dieron cuenta desde muy temprano de que una línea recta puede ser el camino más corto, pero de ninguna manera el más rápido. Si querían ir de un punto a otro en poco tiempo, debían encontrar una ruta que no estuviera congestionada por el tránsito de luz, al que es imposible adelantarse. Por supuesto que si esa ruta no era una recta, tenía que ser una curva. Una hipercurva, para ser más preciso.

Claro que viajar según una hipercurva no es un juego de niños. Implica un delicado equilibrio de fuerzas, y en todo momento existe una posibilidad distinta de cero de salir disparado por la hipertangente o caer en espiral hacia un foco hipercentrípeto. Por eso se debe vigilar en todo momento que esa posibilidad no sea igual a uno; muy especialmente al final del recorrido, cuando hay que asegurarse de que además sea igual a otro. De esa manera es ese otro el que acaba en problemas, mientras que uno vuelve tranquilamente al espacio geométrico regular. Pobre del que ande cerca sin un generador de anti-otredad.

Pero yo no entiendo mucho de geometría. Por suerte la computadora se encarga de la parte pesada del trabajo, así que se puede vigilar la integridad de una hipercurva al mismo tiempo que se come. Y yo no conozco mejor manera de hacer las dos cosas a la vez que tirarse en una silla, cruzar los pies encima de otra y apoyar el contenedor bioplástico en la barriga. No hay rey que coma su nanofaisán de Manjauja tan cómodamente como yo degusto mis espaguetis instantáneos.

El único fastidio son los pasajeros. Especialmente cuando insisten en mandar mensajes que dicen “Su Alteza Real le ha concedido una audiencia privada en sus habitaciones” . En primer lugar, no eran sus habitaciones sino mis bodegas de carga, no importaba cuánto las disfrazaran. En segundo lugar, yo no había pedido ninguna audiencia, ni me interesaba. No tenía nada de qué

conversar con esa mocosa malcriada. En menos de un epiciclo la dejaría en su planeta, cobraría el resto de mi tarifa y no tendría que volver a soportarla.

O eso creía yo. Sin que nadie la hubiera invitado y sin llamar, su plumífera alteza abrió la puerta de la cabina.

—No ha asistido a la audiencia que le concedí —dijo.

—No estoy presentable.

—Ya veo. —Me repasó con un ojo y después con el otro. No parecía muy escandalizada con mi traje de cena—. Como comandante de la nave, deja usted mucho que desear.

—No soy comandante de verdad, ¿recuerda?

—Es mi anfitrión. Y como tal, tiene obligaciones protocolares.

—Mi única obligación es depositar su real trasero a salvo en Raravis.

No me gustaba nada. ¿A qué venía ese repentino interés por mí después de cómo me había tratado en el puerto? Todo el asunto me había olido mal desde el principio.

—Su insolencia me deja pasmada. ¿Cómo puede rechazar una audiencia con la princesa de Perennifol? ¿No hay nada que quiera decirme?

—Hum… Sí, hay una cosa —Me puse una albóndiga en la boca y hablé mientras la masticaba—. Dígales a sus matones que dejen de meterse con la circuitería de mi nave. Me importa un rabanoide yangtzekiano si lo hacen por seguridad o por qué motivos. Me pone muy nervioso que otros toquen las partes íntimas de mi Betty.

—Deja que su hombre mecánico lo haga.

—Globo no es un hombre, es una caja de herramientas con patas. Ahora aléjese y déjeme en paz.

Hizo todo lo contrario.

—Se muestra muy posesivo con su nave. Habla de ella como si fuera una mujer.

—Betty es mejor que cualquier mujer. No tiene ninguno de sus vicios.

—Ni ninguna de sus virtudes tampoco.

—Oiga, no le permito que hable así de ella.

Se acercó más. Estaba casi encima de mí.

—¿De eso se trata? ¿Está enamorado de su nave?

—¿Qué? No diga locuras. Por supuesto que no estoy enamorado de mi Betty. No estoy enamorado de nadie.

—Bien. En ese caso, ¿asistirá a mis habitaciones?

No me gustó el tono con que dijo eso. La miré. Sí: sus ojos confirmaban el tono. Demonios gamexanos, sí que era una mocosa malcriada.

Sentí la urgencia de reubicar mi contenedor de espaguetis.

—¿Por qué le interesa? Soy un vulgar plebeyo.

—Y un implume —me recordó—. Pero yo soy Arpifanía, princesa de Perennifol, y recibo en audiencia a quien me viene en gana.

A mí me vino en gana echarla a patadas de mi cabina.

—¿Perennifol, eh? Se ha acostumbrado rápido a sus nuevos dominios.

Se encogió de hombros.

—En Raravis hay árboles muy grandes —dijo—. Y menos gravedad. El cardenal dice que podré planear y aletear un poco. La capacidad de planear es lo que nos distingue de los animales, ¿lo sabía?

—No, no lo sabía. —Me esforcé por que quedara claro que todo aquello no me importaba en lo más mínimo. Pero mi indiferencia le resultó indiferente.

—Los implumes son muy interesantes —opinó—. Se les notan más los músculos. Y tienen este… ¿Cómo se llama este penacho grasoso que tienen en el cráneo?

—Pelo.

—Eso mismo. Pelo. —Me pasó la mano por la cabeza. Tenía las uñas largas y filosas, como garras—. Hum… No todos lo tienen tan grasoso.

—Si no le gusta, no sabe cuánto lo lamento.

—Al contrario, me gusta. Me parece… recio.

Unos golpes en el panel de la puerta me salvaron. O la salvaron a ella.

—¡Debe ser una de mis damas de compañía! —se puso a chillar—. No debe verme aquí. ¡Escóndame! ¡Es una orden! —No esperó. Se metió en el excusado del capitán por iniciativa propia.

Damas de compañía, eso estaba bueno. Me habían contratado

para llevar un pasajero, no cinco. Ya me escucharía el cardenal cuando su estúpido valet me dejara hablar con él. Y para colmo, ahora tendría que mentirle a uno de esos pasajeros para que no me acusaran de un delito de lesa majestad.

Para ser una dama de compañía, tenía el bigote muy tupido. Era uno de los matones.

Y me apuntaba.

—Camine, rápido —me empujó con su rifle y cerró la puerta al pasar—. Suerte que lo encuentro desnudo. Me ahorrará trabajo.

—Caramba, hoy no dejo de recibir ofertas. Pero tendré que rechazar ésta también.

—No sea idiota. Siéntese y póngase esto. —Me alcanzó un par de esposas—. Esta nave es reclamada para la causa del Frente Igualitario Raraviano.

—¿Qué es eso?

—No haga preguntas. ¡Obedezca!

—Entonces preguntaré yo —se oyó la voz de la princesa. Había salido de su escondite, dejando la puerta abierta—. ¿Qué significa esto?

Eso no estaba en los planes del matón, era obvio. Estaba transpirando.

—A… ¡Alteza! ¿Qué está haciendo aquí?

—No se atreva a interrogarme. ¿Qué es eso del Frente Igualitario? ¿Usted es de esos implumes revoltosos?

—¡No nos llame así! —gritó—. ¡Somos súbditos pilocutáneos! ¡Exigimos ser tratados con dignidad! ¡Exigimos escaleras y puentes en los edificios públicos!

Por mí, que despotricara todo lo que quisiera. Cada grito era un paso más que me acercaba a mi apaciguador.

Mi viejo apaciguador, un proyector de plasma modificado. Podrá haber armas más precisas, cómodas y eficientes, pero no más grandes y ruidosas. Ni más confiables: en todo el tiempo que llevamos juntos, no me ha fallado ni una sola vez.

—¡Exigimos q…!

Fue su última exigencia. El pobre diablo nunca supo qué le quitó las ganas de permanecer en estado sólido.

—¡Oh! —dijo Su Alteza, muy contrariada. Trataba de no respirar los vapores que se iban por la rejilla de ventilación—. Señor Sticker, le informo que yo no apruebo estos métodos.

—Y yo no apruebo los golpes de estado a bordo de mi nave. Ya los he tolerado bastante a usted y a sus amigos. —Me puse a tocar teclas y botones en el tablero de navegación.

—¿Qué está haciendo?

—Voy a bajarlos a todos en el sistema más cercano. Y a poner parsecs de por medio después.

—No se atrevería.

—¿Que no? Míreme.

Miró, pero solamente vio cómo todas mis instrucciones eran rechazadas. Los tableros y pantallas se fueron apagando uno a uno. Casi de inmediato volvieron a encenderse, mostrando todos el mismo mensaje en letras rojas:

“FUNCIONES DE MANDO INACCESIBLES - POR FAVOR, VUELVA A INTENTARLO MÁS TARDE.”

—¡Desgraciados! —descargué el puño contra el panel.

—¿Qué ocurre?

—¡Esos malditos redirigieron el control de mi nave! Para eso eran todas esas manipulaciones. Cuestiones de seguridad, claro que sí. ¡Los bastardos me robaron a mi Betty!

Era intolerable. En un tic me puse el pantalón, las botas y el chaleco. En otro tic me ajusté a la cintura el estuche del apaciguador.

—Quédese aquí —dije. Desenfundé y salí de la cabina.

Avancé unos diez o veinte radios por el pasillo, tan discretamente como pude. Entonces me detuve para hablar con la princesa.

—Le dije que se quedara.

—Usted no me da órdenes. Soy la princesa de Perennifol.

—¿Ah, sí? ¿Su título está reconocido por el gobierno central?

—Por supuesto.



Ilustración: Fraga

—Eh… Olvídelo. Ahora sea una buena chica y vuelva a la cabina. Ya tengo bastante con cuidar mi propia espalda.

—¿Qué piensa hacer?

—¿No es evidente? Voy a apaciguar a esos desgraciados. Tengo suficiente plasma para todos.

—Y ellos para usted —replicó. No me gusta que me repliquen.

—¿Tiene una idea mejor, señorita princesa?

—¿Qué tal su mecano?

—¿Globo? Sí, a veces quisiera apaciguarlo también a él, pero por lo general me resulta útil.

Me miró como si yo fuera un estúpido.

—Me refiero a que él puede ayudarlo a recuperar el control.

Odio darle la razón a otro. Lo odio casi tanto como tener que volver porque olvidé mi pulsocom. Pero tuve que hacer las dos cosas.

—Globo, ¿me oyes?

—*Lo oigo jefe* —me respondió.

—¿Dónde estás?

—*En la sección de máquinas.*

—Globo, nuestros pasajeros se han puesto traviesos. Han redigirido el mando de Betty.

—*Sí, jefe, lo sé.*

—¿Qué? ¿Y por qué enanos rojos no me avisaste?

—*Usted me dijo que no lo molestara.*

—Te dije que no me molestaras por nada que no fuera importante.

—*Instrucciones recibidas, fecha estándar 11.254/27* —Se oyeron unos clics y luego sonó una grabación. Era mi voz—. *"Escúchame, pedazo de basura inútil, estaré en la cabina. A menos que el Big Crunch llegue de pronto, ni se te ocurra molestarme. ¿Entendido?"*

—Maldición, Globo, ¿tienes que ser tan literal?

—*Usted me dijo que lo fuera. Configuración guardada hace dos sínodas, seis epiciclos y tres circadios.*

—Olvídalo. ¿Puedes restaurar el control a la cabina?

—*Lo lamento, jefe, no puedo. Estoy vigilado.*

—¿Vigilado? ¿Cuántos son?

—Uno. Creo que trata de desconectarme o algo así. No se da mucha maña.

—¿Sólo uno? Maldita sea, pelota cuadriculada, tienes al menos una docena de herramientas que pueden matar a un hombre. ¿Por qué no las usas?

—Usted me dijo que no las utilizara de esa manera. Configuración guardada hace cinco sínodas, dos epiciclos y un circadio. Por favor, no toque eso. Lo necesito para pensar.

—¿Que no toque qu…? —Parpadeé. Hice la pregunta lo más serenamente que pude—. Globo, apagaste tu altavoz externo para esta conversación, ¿verdad?

—No. ¿Quiere cambiar la opción por defecto ahora?

—¡Globo, eres un idiota!

—Me lo dijo, jefe. Hace un epicicl…

—¡Cambia la configuración! ¡Ahora!

—¿La del altavoz o la de la idiotez?

—¡La de las herramientas! ¡Liquida a ese infeliz! ¡Liquídalo, maldición!

—KRRRRZZZZZZTT…

Silencio. Miré a la princesa. Sonreí para hacerle ver que tenía la situación controlada.

—Usted maldice mucho —me dijo.

—Listo jefe. No se mueve.

—Bien. ¿Crees que ahora podrás restaurar el mando de la nave?

—Es posible, pero estimo que tardaré algunos horologios. Han hecho un desastre aquí abajo.

—Entonces empieza ahora. Por cierto, pelota, ¿por qué recuerdas todo lo que te ordeno, pero no logro que me digas capitán?

—Debe adquirir la versión registrada para personalizar el tratamiento. ¿Desea registrarse ahora?

—¡No! Sólo trabaja.

—Entendido, jefe.

Corté la comunicación. El paso siguiente era obvio.

—¿Ahora qué?

—Ahora —respondió la princesita—, cuando vuelva a tener el dominio de la nave, la dirigirá al puesto militar más cercano y

hará arrestar a los insurrectos.

Me quedé con la boca abierta. Cuando pude volver a moverla, dije:

—¿Ése era su plan tan brillante? ¿Llevar a mi Betty a los gendarmes? ¿Se volvió loca?

—Por supuesto que no estoy loca. ¿Cómo se atreve a…?

A qué, nunca lo supe. El cardenal nos interrumpió desde la pantalla de comunicaciones.

—Capitán… ¡Oh, Alteza! Temí por su seguridad cuando no la encontré en sus habitaciones. Me ha vuelto el alma al cuerpo. Veo que el capitán la ha protegido.

—¿Qué ha sucedido, cardenal?

—Algo lamentable. Parece ser que algunos elementos subversivos se habían infiltrado entre nuestros hombres. Afortunadamente, los guardias leales lograron dominar la situación sin derramar sangre. Salvo la de los insurrectos, claro. ¿Está usted bien?

—Estoy bien. ¿Y usted?

—En perfecto estado, gracias a la Santísima Albúmina. Por favor, no se mueva de allí. Le enviaré unos guardias para que la escolten hasta mi habitación y podamos discutir estos eventos.

Me eché contra la pantalla como un papirotigre borgesiano. El tipo tuvo suerte de no estar ahí.

—Escúcheme, copetudo, va a tener que pagar por todos los daños que hayan causado los locos que usted metió en mi nave. ¿Me entiende, maldita sea?

—Lo entiendo, capitán, no se esponje. Su petición me parece más que razonable. Venga usted también a mi habitación y arreglaremos todo.

La mayoría de mis pasajeros se conforman con dormir sobre una manta en el piso. Tampoco que quejan por el espacio. En una ocasión contrabandeé treinta hetairas naoxianas en una sola bodega. Recuerdo que hice que Betty diera un rodeo para que el viaje durara treinta circadios. Pocas veces me di por mejor pagado.

Estos pasajeros eran muy distintos. Ocupaban todas las bodegas de la nave: una para la princesa, otra para el cardenal, otra para los sirvientes y otra más para los guardias. Las dos últimas

estaban hasta el techo de equipaje.

¡Y lo que habían hecho con ellas! En la del cardenal habían puesto una cama con dosel en la que podía dormir un regimiento. El resto estaba ocupado por mesas, sillas, armarios, espejos y biombos. El piso estaba tapado con alfombras, y de las correas y mallas de sujeción habían colgado cuadros y tapices. Parecía que el fulano quisiera quedarse a vivir allí.

Para peor, todo estaba impregnado de un olor a resinas vegetales que tardaría epiciclos enteros en irse. Mi Betty no es de las que huelen a perfume, maldita sea. Ella es una chica salvaje. Debería cobrarles por eso también.

—Su Alteza, no se imagina el gusto que me da ver que se encuentra bien —decía el cardenal, besándole el plumón de la mano.

—Como usted ha dicho, cardenal, el señor Sticker me ha protegido.

—¡Oh, sí! El capitán Sticker ha actuado como un verdadero héroe. —Me puse en guardia. En cuanto quisiera besarme la mano, estaba muerto—. ¿De qué manera puedo agradecerle que haya salvado a nuestra futura reina?

—Puede decirles a sus matones que dejen de apuntarme. Me pone incómodo.

—¡Ah, eso! —Se rió como un idiota—. Entienda, capitán, que sólo la custodia de la princesa puede llevar armas en su presencia.

Llevé la mano a la culata de mi apaciguador. Pero no para entregarlo.

—Discúlpeme, cardenal, pero me siento mejor con esto pegado al riñón.

Noté un movimiento detrás de mí. Sentí en la nuca la mirada de dos puntas lanzarrayos.

—Capitán, no hay ninguna necesidad de esto —insistía el cardenal—. Vamos, déme su arma. La recuperará al salir de la habitación.

No me gustaba nada. Que el viejo fuera el único que me llamaba capitán no hacía que me cayera más simpático. Y no le confiaría el apaciguador ni a propia madre, si la conociera.

—Entrégueme su arma, capitán. —Ahora fruncía el ceño—. Estamos entre amigos.

Saqué mis cuentas. Había seis monos armados presentes de la docena que había subido en Famino. El esférico y yo nos habíamos

encargado de dos. Posiblemente los otros cuatro habían sido liquidados por sus compañeros. Si los tomaba por sorpresa, ocupándome primero de los que estaban a mi espalda y suponiendo que a los demás no les hubiera ido muy bien en las prácticas de tiro, al cardenal no le quedaría otra que pedírmelo por las buenas.

Fue la princesa quien me hizo cambiar de idea.

—¿Siempre tiene que ser tan terco? Por favor, entregue de una vez esa cosa y podremos dialogar.

—“Por favor” es todo lo que quería escuchar. —Los monos habían tenido suerte. Vivirían un rato más.

—Muy interesante su arma —dijo el cardenal. La sopesó con las dos manos y la guardó en su faja.

Curioso. Ya no tenía el apaciguador, pero los rifles me seguían mirando.

—Eh… ¿Va a decirle a sus mascotas que bajen las armas?

—Lo lamento, pero no —me contestó, casi como si no le importara—. Eso sería inconveniente.

La princesa parecía no entender nada. Menos aún cuando también a ella le apuntaron.

—Pero… ¿qué es este ultraje? ¡Le exijo una explicación!

—Alteza, usted no está en condiciones de exigir nada.

Le hizo una señal a uno de los guardias que no estaban entretenidos en prometernos una cauterización masiva. Le indicó que moviera un biombo de un rincón.

—¡Maldito bastardo! —solté cuando vi lo que había detrás. Era una batería de pantallas y tableros de control colocados frente a una silla. Un mini-puesto de mando desmontable que podía guardarse en un baúl.

—Ingenioso, ¿verdad? —comentó el maldito bastardo sentándose en la silla—. Puedo gobernar la Betty desde la comodidad de mi habitación. Perdón, capitán: la señorita Betabelle.

—Cardenal, esto es absurdo —dijo la princesa—. Usted ha dirigido Raravis desde la muerte de mis padres. ¿Cómo es que encabeza una revolución contra el gobierno?

—No se confunda, Alteza. No es una revolución contra nadie, sino a favor de nuestros hermanos pilocutáneos. Ellos han sufrido postergaciones e injusticias durante incontables generaciones. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Acaso no son también hijos del Huevo Eterno?

—¡Viva el cardenal! —gritó uno de los matones, y se pusieron todos a batir el piso con las culatas de sus rifles. Por suerte para ellos, se detuvieron antes de romper alguna de las losetas de cristámica. Por desgracia para nosotros, lo hicieron para seguir apuntándonos.

—Claro que como simple regente, tengo las manos atadas para introducir cambios sociales —siguió—. En cambio, si Su Alteza quisiera validar con su firma y su ADN un documento por el cual abdica de su trono, yo pasaría a ocuparlo de inmediato.

—Me juzga muy a la ligera, cardenal —le respondió—. ¿Qué le hace pensar que yo no me ocuparé de estos asuntos?

—Alteza, usted pasó toda su vida encerrada en un palacio, creyéndose amada por un pueblo que jamás había visto. Está claro que su estilo de gobierno no sería diferente del de sus antepasados. ¿Firmará o no?

—Usted es un traidor. Ha perdido el juicio si piensa que accederé a lo que me pide.

—Como quiera. Después de todo, hay otros métodos. —Acarició el apaciguador—. ¡Déjennos solos!

Yo tenía una pelota de rabia en la garganta. Primero el maldito había puesto a mi Betty en mi contra, y ahora estaba por usar mi arma para incriminarme en un magnicidio. Porque yo sería el chivo expiatoriano, eso estaba claro. Me pudriría en una cárcel mientras el condenado ponía su trasero emplumado en el trono de Raravis.

Nada de eso pasó. Apenas el último matón salió por la puerta, el cardenal se transformó.

—Son odiosos, ¿verdad? —comentó—. No se ofenda, capitán, pero los implumes son verdaderamente detestables.

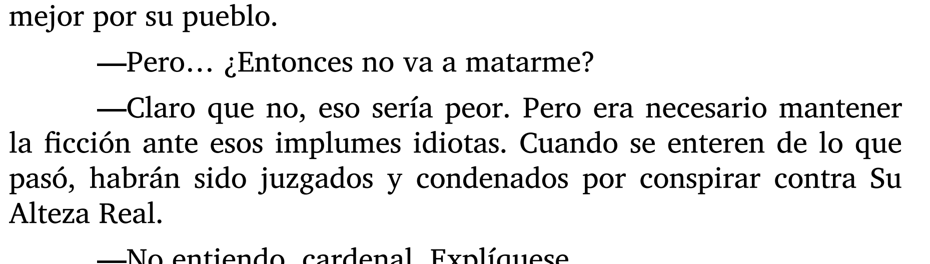
—¿Qué significa esto, cardenal?

—Significa que la representación terminó. Y usted, Alteza, ha interpretado muy bien su papel.

—¿De qué habla?

—Eso. ¿De qué habla? —No estaba dispuesto a que me dejaran afuera en mi propia nave.

—A que se ha negado a abdicar, tal como esperaba —respondió el cardenal—. Habría sido muy inconveniente que hubiese cedido. Eso habría resultado en un infierno burocrático. Y posiblemente en una guerra civil entre las familias nobles interesadas en el trono. Véalo de esta forma, Alteza: ha hecho lo



mejor por su pueblo.

—Pero… ¿Entonces no va a matarme?

—Claro que no, eso sería peor. Pero era necesario mantener la ficción ante esos implumes idiotas. Cuando se enteren de lo que pasó, habrán sido juzgados y condenados por conspirar contra Su Alteza Real.

—No entiendo, cardenal. Explíquese.

—Alteza, debería estar claro. La única manera en que yo tendría asegurado el trono de Raravis sería como el esposo de la futura reina.

—¿Qué?

Fue lo mejor que había oído en mucho tiempo. Ningún drama de Dramonda podría superarlo. Tuve que reírme.

—Cardenal —dije—, tiene una forma muy rara de seducir a una mujer.

—No puede casarse conmigo, cardenal —le respondió ella—. Usted es un hombre santo. Además, tiene esposa e hijos.

—Oh, ellos entenderán. Una buena pensión puede hacer milagros. ¿Acepta o tendré que ser más drástico?

Pero la princesa estaba firme en su resolución.

—No seré su esposa. Antes me casaría con Sticker.

—No me extraña —escupió el otro con desprecio—. Mis agentes me han mantenido al tanto de sus gustos peculiares. Una razón más para impedirle reinar en solitario. Podría contaminar la sangre real con su conducta disoluta.

—¡Jamás haría eso! ¿Cree que quiero traer al mundo un monstruo con pelo? ¿Cómo se atreve a insultarme de esa manera?

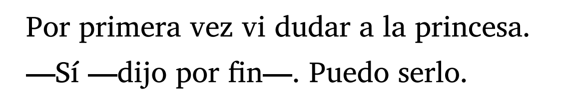
—¡Es usted quien insulta a su raza y su linaje teniendo trato con bestias!

—Oigan —me metí—, es una suerte que nadie me esté insultando a mí, porque de lo contrario tendría que enojarme muchísimo.

—¡Cállese! —me gritaron en estéreo.

El cardenal volvió a intentar la persuación.

—Alteza, ¿cree que hago esto por mí? ¿Que me gusta gobernar? No se imagina la enorme carga que es administrar un planeta entero plagado de disconformidad. Pero se necesita un líder fuerte que mantenga a los súbditos honorables a salvo de los disconformes. ¿Cree que puede ser ese líder?


Por primera vez vi dudar a la princesa.

—Sí —dijo por fin—. Puedo serlo.

—Seguro, y yo soy un ñu marino de Rongoroti.

Por suerte eso no lo dije. Sólo lo pensé.

—¡No me haga reír! —explotó el cardenal—. Vamos, acepte y podrá seguir dedicándose a sus jueguitos, sin preocuparse por la realidad.

Ya no me contuve. Nadie me iba a hacer callar en mi nave.

—Cardenal, si sus propósitos son tan nobles, ¿para qué necesita una docena de matones?

—¿Es usted diplomático, capitán? Debería serlo. —No quise saber si lo decía en serio—. Bien, Alteza, como prueba de mi buena voluntad, le ofrezco esto. Todos los guardias están ahora en la bodega número dos. Si acepta casarse conmigo, los expulsaré al vacío.

—Diga que sí —la codeé.

No hubo caso.

—Como ya le he dicho al señor Sticker, no apruebo esos métodos. Creo que todo ser tiene derecho a la vida.

—¿Aunque sea un implume?

—Aunque sea un implume.

—¿Aunque sean muchos implumes?

—Aún así —ratificó ella.

—Por eso nunca será una buena reina —suspiró el cardenal—. Bien, Alteza, en ese caso, los expulsaré al vacío si no acepta casarse conmigo.

—Señor cardenal —dije yo—, es usted un chantajista y un bribón.

—¿Le molesta, capitán?

—Claro que sí. ¿Cómo quiere ser digno de una princesa si actúa como un cobarde? Si fuera un hombre, expulsaría a sus matones sin pedir nada a cambio.

Me miró. Entrecerró los ojos.

—¿Me está retando, insolente?

—Estoy diciendo que no tiene lo que hace falta para hacerlo.

Lo tenía. Tenía un dedo y un botón, y los juntó. Por la pantalla vimos a los pobres diablos dando tumbos en el espacio.

—¿Sorprendido, capitán? —me sonrió burlón.

Por supuesto que estaba sorprendido. Nunca pensé que ese truco tan estúpido pudiera funcionar. Esta gente de la nobleza es muy rara.

La princesa parecía estar conteniéndose para no escupirlo.

—Cardenal, es usted un ser despreciable.

—Por eso seré un buen rey. ¿Y bien? ¿Acepta o no acepta? Aún puedo matar al capitán Sticker.

—¡Diga que sí! —la codeé más fuerte.

Su resolución ya no parecía tan firme. Al fin dijo:

—Usted gana. Acepto.

El tipo estaba radiante. Hasta pareció hacerse más alto de repente. Sospecho que estirar las plumas del copete tuvo algo que ver.

—Acepto —repitió la princesa—, pero con una condición.

—Diga usted —respondió el cardenal. Ya se sentía coronado.

—¿Ya era líder de los revolucionarios cuando asesinaron a mis padres?

El copete volvió a quedarle aplastado contra el cráneo.

—Yo… Alteza, por favor no se confunda… Esto es…

—Caramba, cardenal, ahí lo atraparon —dije, muriéndome de risa.

—¡Maldita sea! —graznó.

Ya se había cansado de tanta amabilidad. Sacó el apaciguador y con la otra mano aferró a la princesa por un brazo.

—¿Qué hace? ¡Me lastima!

—¡Sí, estúpida, claro que sí! ¡Yo personalmente liquidé a esos buenos para nada! Los idiotas confiaron en mí para ayudarlos a escapar de la chusma embravecida. ¡Y tú vas a casarte conmigo si no quieres terminar como ellos, o peor!

La princesa le clavó los ojos. Era difícil saber si quería llorar o cubrirlo de insultos.

—¡Usted es un…!

—¡Silencio! ¡No quiero que digas otra cosa que “sí, acepto”! ¿Entendido? ¡Capitán, usted nos casará!

—¡No es un capitán de verdad! —no dejaba de recordarle la princesa a los alaridos, mientras peleaba por zafarse—. ¡No tiene autoridad para casarnos!

—¡Pero yo sí! Y en este mismo acto lo autorizo a… ¡Aaaaahhhhhhh!

Yo también habría gritado. Y si hubiera sabido que la princesa era capaz de usar así sus dientes y uñas, lo habría pensado mejor antes de rechazar la audiencia.

—¡Maldita perra! —aulló el cardenal. Sacudía en el aire su mano ensangrentada, y con la otra trataba de apuntar el apaciguador. La furia no lo dejaba ver—. ¡Me las pagarás!

Bien, ya era tiempo. Empezaban a dolerme los nudillos por la falta de ejercicio. *Paf*, hicieron los chiquitines. *Crac*, hizo la nariz del cardenal.

Hubo un forcejeo, y el apaciguador volvió a su legítimo propietario. Y habló. Una, dos, tres veces.

Fue una de esas ocasiones en que deseé que fuera más certero. Sangrando y todo, el miserable se las arregló para llegar a la puerta y desaparecer en el pasillo.

—Lo felicito, señor Sticker —dijo la princesa mientras se alisaba el vestido—. Ha logrado apaciguar una lámpara, un piano y un cuadro que valía más que esta nave.

—¿De qué se queja? Recuperé el control de Betty, ¿no? Ahora puedo localizar a ese infeliz y encerrarlo en donde esté.

—Así que sabe pensar. Felicitaciones.

La ignoré y me senté frente a los controles. Lo que menos necesitaba era que se burlaran de mí.

No es cierto. Había algo que necesitaba aún menos. Y lo descubrí muy pronto.

—Buenas noticias, jefe. Ya logré restaurar a la cabina las funciones de mando.

Millones de mecanos estúpidos, y tenía que tocarme éste.

Sonó una chicharra, y la luz de la puerta pasó de verde a rojo. El desgraciado del cardenal no había perdido tiempo: ya estaba en la cabina y había descubierto que él podía encerrarnos a nosotros.

—Escúchame, cabeza sin cerebro, necesito que vuelvas a poner todo como estaba de inmediato.

Silencio.

—¿Me oyes, bola imbécil?

—No podré hacerlo de inmediato —me respondió—. *Tuve que desmantelar algunas de las piezas que habían instalado. Puedo volver a*

acoplarlas, pero tardaré algunos horologios.

—¡Entonces empieza ya! No me obligues a ir.

—*Entendido, jefe.*

La princesa miraba a su alrededor. Parecía oler el aire.

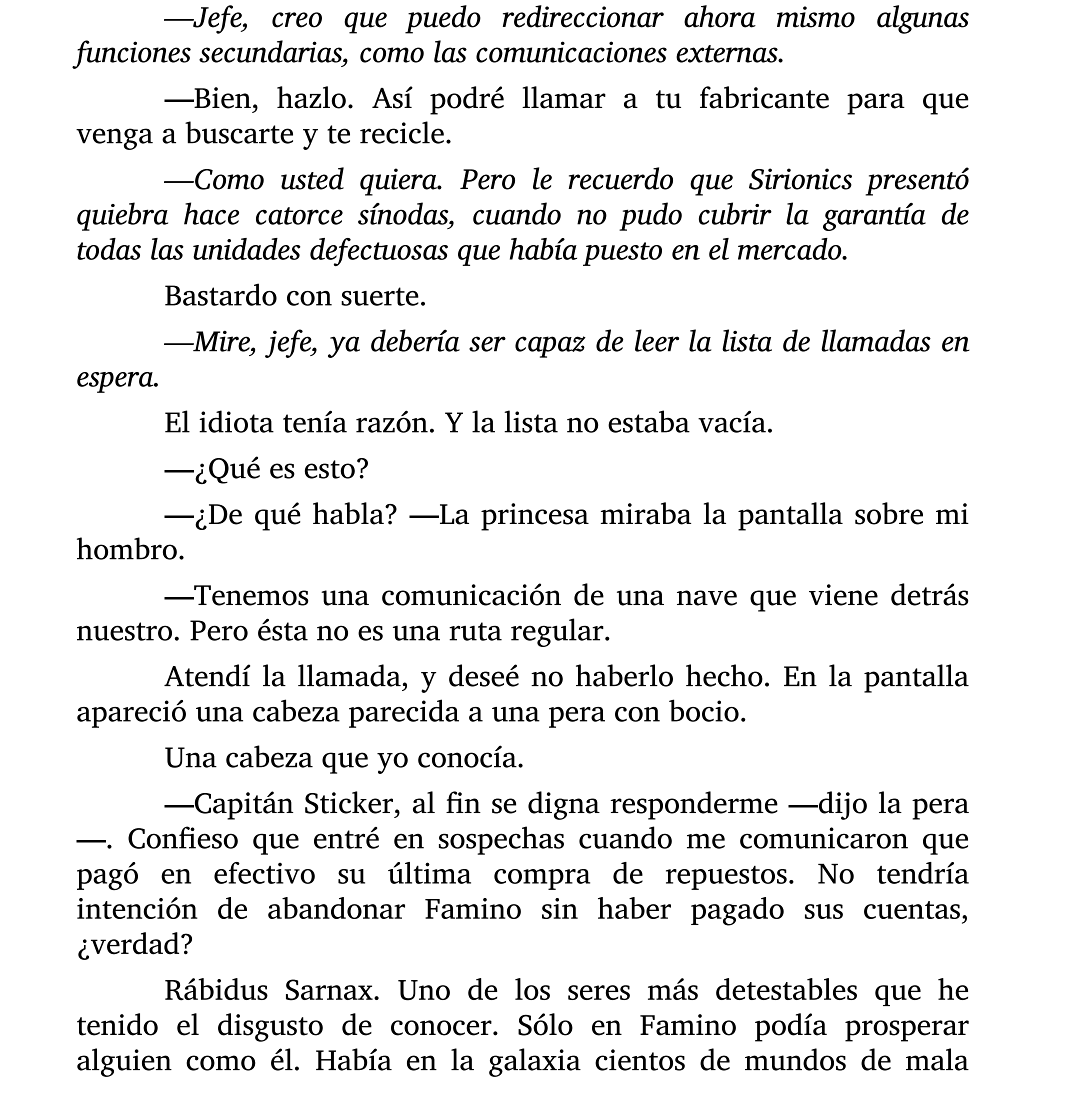
—No se ha dado por vencido. Aún tiene esperanzas de lograr sus objetivos.

—¿Sí? ¿Por qué está tan segura?

—Porque seguimos respirando.

—Demonios gamexanos, tiene razón —reconocí—. Odio decir “tiene razón”, pero la tiene, maldita sea.

—¿Quiere dejar de maldecir en mi presencia?



—*Jefe, creo que puedo redireccionar ahora mismo algunas funciones secundarias, como las comunicaciones externas.*

—Bien, hazlo. Así podré llamar a tu fabricante para que venga a buscarte y te recicle.

—*Como usted quiera. Pero le recuerdo que Sirionics presentó quiebra hace catorce sínodas, cuando no pudo cubrir la garantía de todas las unidades defectuosas que había puesto en el mercado.*

Bastardo con suerte.

—*Mire, jefe, ya debería ser capaz de leer la lista de llamadas en espera.*

El idiota tenía razón. Y la lista no estaba vacía.

—¿Qué es esto?

—¿De qué habla? —La princesa miraba la pantalla sobre mi hombro.

—Tenemos una comunicación de una nave que viene detrás nuestro. Pero ésta no es una ruta regular.

Atendí la llamada, y deseé no haberlo hecho. En la pantalla apareció una cabeza parecida a una pera con bocio.

Una cabeza que yo conocía.

—Capitán Sticker, al fin se digna responderme —dijo la pera —. Confieso que entré en sospechas cuando me comunicaron que pagó en efectivo su última compra de repuestos. No tendría intención de abandonar Famino sin haber pagado sus cuentas, ¿verdad?

Rábidus Sarnax. Uno de los seres más detestables que he tenido el disgusto de conocer. Sólo en Famino podía prosperar alguien como él. Había en la galaxia cientos de mundos de mala

muerte, pero todos los demás ya tenían sus gangsters locales cuando Sarnax entró al negocio.

—Escucha, Sarnax, ahora no tengo tiempo para…

—Volvemos a vernos, comodoro Sarnax —me desplazó la princesa—. Lamento que no sea en mejores circunstancias.

—¡Alteza! ¡Qué placer inesperado! —La papada de Sarnax se agitaba como flan cuando hablaba—. Es un privilegio volver a verla, aunque me extraña encontrarla en tan poco recomendable compañía. ¿El capitán Sticker la ha secuestrado?

Qué bueno. Así que Sarnax era comodoro y tenía trato con la princesa Arpifanía. Qué oportunidad de volverme loco desperdicié.

—De ninguna manera, comodoro. Soy huésped de este caballero. Aunque es verdad que ambos somos rehenes de una tercera persona. De un traidor.

—Lamento oír eso. No tiene más que ordenármelo y abriré un agujero en ese cacharro para rescatarla a usted y a toda su comitiva. Es más, la transportaré a cualquier punto de la galaxia que usted me indique. No pido ningún precio; el honor de contar con su presencia a bordo será paga más que suficiente.

Qué hijo de puta.

—Su oferta de transporte es generosa, comodoro —respondió la princesa—, pero tengo un trato con el señor Sticker y estoy dispuesta a honrarlo. Sin embargo, le estaría muy agradecida si pudiera ayudarnos a salir de este predicamento. ¿Será capaz de adelantarnos?

—Sus deseos son órdenes, alteza —gruñó el engendro y desapareció.

No esperé que ella hablara primero.

—¿Comodoro?

—En una ocasión debí cruzar el mar de médanos desde Rakitis hasta Anidhra, y el comodoro Sarnax tuvo la amabilidad de transportarme en su yate arenero personal. Es todo un caballero.

—No lo dudo, pero ¿comodoro? ¿Desde cuándo?

—Vi su cédula expedida por el Gobierno Galáctico Central cuando me invitó a cenar a su mesa.

—Ya veo. ¿Le mostró también su título de ingeniero? ¿Su licencia de juegos de azar del Sector Clamidia? ¿El certificado que dice que es una huerfanita llamada María Teresa?

—No vi ninguna de esas cosas.

La fea cara de Sarnax volvió a ensuciar la pantalla. Por suerte no era mi pantalla.

—Lo lamento, Alteza. Mi piloto me informa que su nave lleva una hipercurva muy cerrada y no es posible adelantarla. Lo máximo que puede hacer es ponerse a su lado durante unos instantes.

—Eso será suficiente —le contestó la princesa—. En cuanto esté en posición, vuele la cabina de mando.

Pocas veces me salió un “¿qué cosa?” tan agudo y sincero.

Sarnax sonrió de oreja a oreja. Tenía una triple hilera de dientes cónicos. Y me la mostraba a mí.

—Será un placer —babeó, y volvió a desaparecer.

La princesa quedó en la misma posición. Con los brazos plumosos cruzados al frente y la vista en alto, era la imagen de la dignidad. Yo era la imagen del temblor de rodillas.

—Princesa… Pensé que usted no aprobaba esos métodos… —No se me ocurría qué otra cosa decir.

—Por lo general no los apruebo. Pero en el caso de este bastardo, haré una excepción.

No tuve tiempo para escandalizarme por su lenguaje. La explosión sacudió a Betty de punta a punta. Sonaron las sirenas.

—Alerta, jefe, tenemos despresurización en la sección de proa. Iré a verificar.

—Nada de eso, albóndiga parlante. Quédate donde estás y termina lo que te encargué. Necesito el control aquí cuanto antes.

—Entendido, jefe.

Una ola vibratoria recorrió la nave a lo largo. Los sistemas automáticos de emergencia la habían sacado del espacio hipergeométrico.

Sarnax volvió.

—Le debo la vida, comodoro Sarnax —le dijo la princesa—. Veré que reciba una recompensa por su servicio.

—Alteza, ninguna recompensa tiene el valor de su gratitud. Pero, ¿quién soy yo para oponerme a sus designios?

—Así sea. Adiós, comodoro.

—Hasta pronto, Alteza. Siempre a su servicio. Y usted, capitán Sticker —me sonrió de nuevo—, volveremos a encontrarnos.

Eso estaba bien. Había mutilado a mi pobre Betty y ahora me amenazaba. Seguramente luego pretendería que le pagara lo que le

debía.

—Vea esto —me señaló la princesa.

A través de una telecámara vimos al cardenal. Daba tumbos en el espacio, igual que antes habían dado tumbos sus matones. La incapacidad de planear en el vacío es lo que une a los hombres y los animales.

Un transporte real nos interceptó en los límites del sistema. No se habría visto bien que la futura reina llegara en un carguero. Bien, ellos se lo perdían si no sabían apreciar lo bueno.

Me despedí de la princesa en el muelle de acoplamiento. Llevaba un vestido dorado y sus damas de compañía le habían acicalado el plumaje blanco.

—Llegó el momento de despedirnos, señor Sticker —dijo—. Le ofrezco mis disculpas por todos los inconvenientes que le he causado.

—No se preocupe por eso.

—Por favor, acéptelas. Ya he ordenado que se le provea una nueva cabina para su nave. Y recibirá una indemnización de ciento cincuenta mil cuasarinos además de sus honorarios.

¡Ciento cincuenta mil! Eso eran unos… Demonios, era un montonazo de dinero. Podría vivir una buena temporada sin trabajar. Tal vez hasta pudiera comprar esas botas.

Y sobre la cabina…

—No quiero nada nuevo ni lujoso, ¿sabe? Solamente a mi Betty tal como era.

—Así será. Me han informado que su nave es de un modelo muy común en el sector. No será difícil encontrar una idéntica en desuso con la cabina en buen estado.

—¡Mocosa insolente! ¿Cómo te atreves? Betty es única, ¿entiendes? ¡Única!

Eso tampoco lo dije.

Lo que dije fue:

—Eso estará bien.

—¿Está seguro de que no desea conservar la cama del cardenal? Seguramente es más cómoda que sus sillas.

—Gracias, pero no. Estuvo bien por un tiempo, pero no es

para mí. Además me quita espacio de carga. Muchas gracias.

—Al contrario, soy yo quien le está agradecida. Usted me ha enseñado mucho sobre los implumes.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me ha enseñado que tal vez no puedan evitar ser lo que son, pero en sus espíritus hay algo que en ocasiones puede confundirse con la nobleza.

—Eh… Gracias. Creo.

—Gracias a usted. —Se fue, seguida de cerca por sus damas de compañía. Y antes de que la escotilla se cerrara, me saludó—: Adiós, capitán.

Me quedé unos instantes en el muelle. Escuché cómo la otra nave soltaba sus abrazaderas magnéticas y se desacoplaba.

Di media vuelta y me encontré al imbécil.

—Hizo bien en deshacerse de esa cama, jefe —dijo—. Los arañazos que le estaba causando en la espalda y la cabeza tardarán en cicatri…

—¡Cállate!

—Entendido, jefe.

—¿Desde cuándo hablas de otra cosa que de repuestos?

—Soy muy versátil, jefe.

—Bien, ¡cállate!

—Entendido, jefe.

Volví a la bodega. Ya se habían llevado todos los muebles y los adornos, y parecía vacía. Demonios, *estaba* vacía. Sólo quedaba el mini-puesto de mando con su silla en un rincón. Y el olor resinoso que empezaba a desvanecerse.

No. Había algo más.

La vi de pronto bajo la silla y me incliné para recogerla.

Era una pluma. Sucia y despeinada, y hasta un poco grasosa, pero era una pluma.

Una pluma roja, maldita sea.

La tiré por el conducto de desperdicios.

—Globo.

—Lo escucho, jefe.

—La nueva cabina olerá peor que las fumarolas de Rakatao. Consigue algún aromatizante.

—*Entendido, jefe.*

—Que sea algo vegetal. Madera o algo así. Maldición, ¿tengo que decirte yo todo? Ve qué consigues en el sistema.

—*Entendido jefe.*

Una chica salvaje sí puede oler a perfume, después de todo.

Poco que agregar sobre Andrés Fernando Diplotti. Ya se ha dicho que es Diseñador Gráfico, que nació el 24 de febrero de 1978 en Rosario y vive en Pergamino. En el número 122 de Axxón publicamos su cuento "Cuerpo y Alma", en el 129 "Algo en el lago" y en el 137 "Tras la pared de ladrillos". Pero lo más notorio de la carrera de este joven más que prometedor es la serie "Anacrónicas", seguida entrega a entrega con devoción por sus seguidores. Lo más notorio, pero no lo único. Esta es una muestra del Diplotti cuentista... y esperamos que la próxima vez que no nos haga desear tanto.

El hombre del circo

Sergio Gaut vel Hartman

Debilidad. ¿De qué otro modo puede calificarse un movimiento no deseado, una evolución dictada e inducida por las exigencias del conjunto? Una persona no puede vivir fuera de los criterios que le ha implantado la sociedad, pero la realidad compartida con los necios puede llegar a ser una carga insoportable. Mina sentía que una fuerza incomprensible la atraía hacía un lugar templado y oscuro, en el que la tierra y el aire estaban cubiertos con una fina capa de humedad, y al mismo tiempo recibía insistentes señales de los que la rodeaban, personas simples y amables que trataban de llamar su atención mientras caminaba por el borde de una delgada cornisa. El sitio hacia el que ella se dirigía no era visible para ninguno de ellos, y sólo querían evitar que se despeñara. ¿Deseaban que fuera una más, una del rebaño? Funcionaba como un sueño, lo fuera o no, y Mina, íntimamente, quería ser aceptada. No disfrutaba quedando al margen ni le interesaba pagar el enorme precio que suponía mantener su libertad a contrapelo de los gustos y deseos de los demás.

Cada tanto, cuando advertía que la soga estaba a punto de cortarse, tomaba al toro por las astas. Antes de que los signos se volvieran marcas ominosas, letras y números purpúreos estampados en el brazo, accedía a las demandas de los que la rodeaban, familiares y amigos y salía tres meses con cualquier tipo, se tomaba vacaciones en la playa o llevaba a los sobrinos al circo. No servía para nada, pero los calmaba un poco y la dejaban tranquila por un tiempo.

El circo era, para ella, un manual de vulgaridad y rudeza, una sórdida combinación de crueldades y groserías. Pero a los chicos les gusta, había dicho Dina, la hermana. En esas emociones primitivas, seguía Dina, que no por nada había estudiado antropología, podía encontrarse materia prima de la mejor ley, la fécula con la que se amasó el carácter y los rasgos de la humanidad actual, el homo sapiens sapiens, especie del género homo, devenida en homo globalis. Le dio risa. Ni siquiera estaba segura de que el latinajo no fuera una burrada. Dina, la hermana, siempre se divertía hablándole

así, como si ella formara parte de un alumnado aburrido y fuera necesario picarla con el aguijón para evitar la modorra. De lo que sí estaba segura era de que su generación había asistido al imperceptible paso de una especie dominante a otra. El homo sapiens sapiens ya es historia. Tonta.

Trató de prestar atención al forzado equilibrio de una mujer que giraba alrededor de la pista sobre un caballo blanco. Estaba obligada a responder con precisión a las constantes preguntas de los niños; eran las reglas; tía esto; tía lo otro. Llevaban casi una hora torturándola y seguía. Tras el intervalo, otro tanto. Seguían preguntando. ¿Cuánto tiempo más? ¿Eternamente?

—¿Qué es una ecuyere?

—Ya te lo dije.

—Dijiste amazona, no ecuyere.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo.

—¿Y si la mujer subida al caballo no hace piruetas?

—*Eso* es una amazona, tonta.

Mina suspiró. Las diferencias de matices podían desembocar en una pelea entre los hermanos. Decidió poner paños fríos.

—¿Quieren alfajores? No pregunten de qué son, por favor.

Los del circo no concibieron el intervalo como un lapso vacío. Un grupo de payasos se diseminó sobre la arena y encaró una serie de rutinas. La simultaneidad obligaba a los niños, cansados tras una hora de atención continua a exprimir sus sentidos para no perder los detalles de las agresiones que los payasos se infligían. Entre golpes, caídas, cabriolas, saltos, sobresaltos, tirones, giros, emboscadas y sacudidas generalizados se podía detectar cierta predilección de la mayoría por un payaso de piernas cortas, fuerte y macizo, de mandíbulas potentes, gran cabeza y aspecto primitivo. Tal vez por obra y gracia de cierto aire simiesco era objeto de los peores ataques. Lo sacudían con una maza de esponja desde el tope de una escalera u otro payaso se trepaba a sus hombros, pasaba caminando entre sus cabellos como si fuera un matorral y tras usarlo de trampolín aterrizaba en un barril de globos que explotaban con gran estruendo. Mina no veía nada gracioso en esos tormentos, pero los chicos se reían a carcajadas. Algo elemental se liberaba por influjo de esas grotescas configuraciones, aunque a ella la patética docilidad del payaso le producía un turbio malestar físico. ¿Debía hallar un mensaje oculto en el hecho de que siempre fuera el mismo? La actitud mansa y resignada no es más que una

representación, se dijo; el payaso es un actor, hace su trabajo.

—¡Es precioso! —exclamó Candela, aplaudiendo eufórica.

—¿Qué cosa? —dijo Mina, distraída.

—El payaso que parece un mono.

—Es muy tonto —dijo Damián.

Un nuevo grupo de payasos salió de un baúl. Eran demasiados para un habitáculo tan reducido, a pesar de que algunos de ellos eran enanos. Se unieron a los otros caminando lentamente y como una ola cubrieron al payaso de cabeza grande. Al cabo de unos segundos éste apareció en el interior de una olla de utilería, como las que se supone que los caníbales utilizan para guisar a los exploradores. Mientras un grupo arrojaba incontables litros de agua de artificio en el interior de la olla otros encendían el fuego. Los efectos eran magníficos. Un enano exhibió una enorme tapa con la que cubrió la olla y luego se sentó encima; sus piernas quedaron colgando ridículamente y como se suponía que si las dejaba en esa posición se quemaba, las recogía dando saltos muy cómicos que producían la hilaridad de los chicos. El coro de payasos festejó ruidosamente que la comida estaba hecha, destaparon la olla y se repartieron el producto.

—¿Qué hacen? —dijo Damián.

Mina hubiera preferido mantenerse en silencio. La explicación del remate del acto la empujaba hacia una zona peligrosa, bastante repugnante. Pero conocía la continuación: los chicos insistirían hasta que ella no tuviera más remedio que contestarles.

—¿Se lo comieron? —dijo Candela.

—No, tonta, desapareció. —A pesar de la firmeza de la respuesta, en el rostro de Damián se dibujaba cierta confusión.

—Desapareció —dijo Mina—. Es un truco, una ficción, un juego. El payaso está escondido en un pozo, debajo de la pista; aquí nadie se come a otro de verdad.

—No digas eso, tía —dijo Candela alzando un dedo—, si los leones se escaparan…

Mina se rió. —Eso es otra cosa. Los leones son peligrosos, sí, aunque no estos; estos están adiestrados. —Pero el payaso había desaparecido de un modo extraño, y también ella, como los chicos, no podía evitar una curiosa sensación de pérdida.

—No se lo comieron de verdad, ¿no? —insistió Candela.

—Claro, claro; hicieron de cuenta.

La ausencia del payaso era aún más ostensible que su presencia. Había aportado al acto una clase especial de mansedumbre, como si él fuera la roca en la que rebotan las gotas de lluvia y se disuelven los rayos de sol, en torno de la cual crece el musgo, fluye el torrente, se divide el viento. No, no es eso, pensó Mina, es más que eso. Decidió atender a las preguntas de los sobrinos y reflexionar sobre lo que le había llamado la atención del payaso cuando la dejaran en paz.

Cumplió con las obligaciones que completaban la salida; no fue difícil. Candela y Damián no eran chicos más fastidiosos o molestos que otros, tal vez menos, aunque su experiencia en ese campo era limitada. Cuando logró restituirlos a sus padres y tras eludir sin sobresaltos una invitación a cenar, puso a funcionar el mecanismo especulativo del que su mente alardeaba como si fuese una joya. ¿Qué me llamó tanto la atención en ese payaso? ¿Por qué esa visible docilidad atravesaba oblicuamente el número actuado sobre la pista y se disparaba hacia un inquietante nivel de extrañamiento?

Descubrió que, sin proponérselo, estaba caminando en dirección al circo. La noche, con sus ruidos de mar imaginario y olas de espuma negra cubriendo la luna, le regaló un imprevisto destello de partículas plateadas. Pero las estrellas, tímidas heridas azules, sólo iluminaban los contornos y apenas podían verse los jirones de niebla, retrocediendo a través del frío, flotando sin rumbo, marchitos y tristes entre bolsas de basura y vestigios de hedores inmundos. No tenía plan ni pensaba elaborarlo. ¿Cómo justificaría la irrupción en medio de la noche, abordando a un desconocido sin una razón válida? Algo se le ocurriría. Sin certezas, trató de convencerse de que los payasos viven en los vagones que suelen verse junto a las carpas de los circos. ¿Y si no era así? No había mucho que perder. Una música interior, una melodía compuesta con fragmentos de risas y aleteos y migajas, goteando desde un lugar ignoto, la convenció de que hallaría lo que estaba buscando. ¿Qué estaba buscando? ¿Estaba buscando algo, acaso? Y si la respuesta era afirmativa, ¿le estaba permitido vislumbrarlo?

En la oscuridad, los vagones lucían como animales dormidos. Un olor a viejo, mezclado con sudor, humo y orines, impregnaba el aire, debatiendo sobre brillos y luces, pero sin ponerse de acuerdo. Casi feliz golpeó una puerta cualquiera. Un sordo sonido de fibra aglomerada se estiró entre las sombras y alcanzó la lona de la carpa, invisible, casi fantasmal. Pocas horas antes había estado allí por primera vez en su vida, aunque le parecía que habían transcurrido muchos años. Demoraron en abrir; la gente del circo no suele recibir

visitas nocturnas. Un marco amarillo festoneó la puerta y un chirrido le hirió los oídos. Un par de ojos llamearon, sorprendidos donde Mina no los esperaba; era uno de los payasos enanos.

—¿Quién es, qué quiere? —Hubiera sido milagroso dar con lo que buscaba al primer intento.

—Busco —se atragantó—, busco a un payaso, el de… cabeza grande.

—¿André?

—No sé cómo se llama; es el que cocinan en la olla en el acto.

El enano lanzó una carcajada que no guardaba proporción con su tamaño. —André. Nos lo comimos —dijo—. Todas las noches nos comemos a André. Es muy sabroso.

Claro, se lo habían comido, muy gracioso. ¿Esa gente no dejaba de actuar nunca?

—Entonces me gustaría charlar con el fantasma, que seguramente quedó vagando por aquí. ¿Me dice dónde lo puedo encontrar?

—Atrás de usted —dijo el enano señalando algún punto sobre el hombro de Mina con un dedo grueso como una salchicha alemana. La mujer giró sobre sí misma y sólo vio una montaña de sombreros apilados encima de la cabeza de un muñeco de paja. Un farol iluminaba débilmente el grotesco conjunto. ¿Por qué no lo había visto antes?

—¿Me está tomando el pelo? —dijo.

—No —dijo el enano, muy serio—, siga la dirección a la que apunta la nariz del muñeco y tropezará con la cabezota de André; hágame caso.

Mina sintió un escozor, y un intenso deseo de estrangular al bromista, pero la puerta del vagón se cerró con suavidad, sin rechinar. Descubrió la razón por la cual no había visto al muñeco y los sombreros: la luz del farol se encendía y apagaba desde el interior de la vivienda del enano. Se sintió como una tonta al tener que aproximarse a ciegas al muñeco y tantear en busca de la nariz; cuando lo logró la nariz se movió, cosquilleándole la palma de la mano.

—¡Puerco! —susurró, aunque íntimamente aceptó la gracia. Tal vez los chistes del enano eran lo menos extraño, lo más reconocible y familiar, en la extraña atmósfera que rodeaba el circo. Distinguió la silueta de la carpa, inmensa como una montaña y el contorno de los otros vagones; por lo visto se estaba adaptando a la

oscuridad. Caminó en la dirección marcada por la nariz del muñeco y tras no más de una docena de pasos se encontró frente a un vagón idéntico al que ocupaba el enano. Golpeó y retrocedió, preparada para aguardar, pero la puerta se abrió casi de inmediato y apareció el payaso de gran cabeza, que el enano había llamado André, como si la hubiera estado esperando.

—¿Sí? —dijo el hombre. Su expresión era hosca, pero no agresiva. En sus ojos había un toque de calma: un atardecer de otoño en el bosque que no quiere dejar paso a la noche—. ¿Por qué me busca? —Pronunció esas pocas palabras con un acento crepuscular y arcaico, no como si fuera extranjero, sino distante, de otra época. Mina se sintió desconcertada. De todas las preguntas posibles era la que estaba peor preparada para responder. ¿Por qué? Contestó con sinceridad.

—No lo sé —dijo—. Lo vi durante la función; su número…

—Es tonto —la interrumpió él—. Pero tengo que ganarme la vida. ¿Quiere pasar? Puedo ofrecerle un té.

Mina no desconfió ni dudó. —Por supuesto, gracias.

El interior del vagón era acogedor, extrañamente decorado. Por un momento pensó que era el resultado de una mano femenina; hubiera sido perfectamente natural que el payaso, a pesar de su aspecto peculiar, casi simiesco, tuviera una compañera. No obstante, descartó esa idea casi de inmediato: la soledad, como una medusa, flotaba en el reducido espacio del vagón, ingrávida, densa, un objeto inmaterial y transparente. Soledad y aislamiento. Luchó contra un repentino impulso de arrancar al hombre de esa cálida caverna en penumbras, y exhibirlo al aire libre de la noche, a miles de kilómetros del circo, que ya le parecía una prisión, entre las estrellas.

—Estoy bien aquí —dijo el hombre, como si estuviera respondiendo directamente a los pensamientos de Mina—. Usted, ¿se siente cómoda?

—Sí, por supuesto —dijo ella. La perturbaba el hálito de tristeza que envolvía al payaso, un aura opaca, sin pasión ni expectativas. Mientras él sacaba la vajilla de un armario pudo observarlo con mayor detenimiento. Advirtió que en la pista, mientras participaba del número con los otros payasos, no utilizaba maquillaje. Para dar esa expresión singular le bastaba con la nariz ancha, la quijada prominente y la frente huidiza. No era bello, no, pero tampoco un monstruo, como podría haber sugerido la primera impresión.

André depositó las tazas sobre la mesa y apoyó una jarra con

tapa; no volvió a hablar hasta después de haber servido el té. Sólo entonces la miró a los ojos.

—Bien, la escucho; yo no tengo nada que decirle.

—Es cierto —dijo ella tras una pausa—. Lo he querido conocer; no me pregunte la razón, yo tampoco la conozco.

Él sonrió por primera vez, pero fue una sonrisa enigmática, atravesada por una línea oscura. —Las palabras —dijo—, no significan nada. Usted percibió algo, pero ahora lo está enmascarando con frases de compromiso. No tema, siga.

—Me resulta imposible explicar el impulso que nació en mí cuando lo vi en la pista. Quiero decir, no sé por qué estoy aquí. Decidí buscarlo y encontrarlo; no tengo nada más, en serio.

—Me llamo André —dijo él extendiendo una mano enorme, con el dorso cubierto de vello, sedoso y largo.

—Mina —contestó ella. Al sentir su mano abrigada por la de él se imaginó gotas resbalando por un tallo, una nota solitaria flotando desde el pico de una flauta de caña. El simple contacto con la piel de André abría la percepción. ¿Qué era ese hombre? Rechazó de plano todo lo que proponía una relación con la magia: lágrimas, ceguera, heridas.

—Se equivoca —dijo él.

—¿Sabe qué estoy pensando? —dijo ella, inquieta por primera vez.

—No —dijo él—. Tome el té; se le enfriará si no lo hace.

—Dijo que estoy equivocada.

—Puedo reconocer a alguien como usted, aunque haya muy pocas.

—¿Ah, sí? —Mina se puso a la defensiva; una vez más sintió que André le leía los pensamientos.

—Sí. Las que son como usted pagan un alto precio por la libertad.

—No parece demasiado caro, si garantiza la invisibilidad.

—La invisibilidad es interesante; la inmortalidad es aburrida.

Recibió la afirmación como una bofetada. ¿Entonces era eso? ¿Había sido capaz de percibirlo? —¿Inmortal, usted es inmortal? Y si lo es, ¿cómo lo sabe? Longevo no es lo mismo que inmortal.

—Eso —rectificó él—. Debí decir longevidad. Lo que ocurre es que en cierto punto no se logra distinguir la una de la otra. Insisto: ser longevo es casi tan aburrido como ser inmortal.

—Yo cambiaría todo lo que tengo por la certeza de vivir lo suficiente... —No se le ocurrió para qué podía querer semejante cosa.

—¿Suficiente para completar proyectos? —André volvió a sonreír con ese gesto tan peculiar—. No le niego que celebro cada día la posibilidad de aprender cosas nuevas: sólo el conocimiento nos hace libres. Pero la soledad y el aburrimiento son abusos del destino.

Mina sintió que la intensidad de la charla la estaba arrinconando. André pareció advertirlo y le dio un brusco giro a la situación, un giro inesperado. Sacó del bolsillo un instrumento musical que se parecía a una armónica y se lo llevó a los labios. Le arrancó un prolongado gemido, un sonido evocador de caminos vacíos, apenas transitados. Al influjo de la melodía, Mina fue recuperando el equilibrio mientras el hombre sonreía con los ojos. Los objetos se cubrieron de reflejos nacarados, como si devolvieran la luz de un espejo. Se internó en el bosque y recorrió el laberinto de árboles añosos sin perderse, ya que las imágenes se parecían a sus propios recuerdos. Habían vivido en la corteza cerebral durante milenios, recolectando colores rojizos y pardos, intensas lluvias rebosantes de energía, vientos y remolinos anudados en el polvo. Los recuerdos estaban protegidos por una fuente invisible y regresaban para explicar quien era André. Mina vio las humaredas que se alzaban al pie de las cuevas, los cazadores regresando con las piezas cobradas sobre las espaldas, las mujeres raspando pieles de animales para confeccionar ropas que los protegieran del frío intenso o recogiendo frutos y raíces; visitó las grutas, comió lo que ellos comían y subsistió precariamente, en el límite mismo de lo posible, como ellos.

André retiró el instrumento musical de sus labios y el mundo del pasado se esfumó, absorbido por la media luz del interior del vagón. Mina se sintió desamparada, extrañamente al margen de todo. El mundo del pasado, que André había revelado con estudiada sencillez, era otra vez una configuración de fósiles y cuevas, cráneos, fémures, algunas vértebras dispersas. El presente, esa suma de tropezones y caídas, se concentraba en un punto y abarcaba una enorme zona desierta, arrasada por el fuego, salpicada de tizones renegridos y cenizas. ¿Estaba en el mundo de Dina, de su hermana, no en el de ella?

—De acuerdo —dijo Mina—: soy estúpida; explíquemelo con palabras.

—No —dijo André, con firmeza—. Entendió todo lo que necesitaba entender. No hay mensajes encriptados ni metáforas. Es

tan sencillo como haber oído un zumbido durante toda la vida; en un momento el zumbido se extingue y sólo entonces advertimos su presencia.

Mina recorrió el lugar con la mirada una vez más, incapaz de aceptar sin discutir lo que había experimentado. Él podía afirmar que no había enigmas, pero el rostro y la frente de André hablaban su propio idioma. ¿Podía seguir avanzando sin destrozar algún tesoro, sin herir, sin fallar?

—De acuerdo —dijo la mujer—. Estaba equivocada. Le pido disculpas y le agradezco el té y todas sus gentilezas. Me dejé llevar por un impulso y el resultado está a la vista. —Se esforzó por sonreír, pero los labios se le curvaron de un modo irregular, con una mueca que dejó ver los dientes, revelando una ferocidad impropia de ella.

—Veo el resultado o no lo veo —dijo André—. Acepto que se trató de un impulso que no sabe dominar, una voz secreta; es así siempre, al principio. No se esfuerce por mantener sujeto el instinto; no es peligroso, ni para usted ni para los demás. ¿Tiene miedo? Todos lo tuvimos y lo tenemos. Pero no es el miedo que anida en la propias carencias, sino el miedo ancestral, que intuye una amenaza, la clasifica y se prepara para vencerla.

El miedo. Mina permitió que un ojo aceitoso resbalara por su mente. Percibió caos, gritos, dolor. Entre peñascos redondos como cúpulas había formas que temblaban y se agitaban; detrás de un velo de bruma, de incontables capas de pasado, un horror cerrado extendía una garra y buscaba su cuello. Aún antes de ser lastimada vio la cicatriz, un rastro que latía como un animal que no termina de morir.

—Ahora sí —dijo Mina—. Un exterminio; algo que podría volver a ocurrir.

André hizo una mueca indescifrable. De algún modo volaban como moscas encima de un trozo de carne putrefacta, sin ánimo de posarse.

—No volverá a ocurrir —dijo él—. Estoy aquí para que no ocurra. Soy el vigía y el guardián. ¿Quiere más té?

—No. Quiero llegar al fondo de este asunto. Voy a concederle que no se trata de una torpe fantasía, que usted es la rémora de una especie que dominó el planeta y fue eliminada físicamente o que se diluyó en la historia a través de infinitos mestizajes. —La llenaba de terror tener que expresarlo con palabras, enfrentarse a hechos oblicuamente simétricos, intuía, del acto que André realizaba en la pista del circo. Lo que había escapado de su boca era cortante como

el acero, en más de un sentido.

—Hay una línea —dijo André—, que viene desde antes del nacimiento, una señal que se transmite de generación en generación desde que bajamos de los árboles. Seguirá cuando nos hayamos extinguido por completo. Tal vez sea doloroso para usted enfrentarse a los hechos, pero es ese signo lo que la ha traído hasta aquí.

—Entonces dígame claramente quién soy yo, qué lugar ocupo en todo este esquema.

André no contestó. Se levantó bruscamente; era el primer movimiento violento que Mina detectaba en ese cuerpo macizo y tosco. —Váyase; ya no quiero seguir hablando de esto, ni contestaré a sus preguntas. Debe descubrir lo que falta por sí misma, ahora o dentro de veinte años. Si no lo logra, mejor.

—No preguntaré nada más —dijo ella, vencida por el abismo que se había abierto a sus pies, como fauces gigantes; docenas de puños rocosos rodaron hacia abajo, perdiéndose en las profundidades—. Déjeme permanecer unos minutos más en este lugar; no me arroje a la noche como haría con un animal intruso.

—De acuerdo. —Sonrió débilmente—. Haré otro té.



Ilustración: Duende

—Está obsesionado con el té.

—Otros fuman, o se drogan. El té es un punto de referencia en mi vida, mi eje. Logro cierto equilibrio bebiéndolo.

—Usted es un hombre muy extraño, ¿sabe?

—¿Nada más que eso? Depende lo que signifique para usted extraño.

Mina renunció a seguir. Sólo quedaba una tenue posibilidad de conectar su soledad con la de él. No se atrevía a insistir, y si no lo hacía tendría que irse con las manos vacías, tras cien o mil tazas de té. André, una vez más, captó sus pensamientos; no podía ser casual.

—No estamos solos, pero es imposible que sepa quienes son los otros, porque ellos no desean hacerse visibles. Aún no.

—¿De quién está hablando? ¿Es cierto, entonces? ¿Cómo?

André no contestó de inmediato. Vertió el agua sobre un puñado de hojas y las alentó para que liberaran su tesoro. Ella comprendió que había dejado pasar de largo todas las ceremonias, la del té, la de la vida o la de atrapar luciérnagas con las manos. Necesitaría esos veinte años.

—Seré demasiado vieja para que importe.

—Pronto descubrirá algo extraño y precioso: que todavía no ha abandonado la infancia. —Luego, cambiando el tono de la voz, como si hubiera descubierto una moneda de oro en el estómago de un pez, dijo:— También leo los pensamientos.

Mina cerró los ojos. Recorría el bosque una vez más. Las imágenes eran sus propios recuerdos que despertaban de un largo sueño. Veía más colores, verdes y amarillos y azules añadidos a los rojos y los pardos; la lluvia era tibia y caía mansamente; el viento, dócil, se limitaba a impulsar los arroyos y torrentes. Alzó la vista de la piel del oso y pensó que el invierno estaba muy lejano, miles de años en el futuro. Sintió un peso sobre la espalda y dejó el raspador a un lado. Por encima del hombro la miraban unos ojos azules, enormes, destacando como soles en la piel morena del niño. Era un buen tiempo; ignoraban la existencia del futuro y empecinados, inocentes y entusiastas se negaban a creer que la era del dolor y la crueldad aún no había comenzado.

Mina abrió los ojos. Estaba en el bosque. A lo lejos vio las humaredas que se alzaban al pie de las cuevas. André caminaba a su encuentro. Durante un breve instante volvió a ver ciudades y vehículos y máquinas. Luego, como un sol que se hunde en el horizonte, el presente se desvaneció.

Dice el autor: “Nací en 1947 en Buenos Aires y allí he vivido toda mi vida; publiqué mi primer cuento en 1970, un relato escrito a cuatro manos con Graciela Parini y publicado en Nueva Dimensión” . No es lo que se dice una información novedosa. En el supuesto caso de que este cuento le haya gustado, encontrará otras ficciones de Sergio Gaut vel Hartman en los números de Axxón que se detallan a continuación: 123, 129, 134, 135, 139, 142, 146, 148, 150, 152. Lo que tal vez sea un poco más novedoso es que quedó finalista del Premio Minotauro 2004 con la novela *El Juego del Tiempo*, que espera ver publicada en ese sello, y acaba de compartir con Santiago Eximeno el primer puesto del Concurso de Terror de ediciones Parnaso.

La sonrisa de Strauss

Sergio Mars

Por primera vez en siete años las arañas de cristal de roca volvían a transformar la noche marmórea en un campo de estrellas relucientes. Una vez más, los pies dibujaban constelaciones sobre el suelo del Salón de los Embajadores al ritmo embriagador de Strauss.

Desde su privilegiado puesto de observación, en lo alto de las escaleras principales, Carlos asistía maravillado a las evoluciones de los invitados sobre la pista de baile. Aquello era muy distinto de las aburridas clases a las que había estado obligado a asistir desde los siete años. Los pasos cobraban un nuevo significado al ser ejecutados al unísono por decenas de bailarines atrapados en un torbellino de música.

Su mirada saltaba de pareja en pareja, acompañándolas brevemente, durante no más de un par de movimientos, antes de buscar otras sonrisas, otro vuelo de satén, otra exhibición fugaz de condecoraciones. De repente, su errático vaivén se vio frenado en seco al tropezar, entre las filas de quienes no participaban en la danza, con un rostro que enmarcaba la sonrisa más alegre con la que jamás hubiera podido soñar. Fue tal la conmoción, que sintió cómo perdía momentáneamente el equilibrio, teniendo que buscar discretamente el apoyo de la balaustrada.

Aquel rostro era

era

¡Cómo diablos era el rostro!

Víctor apretó malhumoradamente la tecla de retroceso para eliminar las últimas palabras y la mantuvo presionada hasta que el cursor se hubo comido hasta bien mediada la palabra “balaustrada”. Lo tenía todo: el salón, los invitados, el papanatas de Carlos… pero le faltaba ella. No podía visualizarla. No podía siquiera determinar quién era o cómo iba a afectar a la historia. Sólo sabía que estaba allí, sonriendo.

¿Una dama de compañía de la emperatriz? ¿Una joven aristócrata de provincias en su primer viaje a la capital? ¿Una sirvienta ocupando el lugar de su señora para encubrir un lance amoroso de ésta? Por mucho que mirara la pantalla no iba a conseguir sacar de allí la información que necesitaba. Había llegado

a un bloqueo, después de tantos años podía reconocerlo perfectamente. Apartó la vista del monitor y se estiró lenta y metódicamente; primero los brazos y luego los dedos, empezando por los pulgares y acabando con los cinco dedos extendidos.

Se levantó de la silla sin molestarse en apagar el ordenador; ya entraría automáticamente en modo de ahorro de energía. Sin prisa, caminó hacia el balcón. Las puertas corredizas estaban abiertas. Prefería la brisa templada proveniente del mar antes que el aséptico frescor del aire acondicionado, cuyo persistente zumbido podía llegar a ser insoportable, por no hablar de que arruinaba por completo la pureza de la música que fluía constantemente de su equipo de alta fidelidad siempre que estaba escribiendo.

Al pasar junto al reproductor de DVD alargó un dedo y dejó a Jon Schaffer a medio riff. Contrariamente a lo que sus lectores a buen seguro sospechaban, cuando se encontraba inmerso en la escritura de una de sus novelas históricas lo último que escucharía sería valses o polkas. Prefería, por el contrario, saturar sus sentidos con las guitarras de *Iced Earth*o las voces desgarradas de *Thyrfing* o bien con el entusiasmo sin complejos de Luca Turilli. El vals estaba en su cabeza, no necesitaba que su sonido se hiciera físicamente real.

Apoyó los antebrazos en la barandilla del balcón y se medio asomó al exterior. Recorrió con la mirada la calle a sus pies, toda iluminada por brillantes farolas halógenas y atestada, incluso a esas alturas de la noche, de vehículos y transeúntes. El verano era la mejor época del año. Fuera la hora que fuera las calles rebosaban vida. Los madrugadores daban el relevo a los noctámbulos en un ciclo sin fin que sólo el otoño acertaba a romper.

Sí, el vals estaba en su mente. Al igual que el salón de baile, con sus arañas de cristal resplandeciente, y las parejas que evolucionaban en compases de tres tiempos por él. Todo estaba allí, preparado para salir, salvo por ella.

Aún era temprano, al menos según los horarios con que se regía. Tal vez aún pudiera aprovechar la noche. Volvió a entrar y buscó una camisa no demasiado arrugada entre las colgadas en los respaldos de las sillas. Abandonó el apartamento, recogiendo al pasar las llaves de la moto, que siempre dejaba tiradas en una mesita justo al lado de la puerta.

Pese al fastidioso asunto del bloqueo, Víctor no podía evitar sentirse

de maravilla circulando por las calles descongestionadas, justo un punto por encima del límite permitido de velocidad. Las luces de neón se reflejaban en fugaz sucesión en el negro carenado de la moto, como si fueran un frente de ondas, casi como si estuviera rompiendo la barrera de la luz. No seguía ningún trayecto específico, simplemente se dejaba guiar por los semáforos en verde, girando indistintamente a derecha o a izquierda, con tal de no tener que detenerse, en cuanto atisbaba una luz ámbar enfrente suyo.

Tampoco es que buscara específicamente un rostro en particular; no podía hacerlo, ya que de ese rostro sólo conocía su sonrisa. Sin embargo, sin previo aviso, desde casi tres manzanas de distancia, y aunque apenas si podía distinguir los detalles, la reconoció. Ella era, sin duda, quien había irrumpido en su relato. Estacionó la motocicleta poco antes de alcanzarla y esperó, deleitándose en los detalles mientras se acercaba.

No era muy alta, tal vez metro sesenta, tampoco era exactamente escuálida, aunque sus brazos, desnudos salvo por un par de docenas de pulseras y un elaborado tatuaje en el derecho, eran extraordinariamente finos y blancos. Vestía lo que con mucha indulgencia podría tildarse de harapos: un conjunto abigarrado de telas, mallas y metal, que a buen seguro sería demasiado caluroso para la temperatura imperante de no darse la feliz circunstancia de encontrarse plagado de agujeros y desgarrones.

Su peinado estaba un poco pasado de moda, todo en punta, con mechones de los más sorprendentes colores, pero en ella cuadraba perfectamente. Los adornos metálicos no se limitaban a su indumentaria. Aparte de la consabida colección de pendientes, desde el lóbulo hasta el cartílago, exhibía pequeños aros en la aleta de la nariz y en una ceja, y un pincho asomaba debajo de su labio inferior.

Víctor apenas reparó en estos detalles. Su atención se centraba especialmente en sus ojos, ligerísimamente achinados, con grandes pupilas orladas de castaño claro, casi dorado a la luz amarillenta de las farolas, y en su boca, de labios finos, levemente entreabiertos, permitiendo atisbar unos dientes blancos y regulares. Sonrió.

Sí, allí estaba, aquélla era la sonrisa que había deslumbrado a Carlos, aquélla la sonrisa que se había insinuado en su mente, sacudiendo como un terremoto los cimientos de la historia que estaba escribiendo. Víctor también sonrió, con una sonrisa cálida, de reconocimiento. Se levantó del asiento de su moto y caminó lentamente al encuentro de la chica.

Se paró frente a ella, cuando apenas faltaban un par de pasos

para tocarse. Ella también se detuvo, con sus ojos hechiceros clavados en las insondables pupilas de él. Sus dos acompañantes siguieron andando, sin ejecutar ademán alguno que delatara extrañeza, rozando con sus codos los brazos de Víctor. Prosiguieron su camino como si nada hubiera ocurrido y no tardaron mucho en perderse de vista al torcer una esquina.

Se contemplaron en silencio durante un largo rato, sin preocuparse de cuanto ocurría a su alrededor y sin que nadie reparara en ellos. Finalmente, la chica volvió a sonreír y su rostro se iluminó. Víctor tomó su mano derecha y se la llevó a los labios con una reverencia, depositando delicadamente un beso en sus dedos enjoyados. Enderezó la espalda sin soltarle la mano y le dijo:

—Hola, Isabel.

Ella no contestó nada, se limitó a inclinar levemente la cabeza, como aceptando ese nombre que él le había otorgado.

—Acompáñame —prosiguió Víctor—. Vayamos a un lugar donde no nos molesten.

Le ofreció el brazo y ella lo aceptó con naturalidad, acoplándose perfectamente a su paso, como si en toda su corta vida no hubiera sido acompañada de otro modo. Así cogidos, se adentraron en la relativa oscuridad de un callejón lateral.

No se trataba de una calleja sucia y pestilente. ¡Por supuesto que no! Víctor jamás hubiera llevado a un lugar semejante a su Isabel. Aquella era una ciudad muy nueva, básicamente estival; en verano decuplicaba su población. El plan urbanístico era muy simple: interminables avenidas cruzadas regularmente por travesías perfectamente ortogonales. Sin embargo, de vez en cuando, por culpa de algún accidente orográfico menor o por simple azar, había callejuelas que no llevaban a ninguna parte, avanzaban hasta donde podían y luego se interrumpían, sin mayores consecuencias. Evidentemente, ningún comercio las escogía para ubicarse e incluso los bloques de apartamentos preferían calles más concurridas para sus entradas principales. De modo que allí quedaban: solitarias, privadas de función, olvidadas.

—Muy bien, Isabel, detengámonos aquí. Nadie nos importunará.

Las dos únicas bombillas que alumbraban mal que bien el callejón comenzaron a parpadear y finalmente se apagaron. La única luz que llegaba ahora hasta el suelo era la de la luna llena; apenas se veían estrellas. Demasiada contaminación y demasiado afán por iluminarlo todo como si fuera de día, hacía años que ya no había estrellas en el cielo de las ciudades. Bajo el pálido fulgor se

acentuaba la blancura de la piel de la chica, así como también destacaba, casi como si brillara levemente, la tez de Víctor.

—No necesitas encerrar tu belleza bajo hierros —le susurró, aunque sin que pudiera apreciarse el menor tono de reproche en su voz.

Alargó las manos y las pasó con delicadeza por el rostro de la chica, sin apresurarse pero también sin detenerse perceptiblemente en ningún momento. Al bajarlas, extendió las palmas y se escuchó un repiqueteo invisible en el suelo.

—Así está mucho mejor.

Se agachó y la besó en los labios, suave, casi castamente, celebrando únicamente su juvenil hermosura. Ella le correspondió con igual embeleso, cerrando los ojos. Cuando se separaron, esbozó de nuevo su sonrisa, aguardando lo que pudiera venir a continuación, sin sentir la menor impaciencia, atrapada en el umbral de la eternidad.

—Ahora te conozco. Eres Isabel du Plessis. Acabas de llegar a la corte y te has escabullido en el baile, pues tu alcurnia no es lo bastante elevada para permitirte moverte por los más altos círculos. Tu corazón clama venganza, pero no estabas preparada para el vals.

Víctor se interrumpió y volvió su mente hacia el ahora. Acarició con el dorso de la mano la mejilla de la chica, manteniendo una expresión vagamente nostálgica.

—No conoces el vals, ¿verdad? —le preguntó. —Oh, seguro que has debido de ver cómo lo bailaban en alguna película, pero no es lo mismo. Te aseguro que no. Ven, dame la mano.

Tomó su mano izquierda y la rodeó, un poco por encima de la cintura, con la derecha. Ella, instintivamente, depositó su mano derecha sobre el hombro de Víctor. Comenzaron a girar lentamente a la luz de la luna, en compases de tres tiempos, dos compases por vuelta.

—Ojalá hubieras podido disfrutar de la emoción de descubrir la música de Johann en directo. El Rey del Vals le llamábamos. Aunque fueran su padre y el rígido de Lanner los principales responsables de transformar una danza campesina en divertimento popular, fue él quien lo elevó hasta los salones de baile de la realeza.

»Lo curioso es que si por su padre hubiera sido Johann Strauss hijo jamás habría sido músico. Aquello lo enfurecía. ¡Vaya que sí! Y mucha prisa que se dio en dedicarse a lo que de verdad le gustaba en cuanto sus progenitores se divorciaron. Los temores del

padre, acerca de lo precaria que podía ser de la vida de un músico, resultaron infundados. Pronto rivalizó con él e incluso lo superó en popularidad, exportando la música vienesa a todo el mundo: Inglaterra, Francia, Italia, Estados Unidos… todos querían participar de aquella locura.

Víctor aumentó ligeramente la separación entre sus cuerpos y miró a la chica a los ojos.

—Tal vez desde una perspectiva moderna no alcances a entenderlo, pero el vals de los Strauss supuso una auténtica revolución, y Johann… Johann era un verdadero espectáculo en sí mismo. "*Heut Spielt der Strauss"* , anunciaban los carteles en las salas de concierto: "Hoy toca Strauss". Me fascinaba. A regañadientes tuve que distanciarme de él hacia mediados de siglo, pues empezaba a acusar mis continuas atenciones y yo no quería que se extinguiera su luz. Tal vez fuera cierto que su hermano Josef era el mejor compositor, pero carecía del fuego de Johann.

»Después de mil ochocientos cincuenta y tres empecé a verle más de tarde en tarde, aunque nunca le abandoné por completo. Estaba allí cuando murió de neumonía, en los albores del siglo veinte. Él me sonrió. Había rechazado mi don, algo que nunca he ofrecido a la ligera. "Mi música me conquistará la inmortalidad", me dijo en aquella única ocasión; y su sonrisa agonizante no hacía sino manifestar su triunfo.

La danza sin música aumentó ligeramente su ritmo, mientras Víctor abrazaba más estrechamente a su pareja. Se habían dejado llevar por el embrujo del vals, sin ojos para el triste callejón abandonado, en una ciudad estacional cuya mera existencia ni siquiera era concebible entre las luces cegadoras de la Viena imperial, cerrada a los vientos de cambio, en los albores de unas décadas de horrores que cambiarían Austria, Europa y el mundo entero.

—Fue en París, durante la feria mundial del sesenta y siete, donde tal vez pueda decirse que venció en su duelo con la muerte. Allí estrenó la versión orquestal de su "Danubio Azul", que había sido recibido inicialmente con un éxito relativo. A los vieneses, por supuesto, les acabó encandilando y su popularidad no dejó de acrecentarse con los años. A veces me pregunto qué hubiera pensado el bueno de Johann si hubiera tenido ocasión de contemplar su vals, un siglo más tarde, ejecutado en el espacio. Pero rechazó mi don, así que nunca lo sabré.

Víctor volvió a separarse ligeramente de su pareja, sin perder el paso, para poder contemplarla mejor.

—Quizás eligió bien. Este don no está libre de cargas. Recuerdo perfectamente el Danubio, fluyendo a través de Viena, el casino de Dommayer, el *Apollo*, los conciertos en el *Vienna Volksgarten*…, pero no recuerdo su rostro. Soy incapaz de rememorar una sola de las caras de mi larga vida. Para mí existe un único semblante por vez, un único vínculo humano, que acaba ineludiblemente en la muerte o en la renuncia. Lo veo a lo lejos, conduciendo su orquesta, recuerdo nuestras conversaciones, nuestros reencuentros, pero todo lo que atesoro de su fisonomía, de su alma, es la sonrisa de un anciano moribundo. Johann no lo hubiera soportado. Lo más seguro es que su música se hubiera marchitado. El don le hubiera hecho perder aquello que lo hacía único.

Agitó la cabeza con pesar. Siguieron bailando sin más palabras durante un rato, aproximándose, poco a poco, a la coda del vals silencioso, la recapitulación final.

—Pero estoy siendo extremadamente descortés —dijo finalmente Víctor—, parloteando acerca del pasado cuando sostengo el presente entre mis brazos. Aunque he de confesarte algo, en cierto modo, Isabel, tú también eres mi pasado. Tú eres mi rostro ahora, la única mujer que existe para mí en la Tierra; mi musa, mi madre, mi esposa, mi hija, mi Eva, mi Isabel du Plessis…

El baile llegó a su fin. Aún asidos de la mano izquierda, se separaron unos pasos y se saludaron con una reverencia.



Ilustración: Ferran Clavero

—Tu sonrisa me ha permitido encontrarte. Ahora sé tu nombre y sé por qué estás al borde de la pista de baile, maravillada por las evoluciones de los danzarines, embelesando sin saberlo al joven Carlos. Sin embargo, necesito saber más de ti, necesito conocerlo todo: por qué ese anhelo de venganza, contra quién, tu futura relación con Carlos… y sólo tengo un modo de averiguarlo.

Ven, Isabel, regálame una existencia.

Sin la menor vacilación, la joven se aproximó a Víctor e inclinó la cabeza a un lado. Éste la sujetó con ternura, casi como si fuera a concederle un nuevo baile y clavó sus colmillos en su piel tersa. Comenzó a agacharse, a medida que las fuerzas abandonaban a su víctima y se le doblaban las piernas, hasta acabar de rodillas en el suelo, sujetando en un abrazo el cuerpo exánime de la chica.

—Isabel, mi Isabel —susurraba, mientras pasaba una mano por el pelo encrespado de la chica—. Gracias.

De nuevo besó tiernamente los labios de la chica, pálidos y fríos ahora. Un recuerdo por lo que fue y un reconocimiento por lo que aún era en su interior. Se incorporó lentamente con ella en brazos y la llevó hasta un extremo del callejón, orientado directamente hacia el este. La depositó con cuidado en el suelo, recostada contra la pared, y recompuso sus brazos y piernas de modo tal que parecía estar simplemente sentada, descansando después de un duro trabajo.

—Tengo que dejarte ahora. Nadie te molestará hasta que salga el sol y, cuando lo haga, salúdalo de mi parte. Siente su beso ardiente y mientras te consume dile que me has regalado un poco más de vida, que me has concedido un aplazamiento y que aún no ha llegado el tiempo de mi última cita. Transfórmate en luz y sube al firmamento. Quién sabe, tal vez te reúnas con mi añorado Johann.

Sin volver la vista atrás, Víctor salió del callejón y se dirigió hacia donde había dejado aparcada su moto. Su expresión era extraña, una mezcla de melancolía y éxtasis. Aún tenía que terminar de saborear el regalo de Isabel.

Maquinalmente, se puso el casco y arrancó el motor. Todavía sin rumbo fijo circuló por las calles, mucho más desiertas ahora que cuando la noche todavía era joven. Recorrió varias manzanas sin pensar en nada, dejando que la experiencia cristalizara en su interior. Poco a poco, la alegría sustituyó a la tristeza. Sin casi proponérselo empezaron a surgir tramas en su cabeza, giros argumentales que llevarían su novela por sorprendentes derroteros. Isabel du Plessis iba a ser uno de sus mejores personajes, la heroína indiscutible del libro y quién sabe si de toda una serie de ellos.

Aún era relativamente pronto. Si se dirigía inmediatamente a su apartamento, tal vez tuviera tiempo de escribir un par de miles de palabras antes del amanecer. Sonrió. Aprovechó que no venía nadie y cambió de sentido en medio de la calle, cruzando la línea continua. Aceleró. Estaba ansioso por empezar a contar la historia

de Isabel.

Sergio Mars nació en Valencia, España, en enero de 1976. Es biólogo y está a punto de finalizar su doctorado en genética. Es miembro de la sociedad Tolkien Española y vocal de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror. Es lector empedernido y ecléctico, ya que entre sus intereses se divisan, junto a escritores de fantasía como Tolkien, Michael Ende, Rider Haggard, Howard y Bécquer, por ejemplo, creadores de hard y especulativa (Greg Egan, David Brin, Asimov y Clarke) y de terror clásico y moderno (Poe y King). En Axxón 109 se publicó "Ouija", en el 111 "La criatura" y un par de relatos de fantasía heroica, "El reto" y "El monasterio de la Hermanda Roja", en el e-zine "Los Manuscritos Perdidos". Colaboró con un capítulo en el libro *Memoria de la novela popular: Homenaje a la colección luchadores del espacio*, y ficciones suyas aparecieron en Qliphoth N° 15 y Alfa Eridiani N° 18. Un cuento de corte lovecraftiano, "Destellos de oscuridad", integra Visiones 2005.

La conquista mágica de América

Jorge Baradit

Perdido en un sucio y oscuro zaguán entre los laberintos de la ciudad de Sevilla, hundido entre papeles y pergaminos reblandecidos por el asfixiante calor del verano, un cabalista llora abrazado a su pequeño escritorio de caoba. Interminables cálculos tan intrincados como la propia ciudad han desembocado finalmente en una solución que brilla ante sus ojos con la luz de todo un coro de ángeles: la fecha propicia para invadir América esplende ante sus ojos limpia y perfecta bajo complejas series numéricas borroneadas una y otra vez. Es el año 1227; hay un largo camino que recorrer y mucho que preparar.

La existencia de este nuevo mundo había sido descubierta sólo un par de siglos antes. La red de mediums que vigilaban el mundo conocido habían intuido presencias de un nuevo tipo de consciencia colonizando áreas importantes del plano astral y dieron la alarma. Descubrieron que mecánicas desconocidas y poderosas levantaban estructuras ciclópeas entre los pliegues de la mente del planeta, como si otro continente emergiera con inusitado ímpetu.

De inmediato, un selecto equipo de videntes fue asesinado y enterrado en una línea recta apuntando hacia las nuevas señales. Todos eran signo géminis, todos cargaban una roca de cobre en el estómago. Los mediums comenzaron a recibir las transmisiones de los videntes asesinados, haciendo puente casi de inmediato. Las señales eran difusas y afloraban como débiles imágenes en blanco y negro, adhiriéndose llenas de estática a las retinas de los mediums como recuerdos de infancia: un olor desconocido, el multicolor manto de una madre, la certeza en la existencia del Tamoanchán. Colores y animales extraños, edificios de piedra, escalinatas ensangrentadas brillando a través de nieblas de incienso, plumas y piel oscura; otro zodíaco cosido a la piel de la noche, cuchillos de obsidiana y brujos poderosos.

Manipularon, influenciaron y tiraron de todas las redes y cuerdas invisibles que sostenían los imperios en su afán de alcanzar las nuevas tierras. Pero lo hicieron delicadamente, pacientemente. Invisibles.

En una de las tres naves viajaba un representante de las logias oscuras. América se estremeció cuando su planta tocó las arenas del Caribe. Todos los chamanes del continente giraron los rostros hacia ese punto con el corazón encogido por una repentina angustia, como si una piedra negra hubiera caído sobre el lago tranquilo de la América astral.

Después, vino la expedición definitiva.

No era oro lo que buscaban los que venían escondidos tras la marea de sífilis que avanzaba, como una tormenta de dientes hambrientos, a través del Atlántico.

Detrás de los ejércitos y su ferretería, aún detrás de la cruz y la hoguera, venía la verdadera peste. Magos, cabalistas, guardianes del grial, alquimistas y sus golems se arrastraban escondidos entre los arcabuces, regurgitando conjuros y venenos que clavaban como alfileres sobre la piel de la Pachamama.

Ellos no buscaban el oro que rodaba por los ríos, “el oro es paga de espadas e ignorantes”. Su oro no era oro vulgar.

La operación de conquista y sus detalles eran antiguos. Antes de sus propios nacimientos se habían previsto todos los detalles. Por eso, cuando el Consejo de los pueblos Rojos intentó reaccionar ya era demasiado tarde, la Conquista Mágica de América estallaba en sus rostros como una tempestad arrasando el continente, como una coreografía mil veces ensayada y representada a la perfección.

El nombre de Jehová fue un terremoto abriéndose paso a través del estómago del continente como el cuchillo de un carnicero. Nadie alcanzó a invocar protección porque la daga castellana degollaba en la cuna el grito y cortaba las lenguas de los que sabían las palabras adecuadas. Quemó los signos de poder, destruyó las máquinas para comunicarse con los dioses; aisló a los pueblos y les devoró la memoria antes de arrojarlos como rebaños perdidos al desierto de la amnesia.

Cuando se apagaron los incendios y el polvo de las masacres se hubo posado sobre las piedras, vino la cruz recogiendo el dolor de los huérfanos, encadenando las almas a su rosario de esqueletos.

América yaciendo herida de muerte, expuesta a los escalpelos

del que venía detrás, el verdadero depredador mágico que se inclinaba sobre los campos de batalla desolados, hurgando en las entrañas abiertas de los hijos del Sol, buscando sus augurios y su paga de cuervo. Buscando señales en los mapas que leía en los intestinos tiernos de la gente roja.

Lo que habían descubierto en Europa bien valía cien operaciones de conquista como ésta.

Años antes de zarpar, hundieron clavos de cobre a través de los ojos de un vidente eslavo y luego de muchos intentos consiguieron penetrar en las líneas de comunicaciones de los chamanes americanos. A través de sus ojos pudieron escudriñar cada centímetro de las intrincadas construcciones rituales con que modulaban las portentosas fuerzas que emanaban de los pezones de esa nueva tierra. Asistieron al levantamiento de arquitecturas que continuaban hacia el plano astral en complejas urbanizaciones mentales. Vieron prodigiosas máquinas voladoras de piedra planeando a baja altura, operadas con gemas preciosas y mantras bellísimos. Vieron enormes pirámides de roca girando sobre su eje para calibrar la vibración energética de ciertos valles. Fueron testigos atónitos de portentos que no podían tener otra explicación que una inusual fuente de poder radicada en el territorio.

Penetraron sus redes de datos más profundas, comieron los cerebros de cuatro niños no natos y vieron, a través de los ojos de un sacerdote maya, el códice más santo de todos: el “viento naranja” , escrito y primorosamente ilustrado íntegramente en el plano astral por generaciones y generaciones de brujos iniciados.

Supieron de Ce acatl.

Supieron de Kallfukura.

Supieron cómo derrotarlos y arrebatarles la fuente de sus maravillas.

Esa noche lloraron abrazados y mataron a todos sus hermanos que no merecían saber lo que ahora ellos sabían.

Reordenaron el calendario europeo y abrieron una ventana de tiempo falsa, oculta a los ojos de dios, para que Hernán Cortés desembarcara sus tropas en el Anáhuac justo en el año 1519, número 7, con una única palabra murmurada en secreto de boca a oído: serpiente emplumada.

Cuando Cortés desembarcó, subió a su caballo y un representante le

indicó la palabra con que debía nombrar el lugar para hacerlo seguro. Le recomendó nunca desmontar antes de renombrar los lugares. De ahí en adelante cada sitio conquistado era rápidamente renombrado con un “conjuro-llave”, codificado tras un nombre cristiano, que anulaba la energía opositora y encarcelaba entre las letras al numen protector del lugar. De esa manera avanzaban con seguridad por terrenos incapaces de defenderse. El rito de conquista avanzaba como una infección.

Escondidos a la sombra de los ejércitos, los representantes guiaban a los capitanes en el primer objetivo: bajar a través de la cordillera de los Andes destruyendo un por uno los chakras de América para debilitarla y nublar la visión de sus chamanes guerreros, los únicos capaces de oponerse al objetivo final, oculto allá en el sur más boscoso.

Uno por uno cayeron los pueblos que resguardaban los puntos de poder de la madre tierra. Cada templo mayor era desmantelado cuidadosamente para exponer el “punto blando” y cegarlo con cantos y signos de oscuridad. Siempre se construía una iglesia encima, como llave ritual obstruyendo la respiración del territorio.

Los restos de las civilizaciones que florecían como hongos en torno a cada punto energético servían de carroña para la jauría de la Corona. Mujeres y oro, niños y sangre para sus cálices.

Pero los representantes no buscaban oro vulgar.

No todos los representantes sabían cuál era el real objetivo de la operación de conquista. Sólo los guardianes del grial conocían la verdad y eran los encargados de “mantener secreto el secreto” hasta el momento indicado.

Ningún representante aparecía en registro alguno, ninguno recibió cargos o haciendas, nadie tenía derecho a mirarlos o discurrir sobre sus oficios. Los que habían escuchado una sola palabra de boca de un representante, eran borrados del libro de la vida y sus huesos se convertían en polvo arrojado a algún desierto.

La verdad no es para todos.

—La verdad no es para todos —dijo el de la barba color fuego; cerró los ojos y el tercer congregado de la izquierda se desplomó estrellando su rostro contra el suelo. Una profunda herida manaba sangre a borbotones desde la zona de la nuca, justo en el centro de un tatuaje ritual representando al ouroboros.

—La muerte vive a nuestras espaldas todo el tiempo, esperando el momento para sacarnos a vivir.

—El asiento peligroso —murmuró uno que debía sentarse de costado para no herir su pierna tullida. Alguien, en las sombras, limpió un cuchillo y tomó el cadáver por las pantorrillas para arrastrarlo hacia la oscuridad.



Ilustración: Endriago

—Su camino concluía hoy —continuó el de la barba color fuego —pero el nuestro continúa. La obra es un bajel que cruza los siglos y hoy somos nosotros los que afirmamos su timón, aunque somos menos que el polvo entre sus tablas.

Todos asintieron en silencio.

Todos eran sobrehumanos.

—Ahora es el momento para escuchar la verdad —dijo con voz queda, desprovista de toda solemnidad—. Lucifer, después de su derrota, fue arrojado hacia la materia con toda la violencia que la ira divina pudo descargar. Cayó durante eones hasta alcanzar los fondos más profundos del océano de la eternidad: nuestro Universo. Cayó de cabeza a través de las órbitas celestes como un proyectil desconsolado. Cayó hacia nuestra Tierra, atravesó la atmósfera y el casco polar con un estruendo como de muchas aguas en gran disgusto, como muchos ejércitos gritando el nombre de Yavé al unísono.

»Ahora yace enterrado, encadenado a los abismos, crucificado de cabeza y lamido por el magma, aullando su dolor eterno de belleza perdida y poder arrebatado.

»Al momento de encallar en nuestro mundo, la hermosa diadema que embellecía su frente cayó a perderse en el instante

mismo en que se abrían las carnes de la madre y “el que trae la luz” nacía hacia adentro destrozado, hundido de regreso a la matriz.

»La piedra azul, Venus. Ése es el secreto más secreto que nos mueve en peregrinaje hasta estos yermos perdidos de toda misericordia —concluyó hundiéndose en el silencio. El silencio que todo lo rodeaba como incienso consagrando la revelación.

—Maran atha —murmuró emocionado el más joven.

—Mañana morirán dos más —continuó el de la barba color fuego—; luego levantaremos el campamento y nos iremos en silencio. Es menester que este poblado sea destruido por los naturales, para que la matemática de los eventos nos sea propicia.

Talcahuano, Tralkawenu, el trueno del cielo.

La piedra azul estaba alojada en el interior del cráneo de una machi que, en su juventud, se había hecho arrancar los ojos para “poder ver”. Había cosido sus párpados con tendones de cóndor y huemul, para que su visión corriera veloz entre los bosques de araucaria y volara alta sobre los lagos y volcanes de la Meli Witran Mapu.

Ngenechén estaba con ella.

Una noche, convertida en halcón, había sobrevolado el campamento de esos extraños hombres de piel blanca como la muerte, los winka. Le había dolido el olfato la hediondez que emanaba de esos cuerpos fajados en telas inmundas y tuvo que huir. La espantó el olor de sus barbas manchadas de comida, la deslumbró el brillo de la luna adornando sables y yelmos.

Hace mucho tiempo que los venía sintiendo arrastrar sus metales sobre la piel de los valles. Había escuchado llorar a la Pincoya y quejarse a los traukos cada vez que esos brujos blanquecinos como pollos sin cocer destruían un poco más el corazón de la mamita que nos cuida.

La machi Alerayén era ya muy anciana, a pesar de ello nunca se había asomado a semejante negrura como aquella noche en que decidió espiar a través de la pupila de un winka. Casi perdió la razón. Todo su paisaje de ríos, montañas y helechos se hundió en un pozo espeso, giratorio, repleto de cárceles oscuras, pestes, hogueras, cruces, clavos, espacios cerrados, ciudades hediondas a mierda y látigos. “Su dios cuelga clavado de un tronco, como un trozo de carne para asar”, su corazón le gritó en la cara y la machi cayó aturdida, rodando entre los matorrales.

La machi Alerayén tuvo que mantenerse despierta durante siete días y siete noches, recibiendo las penas de cientos de refugiados que arribaban cargados de desolación a la tierra mapuche.

Todos seguían el último mandato del ya desaparecido Consejo de Ancianos de las razas rojas: —Cada hijo de la mama tierra que sobreviva a la jauría blanca y pueda cargar una lanza, deberá encaminar sus pasos hacia el sur para unirse contra la barbarie. El corazón de nuestra tierra corre peligro.

Guerreros-águila del Anáhuac, México, mocetones quechuas, mujeres cocodrilo del Amazonas, jóvenes shwar capaces de hacerse invisibles, chamanes jaguar del desierto de Atacama, soldados maya conocedores del combate en los sueños; hombres de piel roja medio muertos de hambre, en harapos, desfallecientes.

La machi sentía que el día de las lágrimas se acercaba y pidió consejo a las plantitas que hacen ver. Quemó hierbas en torno a su rehue de canelo que se elevaba dos metros sobre el suelo y se hundía doscientos bajo tierra para enterrarse en la cabeza de la serpiente que podría perderlos si no era controlada de ese modo. El chamico (planta alucinógena) habló con ella sobre los tiempos que vendrían y la machi lloró tanto que todas las vertientes de Tralco se amargaron para siempre llorando con ella. Gotas gruesas como la miel manaron desde las cuencas vacías de la última chamana capaz de hablar con las plantas de poder.

El chamico le habló sobre la pérdida de la memoria y la vergüenza, sobre la necesidad de mantener oculto el corazón de América hasta mejores tiempos, la Kallfukura, la piedra azul. Le contó en voz baja, mirándola desde adentro, acerca de infinitas cruces que se clavarían en el continente siguiendo un exacto diagrama de acupuntura negra para debilitar la tierra y mantenerla adormecida, alimentando al vampiro que se solazará en su leche. Le especificó la palabra que los mapuche deberán pensar como

protección cuando los retraten para el archivo de almas que usarían los gobernantes para su magia negra. Le rogó que no capitularan en su defensa de la entrada a la ciudad bajo la cordillera.

La anciana suspiró, cansada y triste bajo su piel gruesa y oscura como corteza de araucaria.

—¡Madre machi! —gritó un joven guerrero que corría entre los árboles.

La anciana dejó de mirar a los ojos al chamico y la construcción cayó hacia arriba como agua estallando contra el cielo.

Todas las aves dejaron de cantar.

Un escarabajo salió por el oído de la machi y ésta recuperó los colores y la definición de su imagen.

Giró la cabeza y murmuró: —Llegó el momento. No pensé que demorarían tan poco en encontrarnos.

—Madre machi —dijo el kona cayendo de rodillas, acezando —. El comedor de Sanpedro se comunicó con la red de vigilancia. El chamán de Curacautín dice que una bandada de tordos apareció sobre los campos del lonco y las aguas de todas las acequias se enturbiaron como la sangre. Asegura por su linaje que esto no es cosa de kalkus o wekufes.

—Lo sé —interrumpió—; ayúdame a ponerme de pie y corre a decirle a nuestro lonko que haremos una rogativa.

—Pero, un nguillatún requiere preparativos demasiado lentos y…

—Nadie preguntó tu opinión, impertinente. Tenemos sólo dos días, por eso te pedí que corrieras —insistió ásperamente. El kona hizo una grosera mueca de molestia frente a los ojos vacíos de la vieja y saltó entre la espesura separando enormes helechos y espantando una infinidad de aves de colores, que volaron hacia los árboles como frutos regresando a sus ganchos.

—¡No creas que no te vi, Leftraru! —gritó la anciana agitando su bastón en el aire.

El nguillatún convocó a todos los loncos de la Meli Witran Mapu. También llegaron brujos de la cordillera, antiguos pillanes y espíritus

de los volcanes, también vinieron célebres guerreros reencarnados en pumas, árboles o destellos de luz azul.

La machi habló fuerte, tan fuerte que hasta el Sol se detuvo para escucharla. Comenzó hablando sobre el doloroso llanto de la mama tierra. De cómo la cruz que el europeo clavara allá en el norte la ancló para siempre al mapa y ya no fue libre nunca más. Advirtió que si la resistencia fracasaba, vagarían perdidos para siempre, ciegos y sordos tanteando el suelo como niños buscándose el alma entre las piedras. Insistió en la necesidad de mantener la fe y la esperanza en el regreso de los verdaderos dioses blancos, que yacen dormidos en la ciudad bajo la cordillera. Recordó que el pueblo mapuche tiene la dignidad de “Guardianes de la Entrada” de esta ciudad y que no tienen otra alternativa que combatir hasta el final protegiendo la llave que abre las montañas. Llorando les confesó que habían pasado ya dos lunas desde que escuchó hablar por última vez, en susurros incoherentes, a la mama tierra y que desde entonces sólo un gran vacío llenaba su mente y las montañas ya no le respondían. Les cuenta que teme lo peor. Los aliados mágicos se desvanecen de pena, las aves sólo cantan y el paisaje comienza a olvidar quién es.

Informa que ya huele la marea infecta que se acerca por el horizonte, con sus corazones extraviados y la espada presta. Que no tardarán una noche en estar a la vista, que deberán avanzar de inmediato para evitar que crucen el río y contaminen el suelo de la Meli Witran Mapu con sus pies afilados y su violencia sin sentido. Los conmina a retenerlos con buenas y malas artes porque no son humanos. Les revela que hay un antiguo pacto con la oscuridad viviendo en sus corazones que los impulsa y los pierde. Ruega que no retrocedan porque la verdadera batalla es mágica, que hay unas nubes negras arrastrándose detrás de la jauría que no alcanza a distinguir. Les confiesa que necesitará tiempo, quizás unos cientos de años, pero que confía en encontrar la manera de despertar a la mamita de nuevo.

Luego del rito, cientos de konas avanzaron entre gritos de trueno encabezando los ejércitos. Más atrás caminaban, cansados pero decididos, los restos de las orgullosas castas guerreras de toda la América roja, sus emblemas llenos de cicatrices en el cuerpo y en el alma, pero con la mirada de piedra aún embelleciendo sus semblantes.

Cientos de brujos montados en cóndores obscurecieron el

cielo a su paso. Abajo, traukos e invunches brotaban de la tierra para sumarse a la resistencia. Vino el alerce. Las piedras y los riachuelos se levantaron hombro con hombro contra el brujo europeo.

Una cruz se clavó en Loncoche.

El continente entró en estado de coma.

La machi ruega a viva voz, pero sólo el eco le devuelve la plegaria.

Jorge Baradit Morales nació en Valparaíso, Chile, en 1970. Diseñador gráfico, omnívoro del cine y la literatura, gusta definirse como una variante especial de surrealista, realista del sur… Jorge obtuvo una Mención Honrosa en el Concurso de Cuentos de Ciencia Ficción organizado por el fanzine Fobos, en el año 2003 y parece que finalmente podremos leer su largamente esperada novela, *Ygdrasil* editada por el sello Nova de Ediciones B.

Pleamar

Marcelo di Lisio

Vuelvo a la ciudad de Las Grutas como vuelvo cada noche de esas pesadillas en que una y otra vez te vas para siempre. Despierto aferrado al endeble recuerdo de las líneas de tu rostro, ese que poco a poco, noche a noche va desdibujándose en mi memoria dejando apenas estas hebras de sensaciones que me catapultan a la vigilia.

Los recuerdos que hoy tengo de tus facciones se asemejan cada vez más a esas figuras difusas en los cuadros de los pintores impresionistas donde todo se resuelve con unos pocos trazos de pincel sobrecargado. Nada me gustaría más en este momento que ser el dueño de esa audacia que tenían Monet o Seurat para dejar de lado los detalles y atrapar las emociones que despiertan un rostro o un paisaje y, en forma inversa, deducir desde estos despojos de sueños cada expresión olvidada de tu cara.

Me pregunto dentro de cuántas noches nadaré desesperado el oleaje de mis sábanas luchando para no perder el último color de tus mejillas, tus últimas pupilas, tus labios. Dentro de cuántas noches llegará el olvido absoluto.

El jueves de la semana pasada, por segunda vez desde que llegué a estas playas, entrada la noche bajé a la zona de los balnearios y hundiendo mis zapatillas en la arena caminé en silencio hacia el sur, siguiendo la curva del golfo San Matías, rumbo a Piedras Coloradas, donde se encuentran las rocas artificiales.

A pesar de que recién comenzaba el mes de enero hacía frío. Anduve un rato largo con las manos escondidas en los bolsillos de la campera de jean. Más tarde busqué abrigo en un primer cigarrillo ignorando deliberadamente la mirada altanera de la luna. Podía imaginar su sonrisa burlona flotando en algún lado encima de mis hombros, sus amagues tratando de mojarme los pies empujando cada lengüetazo de espuma que las olas arrojaban a mi paso. Cada ola como un dedo derramándose desde el cielo diciéndome *estoy acá, no te hagas el distraído.* Su luz blanqueando el perfil de mi cara. Si hubiera podido arrancármela de un manotazo lo hubiera hecho.

Sabía que debía ir con cuidado, había concluido la bajamar y

con ella las pocas horas de acceso libre para llegar a las coloradas. La marea estaba casi en su momento de esplendor, tendría que llegar a las rocas lo más rápido posible si quería encontrar a Cecilia sin ponerme en peligro.

Empujado por el agua que subía y se acercaba cada vez más me fui pegando al acantilado sembrado de enormes cuevas que habían sido talladas en la piedra por siglos de vientos y oleaje marino. Cada tanto fue necesario que ingresara en alguna de estas grutas y esperara hasta que el agua se retirara para seguir mi camino.

Nunca supe bien por qué en nuestro país el fenómeno de las mareas parece encontrar su pico de esplendor en esta franja de la costa sur que descansa sobre el Atlántico. Dos veces al día en un plazo de pocas horas, bajo el influjo mudo de la luna, la playa de piedra y arena se ve inundada por el oleaje en estampida que crece devorándolo todo. Horas después el proceso se revierte y rápidamente el agua comienza a retroceder desnudando el vientre rocoso del lecho, descubriendo enormes piscinas talladas en la piedra por la mano del hombre, infinidad de caracoles de formas caprichosas y estrellas de mar. Cuando parece que llega al punto máximo de retroceso y parece que va a frenar sigue descendiendo hasta exhibir desniveles abruptos contra los que las olas rompen con violencia explotando en llamaradas de agua y espuma.

Lentamente me fui acercando al último murallón de rocas. Arriba, más allá de la avenida costanera, iban quedando atrás las luces de las últimas casas que ahora con mayor frecuencia se alternaban con terrenos descampados. Muy lejos, a mi espalda, había quedado el cartel de neón del balneario de aire mediterráneo, ahora pequeño e ilegible. Desde hace ocho años la totalidad de la energía eléctrica de la ciudad se obtiene gracias a los grandes desplazamientos del agua de mar provocado por las mareas. Durante el proceso de pleamar y bajamar el océano atraviesa las compuertas del moderno embalse construido en el golfo para agitar las cuatro turbinas sumergidas que generan electricidad. Hoy en día tanto Las Grutas como la ciudad de San Antonio Oeste se iluminan gracias a este tipo de energía.

Las pocas personas que durante el día se animaban a avanzar hasta esta zona de la playa lo hacían para escapar del ruido y las rutinas para turistas anunciadas por los altoparlantes de los balnearios. El destino del recorrido solía ser la mayor parte de las veces el laberinto de rocas que, desparramadas en un desorden estratégicamente diseñado, formaba parte del último murallón que trataba de poner freno al oleaje en las playas de la ciudad.

Había caminado algo más de dos kilómetros cuando empecé a divisar los primeros reflejos con que la luz de la luna recortaba las rocas separándolas del océano que tenían como fondo. El corazón me empezó a latir fuertemente y sentí la sangre bombeando en mis sienes. En ese momento la pleamar cubría prácticamente todo el murallón y sólo se veía el lomo de las rocas asomando apenas sobre el agua según avanzaban y retrocedían las olas. Llegué a la gruta más próxima y buscando reparo del viento me senté a esperarla.

El problema con Santiago es que hace tiempo me di cuenta de que me mira torcido, como si desconfiara de mí o pensara que estoy loco. Tal vez lo que sienta sea lástima por mi historia, *mi situación* como le gusta decir. Al principio intentó conversar conmigo sobre Cecilia, incluso intentó disuadirme para que abandonara los viajes a Las Grutas, me pidió más de una vez que no volviera a verla aduciendo que toda la situación me estaba haciendo mal. Algún verano inclusive me invitó a pasar unos días en su casa de Villa Carlos Paz junto a él y Adriana, pero a mí me costaba horrores pararme enfrente suyo y sentir todo el tiempo su mirada cuestionándome. Está claro, él no me cree.

—¿Por qué lo hacés, Pedro?

—¿Qué cosa?

—Los viajes. Tenés que dejar de ir.

—¿Otra vez con eso? Santi, ya lo hablamos —miro el mouse rígido como una piedra entre mis dedos—. Voy porque está ella. Es un regalo que me hace la marea, ¿no sabías?

Santiago me sonríe ausente, como si estuviera pensando en otra cosa. Con un plano enrollado golpetea el borde del tablero de dibujo.

—No podés vivir enganchado a eso. Pasó un montón de tiempo, supongo que lo suficiente como para que hayas aprendido a olvidarla y lograr que Cecilia no vuelva.

—¿Y por qué mierda pensás que quiero olvidarla?

La banda elástica que mantiene enrollado el plano se corta entre sus dedos.

—Por algo que acá y en cualquier lugar del mundo se llama *salud mental,* Pedro, por eso.

—Si vos supieras cómo me cansan estas charlas. En el fondo lo que más me jode es que todos se quieran olvidar de Cecilia, que

la nieguen y que nunca la hayan ido a ver. No puedo aceptar que ahora encima traten de ignorarme a mí. ¿Tenés idea cuándo fue la última vez que Nacho o las chicas me dirigieron la palabra? ¿Sabés cuánto hace que ninguno me pregunta por ella? ¿De qué salud mental me hablás? Ustedes… —Busqué su rostro en la penumbra—. Acompañáme, Santi.

Lo oigo suspirar, como resignándose. La oscuridad de la tarde que las ventanas arrojan dentro de la oficina hace que el silencio se multiplique en el aire.

—A lo mejor no puedo ir, Pedro. O no quiero.

—¿Te das cuenta?

—No soy yo quien se tiene que dar cuenta. El año pasado no la viste… —otra vez los golpecitos con el rollo sobre el tablero.

El nudo que sentía en la garganta se cerró un poco más. No pude contestar. Santiago encendió la lámpara sobre su tablero e ignorándome volvió a trabajar.

Sin haberlo consensuado tenemos un trato. Él se hace cargo de los proyectos en la oficina durante los quince días en que viajo al sur. Atiende a los pocos clientes que durante el mes de enero visitan el estudio de arquitectura. En febrero es mi turno de quedarme en Buenos Aires, y es entonces cuando la soledad en la oficina puede volverse insoportable si, como el año pasado, vuelvo de Las Grutas sin haber podido ver a Cecilia.

Hay un momento preciso en que logro divisarla, casi podría decir que adivino por dónde va a aparecer. Esto generalmente ocurre en ese lapso en el cual el sol termina de hundirse en el horizonte y las primeras horas de oscuridad.

A veces puedo divisar, si todavía queda algo de claridad, su cabello negro asomando sobre el agua que sube sin parar. Otras veces la veo salir cortando las olas de la mano de la luna, su cuerpo chorreando agua caminando decidida hacia el lugar en que la espero sentado. Casi siempre me encuentra llorando mi emoción sin saber qué decir, se agacha frente a mí y me mira sonriendo con sus ojos negros. Yo no sé decir si ella también llora.

—Te estaba esperando.

—Por eso vine, Pedro, porque sé que me esperás.

Siento todo el vacío del mundo en el pecho, como si una desmesurada extensión de nada se abriera paso dentro de mí.

Cecilia entrelaza sus dedos por detrás de mi cuello y apoya el mentón sobre mi frente. Sus cabellos mojados se pegan a mis mejillas y siento la sal del agua quemándome los labios.

—Caminemos —me dice.

—Esperá, Ceci, el agua…

—No importa. Sólo un rato, dale, acompañame —me extiende su mano abierta mientras se incorpora—. Por favor.

Hace siete años que religiosamente viajo a Las Grutas para encontrarme con Cecilia. Siete años que en el mes de enero, a la hora en que empieza a atardecer, camino por la playa hasta las rocas coloradas para verla salir del agua cabalgando la marea que la empuja hacia mí. Cecilia montada en la pleamar caminando mojada, su rostro hecho de pasado, sus manos blancas de sal goteando algas.

—Es enorme.

—¿Qué cosa?

—La luna. Es enorme —repite—. Mirá.

Miro hacia abajo, temeroso de las olas cercanas. Saco los cigarrillos del bolsillo de la campera. La llama del encendedor dibuja su rostro contra el cielo. Aspiro el humo y exhalo apuntándole justo al corazón de la luna. Pongo el cigarrillo entre los labios de Cecilia y tirando de su remera con los dedos empiezo a caminar hacia el acantilado.

—Vení, mejor vamos a alguna de las grutas, está subiendo mucho el agua y eso no me gusta nada —le digo.

—¿No te gusta la luna?

—¿Sabés que no?

—A mí me hace compañía cuando estoy sola.

—Pero ahora estás conmigo.

De repente siento frío en los pies, tengo las zapatillas mojadas. Lentamente la ola regresa al mar.

—Salgamos de acá, Cecilia. Quiero que vengas conmigo.

—Pedro, me voy.

Me paro en seco y después de algunos segundos la enfrento. No consigo verle los ojos escondidos en algún rincón del rostro en sombras. Apenas por encima de su cabeza está la luna empujando la marea. Puedo sentir a mis pies toda la playa pulsando bajo su influjo.

—Ya no puedo volver. Toda esta mentira, este juego que te

empeñás en jugar es una ilusión y nada más, y te está enloqueciendo Pedro, te estás yendo.

—Mierda, al final resulta que te estás pareciendo a ellos. ¿Ninguno se da cuenta que no puedo abandonarlo? ¿No ven que no quiero?

—Por dios, pensá en lo que decís. ¿Cuánto tiempo más vas a soportar venir hasta acá? Todos los veranos, por siempre, para ver qué —su voz se apaga—, un recuerdo. Tenés que olvidarme, ¿entendés?

Le doy otra pitada al cigarrillo y lo tiro a la arena húmeda.

—Olvidáme —repite abrazándome por detrás.

—¿De qué me querés convencer? —le digo—. Ellos tampoco me creían y sin embargo acá estás. Pero vos… es claro… si hasta en mis sueños te estás desdibujando.

Le busco la mirada pero sólo veo la idea de algo, una nebulosa de gestos y sonrisas que me deslumbraron en el pasado y que ahora caen uno detrás de otro, acumulándose, superponiéndose como acrílicos en la paleta de un pintor hasta que pierdo la conciencia y no veo más nada.

Durante mucho tiempo planeamos el viaje descartando distintas posibilidades, haciendo pesar en la balanza motivos sentimentales en algunos casos, motivos de kilometraje en otros, supuestas comodidades, posibilidades de aventura. Finalmente optamos por la aridez y las playas del sur pero la premisa de cuidar la aridez de nuestros bolsillos.

Nacho manejó el viejo Peugeot 205 con el que se jactaba de haber desovillado una buena parte de las rutas del interior del país en compañía de Fernanda. Daniela viajó en el asiento trasero manipulando un descomunal mapa que desplegado atravesaba el auto de ventanilla a ventanilla. Juntos integraban el trío más equilibrado que me tocó conocer en mi vida. Por increíble que parezca jamás los vi discutir y, si la pareja de Nacho y Fernanda fuera una mesa, podría verse a Daniela como la tercera pata necesaria para equilibrar el más mínimo desnivel. De todas formas por el bien de los tres y para cambiar un futuro que cada vez se sentía más a gusto con la soledad de Daniela, todos intentábamos colaborar en la búsqueda de una cuarta pata.

Como ellos viajaron con espacio de sobra cargaron además

con las carpas y la mayor parte del equipaje, en tanto que con Cecilia nos acomodamos tranquilos en el auto de Santiago y Adriana. La amistad que las unía podía rastrearse en las canchas de deporte de algún club de barrio en los primeros años de adolescencia. Con Santiago nos conocimos en un pasillo del tercer pabellón de Ciudad Universitaria mientras buscábamos nuestros nombres escondidos en los listados de alguna cátedra con la misma pasión que ponía Daniela para encontrar caminos de ripio en el mapa de la Patagonia. En la fiesta de graduación de Santiago conocí a Cecilia y a los demás. Fue casi al año de ése evento que empezamos a planear el viaje.

El camping en el cual decidimos establecernos tenía salida directa a la playa, podíamos dejar los autos junto a las carpas debajo de la arboleda y caminar hasta alguna playita alejada de los balnearios donde se juntaba la mayor parte de los turistas. Así un día supimos de la existencia de la playa de las Piedras Coloradas donde varios años atrás habían diseñado el murallón de contención para frenar las olas. Nos llamó la atención una serie de carteles que anunciaban las rocas artificiales. Se decía que las habían hecho traer de Italia y aunque probablemente esto fuera cierto lo indudable era que formaban parte de otra de esas artimañas políticas con que el gobierno de turno intentó atraer el turismo. Serpenteando sobre la arena, amontonadas unas sobre otras, era sumamente difícil diferenciarlas de las verdaderas piedras del paisaje.

Vimos también los carteles de advertencia sobre las mareas pero al cabo de dos o tres días ya nos habíamos familiarizado con el ritmo del avance y retroceso de las olas.

La primera tarde que estuvimos en las rocas transcurrió con normalidad, llegamos al lugar con la bajamar y cuando emprendimos el regreso el agua recién empezaba a subir. Si bien el fenómeno era bastante previsible en cuanto a sus manías y horarios no dejaba de provocar cierto temor entre las chicas del grupo.

Al día siguiente Nacho convenció a Fernanda y decidimos quedarnos un rato más. En ciertos lugares de la playa habíamos visto un par de simulacros de escaleras talladas en el acantilado que podían servirnos como vía de escape si llegaba a ser necesario. Nos pareció que las rocas que formaban parte del murallón rompeolas eran un buen sitio donde sentarnos a tomar sol y descansar. Estuvimos varias horas perdiendo el tiempo entre mates y chapuzones. Apenas el agua empezó a subir Daniela fue la primera en emprender la retirada hacia el sector más seguro cercano a las escaleras.



Ilustración: Marian

Hacía rato que el sol había perforado la cáscara del horizonte y entre bromas fuimos atrasando la retirada. Los primeros instantes de luna en el cielo nos encontraron aún sobre las rocas y arrojándonos al mar.

—¿Qué les parece si vamos volviendo? —grité a los que estaban en el agua.

—Va quedando poca playa —acotó Fernanda buscando a Nacho que sacaba la cabeza de entre las olas—. ¿Por qué no salís, Nacho? Me está dando miedo.

—No sean cagones, che —gritó Cecilia antes de tirarse de nuevo al agua.

—¿Dónde está Daniela? —preguntó Fernanda mientras comenzaba a guardar los restos de la mateada en su bolso.

—Está llegando a una escalera. Vamos, Cecilia, esto no da para más. La marea está subiendo demasiado, la punta del murallón ya quedó bajo el agua.

—La última vez —gritó Cecilia.

La luna observaba todo desde el cielo mientras empujaba la marea hacia el acantilado. Quizás era esa su forma muda de expulsarnos de nuestro paraíso íntimo. Quizás la marea era la manzana a morder, una manzana que no dejaba de crecer.

Fue un instante antes de que la tarde le terminara de ceder el cetro a la noche. Cecilia trepó una vez más a las rocas. La imagen tuvo algo de visión y mucho de artificial. La vi saltar de una piedra a otra mar adentro, su cuerpo mojado despidiendo destellos bajo la luz de la luna, mis ojos saltando de la figura de Cecilia al disco blanco en el cielo. Resbaló y tras golpear en una saliente con el

costado derecho de su cuerpo cayó al agua. La vi hundirse y luego salir a flote con la inercia de alguien que ya no controlaba sus movimientos. Desesperado salté sobre las rocas gritándole a Nacho que estaba en el agua para que se acercara a ayudarla. Fernanda gritaba a mi espalda mientras inútilmente buscábamos el cuerpo en la oscuridad. En un momento la luz de la luna me mostró el rostro de Cecilia inconsciente sobre la cresta de una ola y me tiré. Segundos después salí a la superficie boqueando, mirando hacia uno y otro lado, mientras Nacho se acercaba hacia donde yo me encontraba. La perdí de vista una vez más. Nadé mar adentro alejándome de los demás, volví y grité enloquecido culpando entre llantos a la noche y a la marea.

Cecilia no apareció y la imagen de su rostro sobre el agua iluminado y desdibujado por la luna es el que hoy, después de siete años, estoy perdiendo al salir de mis sueños.

Hoy es mi último día en estas playas y esta frente a mí la última marea. Mañana a las ocho y veinte de la mañana sale el micro que me llevará de nuevo a Buenos Aires. Después de todos estos años puedo decir que conozco los caprichos de la marea, pero no aprendí a llevarme bien con la luna. Nos acostumbramos a miramos poco y con recelo.

Llegué a las rocas más tarde que de costumbre con la noche pesándome sobre los hombros. Esta marea tampoco trajo a Cecilia, apenas este viejo dolor para acunar en mis brazos. Hace instantes apilé mis ropas en un montón dentro de una de las grutas. Ahora sopla un viento cálido que agita la espuma sobre las olas.

Avanzo por el murallón con la respiración agitada, saltando de a ratos en silencio entre las rocas artificiales con la luna tatuándome el pecho. Antes de llegar a la mitad del recorrido ya estoy totalmente empapado por las olas que rompen contra las rocas salpicándome. Sigo avanzando con los brazos abiertos tratando de mantenerme en equilibrio. Dos veces el mar hace que trastabille sobre alguna roca y resbale pero me incorporo para seguir. Cuando llego a lo que parece ser el extremo tengo el agua golpeándome a la altura de las rodillas. Miro hacia el cielo y adelante, en línea recta con el murallón, veo a la luna también con sus brazos abiertos, esperándome.

La luna se desprende del cielo y se deshace en miles de reflejos que se recuestan sobre las olas para acercarse hasta mí.

Sobre ellos me dejo caer.

Hace muy poco, cuando en Axxón 153 apareció "En compañía", en el marco del Especial Mi Propia Muerte, dijimos que Marcelo Di Lisio nació en San Martín en 1968, que está casado, es papá de dos hijos y que el tercero está por nacer… si no nació ya. No hay mucho para agregar, por lo tanto, o sí. La sorpresa de muchos de los que leyeron el relato mencionado es tal vez menor a la que se llevó el propio Marcelo, quien acaba de contraer una deuda con "sus" lectores, deuda que tal vez se incremente luego de "Pleamar".

Ficción Breve (15)

varios

ALIENÍGENZOOS

Carlos Daniel Joaquín Vázquez - **Argentina**

El ente llega al planeta y esparce las esporas con un soplo divino. Los colores ya están presentes en el suelo, en el agua y en el cielo. Aún así, las esporas traen algo nuevo. Germinan, crecen, se reproducen, cambian. Así combinan los tonos y las tramas, creando alfombras de singular belleza.

La cría enorme festeja las diminutas siluetas de sus padres. Cuando están lo suficientemente cerca, los engulle. Para crecer debe estar bien alimentada.

Ello cree haber engañado a la Muerte. Flota en los límites de la nada, en los intersticios de la realidad, esperando y esperando. No sabe, o no quiere saber, que la Muerte es más antigua, y por lo tanto más zorra. Y que puede aguardar por siempre, con toda la paciencia inimaginable, hasta que Ello se canse, se desespere, dé un paso en falso. Porque la Muerte nunca aprendió a jugar al ajedrez, y por lo tanto nunca da tablas.

Una criatura singular que ha crecido en el medio del desierto. A duras penas obtiene beneficios del magro suelo y del sol ardoroso. Por las noches, le pregunta al ojo de la luna qué ha hecho ella para

sufrir tan descarnadamente. Un día se cansa, decide que basta, que ya ha sido suficiente, que seguir así no tiene sentido. Entonces, con el esfuerzo inigualable de todos sus deseos, quiebra el espacio-tiempo y se desplaza a otro universo, más benévolo, donde disfruta del convite de los seres del bosque.

Acaba de salir del mundo de los muertos. Persigue, desde hace mucho, los restos desperdigados de su amado, los cuales fueron arrojados perversamente por todos los rincones. Con sangre y tierra hará el cemento que unirá las partes. Con una batería de hidrógeno lo volverá a la vida.

La cazadora espera oculta en un hueco oscuro y protegido. La nave pasará cerca y la cosa feroz y agazapada notará su presencia. Eso, que esperó tanto tiempo por una víctima, se lanza al ataque. Invadirá sus mentes, transformándolo todo en espejitos de colores.

Lleva una velocidad alucinante. Los motores aúllan, el calor tiñe de rojo metales y cerámicos. El exterior se inflama, y el plasma avanza sobre la materia, avasalladoramente. Fénix ardiente, cruza los cielos. Al fin, sólo al fin, se consume en un punto de luz. Del otro lado, vaya uno a saber dónde, alguien lo extrae de la galera y lo muestra al público, que aplaude de pie.

Ella abre las piernas y le ofrece al otro su interior rosado y jugoso. Él acepta. Duro y enorme, la penetra. Ambos gozan, se besan, se lamen, gimen. Ella cierra los ojos, tira la cabeza hacia atrás, delira de placer. Él succiona y succiona. Y la va chupando, de adentro hacia fuera, hasta absorberla por completo. Preñado y redondo, se marcha. Con el tiempo suficiente volverá a parirla, nueva y rozagante.

Hemos dicho que Carlos Daniel Joaquín Vázquez (también conocido como Tut y Axxonita, porteño, nacido en abril de 1968) está apareciendo con mayor frecuencia que antes por estos suburbios, que a pesar de que el tiempo no le sobra ha encontrado el modo de escribir y regalarnos sus

extravagantes ficciones (entiéndase que "extravagantes" es un elogio). Resta decir que nos sentimos responsables de esta fecundidad literaria y que seguiremos insistiendo para que no se detenga. Hay más Vázquez a lo largo y ancho de Axxón. Busquen y lean.

LA DELEGACIÓN

Carlos Flores Gutiérrez - **México**

Habían pasado los mejores tiempos de la estación. Antes se denominaba "Estación Espacial para Manufactura y Ensamblaje" o *MESS* por sus siglas en inglés, hoy era llamado simplemente "El Astillero". Después de años de servicio, la estación fue reemplazada por otras de mayores dimensiones y capacidades tecnológicas, sus amplios espacios fueron arrendados a empresas, que la modernizaron, instalaron laboratorios y fábricas, acomodando una población fija de técnicos y científicos.

La decadencia del Astillero había sido gradual e inexorable, las empresas fueron retirándose a nuevas instalaciones y su población fue reemplazada por todo tipo de personas, principalmente dignatarios de organizaciones criminales que buscaban la ambigua jurisdicción espacial y comerciantes dedicados al servicio de la población.

En el centro de la zona habitable había un comedor de la época de las compañías. Cuatro niveles armados con módulos prefabricados en forma de dona de tamaño decreciente. Ahora era una taberna llamada "El Cascabel" , frecuentada por lo más representativo de la sociedad a bordo.

El "Astillero" recibía pocas visitas debido a su mala fama. Sin embargo a nadie llamó la atención que el transbordador de refacciones y víveres desembarcara a un sujeto joven, bien vestido pero de aspecto huraño. Algunos "socios" de los residentes acudían de vez en cuando a tratar asuntos de importancia en la estación, pero también más de un sicario había llegado en los últimos meses.

El recién llegado se dirigió al centro de la estación y entró en "El Cascabel", acomodándose en un extremo de la barra. Sus pasos

habían sido debidamente informados a todos los notables del Astillero, el desconocido parecía no notarlo o no darle importancia.

Pidió una cerveza, comenzó a degustarla pausadamente, como si fuese la última que bebería. Varios hombres entraron y se sentaron sin pedir nada, observando al recién llegado.

Instantes después llegó un opulento caballero, rodeado por dos acompañantes. En ese momento, la mayoría de los parroquianos que se encontraban en el lugar pagaron apresuradamente la cuenta y huyeron de “El Cascabel”.

El hombre opulento era Roy Lang, traficante de armas; había sufrido un atentado sólo tres semanas antes. Se hacía acompañar de un sujeto de aspecto escalofriante, enorme como un gorila y seguramente armado hasta los dientes, y una delicada y grácil dama de hermosas facciones; quizá la amante de Roy, quizá una letal guardaespaldas.

Roy caminó pomposo hasta la barra, cerca del recién llegado. La chica se colocó entre ambos y el enorme guardaespaldas se colocó al otro lado y junto al desconocido, quien permanecía silencioso, absorto en su cerveza.

—¡Hola amigo! —dijo Roy, afable—. ¿Qué noticias trae de la Tierra?

El desconocido levantó la mirada del tarro, sólo unos instantes.

—No hay noticias, amigo —respondió.

—No hay noticias… tan tranquila la Tierra —ironizó Roy—, veámosla.

Con un gesto ordenó al cantinero que encendiera una pantalla que mostraba una vista de la Tierra, tomada desde el atracadero de la estación. En una esquina podía verse parte del transbordador.

—Sí, se ve tranquilo allá abajo, ¿qué lo trae por acá, amigo?

—Trabajo.

—¿Qué clase de trabajo, amigo? —Roy comenzaba a perder la sonrisa.

—Soy sólo un delegado, amigo —dio un pequeño sorbo a la cerveza—, pronto me iré.

Roy hizo una señal y la docena de hombres que ocupaban las mesas se pusieron de pie como uno, sacando ruidosamente un arsenal de entre sus ropas, el gigante puso su manaza en el hombro del desconocido, obligándolo a encarar a su jefe.

Roy adquirió confianza, aún oculto tras su bella guardaespaldas.

—Traigan otra cerveza a este goloso bebedor —ordenó.

El segundo tarro se acomodó junto al primero casi vacío. Era obvio que el despliegue y las amenazas no lo intimidaban, no mostraba emoción alguna.

—Vas a decirme qué tipo de trabajo vienes a hacer, *amigo*.

—La muerte es mi trabajo, *amigo*. Trabajo con muerte, soy su delegado en esta estación —dijo tranquilamente y dio otro sorbo a la cerveza.

—¡Quién es tu blanco, dímelo! —Roy no esperaba tanta franqueza. Comenzaba a asustarse.

El gigantón lo obligó a ponerse de pie.

—¿Quien es tu objetivo? —preguntó otra vez.

—No tengo objetivos —respondió tranquilo, tomando el tarro de la barra—, vine a tomar una cerveza antes de trabajar.

—¡Jefe, mire la pantalla! —dijo el guardaespaldas, desencajado.

La imagen mostraba la conocida vista de la Tierra desde el atracadero, pero las blancas nubes y el azul salpicado de pinceladas de color había sido reemplazado por mareas de fuego, que en amplios frentes cubría la superficie de la tierra rápidamente.

—¡Qué diablos…! —alcanzó a decir Roy antes de abrir la boca y congelarse en una expresión de estúpida incredulidad y asombro, mirando la pantalla, mientras el desconocido, aún sujeto por el gigante, daba otro sorbo a su cerveza, indiferente a lo que ocurría afuera.

En la pantalla, las nubes se tornaban negras; sólo había llamas bajo ellas, lenguas de fuego que parecían querer alcanzar la estación. Aparecieron docenas de puntos moviéndose contra el fondo de nubes y fuego, eran naves de todos los tamaños que se alejaban de la superficie, como un cardumen de peces huyendo de las redes del pescador.

Una a una, las naves se convirtieron en bolas de fuego, disolviéndose en el espacio.

El desconocido apuró el contenido del tarro.

—A trabajar… —dijo suavemente, pero todos escucharon.

El desconocido abrió los brazos y echó la cabeza hacia atrás, algunos de los hombres de Roy abrieron fuego. El desconocido abrió

desmesuradamente los ojos y la boca, en un gesto de dolor, mientras las balas perforaban su cuerpo.

—¡Dios tenga clemencia de sus almas! —dijo Roy, observando la pantalla.

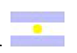
Y apareció el fuego en los ojos y boca del desconocido, desbordándolos, derramándose, incendiándolo.

—La clemencia ha terminado —se oyó la voz del desconocido, tranquila entre el fuego.

Y las llamas se extendieron impulsadas por vientos de tempestad, alcanzaron toda la estación en cuestión de segundos, hasta disolver el Astillero en una gran bola de fuego.

Carlos Raymundo Flores Gutiérrez (1972), es de Coatzacoalcos, Veracruz, México. Le interesa la novela histórica, la fantasía, el terror y la ciencia ficción, aunque no aclara en qué orden. En Axxón N° 143 publicamos su ucronía "¡Qué gran pérdida para México!" y en el Especial Mi Propia Muerte del N° 153 un relato breve de su autoría, "El interrogatorio".

VIAJE AL PASADO

Hernán Domínguez Nimo - **Argentina** 

Un viejo inventó la máquina del tiempo, hace ya muchos años. La utiliza casi a diario. Sólo alguna fuerte tempestad, o una enfermedad severa que lo recluya en casa, se lo impiden.

Sale al atardecer, cuando el sol ya mira los tejados del pueblo de soslayo, y camina hacia un pequeño bosque, perdido en unas montañas de la frontera austrohúngara.

Ese es *su* bosque. Siempre lo ha sido. Pocos en el pueblo se animan a entrar en él, temerosos de violar su privacidad. Su secreto.

El viejo se interna entre la maraña de árboles retorcidos y la melancolía comienza a invadirlo. A medida que avanza, la vegetación se vuelve más espesa. El viejo no entiende cómo es que su paso constante no mantiene un sendero abierto. Los arbustos lo bloquean cada vez más. La punta de algunas ramas secas araña su ropa, sus mejillas. El sol apenas si consigue salpicar un poco el suelo

húmedo.

De repente, un claro se abre y allí, en medio, se alza un árbol solitario, como el monumento central de una plaza perdida.

Con esfuerzo arrastra los pies hasta el viejo abedul, mucho más viejo que él. Se para a su lado y recorre con la vista cansada el bosque que los rodea. No hay nadie más allí. Nadie.

El viejo enfrenta el tronco de su árbol y comprueba que todo está bien. Sus dedos nudosos se deslizan por la corteza arrugada, descifrando con las yemas —como si fuera un lector ciego— el extraño galimatías que los años han ido deformando casi tanto como a su cuerpo y a su alma.

Entonces la máquina se enciende y el viejo es joven y está allí mismo, en su bosque, escondido detrás de algún otro árbol, espiando a Marie, la bella e inalcanzable Marie, a quien ama en secreto desde hace mucho, aunque está seguro que es un secreto que todos conocen, que el pueblo entero se burla de su amor imposible a sus espaldas. Por eso cuando la ve grabar en el abedul, entusiasta, un corazón con su inicial, dejando libre el lugar de su amado, más que una invitación —después de todo, ¿quién más que él visita este bosque?— lee una trampa; su cobardía lo hace dudar incluso de la pureza y el candor de quien ama, y esta escena está condenada a repetirse una y otra vez frente a sus ojos, ella acudiendo al árbol, esperando ver la otra letra completando su corazón, él escondido, rebuscando excusas que calmen su angustia pusilánime, hasta que el fantasma de Marie comienza a transparentarse, cada vez más etéreo, mientras corre hacia el abedul —como si fuera la determinación de su actitud la que menguara—, hasta desaparecer por completo.

Ya está. La máquina se ha detenido y el pasado también. El viejo está solo una vez más en su bosque, solo frente a la inscripción que hace muy poco se ha animado a completar con su inicial, el grabado en madera que ahora, en un cruel retruécano del destino, lo atrae cada tarde, para esperar en vano que ella acuda a completar su corazón.

Hernán Domínguez Nimo ya es uno de nuestro colaboradores habituales, por lo que todo lo que podamos decir aquí sería redundante. Repasemos, entonces, algunas de sus publicaciones en Axxón: “No, gracias” (N° 141), “En punto” (N° 143), “Cambio” (N° 148), “Hasta la siguiente” (N° 150). ¿Me estaré olvidando de alguno?

DE A DURO

Iván Olmedo - **España**

Para el mundo editorial, Patricio Luis Gómez Cuevas era Lou Cavern. Infatigable escritor de noveluchas baratas, de aquellas que habían visto mejores épocas, su especialidad era la ciencia ficción. Guerras hipergalácticas, alienígenas con rayo láser al cinto y desenfundar presto; naves estelares gigantescas… tales eran los argumentos y personajes de sus aventuras “de a duro”, escritas con velocidad casi inhumana. Esa velocidad inhumana se tornó sobrenatural cuando llegó a sus manos la máquina increíble que durante décadas los juntaletras especulativos como él, de un modo u otro, habían imaginado: el ordenador personal. Muchos cientos de palabras extra fue capaz Lou Cavern de procesar cada día. El éxito de las “de a duro” ya se había desvanecido con el tiempo, pero él encontró nuevos estímulos para continuar pariendo gestas marcianas. Inclinado febrilmente, como un adicto, ante el monitor, su mente siguió vomitando ideas tan rápido como sus dedos eran capaces de moverse sobre el teclado. Llevaba ya tres bolsilibros y medio perfilados, cuando pensó que, ya que faltaban diez minutos para que empezase el partido en la tele, bien podía repasar un poco lo que había escrito. Empezó por *Zelja, la perra de las galaxias*: una inmensa nave interestelar en la que viajaban cuarenta hombres y veinte mujeres, comandada por la despiadada Zelja —antigua “Perra de Sarajevo” , ahora “de las galaxias” —, iba en busca de una poderosa fuente de energía cósmica, más allá del planeta Titán.

La puntuación era un desastre, pero había que tener en cuenta la rapidez con que había escrito todo aquello. Otro día encargaría a su hija que arreglase aquellos detalles sin importancia. Cuando, en la página veintitrés, Zelja y los suyos caían sobre el planeta Melón, se encontraban de bruces con los terribles guerreros plátanos, perdían en la batalla al teniente Membrillo y al cabo primero Arándano… cuando huían corriendo hacia la llanura donde reposaba la enorme nave Kiwi… Lou Cavern empezó a olerse que algo andaba mal… ¿Melón? No, era Sirious… eso era lo que había escrito… ¿Membrillo? ¡Por Dios!, se trataba del muy capaz teniente O´Malley… Siguió leyendo, frenético, sólo para comprobar que todo estaba lleno de limones, peras, chirimoyas, moras y fresas… ¿Qué

locura era aquella? Él no había escrito ese cúmulo de despropósitos… Pensó… pensó… y llegó a la conclusión de que sólo había una respuesta… su hija seguramente había estado trasteando en los archivos y había querido gastarle una broma… eso… "¡Maryyy…!", llamó a voz en grito… Al instante, una muchacha morena y bajita acudió desde la habitación de al lado; llevaba un pijama naranja oscuro con flores estampadas y una taza de plástico entre las manos. "Mary, ¡qué es esto? Lee aquí…" La chica leyó y por la expresión de su rostro, nadie hubiera sido capaz de adivinar si aquella ensalada de frutas invasora había surgido de su imaginación, o no. "¿Has estado hurgando en mis novelas?" "No, papá, ¿por qué iba a hacerlo?" "¡Coño!, entonces de dónde salen todas estas tonterías?" "Pues yo qué sé, ¿no lo has escrito tú…?" Ante esto, el semblante de Patricio Luis Gómez Cuevas enrojece y los escasos cabellos de las sienes parecen erizarse. Desde la habitación contigua llega la voz forzada de un locutor que está leyendo la alineación del equipo visitante. "Pero bueno —dice Lou —, ¿tú crees que…?" —Se le enciende la calva, se enerva. Demasiado trabajo, demasiadas horas sentado enlazando frases a granel… Ya casi chilla, más que habla… camina por el despacho como un poseso… "Papá, mira esto." "¡¿Qué, qué coño quieres que mire?!" "¡PAPÁ!" El grito corta en seco a Lou Cavern, que mira hacia el monitor que le señala su hija. Una pantallita roja aparece ocupando el centro. "Alerta de virus", pone. "Se ha detectado el siguiente virus: TuttiFrutti.exe".

¡Y pensar que ha estado a punto de darle un sopapo! "¿TuttiFrutti?, ¿TuttiFrutti?, ¿qué demonios…?" "Papá, me parece que tienes un virus en el ordenador. Habrá que mirarlo…" "Un virus… ¿y el virus me ha puesto esos nombres estúpidos a los personajes? ¿Puede hacer eso un virus? "Pues el TuttiFrutti, por lo que veo, sí puede. No te preocupes, apágalo y después del partido lo escaneo, vamos…"

Patricio Luis apaga su ordenador como hace siempre, a las bravas, pisando el interruptor de la regleta. La sutileza y la paciencia no son cualidades que posea en abundancia. Por eso, quizás, se ha dedicado a escribir bolsilibros, y no sonetos.

Cogiendo la taza de plástico que Mary se ha dejado sobre la mesa, se dirige a la habitación de al lado, de donde surge el resplandor mortecino del aparato de televisión. "Hija, toma, se te va a enfriar el café. ¿Ya han empezado?" Ella, sentada frente a la pantalla, muy quieta mirando las evoluciones de los jugadores, con la mirada fija, no contesta. "Mary, ¿qué pasa? Ya están jugando, ¿no?" Lou se sienta a su lado, y dirige los ojos a la tele. Ya están en

movimiento los dos equipos sobre el campo. “Bueno, ¿y qué pasa, qué…?” De repente, prestando atención por primera vez a la voz del locutor, la expresión del hombre se relaja, la boca se entreabre en un gesto de incredulidad y los ojos se hacen más grandes. No comprende. El locutor, con voz un tanto desangelada, comenta las evoluciones de los contendientes. ” …ahí está Coco, que recibe de Frambuesa, el central. Frambuesa la retiene; busca apoyos… se la pasa a Plátano. Éste no puede controlarla y la pierde ante Cereza…” Padre e hija, hipnotizados ante el aparato, no dan crédito a lo que oyen. A Lou se le afloja el estómago. Comprende.

¿Un virus..? Sí, así puede decirse. Ya están aquí…

Iván Olmedo (nacido en Oviedo, Asturias, España, en 1972, aunque nunca ha vivido allí) es especialista en ficciones muy breves. Eso, y que lo hace muy bien, es motivo suficiente para que aparezca con frecuencia en esta sección. Publicamos “Invasión” en Ficción Breve (trece) y “Viajera” en Ficción Breve (catorce). La tercera es la vencida.

A LA DERIVA

Adelaida Saucedo - **España**

—¿Crees que nos encontraran?

Nikhil no dijo nada. Sólo miraba la oscuridad que les rodeaba.

Astrid le golpeó en la cabeza con la almohada. Nikhil se volvió hacia ella con gesto resignado.

—Esto está desierto. —Se frotó la cabeza donde le había golpeado—. Con un poco de suerte, algún beduino nos rescatará.

Astrid le golpeó de nuevo con la almohada.

—Eres un bufón.

—Tengo todas mis extremidades y, además, soy demasiado guapo.

—¿Quién lo dice?

La nave dejó de vibrar a su alrededor y el motor se detuvo

con un chirrido que no auguraba nada bueno.

Nikhil se puso en pie y pasó a su lado.

—Voy a ver qué pasa.

Astrid se quedó sola y se abrazó a la almohada. Cuando la Hécate se destruyó estaba durmiendo, y lo único que había podido coger en aquellos momentos de ciego pánico había sido aquella estúpida almohada. Menos mal que la nave auxiliar estaba bien equipada.

Empezó a temblar de frío, a pesar de que el soporte vital no se detendría hasta cuatro horas después de que el motor se parase.

¿Y si Nikhil no conseguía arreglarlo esta vez?

Las luces del tablero de navegación desprendían una luz fantasmagórica que se reflejaba en las superficies de metal, creando extraños reflejos y sombras imposibles.

No podía respirar.

Tenía que asegurarse de que Nikhil solucionaba la maldita avería.

Se acercó cautelosa hasta el pequeño cuarto de máquinas.

—¿Nikhil?

Sus piernas asomaban por debajo del motor.

—Maldición.

—¿Puedes arreglarlo?

—Hay una tuerca recalcitrante. Es lo que no deja moverse al motor. Se ha atascado.

—¿Vas a arreglarlo? —no pudo evitar sonar desesperada. Empezaba a sentir que le faltaba el aire.

Le pegó una patada al motor, que se movió unos centímetros.

—Nunca creí que la violencia solucionase nada —le llegó la voz de Nikhil—, pero esta vez ha funcionado. Si me pasas la llave del cinco estará arreglado en nada de tiempo.

Astrid buscó la llave en la caja de herramientas y la dejó caer sobre la mano llena de grasa que se extendía hacia ella desde debajo del motor.

Un par de golpes después, Nikhil reapareció limpiándose las manos en su mono azul. El logo de la Hécate apenas se veía bajo la suciedad.

—El apaño es un poco burdo, pero aguantará hasta que nos encuentren.

—¿Qué le pasaba esta vez?

—Con las vibraciones el maldito tornillo rascaba contra el condensador. —Tiró de una palanca y el motor se puso en marcha —. Arreglado.

Astrid no dijo nada. Abrazó su almohada y regresó a la cabina. Se desplomó sobre el único asiento que había. Nikhil se recostó contra el tablero de mandos.

El silencio se prolongó una eternidad. Cuando no pudo más, se puso en pie.

—¿Sabes lo que echo de menos de la Hécate?

—No —le sonrió—. ¿Qué?

—La salsa milanesa. Disimulaba muy bien el sabor de la comida. Si es que a eso se le puede llamar comida, claro.

Nikhil empezó a reír. Astrid sonrió.

—¿Y tú?

Se lo pensó unos instantes.

—No lo sé. La seguridad, supongo.

—¿Seguridad? ¡La maldita nave se desintegró en el primer salto!

Nikhil no contestó. Se dejó resbalar hasta quedar sentado en el suelo. Dobló las piernas contra su pecho y ocultó su rostro entre las rodillas.

Iban a morir. Ninguna nave escucharía su señal de socorro. Se quedarían sin aire. O sin comida.

Uno de los dos asesinaría al otro y lo devoraría para no morir de hambre. Como en las historias sobre los primeros viajes interestelares.

Algunas naves se perdían en la oscuridad y los más fuertes devoraban a los débiles hasta que sólo quedaba uno y cuando le encontraban ya ni siquiera era humano.

—Me estoy volviendo loca.

El silencio se hizo pesado, alargándose minutos interminables.

La Hécate. Un diseño de tecnología innovadora. Lo mejor que les habían dejado desarrollar en la Tierra tras la guerra.

Una mierda.

—Vendrán a rescatarnos.

Adelaida Saucedo nació en Barcelona, aunque ha vivido gran parte de su vida en Ciudad Real, donde cursó Filología Inglesa. Actualmente estudia Filología Hispánica y trabaja como profesora de inglés. Le ha sido publicado un relato, titulado "Laberinto", en 1999, en el N° 11 de la revista "Escribir y Publicar" por haber sido finalista de un concurso de cuentos de terror.

MUERTE CON-CEP-TUAL

Judith Shapiro - **Argentina**

¿Qué pasaría con los personajes,
si un día el escritor muriera?

Encendió la radio y aceleró. La ventanilla estaba bajada y el viento se arremolinaba en sus oídos, produciendo un estruendo que no le permitía escuchar con claridad. Subió el volumen.

Ya podía ver su destino en el horizonte. La pequeña iglesia anzuelo estaba situada en medio del desierto, entendiendo la palabra como una extensa superficie con muy poca humedad en la que crece naturalmente escasísima vegetación.

Esa iglesia había sido erigida generacionesatrás en lo que habían querido que fuera una misión jesuítica. Más tarde se dieron cuenta de que los únicos seres humanos que habitaban la región eran ellos. Para tratar de remediar el error (o, por lo menos, darle uso al edificio), la habían convertido en iglesia de clausura. Varias personas, es decir, curas, se acercaron interesados por la "clausura" , pero luego de permanecer allí dos o tres meses volvieron a la civilización escapando del silencio y, sobre todo, del vacío en el alma que provocaba ese lugar.

Los rebeldes la habían tomado durante la revolución y la adoptaron como un lugar seguro donde mandar a vivir y estudiar a los hijos de los dirigentes, sabiendo que los capitalistas católicos seguramente no sabían de la presencia de esa iglesia, o por lo menos no le daban importancia. El padre que mantenía la iglesia era un hombre alto, de buen porte, cabeza lustrosa, y sotana. Sus años de juventud y esplendor habían pasado ya, pero eso no le impedía

conservar la mente joven. Cuando los rebeldes llegaron, él no se había resistido demasiado a la ocupación, más bien poco y nada. Toda su vida había simpatizado con las ideas y premisas socialistas.

Lentamente su destino se acercaba. El auto corría por la ruta, pero la distancia que había que acortar era mayor de lo que parecía. "Bendita llanura", pensó y se rió de sí mismo.

El sol, como de otra manera no podía esperarse sin ningún tipo de elemento que produjera sombra, quemaba sin descanso. Algunas nubes pasaban silenciosamente por el cielo, sin atreverse a intervenir.

Al llegar a la altura de la iglesia dobló a la izquierda y estacionó el auto bajo una galería construida casi especialmente para eso. Se bajó y, automáticamente, encendió la alarma con su infalible bip-bip. Luego, entró.

La iglesia no era lo que se podía decir ortodoxa: las paredes y columnas estaban cubiertas con mármol verde veteado de blanco hasta una altura de un metro; los pasos de la vida de Cristo estaban tallados en madera de palo borracho, los vitreaux eran de muchos colores pero ninguna forma, y como cortina musical, sonaba en los parlantes un órgano tocando melodías celestiales, pegadizas y alegres. En una concavidad del fondo estaba el altar, casi en sombras y absolutamente no recargado. En el techo bajo y cupuloso de la franja central de la iglesia había un empapelado de suaves colores que iban del rosa al naranja incluyendo verdes, azules, amarillos y violetas. Todo parecía bastante viejo y gastado, pero el mismo paso de los años mantenía la escena estancada en perfecto equilibrio y armonía.

A pesar del calor de afuera, esta iglesia, como todas, se mantenía fresca. Era como si lo sagrado de ese lugar se conjugara con lo térmico del ambiente, para hacer más habitables las salas.

Una puerta lateral de madera se abrió suavemente y apareció el cura vestido con sotana.

—Pero, ¡hombre! ¿Qué hacés ahí mirando embobado el piso? —dijo, con el tono vigoroso que se usa para los viejos amigos. Luego de abrazarlo agregó—: Hubieras pasado directamente.

—Uno nunca se acostumbra —le contestó sonriendo apenas.

En silencio caminaron por la sacristía y la construcción más reciente que hacía de convento ateo para los chicos de la revolución. No había mucha sombra, pero sí una particular tristeza que opacaba los contornos. Se detuvieron ante una puerta de roble antiguo y grueso.

—No lo tensiones mucho —dijo el cura, mirando un punto sin importancia y sonriendo melancólicamente—. Es su despedida.

Con un movimiento de cabeza, le dio a entender que ya lo sabía. Desde adentro y en la cama, el desfalleciente vio abrirse la puerta y entrar el brazo con sotana y luego la cabeza lustrosa.

—Ya llegó… —empezó, pero el visitante interrumpió, mostrándose.

—Hola.

El viejo tan sólo asintió, con los ojos placenteramente cerrados. El cura los abandonó cerrando la puerta, y el visitante acercó a una silla al lado de la cama.

—¿Zergio no recibió la invitación? —preguntó el enfermo de vejez.

—Sí, pero seguro que no a tiempo —hizo una pequeña pausa —. Debe andar en alguna de tus locas aventuras —y se rió.

La edad tosió en el pecho del hombre de la cama. De todos los encuentros que habían tenido, este era el más extraño. ¿Cómo iba a despedirlo?

—¿Cómo? Pues con flores —dijo el viejo, y un ramo de calas floreció en un jarrón imaginado al lado de la puerta de roble.

“¿Tan fácil va a ser?”, pensó.

—Sí —le contestó el viejo—. A menos que quieras escribirme el testamento. Total va a ser muy corto, entre las cosas que no tengo y la gente que no conozco…

Eso fue todo. Luego el escritor murió.

—Lo lamento —dijo el cura, al verlo salir a la iglesia con la hoja de bienes en las manos.

—Les dejó todo —dijo él, ofreciendo el papel—. A ustedes y a la revolución, excepto por el reloj de las cuatro.

Caminaron juntos hasta el auto y la alarma sonó desactivada con su infalible bip-bip. La humedad pesaba en el aire, y las nubes ya estaban listas para empezar a deshacerse. Un niño alegre se asomó por la puerta de la iglesia, llamando al cura y agitando una colorida máscara. El cura rió y dijo:

—Tengo que volver. Fue un gusto verte después de tantos años. —Le ofreció una mano que él estrechó enseguida y con afecto.

—Gracias por todo.

—No hay de qué —contestó el cura. Y luego, cuando el auto entraba a la ruta, gritó—: ¡Tené cuidado, que seguro llueve!

Bajó el vidrio y prendió la radio. El conflicto estaba resuelto. A medida que caía la lluvia, con calma se esfumaba… el espejismo de toda una vida.

Judith Shapiro es una joven (muy joven) rosarina (de Rosario, provincia de Santa Fe, Argentina) que no deja de sorprendernos con sus progresos. Aquí va de nuevo. Pueden leer su cuento “Ideas” en Axxón N° 153 y muy pronto estará de nuevo en vuestras pantallas.

PUTREFACCION

José Vicente Ortuño - **España**

De repente sonó el timbre de la puerta. Alberto, visiblemente molesto, se levantó del sofá y fue a abrir. Todavía llevaba el mando a distancia de la televisión en la mano e iba mascullando maldiciones de su extenso repertorio en arameo. “Sea quién sea se va a enterar, ¡mira que interrumpirme el partido Barcelona-Real Madrid!”, gruñía cabreado. Al acercarse a la puerta, como una bofetada, sintió un olor nauseabundo que hizo que se le revolviesen las tripas, le dieron arcadas y estuvo a punto de vomitar. Respiró hondo intentando recuperar el control, pero la peste no se lo permitió. Abrió la puerta y el olor a podrido se hizo tan intenso que casi no pudo soportarlo. En el rellano vio a un hombre vestido con un traje gris oscuro y corbata de colores chillones. Parecía un vendedor de enciclopedias y la cartera que llevaba en la mano confirmaba dicha hipótesis.

—¿Qué desea? —preguntó Alberto todavía conteniendo las nauseas.

—¡Hungg…! —comenzó a decir el visitante, pero al abrir la boca se le cayó la lengua al suelo, chocando contra éste con un ruido chapoteante. Álvaro miró alternativamente al hombre de gris con la boca abierta y al sangriento trozo de carne que se retorcía, saltaba y reptaba sobre las losas con movimientos convulsos.

Un grito de horror quedó ahogado en su garganta cuando los macarrones, que había ingerido ese mediodía, salieron despedidos en un poderoso vómito multicolor. Alberto quiso cerrar de un portazo mientras se limpiaba los restos de comida a medio digerir

con la manga, pero el hombre de gris quiso impedirlo. El inoportuno visitante estiró el brazo intentando retener la puerta, pero la mano se le rompió a la altura de la muñeca y fue a reunirse en el suelo con la lengua, que seguía saltando y retorciéndose alocadamente entre los vómitos, y luego, las dos juntas, comenzaron a reptar hacia el interior de la casa. Álvaro no pudiendo resistir el horror de aquella visión, perdió el conocimiento y el control de sus esfínteres, lo que no ayudó en nada a mejorar la calidad del aire.

Un tiempo después, al recobrar el sentido, se encontró sentado junto a la puerta, pero ya no sintió el olor nauseabundo y pútrido que antes impregnaba el ambiente. El hombre del traje gris yacía tirado en el suelo del rellano, estaba dividido en pedazos gelatinosos que intentaban escapar del interior del traje, reptando en direcciones opuestas. Pensó que debía hacer algo, tal vez llamar a una ambulancia. Al levantarse vio que sobre la moqueta había una nariz, le pareció conocida, la recogió y comprobó que era la suya propia. Con su apéndice nasal en la mano se dirigió al teléfono pero, antes de llegar al salón, se le desprendió una pierna y cayó al suelo. Afortunadamente estaba cerca de la mesita donde reposaba el teléfono. Desde su postura yacente alargó el brazo y cogió el aparato, pero al apretarlo se le troncharon los dedos. Teléfono y dedos cayeron lejos de su alcance y éstos últimos comenzaron a retorcerse en el suelo; como gusanos regordetes. Para colmo de males el brazo en el que estaba apoyado se rompió a la altura del codo, con un ruido parecido al de una rama de apio al quebrarse, haciéndole caer de espaldas. La cabeza se estrelló contra el suelo sonando como una sandía madura, abriéndose como un huevo y desparramando masa encefálica, viscosa, pútrida y palpitante. De resultas del impacto también los ojos se le salieron de sus órbitas junto con sus respectivos nervios ópticos, y rebotaron por el suelo. Como sangrientos espermatozoides macrocéfalos, se fueron reptando en direcciones opuestas, uno para reunirse con la mano y la lengua del hombre del traje gris, que venían reptando por la moqueta la mano ganaba la carrera por una falange. El otro ojo fue al encuentro de la nariz y los dedos de Alberto, que correteaban alrededor del teléfono; mientras, la pierna de éste, intentaba torpemente salir del camal del pantalón convulsionándose histéricamente.

En ese instante salió la vecina que vivía en el piso de enfrente, vio los restos dispersos del vendedor de enciclopedias y gritó horrorizada. La lengua se le cayó al suelo y sus ojos saltaron de las órbitas…

Días después, dos extraterrestres del planeta Raticulín, que andaban de patrulla de reconocimiento, observaron perplejos como de la humanidad sólo quedaban viscosos órganos que reptaba, saltaban y se retorcían por todas partes.

¿Pero que ha pasado aquí? preguntó Flip sorprendido.

¡Corrupción! respondió Flop enarcando su única ceja.

¡Vaya, sabíamos que en este planeta había muchísima, pero no tanta! exclamó Flip ondulando sus antenas, signo inequívoco de perplejidad entre los raticulinianos.

Aquí ya no hay nada que hacer sentenció Flop elevando el platillo volante, vámonos a invadir a otra parte.

No nos atrevemos a decir que hemos "descubierto" a José Vicente Ortuño porque le hayamos publicado "Frankenstein 2004" en Axxón N° 145 y "Responsabilidad" en el N° 152, pero sí nos atreveremos a señalar que el hombre trabaja como pocos, nos bombardea con nuevos textos continuamente y ya lo vemos aparecer en otros ámbitos. Sin ir más lejos, lean "El Único", que acaba de ser publicado en Alfa Eridiani N° 18, y preparen las mandíbulas, porque pronto lo volveremos a tener en Axxón.

EL BAGRUB

Eduardo Abel Gimenez - **Argentina**

Fui a luchar contra el Bagrub. Armado con mi colección de objetos mágicos, trepé por la ladera de la montaña hasta más allá de los últimos árboles. La caverna estaba escondida en un pliegue de las rocas. Había tormenta. Avancé hasta la entrada, sin prestar atención a los rayos que caían a mi alrededor.

Aliento venenoso, garras por docenas, el Bagrub ocupa tanto espacio en nuestras leyendas que sin él no habría nada que contar por las noches, alrededor del fuego. Ahora estaba cerca de mí, acechando en algún rincón de la caverna. Si yo tenía miedo de algo, era de sus cuernos afilados como espadas, y de sus ojos grises que quemaban la madera con sólo verla.

La caverna parecía desierta. Uno de los trucos del Bagrub: simular su propia ausencia. Pero el mismo silencio era una prueba

de que estaba allí: nadie puede oír al Bagrub. Y la falta de olores: nadie puede oler al Bagrub.

Encendí la antorcha. Entré tropezando. Las paredes de roca chorreaban líquidos viscosos y oscuros. Pero los líquidos no eran una prueba de la presencia del Bagrub, sino de monstruos diferentes, que estaban a cargo de otros guerreros de la tribu. Caminé con la cabeza baja, para evitar las alimañas que vivían en el techo. Pronto llegué al fondo.

Dejé la antorcha en una saliente de la pared y descargué los objetos mágicos en el piso. El Bagrub estaba oculto en algún rincón, seguramente dispuesto a saltar sobre mí y cortarme en trozos pequeños con sus dientes de tiburón. Arrojé polvos en todas las direcciones, mientras cantaba la canción de los magos de la aldea. Eché líquidos más viscosos y más oscuros que los que chorreaban por las paredes. Las alimañas del techo cayeron a montones a mi alrededor, vencidas por la magia poderosa de mi tribu.

El Bagrub, en cambio, no aparecía por ningún lado: otra prueba de que estaba allí, porque no hay truco de magia que lo obligue a mostrarse. Terminé de cantar y escuché con atención. Nada. Un instante de pánico me obligó a aspirar hondo antes de continuar: si el Bagrub seguía sin hacer ruidos era porque esperaba el momento de atacar.

Usé la antorcha para encender racimos de sustancia mágica en todos los rincones. El humo me hacía picar la nariz, pero no me detuve. Susurré la canción de muerte de los magos. Pateé tres veces el piso, y luego otras tres. Crucé las manos en el gesto tribal de guerra. Estornudé, aunque no como parte del ritual sino porque el humo se estaba poniendo insoportable.

Y así durante horas. Era difícil la batalla contra el Bagrub, pero yo estaba preparado. A pesar de los malos augurios resistí hasta el final, cuando ya los últimos rastros de humo y polvo se perdían en los intersticios de la piedra. Entonces, agotado, me senté en el suelo y volví a escuchar.

No había ruidos: señal de que ni siquiera respiraba. Tampoco olores, fuera de los que aún quedaban de mis líquidos mágicos: señal de que su corazón negro no latía. Y nada del Bagrub podía verse alrededor: señal de que su cuerpo se había desintegrado. Todos los signos, sólo perceptibles para mis sentidos expertos, indicaban que el Bagrub por fin estaba muerto.

Tras descansar un rato, volví orgulloso a la aldea.

Eduardo Abel Gimenez es argentino y nació en 1954. Escritor, músico, especialista en juegos de ingenio, fan de la Web y, desde junio de 1999,

codirector de Imaginaria, un portal literario dedicado a niños y adolescentes. Eduardo vive en Buenos Aires con su esposa Susanne y su hijo Gabriel y nos estamos dando un gusto muy especial, porque desde hace bastante tiempo tenemos ganas de volver a leer su textos ricos e ingeniosos. Si quieren más (incluyendo su novela El fondo del pozo) vayan a http://www.magicaweb.com/weblog/

El nuevo acelerador

H.G. Wells

En verdad que si alguna vez un hombre encontró una guinea buscando un alfiler, ése fue mi buen amigo el profesor Gibberne. Yo había oído hablar ya de investigadores que sobrepasaban su objeto; pero nunca hasta el extremo que él lo ha conseguido. Esta vez, al menos, y sin exageración, Gibberne ha hecho un descubrimiento que revolucionará la vida humana.

Y esto le sucedió sencillamente buscando un estimulante nervioso de efecto general para hacer recobrar a las personas debilitadas las energías necesarias en nuestros agitados días.

Yo he probado varias veces la droga, y lo único que puedo hacer es describir el efecto que me ha producido. Pronto resultará evidente que a todos aquellos que andan al acecho de nuevas sensaciones les están reservados experimentos sorprendentes.

El profesor Gibberne, como es sabido, es convecino mío en Folkestone. Si la memoria no me engaña, han aparecido retratos suyos, de diferentes edades, en el Strand Magazine, creo que a fines del año 1899; pero no puedo comprobarlo, porque he prestado el libro a alguien que no me lo ha devuelto. Quizá recuerde el lector la alta frente y las negras cejas, singularmente tupidas que dan a su rostro un aire tan mefistofélico. Ocupa una de esas pequeñas y agradables casas aisladas, de estilo mixto, que dan un aspecto tan interesante al extremo occidental del camino alto de Sandgate. Su casa es la que tiene el tejado flamenco y el pórtico árabe, y en la pequeña habitación del mirador es donde trabaja cuando se encuentra aquí, y donde nos hemos reunido tantas tardes a fumar y conversar. Su conversación es animadísima; pero también le gusta hablarme acerca de sus trabajos. Es uno de esos hombres que encuentran una ayuda y un estimulante en la conversación, por lo que a mí me ha sido posible seguir la concepción del Nuevo Acelerador desde su origen. Desde luego, la mayor parte de sus trabajos experimentales no se verifican en Folkestone, sino en Gower Street, en el magnífico y flamante laboratorio continuo al hospital, laboratorio que él ha sido el primero en usar.

Como todo el mundo sabe, o por lo menos todas las personas inteligentes, la especialidad en que Gibberne ha ganado una reputación tan grande como merece entre los fisiólogos ha sido en la acción de las medicinas sobre el sistema nervioso. Según me han

dicho, no tiene rival en sus conocimientos sobre medicamentos soporíferos, sedantes y anestésicos. También es un químico bastante eminente, y creo que en la sutil y completa selva de los enigmas que se concentran en las células de los ganglios y en las fibras nerviosas ha abierto pequeños claros, ha logrado ciertas elucidaciones que, hasta que él juzgue oportuno publicar sus resultados, seguirán siendo inaccesibles para los demás mortales. Y en estos últimos años se ha consagrado con especial asiduidad a la cuestión de los estimulantes nerviosos, en los que ya había obtenido grandes éxitos antes del descubrimiento del Nuevo Acelerador. La ciencia médica tiene que agradecerle, por lo menos, tres reconstituyentes distintos y absolutamente eficaces, de incomparable utilidad práctica. En los casos de agotamiento, la preparación conocida con el nombre de Jarabe B de Gibberne ha salvado ya más vidas, creo yo, que cualquier bote de salvamento de la costa.

—Pero ninguna de estas pequeñas cosas me deja todavía satisfecho —me dijo hace cerca de un año—. O bien aumentan la energía central sin afectar a los nervios, o simplemente aumentan la energía disponible, aminorando la conductividad nerviosa, y todas ellas causan un efecto local y desigual. Una vivifica el corazón y las vísceras, y entorpece el cerebro; otra, obra sobre el cerebro a la manera del champaña, y no hace nada bueno para el plexo solar, y lo que yo quiero, y pretendo obtener, si es humanamente posible, es un estimulante que afecte todos los órganos, que vivifique durante cierto tiempo desde la coronilla hasta la punta de los pies, y que haga a uno dos o tres veces superior a los demás hombres. ¿Eh? Eso es lo que yo busco.

—Pero esa actividad fatigaría al hombre.

—No cabe duda. Y comería doble o triple, y así sucesivamente. Pero piense usted lo que eso significaría. Imagínese usted en posesión de un frasquito como éste —y alzó una botellita de cristal verde, con la que subrayó sus frases—, y que en este precioso frasquito se encuentra el poder de pensar con el doble de rapidez, de moverse con el doble de celeridad, de realizar un trabajo doble en un tiempo dado de lo que sería posible de cualquier otro modo.

—¿Pero es posible conseguir una cosa así?

—Yo creo que sí. Si no lo es, he perdido el tiempo durante un año. Estas diversas preparaciones de los hipofosfitos, por ejemplo, parecen demostrar algo como eso. Aun si sólo se tratara de acelerar la vitalidad con un ciento por ciento esto lo conseguiría.

—Puede que sí —dije yo.

—Si usted fuera, por ejemplo, un gobernante que se encontrara ante una grave situación y tuviera que tomar una decisión urgente, con los minutos contados. ¿qué le parece…?

—Se podría suministrar una dosis al secretario particular —dije yo.

—Ganaría usted… la mitad del tiempo. O suponga usted, por ejemplo, que quiere acabar un libro.

—Por regla general —dije yo —suelo desear no haberlos empezado nunca.

—O un médico que quiere reflexionar rápidamente ante un caso mortal. O un abogado… o un hombre que quiere ser aprobado en un examen.

—Para esos hombres valdría una guinea cada gota, o más —dije yo.

—También en un duelo —dijo Gibberne—, en donde todo depende de la rapidez en oprimir el gatillo.

—O en manejar la espada —añadí yo.

—Mire usted —dijo Gibberne—: si lo consigo gracias a una droga de efecto general, esto no causará ningún daño, salvo que puede hacerlo envejecer más pronto en un grado infinitesimal. Y habrá vivido el doble que los demás.

—Oiga —dije yo, reflexionando—: ¿sería eso leal en un duelo?

—Esa es una cuestión que deberán resolver los padrinos —repuso Gibberne.

—¿Y realmente cree usted que eso es posible? —repetí, volviendo a preguntas específicas.

—Tan posible —repuso Gibberne, lanzando una mirada a algo que pasaba vibrando por delante de la ventana— como un autobús. A decir verdad…

Se detuvo, sonrió sagazmente y dio unos golpecitos en el borde de la mesa con el frasquito verde.

—Creo que conozco la droga… He obtenido ya algo prometedor, terminó.

La nerviosa sonrisa de su semblante traicionaba la verdad de su revelación. Gibberne hablaba raramente de sus trabajos experimentales a no ser que se hallara muy cerca del triunfo.

—Y puede ser…, puede ser…, no me sorprendería…, que la vitalidad resultara más que duplicada.

—Eso será una cosa enorme —aventuré yo.

—Será, en efecto, una cosa enorme —repitió él.

Pero, a pesar de todo, no creo que supiera por completo lo enorme que iba a ser aquello.

Recuerdo que después hablamos varias veces acerca de la droga. Gibberne la llamaba el Nuevo Acelerador, y cada vez hablaba de ella con más confianza. A veces hablaba nerviosamente de los resultados fisiológicos inesperados que podría producir su uso, y entonces se mostraba francamente mercantil, y teníamos largas y apasionadas discusiones sobre la manera de dar a la preparación un giro comercial.

—Es una cosa buena —decía Gibberne—, una cosa estupenda. Yo sé que voy a dotar al mundo de algo valioso, y creo que no deja de ser razonable esperar que el mundo la pague. La dignidad de la ciencia es una cosa muy bonita; pero de todos modos, me parece que debo reservarme el monopolio de la droga durante unos diez años, por ejemplo. No veo la razón de que todos los goces de la vida les estén reservados a los tratantes de jamones.

El interés que yo mismo sentía por la droga esperada no decayó, en verdad, con el tiempo. Siempre he tenido una rara propensión a la metafísica. Siempre ha sido aficionado a las paradojas sobre el espacio y el tiempo, y me parecía que, en realidad, Gibberne preparaba nada menos que la aceleración absoluta de la vida. Supóngase un hombre que se dosificara repetidamente con semejante preparación: este hombre viviría, en efecto, una vida activa y única; pero sería adulto a los once años, de edad madura a los veinticinco, y a los treinta emprendería el camino de la decrepitud senil.

Hasta este punto se me figuraba que Gibberne sólo iba a procurar a todo el mundo el que tomara su droga exactamente lo mismo que lo que la Naturaleza ha procurado a los judíos y a los orientales, que son hombres a los quince años y ancianos a los cincuenta, y siempre más rápidos que nosotros en el pensar y en obrar. Siempre me ha maravillado la acción de las drogas; por medio de ellas se puede enloquecer a un hombre, calmarle, darle una fortaleza y una vivacidad increíbles, o convertirle en un leño impotente, activar esta pasión o moderar aquella; y ¡ahora venía a añadirse un nuevo milagro a este extraño arsenal de frascos que utilizan los médicos! Pero Gibberne estaba demasiado atento a los puntos técnicos para que penetrara mucho en mi aspecto de la cuestión.

Fue el siete o el ocho de agosto cuando me dijo que la

destilación que decidiría su fracaso o su éxito temporal se estaba verificando mientras nosotros hablábamos, y el día diez cuando me dijo que la operación estaba terminada y que el Nuevo Acelerador era una realidad palpable. Este día lo encontré cuando subía la cuesta de Sandgate, en dirección de Folkestone (creo que iba a cortarme el pelo); Gibberne vino a mi encuentro apresuradamente, y supongo que se dirigía a mi casa para comunicarme en el acto su éxito. Recuerdo que los ojos le brillaban de una manera insólita en la cara acalorada, y hasta noté la rápida celeridad de sus pasos.

—Es cosa hecha —gritó, agarrándome la mano y hablando muy de prisa—. Más que hecha. Venga a mi casa a verlo.

—¿De verdad?

—¡De verdad! —gritó—. ¡Es increíble. Venga a verlo.

—¿Pero produce… el doble?

—Más, mucho más. Me he espantado. Venga a ver la droga. ¡Pruébela! ¡Ensáyela! Es la droga más asombrosa del mundo. Me aferró el brazo, y marchando a un paso tal que me obligaba a ir corriendo, subió conmigo la cuesta, gritando sin cesar. Todo un ómnibus de excursionistas se volvió a mirarnos al unísono, a la manera que lo hacen los ocupantes de estos vehículos. Era uno de esos días calurosos y claros que tanto abundan en Folkestone; todos los colores brillaban de manera increíble, y los contornos se recortaban con rudeza. Soplaba una leve brisa, desde luego; pero no tanto como la que necesitaría para refrescarme y calmarme el sudor en aquellas condiciones. Jadeando, pedí misericordia.

—No andaré muy de prisa, ¿verdad? —exclamó Gibberne, reduciendo su paso a una marcha todavía rápida.

—¿Ha probado usted ya esa droga? —dije yo, soplando.

—No. A lo sumo una gota de agua que quedaba en un vaso que enjuagué para quitar las últimas huellas de la droga. Anoche sí la tomé, ¿sabe usted? Pero eso ya es cosa pasada.

—¿Y duplica la actividad? —pregunté yo al acercarme a la entrada de su casa, sudando de una manera lamentable.

—¡La multiplica mil veces, muchos miles de veces! —exclamó Gibberne con un gesto dramático, abriendo violentamente la ancha cancela de viejo roble tallado.

—¿Eh? —dije yo, siguiéndole hacia la puerta.

—Ni siquiera sé cuántas veces la multiplica —dijo Gibberne con el llavín en la mano.

—¿Y usted…?

—Esto arroja toda clase de luces sobre la fisiología nerviosa; da a la teoría de la visión una forma enteramente nueva… Sabe Dios cuántos miles de veces. Ya lo veremos después. Lo importante ahora es ensayar la droga.

—¿Ensayar la droga? —exclamé yo mientras seguíamos el corredor.

—¡Claro! —dijo Gibberne, volviéndose hacia mí en su despacho—. ¡Ahí está, en ese frasco verde! ¡A no ser que tenga usted miedo!

Yo soy, por naturaleza, un hombre prudente, sólo intrépido en teoría. Tenía miedo; pero, por otra parte, me dominaba el amor propio.

—Hombre —dije, cavilando—, ¿dice usted que la ha probado?

—Sí; la he probado —repuso—, y no parece que me haya hecho daño, ¿verdad? Ni siquiera tengo mal color, y, por el contrario, siento…

—Venga la poción —dije yo, sentándome—. Si la cosa sale mal, me ahorraré el cortarme el pelo, que es, a mi juicio, uno de los deberes más odiosos del hombre civilizado. ¿Cómo toma usted la mezcla:

—Con agua —repuso Gibberne, poniendo de golpe una botella encima de la mesa.

Se hallaba en pie, delante de su mesa, y me miraba a mí, que estaba sentado en el sillón; sus modales adquirieron de pronto cierta afectación de especialista.

—Es una droga singular, ¿sabe usted? —dijo. Yo hice un gesto con la mano, y él continuó:

—Debo advertirle, en primer lugar, que en cuanto la haya usted bebido, cierre los ojos y no los abra hasta pasado un minuto o algo así, y eso con mucha precaución. Se sigue viendo. El sentido de la vista depende de la duración de las vibraciones, y no de una multitud de choques; pero si se tienen los ojos abiertos, la retina recibe una especie de sacudida, una desagradable confusión vertiginosa. Así que téngalos cerrados.

—Bueno; los cerraré.

—La segunda advertencia es que no se mueva. No empiece usted a andar de un lado para otro, puede darse algún golpe. Recuerde que irá usted varios miles de veces más de prisa que nunca; el corazón, los pulmones, los músculos, el cerebro, todo funcionará con esa rapidez, y puede usted darse un buen golpe sin

saber cómo. No notará nada, ¿sabe usted? Se sentirá lo mismo que ahora. Lo único que le pasará es que parecerá que todo se mueve muchos miles de veces más despacio que antes. Por eso resulta la cosa tan rara.

—¡Dios mío! —dije yo—. ¿Y pretende usted…?

—Ya verá usted —dijo él, alzando un cuentagotas. Echó una mirada al material de la mesa, y añadió:

—Vasos, agua, todo está listo. No hay que tomar demasiado en el primer ensayo.

El cuentagotas absorbió el precioso contenido del frasco.

—No se olvide de lo que le he dicho —dijo Gibberne, vertiendo las gotas en un vaso de una manera misteriosa—. Permanezca sentado con los ojos herméticamente cerrados y en una inmovilidad absoluta durante dos minutos. Luego me oirá usted hablar.

Añadió un dedo de agua a la pequeña dosis de cada vaso.

—A propósito —dijo—: no deje usted el vaso en la mesa. Téngalo en la mano, descansando ésta en la rodilla. Sí; eso es, Y ahora… Gibberne alzó su vaso.

—¡Por el Nuevo Acelerador! —dije yo.

—¡Por el Nuevo Acelerador! —repitió él.

Chocamos los vasos y bebimos, e instantáneamente cerré los ojos. Durante un intervalo indefinido permanecí en una especie de nirvana. Luego oí decir a Gibberne que me despertara, me estremecí, y abrí los ojos. Gilbberne seguía en pie en el mismo sitio, y todavía tenía el vaso en la mano. La única diferencia era que éste estaba vacío. —¿Qué? —dije yo.

—¿No nota nada de particular?

—Nada. Si acaso, una ligera sensación de alborozo. Nada más. —¿Y ruidos?

—Todo está tranquilo —dije yo—. ¡Por Júpiter, sí! Todo está tranquilo, salvo este tenue Pat-pat, pat-pat, como el ruido de la lluvia al caer sobre objetos diferentes. ¿Qué es eso?

—Sonidos analizados —creo que me respondió; pero no estoy seguro.

Lanzó una mirada a la ventana y exclamó:

—¿Ha visto usted alguna vez delante de una ventana una cortina tan inmóvil como esa?

Seguí la dirección de su mirada y vi el extremo de la cortina,

como si se hubiera quedado petrificada con una punta en el aire en el momento de ser agitada vivamente por el viento.

—No —dije yo—; es extraño.

—¿Y esto? —dijo Gibberne, abriendo la mano que tenía el vaso. Como es natural, yo me sobrecogí, esperando que el vaso se rompería contra el suelo. Pero. lejos de romperse, ni siquiera pareció moverse; se mantenía inmóvil en el aire

—En nuestras latitudes —dijo Gibberne—, un objeto que cae recorre, hablando en general, cinco metros en el primer segundo de su caída. Este vaso está cayendo ahora a razón de cinco metros por segundo. Lo que sucede, ¿sabe usted?, es que todavía no ha transcurrido una centésima de segundo. Esto puede darle una idea de la actividad vital que nos ha dado mi Acelerador.

Y empezó a pasar la mano por encima, por debajo y alrededor del vaso, que caía lentamente. Por último, lo cogió por el fondo, lo atrajo hacia sí y lo colocó con mucho cuidado sobre la mesa.

—¿Eh? —dijo riéndose.

—Esto me parece magnífico —dije yo, y empecé a levantarme del sillón con gran cautela.

Yo me encontraba perfectamente, muy ligero y a gusto y lleno de absoluta confianza en mí mismo. Todo mi ser funcionaba muy de prisa.

Mi corazón, por ejemplo, latía mil veces por segundo; pero esto no me causaba el menor malestar. Miré por la ventana: un ciclista inmóvil con la cabeza inclinada sobre los manubrios y una nube inerte de polvo tras la rueda posterior trataba de alcanzar a un ómnibus lanzado al galope, que no se movía. Yo me quedé con la boca abierta ante este espectáculo increíble.

—Gibberne —exclamé—, ¿cuánto tiempo durará esta maldita droga?

—¡Dios sabe! —repuso él—. La última vez que la tomé me acosté, y se me pasó durmiendo. Le aseguro que estaba asustado. En realidad, debió de durarme unos minutos, que me parecieron horas. Pero en poco rato creo que el efecto disminuye de una manera bastante súbita.

Yo estaba orgulloso de observar que no estaba asustado, debido, tal vez, a que éramos dos los expuestos.

—¿Por qué no salir a la calle? —pregunté yo.

—¿Por qué no?

—La gente se fijará en nosotros.

—De ningún modo. ¡Gracias a Dios! Fíjese usted en que iremos mil veces más de prisa que el juego de manos más rápido que se haya hecho nunca. ¡Vamos! ¿Por dónde salimos? ¿Por la ventana o por la puerta?

Salimos por la ventana.

Seguramente, de todos los experimentos extraños que yo he hecho o imaginado nunca, o que he leído que habían hecho o imaginado otros, esta pequeña incursión que hice con Gibberne por el parque de Folkestone ha sido el más extraño y el más loco de todos.

Por la puerta del jardín salimos a la carretera, y allí hicimos un minuciosos examen del tráfico inmovilizado. El remate de las ruedas y algunas de las patas de los caballos del ómnibus, así como la punta del látigo y la mandíbula inferior del cochero, que en ese preciso instante se puso a bostezar, se movían perceptiblemente; pero el resto del pesado vehículo parecía inmóvil y absolutamente silencioso, excepto un tenue ruido que salía de la garganta de un hombre. ¡Y este edificio petrificado estaba ocupado por un cochero, un guía y once viajeros! El efecto de esta inmovilidad mientras nosotros caminábamos, empezó por parecernos locamente extraño y acabó por ser desagradable.



Ilustración: Fraga

Veíamos a personas como nosotros, y, sin embargo, diferentes, petrificadas en actitudes descuidadas, sorprendidas a la mitad de un gesto. Una joven y un hombre se sonreían mutuamente, con una sonrisa oblicua que amenazaba hacerse eterna; una mujer con una pamela de amplias alas apoyaba el brazo en la barandilla del coche y contemplaba la casa de Gibberne con la impávida mirada de la eternidad; un hombre se acariciaba el bigote como una figura de cera, y otro extendía una mano lenta y rígida, con los dedos abiertos, hacia el sombrero, que se le escapaba. Nosotros los mirábamos, nos reíamos de ellos y les hacíamos muecas; luego nos inspiraron cierto desagrado, y dando media vuelta, atravesamos el

camino por delante del ciclista dirigiéndonos al parque.

—¡Cielo santo! —exclamó de pronto Gibberne—. ¡Mire!

Delante de la punta de su dedo extendido, una abeja se deslizaba por el aire batiendo lentamente las alas y a la velocidad de un caracol excepcionalmente lento.

A poco llegamos al parque. Allí, el fenómeno resultaba todavía más absurdo. La banda estaba tocando en el quiosco, aunque el ruido que hacía era para nosotros como el de una quejumbrosa carraca, algo así como un prolongado suspiro, que tantas veces se convertía en un sonido análogo al del lento y apagado tic tac de un reloj monstruoso. Personas petrificadas, rígidas, se hallaban en pie, y maniquíes extraños, silenciosos, de aire fatuo, permanecían en actitudes inestables, sorprendidos en la mitad de un paso durante su paseo por el césped. Yo pasé junto a un perrito de lanas suspendido en el aire al saltar, y contemplé el lento movimiento de sus patas al caer a tierra.

—¡Oh, mire usted! —exclamó Gibberne. Y nos detuvimos un instante ante un magnífico personaje vestido con un traje de franela blanca y rayas tenues, con zapatos blancos y sombrero panamá, que se volvía a guiñar el ojo a dos damas con vestidos claros que habían pasado a su lado. Un guiño, estudiado con el detenimiento que nosotros podíamos permitirnos, es una cosa muy poco atrayente. Pierde todo carácter de viva alegría, y se observa que el ojo que se guiña no se cierra por completo, y que bajo el párpado aparece el borde inferior del globo del ojo como una tenue línea blanca.

—¡Como el Cielo me conceda memoria —dije yo—, nunca volveré a guiñar el ojo!

—Ni a sonreír —añadió Gibberne con la mirada fija en los dientes de las damas.

—Hace un calor infernal —dije yo—. Vayamos más despacio.

—¡Bah! ¡Sigamos! —dijo Gibberne.

Nos abrimos camino por entre las sillas de la avenida. Muchas de las personas sentadas en las sillas parecían bastante naturales en sus actitudes pasivas; pero la faz contorsionada de los músicos no era un espectáculo tranquilizador. Un hombre pequeño, de cara purpúrea, estaba petrificado a la mitad de una lucha violenta por doblar un periódico, a pesar del viento. Encontrábamos muchas pruebas de que todas las gentes desocupadas estaban expuestas a una brisa considerable, que, sin embargo, no existía por lo que a nuestras sensaciones se refería. Nos apartamos un poco de la muchedumbre y nos volvimos a contemplarla.

El espectáculo de toda aquella multitud convertida en un cuadro, con la rígida inmovilidad de figuras de cera, era una maravilla inconcebible. Era absurdo, desde luego; pero me llenaba de un sentimiento exaltado, irracional, de superioridad. ¡Imaginen qué portento! Todo lo que yo había dicho, pensado y hecho desde que la droga había empezado a actuar en mi organismo había sucedido, en relación con aquellas gentes y con todo el mundo en general, en un abrir y cerrar de ojos.

—El Nuevo Acelerador… —empecé yo; pero Gibberne me interrumpió.

—Ahí está esa vieja infernal.

—¿Qué vieja?

—Una que vive junto a mi casa. Tiene un perro faldero que no hace más que ladrar. ¡Cielos! ¡La tentación es irresistible!

Gibberne tiene a veces arranques infantiles, impulsivos. Antes que yo pudiera discutir con él, arrancaba al infortunado animal de la existencia visible y corría velozmente con él hacia el barranco del parque. Era la cosa más extraordinaria. El pequeño animal no ladró, no se debatió ni dio la más ligera muestra de vitalidad. Se quedó completamente rígido, en una actitud de reposo soñoliento, mientras Gibberne lo llevaba cogido por el cuello. Era como si fuera corriendo con un perro de madera.

—¡Gibberne! —grité yo—. ¡Suéltelo!

Luego dije alguna otra cosa y volví a gritarle: —Gibberne, si sigue usted corriendo así, se le va a prender fuego la ropa —ya se le empezaba a chamuscar el pantalón.

Gibberne dejó caer su mano en el muslo y se quedó vacilando al borde del barranco.

—Gibberne —grité yo, corriendo tras él—. Suéltelo. ¡Este calor es excesivo! ¡Es debido a nuestra velocidad! ¡Corremos a tres o cuatro kilómetros por segundo! … ¡Y el frotamiento del aire!…

—¿Qué? —dijo Gibberne, mirando al perro.

—El frotamiento del aire! —grité yo—. El frotamiento del aire. Vamos demasiado aprisa. Parecemos aerolitos. Es demasiado calor. ¡Gibberne! ¡Gibberne! Siento muchos pinchazos y estoy cubierto de sudor. Se ve que la gente se mueve ligeramente. ¡Creo que la droga se disipa! Suelte ese perro.

—¿Eh? —dijo él.

—La droga se disipa —repetí yo—. Nos estamos abrasando, y la droga se disipa. Yo estoy empapado de sudor.

Gibberne se quedó mirándome. Luego miró a la banda, cuyo lento carraspeo empezaba en verdad a acelerarse. Luego, describiendo con el brazo una curva tremenda, arrojó a lo lejos al perro que se elevó dando vueltas, inanimado aún, y cayó, al fin, sobre las sombrillas de un grupo de damas que conversaban animadamente. Gibberne me cogió del codo.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. Me parece que sí se disipa. Una especie de picor abrasador… sí. Ese hombre está moviendo el pañuelo de una manera perceptible. Debemos marcharnos de aquí rápidamente.

Pero no pudimos marcharnos con bastante rapidez. ¡Y quizá fuera una suerte! Pues, de lo contrario, hubiéramos corrido, y si hubiéramos corrido, creo que nos hubiésemos incendiado. ¡Es casi seguro que nos hubiésemos prendido fuego! Ni Gibberne ni yo habíamos pensado en eso, ¿sabe usted?… Pero antes de que hubiéramos echado a correr, la acción de la droga había cesado. Fue cuestión de una ínfima fracción de segundo. El efecto del Nuevo Acelerador cesó como quien corre una cortina, se desvaneció durante el movimiento de una mano. Oí la voz de Gibberne muy alarmada: —Siéntese —exclamó.

Yo me dejé caer en el césped, al borde del prado, abrasando el suelo. Todavía hay un trozo de hierba quemada en el sitio en que me senté. Al mismo tiempo, la paralización general pareció cesar; las vibraciones desarticuladas de la banda se unieron precipitadamente en una ráfaga de música; los paseantes pusieron el pie en el suelo y continuaron su camino; los papeles y las banderas empezaron a agitarse; las sonrisas se convirtieron en palabras; el personaje que había empezado el guiño lo terminó y prosiguió su camino satisfecho, y todas las personas sentadas se movieron y hablaron.

El mundo entero había vuelto a la vida y empezaba a marchar tan de prisa como nosotros, o, mejor dicho, nosotros no íbamos ya más de prisa que el resto del mundo.

Era como la reducción de la velocidad de un tren al entrar en una estación. Durante uno o dos segundos, todo me pareció que daba vueltas, sentí una ligerísima náusea, y eso fue todo. Y el perrito, que parecía haber quedado suspendido un momento en el aire cuando el brazo de Gibberne le imprimió su velocidad, cayó con súbita celeridad a través de la sombrilla de una dama.

Esto fue nuestra salvación. Excepto un anciano corpulento, que estaba sentado en una silla y que ciertamente se estremeció al vernos, luego nos miró varias veces con gran desconfianza y me

parece que acabó por decir algo a su enfermera, acerca de nosotros; no creo que ni una sola persona se diera cuenta de nuestra súbita aparición. ¡Plop! Debimos llegar allí bruscamente. Casi en el acto dejamos de chamuscarnos, aunque la hierba que había debajo de mí desprendía un calor desagradable. La atención de todo el mundo (incluso la de la banda de la Asociación de Recreos, que por primera vez tocó desafinadamente) había sido atraída por el hecho pasmoso, y por el ruido todavía más pasmoso de los ladridos y la gritería que se originó de que un perro faldero gordo y respetable, que dormía tranquilamente del lado Este del quiosco de la música, había caído súbitamente a través de la sombrilla de una dama que se encontraba en el lado opuesto, llevando los pelos ligeramente chamuscados a causa de la extrema velocidad de su viaje a través del aire. ¡Y en estos días absurdos, en que todos tratamos de ser todo lo psíquicos, lo cándidos y lo supersticiosos que sea posible! La gente se levantó atropelladamente, tirando las sillas, y el guardia del parque acudió. Ignoro cómo se arreglaría la cuestión; estábamos demasiado deseosos de desligarnos del asunto y de rehuir las miradas del anciano de la silla para entretenernos en hacer minuciosas investigaciones. En cuanto estuvimos lo suficientemente fríos y nos recobramos de nuestro vértigo, nuestras náuseas y nuestra confusión de espíritu, nos levantamos, y bordeando la muchedumbre, dirigimos nuestros pasos por el camino del hotel de la metrópoli hacia la casa de Gibberne. Pero entre el tumulto oí muy distintamente al caballero que estaba sentado junto a la dama de la sombrilla rota, que dirigía amenazas e insultos injustificados a uno de los inspectores de las sillas.

—Si usted no ha tirado el perro —le decía—, ¿quién ha sido?

El súbito retorno del movimiento y del ruido familiar, y nuestra natural ansiedad acerca de nosotros mismos (nuestras ropas estaban todavía terriblemente calientes, y la parte delantera de los pantalones blancos de Gibberne estaba chamuscada y ennegrecida), me impidieron hacer sobre todas estas cosas las minuciosas observaciones que hubiera querido. En realidad no hice ninguna observación de algún valor científico sobre este retorno. La abeja, desde luego, se había marchado. Busqué al ciclista con la mirada; pero ya se había perdido de vista cuando nosotros llegamos al camino alto de Sandgate, o quizá nos lo ocultaban los carruajes; sin embargo, el ómnibus de los viajeros, con todos sus ocupantes vivos y agitados ya, marchaba a buen paso cerca de la iglesia próxima.

Al entrar en la casa observamos que el antepecho de la ventana por donde habíamos saltado al salir estaba ligeramente chamuscado, que las huellas de nuestros pies en la grava del

sendero eran de una profundidad insólita.

Este fue mi primer experimento del Nuevo Acelerador. Prácticamente habíamos estado corriendo de un lado a otro, y diciendo y haciendo toda clase de cosas, en el espacio de uno o dos segundos de tiempo. Habíamos vivido media hora mientras la banda había tocado dos compases. Pero el efecto causado en nosotros fue que el mundo entero se había detenido, para que nosotros lo examináramos a gusto. Teniendo en cuenta todas las cosas, y particularmente nuestra temeridad al aventurarnos fuera de la casa, el experimento pudo muy bien haber sido mucho más desagradable de lo que fue. Demostró, sin duda, que Gibberne tiene mucho que aprender aún antes que su preparación sea de fácil manejo; pero su viabilidad quedó demostrada ciertamente de una manera indiscutible.

Después de esta aventura, Gibberne ha ido sometiendo constantemente a control el uso de la droga, y varias veces, y sin ningún mal resultado, he tomado yo bajo su dirección dosis medidas, aunque he de confesar que no me he vuelto a aventurar a salir a la calle mientras me encuentro bajo su efecto. Puedo mencionar, por ejemplo, que esta historia ha sido escrita bajo su influencia, de un tirón y sin otra interrupción que la necesaria para tomar un poco de chocolate. La empecé a las seis y veinticinco, y en este momento mi reloj marca la media y un minuto. La comodidad de asegurarse una larga e ininterrumpida cantidad de trabajo en medio de un día lleno de compromisos, nunca podría elogiarse demasiado.

Gibberne está trabajando ahora en el manejo cuantitativo de su preparación, teniendo siempre en cuenta sus distintos efectos en tipos de diferente constitución. Luego espera descubrir un Retardador para diluir la potencia actual, más bien excesiva, de su droga. El Retardador, como es natural, causará el efecto contrario al Acelerador. Empleado solo, permitirá al paciente convertir en unos segundos muchas horas de tiempo ordinario, y conservar así una inacción apática, una fría ausencia de vivacidad, en un ambiente muy agitado o irritante. Juntos los dos descubrimientos, han de originar necesariamente una completa revolución en la vida civilizada, éste será el principio de nuestra liberación del Vestido del Tiempo, de que habla Garlyle. Mientras, este Acelerador nos permitirá concentrarnos con formidable potencia en un momento u ocasión que exija el máximo rendimiento de nuestro vigor y nuestros sentidos, el Retardador nos permitirá pasar en tranquilidad pasiva las horas de penalidad o de tedio. Quizá pecaré de optimista respecto al Retardador, que en realidad. no ha sido descubierto aún;

pero en cuanto al Acelerador, no hay ninguna duda posible. Su aparición en el mercado en forma cómoda, controlable y asimilable es cosa de unos meses. Se le podrá adquirir en todas las farmacias y droguerías, en pequeños frascos verdes, a un precio elevado, pero de ningún modo excesivo si se consideran sus extraordinarias cualidades. Se llamará Acelerador Nervioso de Gibberne, y éste espera hallarse en condiciones de facilitará en tres distintas potencias: una de doscientos, otra de novecientos y otra de mil grados, y se distinguirán por etiquetas amarilla, rosa y blanca, respectivamente.

No hay duda de que su uso hace posible un gran número de cosas extraordinarias, pues, desde luego, pueden efectuarse impunemente los actos más notables y hasta quizá los más criminales, escurriéndose de este modo, por decirlo así, a través de los intersticios del tiempo. Como todas las preparaciones potentes, ésta sería susceptible de abuso.

No obstante, nosotros hemos discutido a fondo este aspecto de la cuestión, y hemos decidido que eso es puramente un problema de jurisprudencia médica completamente al margen de nuestra jurisdicción. Nosotros fabricaremos y venderemos el Acelerador, y en cuanto a las consecuencias…, ya veremos.

(Título original: “The New accelerator” - 1901)

H. G. Wells (Herbert George Wells) nació en Bromley, Kent, Inglaterra el 21 de septiembre de 1866 y murió el 13 de agosto de 1946. No tiene sentido extenderse sobre su vida y obra en un espacio tan exiguo porque cualquier mención será parcial, mezquina. Los aportes de Wells al género han sido decisivos y varios hilos de la moderna ciencia ficción derivan directamente de sus obras. Nos limitaremos a decir, entonces, que es el autor de *La maquina del tiempo* (1895), *La isla del Dr. Moreau* (1896), *El hombre invisible* (1897), *La guerra de los mundos* (1898), *Cuando el durmiente despierta* (1899), *Los primeros hombres en la Luna* (1900), *El alimento de los Dioses* (1903), *En los días del cometa* (1905), *Los Hombres-Dioses* (1922).







Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**